Seix Barral Biblioteca Formentor

Ron Currie

¡Todo importa!



Annotation

El día de su nacimiento, una voz rebela al súper genio Junior Thibodeau una fatal profecía: en 36 años, 168 días, 14 horas y 23 segundos un meteorito impactará sobre la Tierra y acabará con nuestro mundo. Sólo él lo sabe y, durante su infancia, adolescencia y juventud, no para de preguntarse si hay algo que realmente importe. La misteriosa voz también le confiesa secretos acerca de su excéntrica familia y de Amy, el amor de su vida y compañera en los actos heroicos que podrían salvar la humanidad.

Mientras el mundo se transforma en una extraña nación al borde del Apocalipsis, donde los agentes del gobierno conspiran en búnkeres subterráneos y preparan a los ciudadanos para emigrar de un planeta condenado, Junior provoca un desenlace que dejará boquiabiertos a los personajes que lo rodean y al propio lector. Ron Currie erige en ¡Todo importa! un homenaje a las ganas de vivir de una humanidad sublime, tan grandiosa como trivial.

RON CURRIE

¡Todo importa!

Traducción de Pedro Donoso

Editorial Seix Barral

Sinopsis

El día de su nacimiento, una voz rebela al súper genio Junior Thibodeau una fatal profecía: en 36 años, 168 días, 14 horas y 23 segundos un meteorito impactará sobre la Tierra y acabará con nuestro mundo. Sólo él lo sabe y, durante su infancia, adolescencia y juventud, no para de preguntarse si hay algo que realmente importe. La misteriosa voz también le confiesa secretos acerca de su excéntrica familia y de Amy, el amor de su vida y compañera en los actos heroicos que podrían salvar la humanidad.

Mientras el mundo se transforma en una extraña nación al borde del Apocalipsis, donde los agentes del gobierno conspiran en búnkeres subterráneos y preparan a los ciudadanos para emigrar de un planeta condenado, Junior provoca un desenlace que dejará boquiabiertos a los personajes que lo rodean y al propio lector. Ron Currie erige en ¡Todo importa! un homenaje a las ganas de vivir de una humanidad sublime, tan grandiosa como trivial.

Título Original: *Everything Matters!*
Traductor: Donoso, Pedro
Autor: Currie, Ron

ISBN: 9788432209314
Generado con: QualityEbook v0.87

Ron Currie

¡Todo importa!

TÍTULO original:
Everything Matters!
Primera edición: junio 2011
Ron Currie Jr.» 2009
Editorial Seix Barral, S. A., 2011
Traducción: Pedro Donoso, 2011
ISBN: 978-84-322-0931-4

Para mi familia

What is love and what is hate
And why does it matter?

[¿Qué es amor y qué es odio,
y por qué importa?]

The Flaming Lips,

«In the Morning of the Magicians»

«Estamos aquí porque estamos aquí
porque estamos aquí
porque estamos aquí.»

Canción de las trincheras
de la primera guerra mundial.

PRIMERA PARTE

IN UTERO; INFANCIA

97 PRIMERO, ¡disfruta de este momento! Nunca volverás a tener tan pocas responsabilidades en lo que se refiere a tu propia supervivencia. Dentro de poco tendrás que alimentarte y ocuparte de gestionar tus propios excrementos, aprender la diferencia entre la noche y el día, adquirir la habilidad de dormir. Vas a tener que fortalecer los músculos necesarios para aguantar largos intervalos berreando a todo volumen. Tendrás que dominar los balbuceos y guiños faciales que forman la base de la ternura infantil, para asegurarte de que quienes se encargan de velar por ti sigan proporcionándote alimento y sábanas limpias. Vas a tener que flexionar brazos y piernas, mover la cabeza de un lado a otro para fortalecer el cuello, gatear, tambalearte sobre tus dos pies y luego empezarás a caminar. Poco después aprenderás a correr, a compartir, a batear y a sostener un lápiz, a amar, a llorar, a leer, a atarte los cordones, a bañarte y a morir. Hay mucho por aprender y por hacer, y el tiempo es escaso. Basta con decir que deberías estar al tanto de las pruebas que te esperan para que aprecies el plácido sueño líquido de la gestación mientras ocurre, en lugar de hacerlo de forma retrospectiva. Por ahora, todo lo que tienes que hacer es continuar creciendo.

Sólo hay una excepción considerable en todo esto. Es posible que ya hayas notado que tienes que compartir el útero con otros objetos. El más notorio e importante entre todos ellos es esa cuerda carnosa conectada a tu abdomen, conocida como «cordón umbilical». Se trata, casi literalmente, de tu cuerda de salvamento, a través de la cual recibes, entre otras cosas, sangre, nutrientes y anticuerpos esenciales. Ya se te ha enrollado alrededor del cuello en un par de ocasiones y a pesar de que a ti, que aún no respiras, no te haya parecido algo particularmente peligroso o perjudicial, sin embargo puede poner en peligro tu llegada al mundo. No te vamos a mentir: podría matarte. Pero no te inquietes. Deberías tratar de permanecer lo más calmado posible durante el resto de tu gestación. Aunque eso no sirva para deshacer el embrollo que ya te aprieta el cuello, puede evitar que te sigas enredando, además de otro tipo de complicaciones, como la vasa previa, los nudos, los quistes o los hematomas. Ninguno de estos problemas es, en sí mismo, particularmente peligroso. Ahora, cuando dos o más de ellos ocurren de forma conjunta pueden crear grandes dificultades, de manera que deberías estar permanentemente atento ante la reiterada tentación de moverte. Por supuesto que hay quienes sostienen que es injusto pedirle a un feto que ejerza control sobre sus impulsos. Sin embargo, en tu caso particular, más te vale evitar a

aquellos que claman contra las injusticias de la vida y concentrarte en reforzar tu autocontrol.

La luz y el ruido son la prueba más dura ante tu resolución de permanecer quieto. Ambos te alcanzan a través del abdomen de tu madre y despiertan el impulso de moverte hacia ellos, removiendo el viscoso baño de líquido amniótico con los minúsculos dedos de tus manos y pies en un esfuerzo por absorber la calidez de la luz solar o por escuchar los trinos de Carly Simon. La necesidad de moverse es natural y comprensible. Y así será durante toda tu vida, sin importar si vives mucho o poco; al final siempre será una decisión tuya. Simplemente, ten en cuenta que casi toda decisión tendrá consecuencias y, en este caso, esas consecuencias podrían llegar a ser bastante serias.

96 Tu madre tiene otro crío, tu hermano, que cuando estaba en el útero era un tornado. De ahí que, ahora, tu falta de movimiento la tenga muy alarmada. Deberíamos mencionar que es una mujer con una tendencia poco razonable a la ansiedad y a la tensión nerviosa, desórdenes menores cuya causa subyace en diversos motivos relacionados, entre otras cosas, con el hecho de haber sufrido abusos verbales y físicos durante su infancia a manos de su padre. Por esta razón no deja de clavarte el dedo y se pasa horas con un aparato de radio apretado contra la barriga, intentando provocar tus movimientos. Pese a que su abdomen no deja de crecer, una noche se despierta convencida de que dará a luz a un zombi cuyos pequeños dedos agarrotados formarán dos zarpas sin vida. Con esta imagen en la cabeza, se echa a llorar con las manos entrelazadas en un abrazo protector por debajo de su prominente vientre. No obstante, la aversión que siente todo niño ante la idea de provocar el desasosiego de su madre es uno de los instintos más básicos y persistentes, y a ti te despierta el impulso casi irresistible de patalear y dar vueltas para emitir señales inconfundibles de que estás con vida y así convertir los sollozos de tu madre en una mezcla ligeramente avergonzada de hipos y risas de alivio. No cedas ante este instinto o estarás poniendo tu vida en peligro. Si te cuidas ahora, tendrás muchos años por delante para compensar a tu madre por sus desvelos. Además, puedes estar seguro de que no será esta la última vez que la hagas llorar.

Finalmente, las manos de tu padre, además de un par de visitas no programadas al obstetra para una ecografía y una revisión con el monitor fetal, logran calmar la ansiedad de tu madre hasta hacerla descender a un nivel que ella considera tolerable, por lo que enrolla el cable de la radio alrededor del aparato para guardarlo en el armario y deja de pasarse horas en silencio, con la vista clavada en la televisión.

95 Aunque la finalidad biológica del sexo fue alcanzada con la concepción, tu padre aún muestra un poderoso apetito sexual (al igual que tu madre, aunque ella evita reconocerlo porque se preocupa por ti). A ti sus arremetidas te resultan aterradoras. Lo oyes cuando intenta penetrar con su lengua y con otras partes de su cuerpo. Tu reacción instintiva te lleva a retroceder, lo que es perfectamente normal: la percepción del propio padre como un depredador omnipotente de gran fortaleza física cumple una función vital en la mayoría de los niños y, generalmente, perdura durante la edad adulta, pese a que, por alguna paradoja, no parece evitar la lucha desesperada por obtener su amor y aprobación. Tú intentas mantenerte firme, aunque un impulso inmediato y más fuerte por conservar tu integridad se impone, y sueltas patadas contra las paredes del útero, intentando distanciarte de los resoplidos y gruñidos que se oyen a la entrada de tu morada. Y según flotas hacia arriba, el cordón umbilical se tensa aún más alrededor de tu cuello, hasta formar un nudo. Tu madre, al sentir tus movimientos por primera vez en dos meses, sonríe e invita a tu padre a entrar, atrayéndolo hacia ella con ambos talones. Practican el sexo, fuertes palpitaciones que penetran en tu cálido mundo como si fueran los latidos de un tercer corazón. En ese momento oyes a tu madre gemir y tomas conciencia de la traición, de qué significa y de cómo se siente. Por supuesto que no es nada agradable, aunque no deberías desanimarte: te podemos asegurar que, sin importar cuántos años vivas ni cuán maduro o filosófico llegues a ser, prácticamente toda iluminación espontánea que experimentes te provocará esta sensación, como una patada en el estómago, como un sabor ácido en la lengua. Cuanto antes lo aceptes, mejor. De hecho, deberías estar contento: a tu edad, haber sido capaz de entender y asimilar un concepto tan abstracto e intensamente doloroso como la traición es, por decirlo en una sola palabra, prodigioso. Eso indica que tienes más posibilidades que el común de la gente de llevar a cabo con éxito la tarea para la que has sido elegido.

94 Ahora el peligro para ti es bastante grave. Al haberse formado un nudo, el cordón umbilical ya no soportará más tensión. No puedes moverte. Después de haber notado cómo te agitabas, tu madre buscará cualquier excusa para mantener relaciones sexuales y tú tendrás que sufrir en absoluta inmovilidad. Tu vida depende de ello.

93 Pese a todo, cuando no está ocupada en sus contorsiones sexuales, tu madre es el hogar más seguro y cómodo que puedas imaginarte. Y puesto que han aumentado exponencialmente las posibilidades de que ella sea la única morada que llegues a conocer, deberías hacer un esfuerzo, cuando no estés tratando de esquivar las

incursiones de tu padre, para disfrutar de cada momento aquí dentro.

92 Un pequeño punto a favor en todo este acuciante problema es que ahora te aproximas al final de la gestación y, debido a un incremento de hormonas sincronizado con toda precisión, tus ganas de moverte van disminuyendo a medida que se acerca tu nacimiento. Lentamente te giras una última vez, hasta quedar totalmente invertido y en posición para emerger del útero. Una ventaja es que tu padre comienza a encontrar a tu madre cada vez menos atractiva sexualmente. No es el tamaño de tu madre lo que le causa rechazo, sino más bien su ombligo tirante, que cada vez sobresale más de su barriga, como un dedo cercenado que se estuviera regenerando. Él intenta no mirar pero no puede evitarlo, y cuando lo invade una oleada de asco, se siente avergonzado y castrado al mismo tiempo, aunque claro, nunca llegaría a admitirlo ni siquiera si le dieran la oportunidad. Así que te dejan en paz para que vayas reuniendo fuerzas, que las vas a necesitar, sobre todo porque, tal como nos temíamos, el obstetra no ha detectado el nudo en tu cordón umbilical. Si el médico lo hubiese descubierto, casi con certeza habría optado por una cesárea como manera de reducir el riesgo, tanto para ti como para tu madre. Pero tal como están las cosas, con un parto vaginal programado, es probable que todo sea difícil, largo y bastante arriesgado.

91 El día no tarda en llegar. Tu madre lo sabe por la mañana: ha dormido a saltos y, cuando se levanta y camina como un pato en dirección al baño, nota que las primeras contracciones comienzan como unos temblores sísmicos en la parte baja de su espalda. También lo sabes tú. Sientes los ruidos y las alteraciones y, aunque todavía no puedes tener una idea de todo lo que ello significa, tampoco estás muy seguro de que te guste. Sobre todo por un motivo: tu madre comienza a gritar cada vez más seguido y eso no te gusta nada, atrapado cómo estás en el anfiteatro de su barriga. Por otra parte, todos estos ruidos y alteraciones aumentan la tensión en el cordón umbilical, lo que te conduce a tu primera experiencia del dolor físico. Los gritos de tu madre se elevan una octava más y, a continuación, el tibio fluido en el que has pasado la totalidad de tu vida se vacía para ser reemplazado por unas resbaladizas paredes onduladas que te empujan hacia abajo una y otra vez, de manera inexorable, hasta sacarte para siempre de tu casa. Ahora ya estás seguro de que esto no te gusta porque a nadie le gusta cambiar, a menos que sea para pasar de algo malo a algo bueno. Aparte de eso, el nudo y el embrollo del cordón umbilical han cortado el fluido sanguíneo tanto *desde* tu placenta, como *hacia* tu cerebro, lo cual sí que es un problema gordo. Tu corazón va cada vez más lento y

el aguijonazo de la conciencia se torna borroso, difuminándose desde el rojo al rosa, antes de pasar al gris. Algo va mal. Tu madre les chilla al doctor y a las enfermeras. Ellos la ignoran; después de todo, ellos son los expertos y han hecho esto miles de veces, y tu madre, sumida en el dolor y exhausta, probablemente no esté razonando correctamente, así que debería dejar la operación en sus manos. Tu padre intenta calmarla con un beso, aunque sus labios, con todo el consuelo que puedan ofrecer, están atrapados dentro de la mascarilla quirúrgica perforada por miles de ínfimos poros. El equipo médico continúa ignorando las súplicas de tu madre hasta que le viene a la conciencia tu imagen —un niño que ha nacido muerto, rígido, azulado y retorcido— y suelta entonces un alarido de tal volumen y duración que se enteran hasta en el departamento de oncología, dos plantas más abajo. En ese mismo momento, una alarma suena frenética en el monitor que vigila los latidos del feto y la luz del indicador de tus pulsaciones —peligrosamente bajas y en descenso— comienza a parpadear. De pronto, hay un gran alboroto. Se administran inyecciones y aparecen bandejas con instrumentos de acero resplandeciente. Cuando por fin logran extraerte, morado y agarrotado, a través del nuevo orificio abierto en el abdomen de tu madre, tú estás inconsciente. La expresión de tu rostro —ojos cerrados, semblante completamente relajado, tu boquita abierta— es de perfecta neutralidad. Ésta es la expresión que habrás de sobrellevar durante el resto de tu existencia, sin importar cuán larga o breve sea, de manera que nadie, ni siquiera tú mismo, sepa jamás con claridad si refleja el éxtasis o la angustia.

El doctor y las enfermeras te colocan en una mesa minúscula junto a ellos y se ponen manos a la obra, presionan sobre tu pecho con sus dedos, despejan tu nariz y tu boca hasta que, finalmente, consiguen revivirte. Entonces te trasladan a una caja protectora de plástico y te conectan a la vida mediante tubos, cintas y adhesivos, algunos sofisticados, otros rudimentarios, y mediante agujas hipodérmicas del diámetro de un cabello de tu padre. A pesar de las fuertes luces y del pinchazo de las agujas, esta nueva casa no es tan distinta a la antigua. Estás envuelto en cúmulos de suaves mantas, conectado y sujeto por tubos y cables. Durante unos cuantos días tu situación se denomina «crítica».

Además de unos cuantos folletos y abrazos de apoyo, tus padres reciben también una breve explicación sobre la multitud de problemas que pueden llegar a presentarse, aunque, no dejan de repetirlo una y otra vez, eso no significa que haya que tomarlo como un hecho concluyente todavía. De momento, dejemos que se preocupen ellos sobre este tipo de cosas: son adultos, tus cuidadores, y como adultos les corresponde la responsabilidad de sufrir al tener conocimiento de

esas amenazas, que ni entienden ni pueden evitar. A ti, en cambio, te toca un trabajo comparativamente simple: sobrevivir.

90 Todo indica que eso es lo que terminarás haciendo. La temperatura de tu cuerpo y tu presión sanguínea aumentan, tu ritmo cardíaco se estabiliza y tus pulmones comienzan a inflarse por sí solos. Para tu desgracia, no tardan en quitarte los tubos y cables, uno a uno, y te sacan de la incubadora, obligado una vez más a renunciar a la seguridad de tu cápsula. Sin embargo, tienes el consuelo de que te permiten quedarte con las mantas. No te enfades. Son todos signos de que el peligro ha pasado y tu vida ha comenzado de manera oficial: te has convertido en una persona totalmente formada, autónoma y auto — suficiente.

89 Y con motivo de este feliz acontecimiento, sale a relucir la tarea de la que habíamos hablado antes, una propuesta de vida que es muy probable que te parezca una carga, pero que nos gustaría que la consideraras como un privilegio, un gran honor. Primero, eso sí, tienes que entender la siguiente verdad:

Por muy sabios que nosotros te podamos parecer, omniscientes incluso, en realidad sólo sabemos una cosa *con toda certeza: dentro de treinta y seis años, ciento sesenta y ocho días, catorce horas y veintitrés segundos a partir de este momento, el 15 de junio del 2010 a las 3:44 p.m., el cometa EST, que se ha desprendido del anillo de Kuiper en las inmediaciones de Neptuno, impactará contra la Tierra, provocando una explosión con la energía equivalente a 283.824.000 bombas de Hiroshima.*

Pues eso. Nosotros no sabemos nada más. Por ejemplo, no tenemos ni la menor idea de si tú vivirás lo suficiente como para ser testigo de dicho fenómeno. Ahora bien, hay una serie de cosas que podemos suponer: si, llegado el caso, tú aún te encuentras vivo cuando se produzca el choque del cometa, ni tú ni nadie más en el planeta lo seguirá estando. Todo lo cual nos lleva a formular una pregunta— relacionada con tu tarea, tu carga, tu privilegio o como tú quieras llamarlo—, una pregunta que tanto hombres como mujeres, muchos importantes y otros no tanto, de todos los colores, credos y preferencias sexuales, se han preguntado desde que han tenido uso del lenguaje, e incluso antes:

¿Tiene alguna importancia lo que haga?

Nuestra esperanza es que, conociendo el desastre épico que se aproxima y con la ventaja de nuestra permanente asistencia, podrás responder con más éxito a esta pregunta que aquellos que te han precedido. Y te deseamos la mejor de las suertes.

DEBBIE

DESDE que trajimos al pequeño John a casa del hospital no he dejado de soñar lo mismo. Se repite una noche tras otra, sólo que no es un sueño porque sucedió de verdad cuando era yo una niña, así que más bien se trata de un recuerdo que me persigue cuando duermo. Me despierto tirando de las sábanas y siento como si tuviera agua en los pulmones, y toso y me atraganto al intentar expulsarla para poder respirar. Me llevo las manos a la garganta, pero para entonces ya puedo sentir que no hay agua, que no es más que aire, y me quedo confundida por unos segundos, jadeando aún pese a que ya puedo respirar sin problemas. Continúo tumbada entonces, mirando el cuadrado de luz naranja que las farolas de la calle proyectan sobre la pequeña alfombra artesanal que cubre el suelo, me arrebujo en la manta y, pasados unos minutos, mi respiración vuelve a calmarse. Al fondo de la cama se acumula un poco de arenilla y de pronto me pongo a pensar que debería cambiar las sábanas, lo cual me parece una ocurrencia bastante divertida considerando que todavía no me he recuperado del susto. Pero ésa es la forma en la que vuelvo a la realidad. Para entonces, ya estoy totalmente despierta, así que me levanto. No tengo que preocuparme de no hacer ruido al salir de la cama porque no hay nadie a quien pueda molestar. John está en el trabajo en la panadería y no regresa a casa hasta después de las ocho. Así que me levanto y voy a ver al pequeño John, aunque está profundamente dormido en su cuna y no da problemas. De alguna manera, este sueño mío tiene algo que ver con él. Aunque al soñar, soy yo la que se está ahogando, de alguna forma hay una amenaza para mi bebé y por eso no deja de repetirse, noche tras noche, como si quisiera decirme algo.

John dice que aún no me he repuesto del susto de haber visto cómo el bebé casi se muere al nacer y que ya dejaré de preocuparme dentro de un tiempo, cuando hayan pasado irnos meses y yo termine de convencerme de que no le pasará nada. Es lo mismo que dice el doctor Rengell.

El pequeño John no duerme tan bien como su padre. La mayoría de las veces, cuando lo cojo, llora y mueve los brazos, sin dejar de abrir y cerrar sus deditos hasta que alcanza mi camisón y se agarra a él. Algunas veces le da por chuparlo. Cuando hace esto generalmente se vuelve a quedar dormido enseguida. Si se enfada porque lo han despertado y no quiere chupar la tela de mi camisón, se echa a llorar y tengo que caminar despacio por la habitación, acunándolo con un brazo bajo su culito. Le acaricio la cabeza con su suave pelillo, que

parece algodón dulce. Pero mis manos todavía están temblando.

A veces el llanto del pequeño acaba despertando a Rodney. Entonces viene andando hasta la habitación, restregándose los ojos.

Vuelve a la cama, le digo.

Tengo hambre, me contesta él.

Todavía no es la hora del desayuno, le explico. Vete a la cama.

No puedo dormir con el bebé llorando.

Rodney, no quiero tener que repetirlo, le advierto.

Normalmente, llegados a este punto se da cuenta de que no estoy bromeando y regresa a su cama, aunque siempre lo hace arrastrando los pies y después de echarme una mirada de odio.

No sé qué tiene que ver este sueño con el pequeño John. Lo cierto es que él no aparece. ¿Cómo iba a aparecer? En el sueño yo no soy más que una niña pequeña, al igual que cuando ocurrió en la vida real. Cuando estoy dormida no pienso en mi bebé. Eso sólo ocurre cuando me despierto ahogándome. Entonces lo primero que pienso, incluso antes de recuperar la respiración, es en él. Tiene problemas, es lo que me viene a la mente. Hay algo que no va bien. Es una de esas certezas que me vienen de las entrañas, como la sensación que a veces tengo cuando estoy removiendo una olla en la cocina o cuando estoy frente a la televisión a la hora de «All in the Family» y, de la nada, el corazón me da un gran salto y se acelera y tengo que contener el aliento, aunque no me he movido de donde estoy. No tiene sentido. Pero la sensación de que algo terrible ha sucedido o está a punto de ocurrir es tal que estoy segura de que hay algo que temer.

Yo pongo atención cuando esto sucede porque creo que es la forma que tiene Dios de decirnos cosas que, de otra manera, nunca sabríamos. De modo que, cuando me despierto asustada por el pequeño John, tiene que haber una razón. Debo tener cuidado. Y tengo que estar atenta.

Esto es lo que sucede en mí sueño; cuando era niña y tenía cerca de seis años, mi padre nos llevó al río. Era un día soleado de verano. Cualquiera hubiera dicho que era fin de semana porque mi padre no había ido a trabajar, aunque la verdad es que casi nunca tenía trabajo, así que podría haberse tratado de un martes. Aparte de mi padre, íbamos nueve niños. Esta vez mi madre se había quedado en casa por alguna razón de peso, porque normalmente no solía confiarle ninguno de sus niños a mi padre, excepto mi hermano Rodney, de quien mi hijo ha recibido el nombre. A los trece años mi hermano Rodney ya era como mi padre y, en lugar de ir a clase, se pasaba casi todos los días en los bares del pueblo lustrando zapatos: era alguien que ya podía cuidar de sí mismo. Pero mi madre nunca nos confiaba al cuidado de mi padre, ni a mí ni a ninguno de mis hermanos más pequeños, como Patti, que en aquel entonces debía de tener unos

cuatro años, ni a Drew, que no era más que un bebé. Sin embargo, en esta ocasión íbamos todos con él, caminando en fila india por el sendero hacia el río, con papá a la cabeza. Detrás de él marchaba Rodney cargando con el bebé, y detrás de Rodney iban Matt y Louie, que llevaban una gran nevera portátil. Dentro había un frasco de mostaza y una bolsa de pan de molde, pero la mayor parte del espacio estaba ocupado por las cervezas Narragansett.

Al final del sendero, junto a la ribera, había una zona con hierba lo suficientemente extensa como para que los diez nos echásemos a nuestras anchas. También había un embarcadero en donde la gente amarraba las canoas y los patines de agua. El embarcadero estaba viejo y torcido y tenía varias tablas rotas. Faltaba una de ellas hacia la mitad, y el agujero se parecía al hueco que deja la pérdida de un diente. El río era ancho y oscuro, y bajaba con fuerza hacia la fábrica papelera Scott, y después venían las cataratas.

Ésta es la parte del sueño en la que empiezo a sentir miedo, sólo de ver esas aguas turbias que bajan. Qué oscuras son, y eso que el sol brilla enorme y luminoso en el cielo. Los bichos sobrevuelan las aguas y a mí me entra miedo. Veo que mi padre destapa una lata tras otra y me dan ganas de levantarme y salir corriendo. Pero no puedo porque, a pesar de que soy yo en el sueño, al mismo tiempo me estoy viendo desde fuera. Ésta es otra de las cosas en las que mi recuerdo y mi sueño son iguales: en ninguno de los dos casos puedo intervenir. No tengo ningún control.

Así que tengo que observarme sentada allí, sobre la hierba, lo más lejos del agua que puedo sin llegar a instalarme entre los árboles. Le doy la espalda al río porque no quiero mirarlo. Siento el calor del sol en el pelo mientras juego con mi muñeca, «La nena sin nombre». Jugar, en realidad, no es la palabra correcta: lo que de verdad estoy haciendo es cuidar a «La nena sin nombre», intentando al mismo tiempo volverme lo más pequeña y silenciosa posible mientras mi padre bebe cerveza y se le enrojecen los hombros, que deja desnudos su camiseta de tirantes, y les pide a gritos a mis hermanos que paren de arrojar piedras y que se dejen de joder con esa ardilla muerta. «La nena sin nombre» tiene la carita pálida y sucia, y una gran lágrima gris cae de uno de sus ojos. Lleva un vestido de arpillera con un parche de color naranja cerca del dobladillo. Lo único que «La nena sin nombre» tiene bonito es el pelo, tan rubio que es casi blanco. Yo trato de hacerle distintos peinados, primero le hago coletas, luego una trenza, luego una raya al medio.

«La nena sin nombre» es mi único regalo de la Navidad anterior. Como es la única cosa que me pertenece, suelo ser egoísta con ella. Patti también quiere jugar con ella, quiere quitarle el vestido para volvérselo a poner y la coge por el hombro. Patti no tiene juguetes

propios. Fue alrededor de la Semana Santa pasada cuando puso a su Mono Zip sobre la llama de la cocina para ver qué pasaba, y así se quedó. Yo permanezco sentada con las piernas cruzadas como los indios y le digo a Patti que no, mientras me balanceo hacia atrás y hacia adelante hasta apartarla de mi vista y esconder a la muñeca de su mirada. Ella se da por vencida y comienza a cavar un agujero en la tierra entre sus piernas.

Pasa el tiempo y pierdo la cuenta de las horas. Rodney, Matt, Louie y Freddie buscan cangrejos entre las rocas de la orilla. Han cogido unos cuantos. Uno alcanza a Freddie antes de que se dé cuenta y le pilla el dedo. Entonces echa a correr hacia mi padre, que está tumbado a la sombra de un árbol con el bebé, y mi padre le echa un ojo al corte y le dice a Freddie que no es nada, que se aguante. Freddie se aguanta y mi padre le da un pellizco en el cuello, pero sólo está jugando.

He observado que «La nena sin nombre» se ha portado mal, así que la castigo. No, no la castigo, ¿cuál es la palabra? La regaño. Sí, la regaño un poco mientras la gran lágrima sigue allí, en su mejilla.

Entonces papá le dice a Rodney, que es su mano derecha, que saque el pan y la mostaza para preparar unos sándwiches. Todos, excepto yo, se reúnen en torno a la nevera portátil. Usando los dedos, untan la mostaza y luego juntan las dos rebanadas de Wonder, y se lo comen. Todos acaban con la boca y las manos amarillas. Yo tengo hambre, pero no me acerco. Mi padre, aún tumbado, con la espalda apoyada en el árbol y con una lata de Narragansett entre las piernas, se da cuenta de que estoy sentada sola en la hierba.

Debbie, me dice. Come.

Yo me giro y lo miro. No tengo hambre, miento.

¿Qué te acabo de decir? No te estoy preguntando.

Me pongo de pie y me acerco a los demás. Me duelen las rodillas de estar sentada como los indios durante tanto rato. Debido al sol, siento cierta tensión en la parte baja de la nuca, allí donde mi pelo no la cubre. Sé que luego me va a arder. Mis hermanos y hermanas se amontonan alrededor de la nevera, se empujan unos a otros; pero, en cuanto mi padre carraspea, se quedan quietos y siguen comiendo.

Cojo una rebanada de pan Wonder, le echo un poco de mostaza con la punta del índice y, a continuación, la doblo. Le doy pequeños mordiscos y pareciera que voy a tardar una vida aunque, cada vez que levanto la cabeza, veo que mi padre me está observando, así que me lo termino de comer. Ya han pasado unas cuantas horas y ha bebido lo suficiente como para tener aquel aspecto típico. Al llevarme el último pedacito a la boca, él me quita la vista de encima y mira hacia el río. Yo regreso a mi sitio sobre la hierba.

Cuando todos han acabado de comer, mi padre se sienta con el

bebé y nos dice que nos metamos al agua. El bebé llora, su cara se arruga bajo la gorra y mi padre lo mece en sus rodillas, pero no sirve de mucho porque lo hace de forma brusca y la cabeza del bebé no deja de dar botes. Vamos, chicos, dice mi padre, al río, a refrescarse un poco. Es entonces cuando el miedo que se ha acumulado en mi interior estalla súbitamente. Los demás hacen lo que les han dicho y se meten al agua, y comienzan a chapotear y a empujarse unos a otros. Yo me hago un ovillo y uso mis dedos para peinar a «La nena sin nombre». Mi respiración se hace tan lenta que casi desaparece y mantengo la cabeza agachada.

Siempre hago lo mismo. Me quedo quieta y en silencio, intentando desvanecerme. A veces funciona cuando los demás están alrededor, porque los chicos, Freddie en especial, suelen ser ruidosos y siempre están causando problemas, así que a menudo atraen la atención de mi padre y me lo ponen más fácil para desaparecer.

Pero esta vez no hay forma de esconderse. Soy la única que no está en el agua, aparte del bebé, claro.

Debbie, dice mi padre. Métete al río, vamos.

Yo no levanto la cabeza.

Niña, dice él con su voz de advertencia que me llena de miedo, aunque no tanto como para meterme a las aguas oscuras. Yo continúo peinando a «La nena sin nombre». Y así me quedo, con la cabeza hundida en la arena. Sé que no va a funcionar, pero no puedo hacer otra cosa.

Finalmente, él se enfada, deja al bebé sobre la hierba y se pone de pie. El bebé llora y alza sus brazos regordetes, pero mi padre ya camina hacia donde me encuentro y se queda de pie junto a mí. Yo estoy temblando, aferrada a mi muñeca, fingiendo no haberme dado cuenta de su sombra.

Debbie, insiste él, ¿qué te acabo de decir?

A mí no me gusta el agua. No sé nadar.

Joder, cualquiera puede nadar, exclama. Lo único que tienes que hacer es agitar los brazos y las piernas. Así que métete ahora para refrescarte.

Aparte de los temblores, no me muevo.

Pero como él ya ha dicho lo que tenía que decir, me levanta de un brazo y me lleva en volandas, apretándome con fuerza. Yo comienzo a gritar. El resto de mis hermanos dejan de jugar y observan cómo mi padre me arrastra hacia el embarcadero. Mis pies se arrastran a lo largo de las tablas y suenan como un tambor al pasar sobre los huecos entre ellas. Mi padre sortea de un salto el hueco donde falta un listón y, cuando llega al final del embarcadero, me arroja a las aguas profundas, mucho más adentro de donde se encuentran los demás; allí donde la corriente me puede llevar.

Me hundo en el frío y la oscuridad. El mundo desaparece. Entonces me despierto y pienso: «El pequeño John.»

Después me acuerdo de respirar, a solas sobre mi cama, con la luz que entra desde las farolas de la calle y la arenilla al fondo de las sábanas. Con mi corazón dando fuertes latidos me acerco al pequeño John, lo saco de la cuna y lo estrecho contra mi cuerpo. Le ruego a Dios que me enseñe cómo y contra qué protegerlo.

Lo que ocurrió en la vida real en los instantes siguientes al sueño fue que casi me ahogo. Me fui hundiendo y allí me quedé hasta que mi padre se dio cuenta de lo que había hecho y se lanzó a por mí. Cuando me sacó del agua, yo estaba medio grogui, pero aún me acuerdo de que algunos de mis hermanos lloraban. También recuerdo estar recostada de espaldas sobre el lodo mientras mi padre me apretaba el pecho diciendo: «Respira, por Dios», aunque hasta donde yo me acuerdo ya estaba respirando. Su voz aún sonaba enojada, pero cuando levanté la vista hacia su cara, detrás del velo de la embriaguez de la cerveza pude ver el miedo en su mirada. Ahora bien, si su miedo se debía al hecho de que yo pudiese morir o a que mi muerte fuera responsabilidad suya, eso no podría decirlo. En cualquiera de los dos casos, significaba que se preocupaba, y eso ya era bueno para mí.

Luego pasaron los años y dejó de ser un hombre malo para convertirse simplemente en un loco. Yo todavía me acuerdo de aquel día en que sintió miedo por mí, y puedo decir que lo quería. Al igual que cuando blandía su cuchillo de caza enfrente de la televisión encendida en el momento en que yo subía las escaleras para irme a la cama y sonriendo me decía Tal vez esta noche, también puedo decir que lo quería. Y cuando me casé a los dieciséis para huir de casa, también puedo decir que lo quería. Cuando murió solitario en su caravana hace dos años, yo me vine abajo y pasé tres días llorando, porque aún lo quería.

Del mismo modo que ahora quiero a mi bebé.

PADRE

88 ESTO es lo que has de saber sobre tu padre:

Tu padre es un fantasma, un espectro, alguien casi siempre ausente que de pronto aparece, de forma fugaz, como una gran figura cubierta por las sábanas en la penumbra o una cabeza inclinada en silencio sobre un periódico y una taza humeante de café. Tu padre es un bigote y, cuando se lo afeita, tú no consigues reconocerlo: durante tres semanas no puedes evitar gritar y retroceder cada vez que él aparece, hasta que el mostacho vuelve a crecer. Tu padre es casi mudo. Tu padre no es precisamente locuaz. Además, tuvo que partir por un tiempo a matar a gente y casi lo matan a él; cuando regresó después de un año, había decidido que su boca tenía tres únicas funciones, entre las que no estaba hablar. Durante bastante tiempo consideró que la función primordial de su boca era el consumo de licores, de manera que se consagró a eso, sin dejar de tener dos empleos y de cuidar de tu madre en su primer embarazo. Y aunque nunca se dedicó a arrojar botellas o a liarse a puñetazos, ni se gastó en copas el dinero destinado a la comida y a la cuenta de la luz, ni llegó tampoco a despertar entre los restos retorcidos de un automóvil o en la cárcel, sin embargo, tras dos años de beber en grandes cantidades, en los que llegó a pesar 133 kilos, tomó la decisión de reducir su boca a dos funciones solamente: beber café y fumar cigarrillos.

Cuando sólo tienes un año de edad todavía no sabes mucho sobre tu padre, aunque ya deberías estar al tanto que se trata de una de esas personas que jamás cambia de parecer una vez que ha decidido algo. Por una parte, eso es bueno porque es poco probable que vaya a recaer en la bebida. Es alguien con aplomo, calmado, un hombre de hábitos tan discretos como inflexibles. Durante la guerra aprendió a apreciar el valor del sueño y ahora no permite que nada —ni ruidos, ni problemas, ni falta de tiempo— lo prive de su descanso. Y si bien nunca está mal tener a un hombre fiable y sobrio como padre, su compostura inalterable puede convertirlo en alguien apático, frío incluso. Por eso, si su decisión de dejar la bebida es casi con certeza algo permanente, también lo es su opción de hablar lo mínimo. Tienes que saberlo, asimilarlo y aceptarlo para no malgastar energías en los próximos años intentando en vano obtener de él palabras como «amor» y «orgulloso».

87 A diferencia de tu madre, tu padre sí fuma en casa.

86 Por las tardes, cuando vuelve a casa de la panadería, a tu

padre le gusta sacarte de la cuna y llevarte en brazos despreocupadamente. Te levanta y te coloca sobre su hombro igual que si fueras un saco de piedras, y con su poderoso antebrazo te mantiene en tu sitio sujeto por la espalda, antes de dedicarse a las pocas cosas que hace en casa —remover el azúcar en el café, afeitarse las mejillas y recortarse el bigote— como si tú no estuvieras ahí, como si él siempre hubiese tenido un solo brazo. A veces se olvida de que te lleva encima y se retira a su cuarto a dormir una o dos horas contigo aún adherido a su hombro como una rémora sujeta a un tiburón. Tú has aprendido que, si te quejas un poco (pero tranquilamente, sí, con tranquilidad, que él no responde bien a los ruidos estridentes, en especial cuando suenan junto a su oído. Porque si bien nunca lo has visto abiertamente enfadado, por debajo de la calma superficial late una rabia tan negra y violenta que hasta él mismo se asusta; una rabia que él procura mantener siempre controlada, deteniéndose para inspirar profundo al tiempo que flexiona las manos), tu padre se dará cuenta de que estás ahí encima y tendrá cuidado de no aplastarte al dejar caer su peso sobre la cama.

Como la mayor parte de las veces no puedes mirarlo directamente, lo reconoces más por su olor que por otra cosa. Es una deliciosa combinación de levaduras de panadero y loción para el afeitado Aqua Velva, glaseado de limón y humo de tabaco, granos de café Taster’s Choice y polvo de los rincones de casa. Algunos de estos aromas cambian de intensidad según el momento del día: por la mañana dominan la loción y el polvo; por las tardes, la levadura y el glaseado. El café y el tabaco son constantes, omnipresentes.

85 Aprende a hacerte el dormido. O bien aprende a despertarte sin llorar. De esta forma puedes permanecer en tu cuna escuchando los sonidos de la noche en la habitación de tus padres y descubrir que, después de todo, tu padre no es totalmente mudo, sino que lo es con todo el mundo *excepto* con tu madre. Espera a que regrese, poco antes del amanecer, después de haber cargado y descargado cajas en el almacén. Mantén los ojos cerrados para evitar que la visión de su corpulenta silueta provoque tu llanto y tu madre tenga que levantarse para venir a verte mientras él permanece en silencio. Quédate quieto y escucha. ¿Puedes oír por encima del rumor de los coches que pasan y se alejan en la calle, por encima del roce de las sábanas y los crujidos de los muelles del colchón, puedes oír un sonido demasiado grave y calmo como para ser tu madre? Escucha con atención. Se prolongará durante un minuto o dos. Él estará muy cansado como para hablar durante más tiempo y no tardará en caer rendido en un sueño profundo, aunque breve. Ése es, pues, el sonido de la voz de tu padre, el sonido de la absoluta seguridad y el control.

84 Después de haberte enterado de que tu padre sí habla y habiendo oído tú mismo su voz, ahora es sólo una cosa lo que más deseas en toda tu corta vida: saber *qué* dice. Cada mañana, después de llegar a casa y antes de irse a dormir, cuando él cree que nadie más lo escucha, tú lo oyes conversar con tu madre, aunque nunca logres descifrar sus palabras. A veces ella responde a su voz de barítono con un *falsetto*. En otras ocasiones ella se gira en la cama para saludarlo sin palabras y se deja envolver por la reconfortante anchura de sus brazos y su pecho. En cualquier caso, él siempre le dice algunas palabras, palabras cuyo significado permanece suspendido por un momento en el aire, tal como tu móvil cuelga inalcanzable encima de ti.

Y mientras tú pierdes horas de sueño una mañana tras otra a la espera de que llegue a casa, esforzándote por captar una palabra discernible, tenemos que recordarte que la mayoría de los expertos en el campo de la pediatría recomiendan que los niños de tu edad gocen, como mínimo, de catorce horas de sueño al día. Entendemos que esto pueda parecer una exigencia poco razonable, sobre todo al ver que adultos como tu padre no parecen tener necesidad alguna de dormir. Pero tú deberías tener presente que, en primer lugar, tu padre no es un ejemplo representativo de la totalidad de la población adulta y, en segundo lugar, tu sistema nervioso aún se halla inmerso en la industriosa tarea de desarrollarse, lo que significa trabajar las veinticuatro horas del día a elevada temperatura y velocidad, aislando estímulos y estableciendo sinapsis, por lo cual requiere todo el descanso posible.

Y pese a todo, tú insistes y rechazas los boniatos y los cereales de arroz que tu madre te ofrece al final del día, antes de llevarte a la cama: así el hambre te pondrá en alerta en el momento en que tu padre llegue a casa. A este esfuerzo se suma un dolor cuasi constante provocado por los dientes que te están saliendo y que hace imposible que duermas más de una hora seguida durante el día, lo que viene también a alentar tus permanentes deseos de chillar, de babear de forma profusa y de entregarte a las rabietas infantiles a la menor oportunidad. Se te hace

cada vez más difícil no ceder a estos deseos en cualquier momento del día (en parte debido al cansancio que te aqueja y que sólo se puede achacar a tu propia actitud) y ya no consigues quedarte en silencio, así que te entregas al llanto y tu madre tiene que venir con el anillo de goma que usas para morder, mientras tu padre, en lugar de hablar, se limita a dormir. Tu estado irritable y el rechazo de la comida provocan la previsible preocupación de tu madre y, durante varias noches seguidas, cuando tu padre llega a casa del trabajo se

limita a permanecer callado porque es ella la que monopoliza esos preciosos minutos de conversación repitiendo: «Es que no lo entiendo, durante el día no tiene problemas de apetito; pero por alguna razón, una vez que se pone el sol no acepta nada más, rechaza la comida y lloriquea. Esta noche me ha volcado el bol y he acabado bañada en papilla de guisantes. Creo que voy a tener que llevarlo al doctor Rengell», etcétera. Durante más de una semana tu padre no dice nada y sólo escucha las quejas de tu madre. El hábito nocturno de pronunciar sus tan escasas como ininteligibles palabras se ve interrumpido y tú comienzas a pensar que tal vez has cometido un error, quizás tu estrategia estaba espantosamente mal calculada y quién sabe si, a partir de ahora, tu padre nunca vuelva a su rutina, jamás vuelva a hablar. Tú crecerás, te harás adulto y luego viejo, y acabarás muriendo sin haber llegado nunca a entender ni una sola de sus palabras, ni a él. Por supuesto que todavía no posees el lenguaje necesario como para formular de esta manera la importancia de esta carencia: lo único que tienes es la emoción, la impresión de esa carencia que, a fin de cuentas, es la única interpretación válida. Cómo eres un niño, toda la rabia que te provoca esta carencia la diriges contra tu madre con sus insensatas preocupaciones, hasta que una noche, cuando la estás oyendo, tu padre suspira y, con cierto dejo de irritación en la voz que le da a sus palabras la claridad suficiente como para hacerlas descifrables, dice:

—Pues llévalo a la consulta del doctor Rengell.

Tu madre se entusiasma por un momento. «Sí, creo que es lo que debería hacer», dice, antes de comenzar de inmediato a expresar su preocupación sobre cómo pagar esa visita imprevista y, ella misma admite, un poco innecesaria, al doctor. En ese momento tu padre se tumba de lado para dormir, y a ti, en tu cuna, te invade una sensación triunfante y dichosa: temporalmente libre de cualquier dolor de encías, no sólo has podido oír las palabras de tu padre, sino que, además, las has entendido, a tu manera, y sabes que *se refieren a ti.*

83 Este triunfo no tarda en diluirse la misma tarde del día siguiente, cuando te das cuenta de algo horripilante en tu padre. Acaba de llegar a casa de la panadería y te coge en brazos para acomodarte sobre su hombro. Entonces notas por primera vez que, a diferencia de toda la gente que tú conoces, él no tiene, cinco dedos en cada mano, diez en total. En su mano derecha faltan el meñique y el anular, cercenados justo por encima de la primera falange, donde se ha formado, hace ya mucho, un callo de piel gruesa, cerosa y curtida. Te quedas horrorizado al sentir esos muñones contra la piel desnuda de tu pierna y, como sabes que no son algo normal, lloras y te revuelves, empujando con tus pequeños brazos contra su pecho. Ya en

mitad de su afeitado le queda claro que tú no vas a parar de berrear y forcejear, así que te lleva de vuelta al salón y te deja en el suelo con una mueca de rechazo antes de regresar al baño. Tu madre, al oír el berrinche, acude a toda prisa para determinar cuál es el problema y, aunque tú intentas comunicárselo, sólo consigues empaparle la camiseta con lágrimas y saliva. En cualquier caso no tiene importancia porque tú, a pesar de tu corta edad, te das cuenta de que no hay nada que ella pueda hacer para evitar esa deformidad de tu padre, salvo aplicarle pomada en los muñones para evitar que se cuarteen y ayudarlo con cualquier tarea que requiera el uso de todos los dedos de las manos.

Tu madre cree que tu padre perdió los dedos debido a la metralla de una granada de fragmentación. Ésa fue la historia oficial dada por el capitán del cuerpo de Marines que escribió el informe. Pero lo que realmente ocurrió es lo que sigue: cuando tu padre perdió los dedos se hallaba de permiso en Bac My An, base militar de descanso y recuperación en Vietnam central a la que los soldados llamaban China Beach. Una sofocante noche de noviembre, en el cuarto de una chica vietnamita de diecisiete años ubicado en la segunda planta de un burdel, sin quitarse su alianza de boda y con el bebé de la chica dormido en el suelo, tu padre cometió su primer y único acto de adulterio, antes de caer desplomado por efecto de las cervezas Pabst Blue Ribbon y los chupitos de tequila. La chica vietnamita no sentía especial simpatía por los comunistas; de hecho, no tenía convicciones políticas de ninguna especie. Pero lo que sí tenía era una adicción a la heroína, una madre muerta y un hijo cuyo futuro parecía aún peor que el de ella misma, debido a cómo suelen ver los vietnamitas a los niños nacidos de uniones mixtas. Y aunque ella estaba perdiendo dinero mientras tu padre dormía, le permitió quedarse, incluso se acostó junto a él pese al calor, tumbada de costado, con las piernas flexionadas y la cabeza descansando en el hueco entre el bíceps y el hombro de tu padre. Como la chica, que se llamaba Tran Ly, no tenía más consuelo que entregarse a la fantasía, se permitió imaginar que tu padre era el padre de su hijo y que mañana, o pasado mañana como mucho, se iban a casar y poco después ella y su bebé pondrían rumbo a Estados Unidos. En su imaginación aparecían pulcros edificios impermeables y que nunca explotaban sin previo aviso. Se imaginaba también a su hijo creciendo alto y fuerte, con buena dentadura y un inglés perfecto. Se imaginaba que moría de vieja. Y justo cuanto comenzaba a elaborar esta última fantasía, dejándola discurrir hasta hundirla en el delgado colchón y en una ensoñación adormecida, tu padre dio una fuerte sacudida aún dormido, rompiéndole la nariz. Tran Ly se levantó de un salto, gimiendo de dolor y confusión, y cuando apartó las manos de su cara y vio la sangre se acordó del

verdadero padre de su hijo. Sus gritos se llenaron entonces de amargura.

—*¡Cockadau! ¡Cockadau!* —repitió, lo cual quería decir: «¡Te voy a matar!»

Arqueándose, extendió el brazo hasta la pared y alcanzó el cuchillo carnicero que guardaba allí, el mismo que su madre solía emplear, años atrás, para matar y trocear pollos. Los gritos de Tran Ly habían comenzado a devolver a tu padre a la realidad. Sólo tuvo que abrir los ojos para ver la hoja abatiéndose sobre él, con un malicioso resplandor rojizo provocado por el reflejo de la luz que entraba por la ventana. Se hizo de inmediato a un lado, pero su mano derecha se demoró un poco más. Al encontrarse con el cuchillo carnicero, ambos dedos saltaron, se encogieron y cayeron.

En el hospital tu padre suplicó y fue tratado con discreción por parte del capitán encargado de redactar el informe sobre el incidente. Tran Ly no tuvo tanta suerte. Sin saber qué hacer con ella, la policía militar se la llevó al ejército sudvietnamita, que se encargó de darle el tratamiento destinado a los miembros del Vietcong, consistente en dos tiros —uno en la cabeza, otro en el pecho— con un fusil MI6 fabricado en Hartford, Connecticut. ¿Y el bebé de Tran Ly? Bueno, quizá es mejor que no sepas qué fue de él.

RODNEY

YA HA pasado un tiempo desde que trajeron al bebé a casa y, como mamá ni se entera cuando desaparezco un buen rato, simplemente me voy con la bici a los árboles que están junto al campo de béisbol acompañado por Pete. Estamos construyendo un fuerte subterráneo. He aprendido a construir fuertes subterráneos gracias al libro que tiene papá sobre Vietnam. Los vietnamitas construían siempre sus fuertes bajo tierra y se pasaban allí todo el tiempo. Incluso tenían hospitales subterráneos. Hay que construirlos entre los árboles porque las raíces ayudan a sostener la tierra y así no se desploman. Eso también lo aprendí del libro.

Hace ya bastante que lo estamos construyendo, como dos semanas, pero lo único que hemos hecho hasta ahora es un hoyo más bien pequeño. Pete dice que por qué no nos olvidamos y nos vamos a mi casa a jugar al hockey de mesa. Pete siempre está queriendo jugar al hockey de mesa porque no tiene su propia mesa de juego. Pero a mí no me apetece ir a casa porque no me gusta el bebé y mamá ya ni me mira, así que puedo estar por ahí todo el día. Cuando salgo del colegio, puedo hacer lo que me dé la gana, casi. Pero las cosas serían distintas si no estuviese el bebé. Así que supongo que está bien. No tendría un juego de hockey de mesa, aunque me lo regaló mi tío, que también se llama Rodney y que tiene dinero para comprar cosas que mamá y papá no pueden. Me cae bien mi tío Rodney, pero es distinto a mis padres. Siempre está comiendo cosas raras, como leche de cabra y esa pasta de cacahuetes hecha en la máquina de moler de la tienda naturista. Esa pasta de cacahuetes tiene un sabor raro. El tío Rodney dice que eso se debe a que no le ponen azúcar refinado ni sal ni otras cosas que son malas para la salud: sólo le echan cacahuetes. A mí no me gusta. Pero me gusta ir a casa de mi tío Rodney. Hay gente que llega a todas horas para unirse a la fiesta. A veces se quedan allí, bebiendo cerveza, y ponen música. Y cuando han bebido mucho, caminan torcido y se ríen mucho y me cuentan chistes que se supone que no le debería contar a nadie. A veces viene gente y sólo se quedan un minuto para recoger algo que les entrega tío Rodney y luego se marchan. A veces, si me quedo a pasar la noche, por la mañana tío Rodney o su novia, Rachel, se levantan de la cama y van por ahí desnudos. Él dice que es normal ver el cuerpo humano desnudo y que no hay por qué avergonzarse. No es una persona rara ni nada, sólo que le gusta bajar a la cocina para servirse un vaso de zumo de zanahoria o para hacerse uno de los batidos que bebe y me dice: «¿Qué pasa, chaval?», allí de pie, sin ropa.

Tío Rodney es mi padrino, así que tiene que comprarme cosas.

Mamá solía oponerse a que pasara mucho tiempo en casa de mi tío. Lo que ella decía es que no quería que yo estuviera rodeado de ese tipo de gente con la que sale mi tío Rodney. Pero ahora que está el bebé, puedo ir casi cuando quiera.

A casa del tío Rodney la gente viene a montar fiestas. Es lo que dicen. «Fiesta» significa beber. También significa poner los discos de Lou Reed y de Chicago que, aunque yo me creía que era una ciudad, pues resulta que también es una banda. El tío Rodney me lo explicó. Es una banda y es también una ciudad y, cuando sea mayor, él me va a llevar a Chicago para ver un concierto de los Chicago. Eso dice él. Muchas veces, cuando están de fiesta en casa de tío Rodney, me dejan a cargo del tocadiscos. Cada vez que se acaba un disco alguien dice: «Pon ese de los Carpenters.» Luego se echan a reír y me dicen: «Que no, que era una broma, chaval. Pon algo de Peter Tosh», y como ellos no dejan de reírse a carcajadas, yo también me río mientras busco un disco de Peter Tosh entre las cajas de plástico al lado del equipo. Cuando doy con él, lo saco del sobre cogiéndolo sólo de los bordes para no dejar marcas con los dedos y lo pongo en el tocadiscos. Como hace tiempo que lo hago, he aprendido a poner la aguja con todo cuidado, justo al inicio de la primera canción, sin que se oiga ningún crujido. Los amigos de tío Rodney, en cambio, dejan caer la aguja en mitad del disco y se oye toda clase de raspones. Por eso ahora yo soy el encargado del tocadiscos, porque no me afectan los estragos de las diversiones de los adultos, como dice mi tío. Lo que quiere decir es que yo no me dedico a la fiesta. A veces voy y le pido una cerveza, pero él me contesta que bajo ningún concepto, Dios, tu madre me mataría, por no hablar de lo que me podría hacer el bestia de tu padre. Me dice: «Si quieres algo de beber, tienes zumos Apple and Eve en la nevera. Y ahora vete a jugar al Atari y no te olvides de tomarte tus tabletas de vitamina C. Pero no te pases, que luego el pis se te va a poner amarillo nuclear.»

En casa de tío Rodney, la gente bebe y fuma hierba, y durante un tiempo yo pensé que eso era estar de fiesta hasta que, no hace mucho, me di cuenta de otra cosa. A veces dos o tres personas desaparecían juntas por un rato y luego regresaban de una en una. Al principio yo no me enteraba de lo que estaban haciendo y la verdad es que no le presté mucha atención. Pero un día, cuando estaba en el césped de detrás de casa buscando colillas de cigarrillo para fumar, un día que hacía mucho calor y la ventana del baño estaba abierta, oí a gente hablar, así que me acerqué y me quedé allí, escuchando. Eran tío Rodney con Karen y Frank, el novio de Karen, con el que mi tío juega al *softball*. Estaban hablando y se reían, y hacían un ruido como si se estuvieran sonando la nariz. Me asomé a escondidas y puede ver que

no se estaban sonando la nariz. Hacían turnos para meterse en la nariz algo parecido a una pajita pero de cristal.

Frank levantó la nariz y se la frotó con los ojos llenos de lágrimas. Está buena, dijo.

—Por supuesto que está buena —dijo mi tío—. ¿Cuánta quieres?

—¿Cuánta tienes? —preguntó entonces Frank y todos se echaron a reír.

—Vaya, esta mierda me está matando —dijo Frank—. Tengo el pecho como una piedra. Mira, me salgo, que necesito una copa.

—Bueno, luego hablamos —le respondió tío Rodney—. Ya me dirás algo.

Frank salió y cerró la puerta del baño. Tío Rodney y Karen se quedaron juntos dentro. Mi tío se volvió hacia la ventana, así que tuve que agacharme y ya no pude verlos. A pesar de que dejaron de hablar por un rato, podía oír cómo se movían y hacían ruido con la nariz y la boca, como si estuviesen chupando algo. Y luego se reían. Por un minuto se quedaron en silencio y entonces Karen dijo: Pero qué diablos estás haciendo, como si estuviera enfurecida, aunque no paraba de soltar risitas.

Ya sabes que no he dejado de quererte, le dijo tío Rodney.

No empieces con eso, Rod, le contestó Karen.

¿Y por qué no? Es la verdad, volvió a decir tío Rodney.

No, le cortó Karen. Tú sólo te quieres a ti mismo, a tu coca y a tu mamá; y poco más. Además, tienes una novia. Y yo tengo a Frank. ¿Frank? ¿El tío que estaba aquí hace un momento? ¿Te suena?

Pues dejo a Rachel ahora mismo, dijo tío Rodney. En este mismo minuto. Si me dices que volvemos a estar juntos.

Vete a la puta mierda, Rod, respondió Karen. No tiene ninguna gracia.

Claro, porque estoy hablando en serio.

Karen se rió de él.

Madre mía, no estarás llorando de verdad, ¿no? Debes estar más borracho de lo que pensé. ¿De verdad que tú te crees todas las gilipolleces que me estás contando?

No hace falta que te pongas como una arpía, le dijo tío Rodney.

Al contrario, claro que sí, replicó Karen.

Por Dios, déjalo ya, suplicó mi tío.

Uy, uy, uy. No consigues olvidar lo nuestro. Déjame que te pregunte una cosa. ¿También le vas a Rachel con este mismo cuento que me acabas de soltar o a veces renuevas un poco el repertorio, eh?

Tío Rodney no contestó nada. Oí cómo abría la puerta del baño y regresaba a la cocina.

Puto pringado, dijo Karen.

Yo volví a asomarme y la vi frotarse la nariz antes de retocarse el

pelo frente al espejo. Luego salió del baño.

Yo sabía que acababa de oír algo que no debía. Yo sabía que tío Rodney se metería en un lío gordo con Rachel si ella se enteraba de lo que le había dicho a Karen. A mí Rachel me caía bien, pero no le contaría nada.

Y así fue como me enteré de que la cocaína también forma parte de la fiesta, aunque de un tipo de fiesta que haces en una habitación aparte, con un par de personas nada más o incluso solo. No pasó mucho tiempo antes de que me enterase de dónde guardaba mi tío su cocaína. Tiene tanta que ni se da cuenta si le quito un poco de vez en cuando.

La primera vez que la probé no me gustó. La nariz me ardía y sentía un sabor raro al final de la garganta que me obligaba a tragar saliva cada vez más rápido, como si fuese a echar la pota. Además, se me adormeció una parte de la garganta y eso tampoco me gustó. Pero unos segundos después algo ocurrió y me dio el subidón. Así es como lo llaman los amigos de tío Rodney cuando están de fiesta. Vamos a hacernos una, ¿quién quiere un subidón?

Pero hoy estamos con Pete cavando nuestro fuerte subterráneo y le voy a preguntar si quiere probar un subidón conmigo. Estoy nervioso porque, aunque ya lo he hecho unas cuantas veces, siempre he estado solo y me preocupa que alguien más pueda enterarse. Tío Rodney se pondría como loco. A mamá, como está todo el tiempo con el bebé, probablemente le daría igual pero papá seguro que se pondría furioso. Pero Pete es mi mejor amigo y no importa, incluso si no quiere probarla, porque estoy seguro de que no dirá nada.

Así que saco la cocaína y el tubito de mi bolsillo y lo dejo encima de una piedra grande que hay junto al montón de tierra extraída del hoyo que estamos cavando. La cocaína está envuelta en el papel de plata de un paquete de cigarrillos vacío. Una vez vi que tío Rodney lo hacía así: estiras el papel de plata, pones la cocaína en medio, luego doblas el papel por la mitad y así evitas que se caiga. Solamente sirve cuando es poca cocaína pero, como ya dije, yo sólo cojo un poco de vez en cuando.

Pete no se da cuenta cuando saco la cocaína y abro el papel. Está mirando al río, donde una marmota acaba de pasar corriendo junto a la orilla, en la que están los árboles caídos, sobre el lodo. Sólo se da cuenta cuando comienzo a hacer rayas con la cocaína.

Pero ¿qué haces?, dice.

Preparo unos tiros, le explico.

Pete sale del hoyo en el suelo y se queda de pie junto a mí. ¿Qué es eso?

Prueba un poco.

Pero ¿qué es?

Cocaína. ¿Quieres probar?

Pete echa una mirada nerviosa alrededor como si creyera que alguien nos está observando.

¿De dónde la has sacado?

Yo cojo el tubito y se lo enseño.

¿Ves cómo lo he cortado?, le pregunto. Tienes que cortar la punta así para que el polvo suba directo por el tubo.

Noto que Pete está bastante impresionado con todo.

¿Qué? ¿La quieres probar o no?, le digo.

Creo que no.

Supongo que estará esperando a que lo jalee un poco, que empiece a decirle cosas tipo, vamos, no seas miedica. Pero no le digo nada de eso. Sólo, Bueno vale y me coloco el tubito en la nariz, me inclino hasta que la punta casi toca con el papel de plata y entonces aspiro y muevo el tubo hacia arriba hasta que la raya desaparece. Me pongo de pie y toso un poco, entrecerrando los ojos, y veo que Pete está incluso más impresionado que antes. No me quita los ojos de encima, como si no pudiera creer lo que acaba de ver.

Eso no es de verdad, dice.

Sí, claro que lo es.

Siento ese sabor asqueroso en el fondo de la garganta. Aunque ya me he acostumbrado, todavía me dan un poco de ganas de potar. Trago saliva una, dos veces.

Bueno, Rod, creo que me tengo que ir, dice Pete.

Hemos dejado las bicicletas a un lado, sobre el césped, y hacia allí se encamina.

Y entonces me viene el subidón. Siempre me pasa así, súper rápido.

¿Adónde vas?, le pregunto a Pete.

A casa, me contesta.

Aún nos queda mucho trabajo por hacer aquí, le digo.

Pete observa mientras doblo el papel de plata y me lo guardo en el bolsillo. Ha cogido su bicicleta y permanece de pie, a su lado, con las manos en el manillar. Volveré más tarde a echarte una mano, me dice.

Pero, Pete, vamos, insisto yo, un poco asustado ahora porque nunca he visto ponerse a alguien así y yo había pensado que se lo iba a tomar tan tranquilamente y no parece que sea así y me preocupa que se lo vaya a contar a alguien. Bueno, vamos a mi casa entonces. Y podemos jugar al hockey de mesa.

Pete se monta en su bici. Me tengo que ir, Rod. Nos vemos luego.

Baja por el camino de tierra y deja atrás los árboles hasta alcanzar la carretera. Yo me quedo mirando cómo se aleja. Enseguida, como me entra miedo, dejo todo allí tirado, las palas, las cubetas, el pico y me

subo a la bici y salgo a toda velocidad detrás de él, pero ya ha desaparecido. Pedaleo hasta su casa y veo su bicicleta reclinada contra los escalones de la entrada, pero no me atrevo a llamar a la puerta porque el coche de su madre está aparcado junto al garaje.

Me voy a casa y me quedo un rato leyendo un libro sobre la leyenda del béisbol Cari Yastrzemski que conseguí en la feria del libro de mi colegio. Luego vuelvo a meterme otra raya. Después llamo a Pete, pero contesta su madre y pregunta que quién es. Yo le respondo y ella me dice que no sabe por qué, pero Pete no quiere hablar conmigo, ¿tuvimos una pelea? Yo le contesto que no y ella dice bueno, no sé cuál es el problema pero tal vez no deberías llamar durante unos días, cariño, ¿te parece? Vale, le respondo y cuelgo sin poder hacer nada. Mamá está en el baño con el bebé y papá está trabajando en el almacén. Así que salgo fuera, cojo mi bici y me voy a casa del tío Rodney.

HERMANO

82 ESTO es lo que has de saber sobre tu hermano:

Al igual que tú, tu hermano es un niño, si bien algo mayor y más independiente tanto en sus circunstancias como de espíritu. Su soberanía y tu falta de la misma son inversamente proporcionales: cuanto más se desvela tu madre por ti, menor es el tiempo que ella dedica a cuidarlo a él, a prestarle atención y a mantenerlo controlado. Tu padre, agotado por el trabajo, cuenta poco en esta ecuación, excepto como hombre del saco: «Rodney, pórtate bien o se lo digo a tu padre» es la amenaza que tu madre usa sin mucho éxito. Así las cosas, Rodney se ha convertido en un chico testarudo y pertinaz, cuya testaruda y pertinaz forma de actuar es muy probable que ocasione una vida más llena de penas y pesares de lo normal.

Ésta no es, sin embargo, la única razón por la que tú deberías intentar evitar el impulso natural de copiar e imitar a tu hermano, un impulso del que tú ya has dado muestras con tu creciente tendencia a desobedecer a tu madre por el simple gusto de llevar la contraria, así como con tu inclinación a montar violentos enfrentamientos entre animales de peluche, por no hablar del desafortunado incidente que llevó a la pérdida de los nunchakus de tu hermano, que sólo sirvió para aumentar su resentimiento hacia ti.

81 La relación con tu hermano será, en muchos sentidos, el más complejo y desconcertante de todos los vínculos interpersonales que tendrás que establecer. Un hermano mayor es al mismo tiempo una figura autoritaria y un semejante, un amigo y un enconado enemigo, un compañero y un rival, y durante toda tu vida pondrá en juego todos estos roles contradictorios. En estos momentos, la rivalidad es lo que más sobresale debido a la diferencia de edad y al resentimiento que él siente hacia ti por monopolizar la atención de vuestra madre. Cuando seas víctima de un trato degradante por su parte, intenta recordar que, más que el simple deseo de causarte daño o dolor, está esforzándose por recuperar algo de atención hacia él, aunque sea en forma de regañinas y castigos.

Por supuesto, tu hermano hace muy difícil que te acuerdes de esto. Para ello cuenta con los típicos maltratos. Están los empujones y los golpes, el robo y la retención de juguetes, la sonrisita de satisfacción cuando comienzas a berrear. O sentarse demasiado cerca y justo delante de la televisión para no dejarte ver *Barrio Sésamo*. En una ocasión te sostiene boca abajo sobre el torbellino burbujeante de un inodoro cargado, introduciéndote repetidamente en la taza de

porcelana, una y otra vez, hasta que aparece tu madre corriendo y os encuentra a los dos: él, que te sujeta por los tobillos con ambos puños; tú, con las pequeñas venas que cubren tus sienes palpitando, los ojos cerrados con fuerza y el pelo goteando con agua del váter.

Sin duda, Rodney te habría sometido a esta tortura de nuevo, porque la encuentra fascinante; excepto que unas horas más tarde la potencial amenaza de vuestro padre se convierte en el hecho real de vuestro padre, con todo su volumen, su furia y una mano implacable: es una experiencia a la que tu hermano no deseará verse enfrentado nuevamente durante bastante tiempo.

Pero todos estos tormentos menores no son más que una preparación, porque tu hermano es listo y astuto, paciente y malicioso, el tipo de persona que tiene la capacidad de esperar hasta detectar el punto débil, reconocer cuándo surge y sacarle provecho en el momento justo. Entonces descubre tu debilidad y comienza a sacarle partido, casi por accidente, gracias al milagro de la televisión por cable.

80 El cable ha sido instalado a petición de tu madre. Tu padre duda de que puedan pagarlo con la montaña de facturas que se acumulan desde tu nacimiento por visitas inesperadas al médico y que él aún intenta poner en orden, por no mencionar los otros gastos que no paran de llegar en gruesos fajos de papel amarillento, ni las facturas extendidas en Ohio y Nueva Jersey mientras él se dedica a cortar pasteles de colores en la panadería, ni los intereses que continúan aumentando mientras él pasa sus días cargando y descargando todo tipo de paquetes de los camiones, ni las facturas que se siguen imprimiendo y enviando cuando él, en una breve pausa antes de entrar al siguiente turno, se queda dormido en ese destartalado sillón de toda la vida, con un tazón de café aprisionado por los dedos de su mano buena. Pero tu madre está a punto de estallar por la creciente frustración que implican tus cuidados —en vano, según tu padre— y por tener que lidiar con la insurrección de tu hermano y con este cacharro del cable, que se ha hecho tan popular que la delegación local de la CBS, ubicada en Bangor, a cien kilómetros de distancia, ha debido repartir la señal de emisión hasta tal punto que ahora ella no consigue una buena recepción para ver la telenovela, su único momento de reposo durante la tarde. Así que tu padre cede y, poco después, aparece en vuestra casa un hombre con una gorra blanca de plástico duro y un cinturón del que cuelgan herramientas, al que tu madre ofrece una taza de café antes de acompañarlo hacia el salón, donde, colocada encima de la televisión, descansa la Caja. La Caja receptora de la señal está conectada a la televisión mediante un grueso cable negro y tiene una hilera de

botones en la parte de arriba que hacen un ruido fascinante cuando los aprietas. Esos botones controlan también la imagen que aparece en pantalla y, como la televisión está puesta en una mesilla auxiliar baja, tú, poniéndote de puntillas todo lo que puedes y sujeto con una mano a la parte de atrás del televisor para no caerte, consigues alcanzarlos. Y los aprietas. Controlas la imagen. Tienes el poder.

79 Como tu hermano no puede permitir que tengas poder alguno, por insignificante que sea, intenta impedírtelo. Primero por la fuerza: te sorprende jugando con los botones, en algunos casos incluso cuando la televisión está apagada, y te hace a un lado de la Caja para sonreír y regodearse ante la andanada de lloriqueos que sigue, neutralizando con un esfuerzo ridículamente mínimo cualquier intento tuyo de apartarlo para volver a alcanzar los botones. Pero su victoria dura poco porque el radar de tu madre, atento al más sutil amago de incomodidad por tu parte, es de una precisión sin parangón, lo que hace inevitable su aparición para regañar a tu hermano, y obligarle a que te deje en paz. Una, dos, tres veces; y a la tercera ella le advierte que es suficiente, que una vez más y se lo dirá a vuestro padre. El recuerdo de la última ocasión en que tu padre intervino permanece tan fresco que tu hermano prefiere desistir. Entonces se sienta con sus brazos flacuchos cruzados sobre el pecho, echando humo mientras las imágenes se suceden a toda velocidad delante de él: un flash de *Superfriends*, un nanosegundo de *Creature Double Feature*, un inigualable instante medio borroso de *Fat Albert*.

Y así durante semanas, aunque te das cuenta de que, cuanto más juegas tú con la Caja, más se aleja tu hermano. Prefiere retirarse al refugio que tiene en el apartamento de tío Rodney, donde puede ver la televisión e incluso jugar con la Atari durante horas, sin molestias ni interrupciones. Entre semana apenas lo ves. Y eso es una suerte porque, cuando ya ha pasado más de un mes, tú comienzas a aburrirte con la Caja, y en las actuales circunstancias sólo tienes que ponerte a jugar con ella durante unos diez minutos, cuando tu hermano llega a casa para cambiarse su única ropa del colegio en buen estado, y entonces se larga y te deja en paz para que puedas divertirte con tus coches Matchbox o incluso para que te pongas a jugar con el muñeco de Boba Fett de tu hermano o con su set de béisbol Wiffle porque él no está en casa para quitártelos.

78 Este placentero estado de cosas llega a su fin un sábado gris, cuando tu tío Rodney se marcha de «negocios» el fin de semana y tu hermano no puede salir de casa a jugar por ahí porque ha estado lloviendo tres días sin parar y el pueblo se ha convertido en un inmenso lodazal. Así que los dos tenéis que jugar frente a frente en el

salón, cada uno en su rincón. Tu hermano se va a su habitación para mantenerse lejos de ti y de tu mareante costumbre de apretar una y otra vez los botones, pero como tu madre quiere ahorrar en la factura de la electricidad sólo deja que esté encendida una sola luz, la del salón, y tu hermano no aguanta la penumbra grisácea de día lluvioso sin la alegría artificial de la bombilla de su cuarto. Sobre todo cuando es sábado y él debería estar entregado a la constante y frenética agitación infantil desde el amanecer hasta el crepúsculo, disfrutando de cuanta diversión y libertad sea posible, en anticipación a la mañana del domingo, con sus sombríos procedimientos relacionados con la misa y la sensación de que el mundo ha sido sumergido en ámbar hasta quedar no sólo suspendido, sino sofocado, muerto. Para tu hermano sólo existe una escapatoria al aburrido tormento dominical: el apartamento de tío Rodney, donde los domingos son como casi cualquier otro día de la semana. Pero claro, este fin de semana, con tu tío fuera de la ciudad, esa opción no existe. Así que vosotros dos tenéis que compartir el salón de casa con una tranquilidad tan frágil e incómoda como la de palestinos e israelíes; tú con la Caja, él con un fajo de cromos de béisbol. Ahora se dedica a ordenar sus cromos en montones sobre el sofá, organizando los jugadores por equipo y haciendo grupos aparte con los que salen repetidos o con los que son especiales. Cada vez que abre un nuevo sobre se echa a la boca el polvoroso chicle que contiene y, aunque hace un rato que mastica una bola lo suficientemente grande como para asfixiar a tu dinosaurio favorito, el brontosaurio, no para de engullir, chicle tras chicle, hasta que casi se disloca la mandíbula para continuar rumiando. Mientras tanto tú no dejas de dar pantallazos. La secuencia epiléptica de imágenes en la televisión es como un folioscopio sin ningún tipo de narración argumenta!: una chica da vueltas en un neumático colgado de un árbol, *¡pantallazo!*, un robot gigante de dibujos animados lucha contra un calamar gigante de dibujos animados, *pantallazo*!, una bola de luz de tal intensidad que el mundo queda reducido a polvo y silencio.

De pronto te has quedado traspuesto y dejas de apretar los botones.

Esta última imagen es una secuencia de las pruebas nucleares llevadas a cabo en Nevada, hace más de treinta años, que ha sido incorporada a las predicciones del vidente francés Nostradamus. Como la mayoría de los videntes que han gozado de alguna popularidad, Nostradamus pasó largo tiempo pronosticando cómo sería el fin del mundo y, aunque estaba equivocado, las imágenes del programa televisivo son lo bastante cercanas a la verdad que tú ya conoces y te dan un susto de muerte. Inmóvil como una roca, excepto por tu corazón, que bate de pronto a un ritmo insostenible, tú miras con

atención. Primero, la bola de luz que se expande rápidamente hasta su estallido. Casas, árboles y aterradora gente sin rostro son presa del fuego. Lánguidas llamas consumen con indiferencia los techos de las casas y los cuerpos, parten árboles por la mitad y lanzan a las personas y coches dando tumbos hacia la oscuridad. El mundo ha desaparecido y en su lugar se alza una enorme y feroz columna de cenizas y humo: tú reconoces al Destructor de Mundos que hasta ahora sólo habías entendido de manera abstracta. Aquí lo tienes en toda su concreción y, ante Él, caes desfallecido sobre la alfombra mugrienta, temblando y sollozando en silencio mientras tu hermano observa con la boca tan llena de chicle que es incapaz de articular las palabras necesarias para preguntarte qué te pasa.

Su impresión es que es bastante posible que hayas estirado la pata y, pese a que te odia, se trata solamente de ese odio benigno común entre hermanos pequeños. Por ningún motivo te quiere ver muerto, sobre todo sin testigos alrededor que puedan dar fe de que él no tuvo nada que ver. Así que atraviesa el salón preocupado, tanto por ti como por él mismo, a pasos lentos y cautos.

—Junior —dice, de pie junto a ti, con la voz acogotada por el miedo y la bola de chicle.

En ese momento observa tus mínimas convulsiones, los pequeños músculos de tu cuello y de tus brazos que se hinchan y palpitan, las lágrimas que salen de tus ojos. El alivio que debería sentir al darse cuenta de que no estás muerto se ve sustituido por un pánico creciente porque, aunque sigas con vida, está claro que algo malo, muy malo, te sucede, algo que él, con sus escasos nueve años de existencia, no está preparado para enfrentar o entender. Estira entonces un brazo hacia ti y vuelve a repetir:

—¿Júnior?

Pero cuando te toca y siente la fiebre y la tensión de cada célula histérica en tu cuerpo, retira de inmediato la mano: ahora son sus ojos los que están anegados en lágrimas.

Entonces recurre al acto que, por defecto, realizan todos los niños cuando se ven enfrentados con un inconveniente que supera su capacidad de compresión:

—¡Mamaaaá!

Tu madre responde más lento que si fueras tú el que grita necesitado de ayuda. Ya ha pasado un minuto completo cuando ella se asoma a la puerta que separa el salón de la cocina, con un atisbo de ligera exasperación en el rostro.

—¿Qué pasa, Rodney? —pregunta suspirando, y ella misma encuentra la respuesta al verte a ti, encogido y echando espuma sobre el suelo.

De un brinco, tu madre cae de rodillas junto a ti, provocándose

quemaduras de segundo grado por la fricción contra la alfombra. Recoge tu cabeza y la acomoda en su regazo.

—¿Qué le has hecho a Junior? —le chilla a tu hermano.

Él permanece mudo, con los brazos a los lados y los ojos abiertos de par en par.

—¿Qué le has hecho? —repite ella, y lo agarra de la camisa y tironea con fuerza, movimiento que provoca que la bola de chicle se le aloje en el fondo de la garganta y se quede ahí atascada.

La escena es la siguiente: tu madre en el suelo, que comienza a acusar el dolor en sus rodillas y se aproxima a la histeria a toda velocidad; tú, con la cabeza en su regazo, más encogido que una gamba recocida y con todos los músculos de tu cuerpo contraídos en una sola masa; tu hermano, dando vueltas alrededor del salón con los ojos desorbitados, se lleva las manos a la garganta y luego manotea, intentando conseguir algo de aire, aunque sus esfuerzos por respirar pasan desapercibidos. Mientras todo esto tiene lugar, en la pantalla de la televisión, mediante el milagro del montaje, el mundo vuelve a recomponerse para ser devorado una y otra vez por la terrible bola de luz. Y tú, con los ojos fijos, no puedes dejar de mirarlo.

77 Sólo cuando tu hermano se desploma semiinconsciente contra el hombro de tu madre, ella se da cuenta de que se está asfixiando. Pero, movida por la impresión de que él es responsable de lo que sea que a ti te aflige ahora, le da media vuelta y con la mano abierta le arrea unos manotazos en la espalda mucho más fuertes de lo necesario. Después de un buen par de golpes, el chicle sale despedido de su boca y aterriza en el suelo, brillante e inofensivo, frente al sillón reclinable. Mientras él continúa tosiendo, tu madre no deja de darle guantazos e insultarlo. Le está soltando una tunda de cuidado, concentrada en el centro de la columna, entre ambos omóplatos, de modo que al día siguiente tu hermano lucirá un moretón con la forma aproximada de una mano que, durante el curso de la semana, irá recorriendo el arco iris de colores repulsivos que puede adoptar una contusión antes de desvanecerse.

Aunque con cada golpe tu madre logra que tu hermano pierda el poco aliento que ha conseguido reunir en sus pulmones, en un acto extremo de pura supervivencia él logra vociferar:

—¡La tele, mamá! ¡Apaga la tele!

Roto su frenesí, vuestra madre desplaza su atención al aparato de televisión y luego hacia ti. Tu hermano tiene tiempo para respirar de forma profunda y entrecortada antes de hallar la necesidad y la energía suficientes para llorar por un rato.

De alguna forma, en medio del pánico que la embarga, vuestra madre se da cuenta de que debe calmarse y pensar con claridad.

Haciendo un esfuerzo de voluntad que hasta a ella misma le resulta sorprendente, logra calmar su respiración y se enjuga el velo de lágrimas que le cubre los ojos. Entonces se inclina hacia adelante para observar tu rostro con atención y se percata de que tu mirada, pese a parecer vacía y ciega, sigue las imágenes de la pantalla al levantarte ella la cabeza. Haciendo una rápida conexión entre lo que ve y lo que acaba de decir tu hermano, se da la vuelta y le atiza al botón de encendido de la televisión con la palma de la mano.

La imagen desaparece y tu cuerpo se vuelve mustio como una funda de almohada vacía. Tus ojos se cierran. De las comisuras de tu boca brota espuma como de una lavadora desbordada. Tu madre te introduce los dedos en la boca para ayudarte y, al sacarlos, cuelgan de ellos abundantes hilos de saliva. Con la mano que tiene libre, atrae hacia ella a tu hermano, cuyo llanto ha aminorado hasta convertirse en un sorber de mocos con ojos acuosos.

—Rodney, cariño —le dice—, necesito que llames a tu padre al almacén. ¿Puedes hacerme ese favor, cielo?

Tu hermano se limita a mirarla fijamente, como si el ataque de asfixia sufrido le hubiese provocado alguna clase de sordera.

—Rodney —vuelve a rogar tu madre—. Escúchame, cariño. Mamá lo siente mucho, no quería golpearte tan fuerte, ¿vale? Estaba asustada. Pero lo que ella necesita ahora mismo es que llames a papá al almacén. El número está en la pared, junto al teléfono. Es el tercer número de la lista, ¿vale?

Hay toda una serie de razones por las que tu madre ha decidido hacer venir a tu padre para llevaros a todos al hospital. En primer lugar, él es quien la protege del mundo, la roca contra la cual ella lanza todos sus problemas para ver cómo se rompen en pedazos. E incluso cuando la situación exige claramente de un saber cualificado que tu padre no posee —como el caso de un doctor o de un contable titulado—, siempre es y será él la única persona a la que ella llame. En segundo lugar, el único vehículo que poseen, un Ford Country Squire familiar de 1973 de color verde menta con paneles imitación madera y problemas de encendido, está con él, en el trabajo. Tercero, aunque el coche estuviera en casa ella no podría usarlo porque casi siempre se niega a arrancar, así que tu padre tiene que empujar los más de dos mil seiscientos kilos de automóvil hasta ponerlos en movimiento, para lanzarse a la carrera, saltar dentro por la puerta abierta y soltar el embrague.

Con algunas frases más y un empujoncito en dirección a la cocina, tu hermano hace lo que le dicen. Mientras tanto, vuestra madre continúa angustiada por ti y te acaricia el pelo hacia atrás con las manos temblorosas, inclinándose repetidamente para comprobar que sigues respirando pese a que a estas alturas no hay evidencias de que

ocurra nada más traumático que un sueño muy profundo.

76 Tu padre no tarda en llegar del almacén. Como siempre, su apariencia es calmada e imperturbable, aunque un observador minucioso sería capaz de leer las sutiles señales de intranquilidad: el bigote torcido sobre sus comisuras, por ejemplo, o la carótida que bombea con furia bajo la piel grisácea de su garganta. Te recoge como una pala y te coloca contra su pecho, sostenido por su mano mala. A continuación, escolta a tu madre y a tu hermano hacia el exterior, donde espera el Country Squire, y conduce a esa cuadrilla de rostros lacrimosos y afligidos hacia el hospital.

75 Una vez allí, las enfermeras se encargan de poner vendas en las rodillas de tu madre y auscultan la nariz y la garganta de tu hermano en busca de cualquier otra obstrucción. Una de las enfermeras repara en el tabique nasal, reseco y costroso, claro indicador de un consumo abusivo de cocaína. La mujer manda llamar a un doctor quien, tras echar una mirada y tomando en consideración la edad de Rodney, opta por verlo como restos algo curiosos de un constipado. Tú, por otra parte, eres el verdadero misterio médico, el enigma. El joven médico en prácticas que te examina escucha el relato de tu madre sobre lo ocurrido, intentando lidiar con la perplejidad y el escepticismo que lo asaltan. Aunque esta tarde al joven le está resultando difícil lidiar con casi todo después de que su mujer, una sureña a la que el matrimonio con un doctor aún no acaba de resultarle ni tan glamuroso ni tan pródigo en compras en el centro comercial como ella había imaginado, diera indicios esta mañana de que tal vez estaba pensando en la posibilidad de dejarlo. Y aún no llegan al año de matrimonio. Como resultado, el médico se encuentra un tanto distraído.

—¿Me está diciendo que los ojos del niño estaban fijos en la televisión? —le pregunta el joven médico.

—Sí —responde tu madre.

Mientras tú sigues durmiendo, el médico te coloca de costado y escucha tus pulmones con un estetoscopio.

—Y cuando apagó usted la televisión —indaga—, ¿el ataque cesó, sin más?

—Y se quedó dormido —añade tu madre.

—Mmmmh. —El médico vuelve a ponerte de espaldas y se frota la barbilla meditando—. No muestra signos de intoxicación y el examen toxico— lógico es normal. Es posible que John…

—Junior —interrumpe tu madre.

—… que Junior haya sufrido lo que se denomina un ataque fotosensible. Eso puede deberse a la exposición a los cambios de

colores luminosos en una pantalla de televisión. Aunque usted me dice que nunca había ocurrido nada semejante con anterioridad, ¿no? El niño ya había visto televisión antes sin ningún problema, ¿verdad?

—Sí.

—Mmmmh.

—Y además no despierta —dice tu madre—. ¿No debería haber despertado ya?

—Es común observar cierta letargia y, en algunos casos, un sueño profundo y prolongado después de un ataque —es lo que explica el médico en prácticas, aunque en realidad piensa que tu madre tiene razón, que ya deberías haber despertado hace un rato—. Mire, le vamos a hacer un par de exámenes más. Aún no estoy totalmente satisfecho con lo que tenemos.

74 Pero los exámenes no muestran nada porque aún no se ha inventado el test capaz de diagnosticar el caso de un paciente que sufre de angustia espiritual causada por el conocimiento del fin inminente de la vida. Así pues, más gastos inútiles para tu padre, que él se encarga de sobrellevar con la adusta paciencia de Atlas. También tiene que aguantar, aunque con menos paciencia, la sugerencia deslizada por el médico de que tu madre está chiflada, así que os conduce a los tres hacia la salida antes de sentirse obligado a mostrarle a este papanatas diplomado un truco que aprendió en Vietnam en el que emplea dos de sus dedos, los orificios nasales del practicante y un brusco movimiento ascendente.

73 Cuando la familia llega a casa, tú te acabas de despertar, aunque no eres el mismo ser enérgico y simpático de todos los días. En silencio y con mirada glacial, rechazas el puré de zanahorias y la pechuga de pollo Shake ’n Bake que te ofrece tu madre. Mientras el resto de la familia se sienta a comer, tú permaneces en el suelo de la cocina, con la espalda contra uno de los armarios, ensimismado como un adolescente infeliz, lo que resulta cómico en el caso de un niño de tres años de edad. Pero nadie se ríe, mucho menos tu madre.

Acto seguido, tu padre pide disculpas y se marcha con el muslo de pollo aún en la mano porque comienza su turno en la panadería. Tú, enfundado en tu peto Tuffskins, sigues con la vista clavada en el suelo de la cocina mientras te revuelves lánguidamente tu propio pelo. De una forma o de otra, esto se prolonga durante semanas y meses, hasta que tu madre llega a olvidar que alguna vez fuiste un niño animado y feliz, y deja de preocuparse tanto. Ahora eres un niño serio. Ella ya ha conocido otros niños serios. No es que le parezca bien pero, después de todo, en la mayoría de los otros aspectos, pasas por ser un niño normal, excepcional incluso: ya has conseguido aprender a leer por tu

cuenta y sobresales en el uso del orinal en menos de una semana. Por lo demás, comes y duermes con normalidad y no has tenido una recaída en tu ataque.

72 Esto último se debe a que ahora temes a la televisión como un gato al agua. Temor que tu hermano no tarda en reconocer y aprovechar: cada vez que entras en el salón enciende la televisión y, sin importar qué estén dando, tú te das la vuelta y huyes despavorido con tus pasitos infantiles por donde viniste. Siempre es igual. Es una forma infalible que tu hermano tiene para deshacerse de ti, de manera que ahora pasa la mayor parte del tiempo en el salón de casa, solo y sin molestias, haciendo como si ni siquiera tuviera otro hermano.

JOHN SENIOR

EN LA panadería estoy solo. Es un sitio pequeño. Sólo yo y los cuernos de frambuesa, los pasteles de carne y mi cigarrillo encendido en el cenicero, cerca del fregadero de atrás. Cada cierto rato un coche cruza la oscuridad de la calle frente al ventanal de la entrada. Ésa es casi toda la gente que veo cuando estoy allí, hasta que acabo mi turno a las ocho y aparece Monica para abrir la tienda durante el día. Son doce horas seguidas en solitario, con la radio como única compañía. Pero me gusta: estar solo. En invierno es incluso mejor, cuando hay tormenta y la nieve se acumula fuera y no pasa ningún coche. Dentro de la panadería se está caliente y hay cantidad de cosas para mantener mis manos ocupadas. En momentos así tengo la sensación de que podría ser la única persona en todo el planeta. Podría quedarme haciendo pasteles y viendo la nieve amontonarse hasta el final de los tiempos, siempre que hubiese suficiente café a mano. No necesito ninguna compañía, a diferencia de lo que parece sucederle a otros.

Por eso mismo hay veces que me canso de los demás; de tener que oír a los colegas en el almacén. Siempre están hablando de lo que habrían hecho y de lo que habrían sido si no hubiese ocurrido tal o cual. Como si sus esposas, sus bebés y sus hipotecas fuesen accidentes que les ocurrieron inesperadamente. Sólo hablan para escucharse a ellos mismos, para rellenar las largas horas dedicadas a cargar y despachar; en mi opinión, esas horas las pasaríamos mejor en silencio si realmente no hay nada que decir. A menudo intercambian historias sobre las juergas y gamberradas que hacían cuando eran chavales, nada del otro mundo, la verdad: romper los buzones de los vecinos a golpes de bate o beberse el whisky de sus padres para luego saltar desde una ventana de la segunda planta sobre la nieve acumulada. Pero lo cuentan como si fuesen archicriminales, como si uno debiera quedarse tan impresionado como ellos mismos. Éste es el tipo de conversación que acaba luego en las típicas frases «si pudiese», «si hubiese» que ya mencioné: mirad lo que éramos, ¿cómo hemos terminado convertidos en lo que somos?

Porque ya sois adultos, me gustaría responderles. Y tenéis que actuar como tales.

Si yo quisiera, podría decirles unas cuantas cosas que seguro les iban a poner los pelos de punta. Todos fueron declarados no aptos para servir en el ejército —por pies planos, duros de oído o cualquier excusa que se les ocurrió, o porque eran demasiado jóvenes—así que yo soy el único que hizo el servicio militar. Yo sí que podría contarles cosas que me han pasado, entretenidas y no tanto. Eso si tuviera esa

inclinación a hablar del pasado. Pero no es lo mío.

Así que tengo que escucharlos hablar por el simple hecho de que yo estoy allí y ellos también, y ninguno de nosotros se larga pronto. Oír cómo estuvieron a un tris de haber sido mucho más que simples cargadores de almacén. Dan Coyne es el peor: nunca se cansa de contar el año que pasó de camarero en Fort Myers, que si ganaba no sé cuánto dinero, que si luego se podía continuar la temporada más al norte, en colonias de verano de lujo como los Hamptons, donde se ganaba lo suficiente como para tener una casa en ambos sitios, para ir de un sitio a otro haciéndose rico con la gente rica y sin necesidad de ver nunca un copo de nieve.

Vale, suena fabuloso. Pero la pregunta obvia es: y si era tan fantástico, ¿por qué lo dejó? Preguntárselo es un error, desde luego. Lo sé porque lo hice una vez, tratando de ser educado. Me tuve que tragar su historia de que conoció a una chica que luego se quedó embarazada y que lo trajo de regreso a Maine porque, después de todo, aquí estaba su casa. Y entonces se casaron porque era lo correcto, aunque si pudiera él aún estaría viviendo la gran vida de entonces. Pero no te equivoques, que él sí que ama a su familia; mira si no lo que tiene que aguantar todos los días en este sitio de mierda: si eso no es una prueba de amor, entonces qué coño puede serlo. Es probable que tenga razón, es una prueba de que los ama. Pero para mi forma de ver, también es una prueba de que es un cobarde con poca imaginación que no piensa antes de actuar. De otro modo, habría sido lo suficientemente sensato como para darse cuenta de que no quería tener una familia y hubiese actuado con disciplina para evitarlo.

La gente comete errores, por supuesto, bebe en exceso, dice cosas en las que no cree, se gasta el dinero que no tiene, forma una familia sin haberlo planeado. Yo mismo, lo quiera o no, he hecho todas esas cosas. Tal vez lo que de verdad me molesta es que los tíos como Dan nunca se hacen cargo de sus propios errores, nunca aceptan su vida como lo que realmente es a día de hoy, con todas las meteduras de pata que los han traído hasta este lugar y este momento. En cierta manera, esencialmente no están *aquí*. Continúan en un pasado que nunca existió realmente o en un futuro que nunca existirá; a pesar de que sus cuerpos se hallan aquí, en este almacén, cargando paquetes reales en contenedores reales, con esposas y niños reales que los esperan en casa, y rodeados de muchas oportunidades reales para disfrutar con pequeños pero significativos placeres. Ésos son los placeres que disfruto, a mi manera, y que nunca desaparecen. Tener a Junior en brazos, pese a que ya tiene cinco años y es un poco grande para seguir haciéndolo. Fumarme un cigarrillo cada mañana contemplando desde el ventanal de la panadería cómo el cielo pasa de negro a rosa y luego a azul. Cepillar el pelo de Debbie. Quedarme

dormido sobre el periódico de la mañana. Tomarme un par de días de permiso en otoño para cortar leña con Rodney. Esas ocasiones nunca las desperdicio. Ahí estoy.

No estoy diciendo que no tenga nada de lo que arrepentirme. ¿Quién cree a alguien que dice algo así? Cuando alguien sostiene que no se arrepiente de nada, doy por hecho que esa persona y yo tenemos una definición diferente de la misma palabra, y no le doy más vueltas. Por mi parte, hay dos cosas de las que me arrepiento, aunque trato de no pensar mucho en ellas. ¿De qué sirve? Ambas son de bastante peso en lo que a arrepentimiento se refiere. La primera es no haber sido un jugador de béisbol de las grandes ligas. En 1968, cuando estaba en secundaria, fui seleccionado por los Astros durante la primera ronda. Ser seleccionado no es una garantía de que fuese a jugar en las grandes ligas —la mayor parte de los jugadores ni siquiera sobrepasan las ligas menores—, pero yo sí podría haberlo hecho. Cuando estaba en mi último año de secundaria bateé un promedio de .647, con 22 *home runs* y 65 carreras impulsadas, los segundos mejores resultados del país. La gente aún habla de ello. Yo era más grande, más rápido y más fuerte que muchos de los tíos que jugaban en las ligas mayores, especialmente en la tercera, en la que los jugadores tienden a sacrificar la potencia por un promedio sostenido. Vamos a ver; hoy tienes a un tipo como George Brett, un jugador grande y fuerte de la tercera, con cierta velocidad y con aspecto de ser capaz de batear un promedio de .400 este año, la primera vez que alguien lo consigue desde Williams. Pues yo era más grande que Brett y estoy hablando de 1968. Un metro noventa y ocho, 108 kilos, golpeaba con potencia en cualquier posición, me las arreglaba para batear los *line drives* hacia ambos lados y lanzaba a primera —con precisión— en carrera. En aquel entonces no había nadie capaz de hacer todo eso, sólo yo.

Pero nunca me di la oportunidad de demostrarlo. Cuando recibí el telegrama de los Astros no supe qué hacer. No fue una sorpresa para mí; sabía que había sido seleccionado, pero entonces era algo de verdad y tenía que tomar una decisión de verdad. Me senté en mi cama, en el cuarto que compartía con mis cuatro hermanos. Leí el telegrama unas cuantas veces para saborear ese momento, luego me puse el chaquetón y me fui caminando bajo la lluvia al centro de reclutamiento militar antes de que me diera por cambiar de opinión. Firmé los formularios, me sacaron sangre, les dije que no era marica ni estaba loco, me desvestí y abrí mis nalgas, hice el juramento y eso fue todo.

Todo se debió a un par de simples razones y no le di muchas vueltas al asunto. Todos los hombres de mi familia durante tres generaciones habían servido en el ejército. Mi bisabuelo, ciudadano canadiense, luchó con el Primer Batallón británico en la guerra de los

bóers. Mi abuelo se unió a la Legión Extranjera francesa y murió en Verdón incluso antes de que Estados Unidos entrase en la Primera Guerra Mundial. Y en Guadalcanal mi padre engordó tres kilos y medio por el efecto de la metralla, además de perder a una docena de amigos. De manera que había algo así como una tradición. Pero, si para la gente rica hablar de «tradición» significa que se espera que seas la tercera generación en Harvard, en este pueblo «tradición» quiere decir que si hay una guerra tienes que calzarte tus botas de campaña y salir a que te disparen unos cuantos tiros.

Y luego estaba el asunto de mi viejo, que constituía la segunda y más poderosa razón para olvidarse del béisbol. Según él, se trataba de un juego de niños, no de una profesión. Y lo que él decía iba a misa, aunque yo ya fuese un adulto. Así que, después de mi graduación en junio, yo pertenecía al cuerpo de Marines y no a los Astros.

Y eso conduce directamente a mi otro gran arrepentimiento: el ejército no tenía por qué haber sido una decisión excluyente. Bien podría haber acabado los cuatro años de servicio, tras lo cual aún era lo suficientemente joven como para volver a jugar al béisbol. Tal vez habría tenido que pasar una temporada en la liga de Cape Cod para recuperar mi buen juego, pero al final habría sido como si nunca me hubiese ido. Excepto que, cuando volví de Vietnam, buena parte de mi mano derecha había desaparecido, y con ella se había esfumado cualquier esperanza de jugar al béisbol otra vez.

No me arrepiento tanto por los dedos que no tengo como por la forma en que los perdí. Sólo diré que fui un estúpido y que merezco lo que recibí. Y si alguna vez encuentro la forma de confesar y pedir perdón lo haré. Pero, hasta entonces, me odiaré un poco a mí mismo y trabajaré duro cada día para ser un buen hombre. Es casi lo único que conservo de mi infancia católica —haz tu deber, vive honestamente, sé la mejor persona que puedas—, y parece ser suficiente.

Pero no es fácil ser un buen marido y padre. Lo más duro es la preocupación. El trabajo y las facturas, la falta de sueño, ésas son las cosas más fáciles. Es la preocupación y lo que hago para combatirla lo que puede conmigo a veces.

Pongamos a Rodney, por ejemplo, el mayor de mis hijos. En su caso hay mucho por lo que estar preocupado y Debbie ni siquiera parece darse cuenta. Ella se inquieta por Junior, que ha tenido algunos problemas de salud pero parece estar mejor que el año pasado. Es cierto que se ha vuelto un chico algo taciturno. Pero no parece alguien con la actitud equivocada o que vaya a buscarse problemas. Es un niño educado y sabe comportarse. Es retraído y no tiene amigos, lee mucho, algo que, como padre, supongo que no es para quejarse. Le encantan los ordenadores y tiene ese aparato de la tienda Radio Shack que compramos en Navidad después de haber ahorrado el dinero

juntos. Le gusta escribir pequeños programas en él. El otro día me enseñó uno que servía para que la pantalla se pusiese mitad azul y mitad verde, como la tierra y el cielo. Luego aparecía una cosa con el aspecto de un bicho que corría de un lado a otro. Es bastante asombroso, en realidad, este pequeño de cinco años que ha aprendido solo a programar un ordenador. Está claro que es listo. Ésa puede ser una de las razones que explique por qué es así de callado y solitario. Cuando fuimos a ver a su profesora, la señora Collins, nos explicó que a veces los chicos más listos lo pasan peor en sus primeros años en el colegio porque van mucho más avanzados que sus compañeros. No hay que preocuparse, nos dijo, pero Debbie no dejó de estar preocupada y lo hizo en voz alta. Así que en el momento en que la señora Collins nos sugirió que pensásemos en adelantar a Junior un par de cursos, Debbie la paró en seco.

En cierto momento Debbie fue a los lavabos. Cuando ya no podía oírnos, la señora Collins me dijo que también ella estaba inquieta por Junior. Es muy morboso —me comentó—, resulta extraño y no sé bien cómo explicarlo, pero sólo puedo decir que parece preocupado por el *apocalipsis*. Así me lo contó ella, poniendo énfasis en esa última palabra. Sé que suena extraño, me dijo, no quería mencionarlo delante de su esposa por temor a que se pudiera sentir incómoda. Pero da la impresión de estar pensando siempre en lo mismo. Durante las actividades artísticas hace estos dibujos. Hace sólo un par de semanas encontré a Junior sentado en solitario, reclinado contra la valla del patio. Tenía la vista fija en las colinas al otro lado del valle. Le pregunté si estaba todo bien y ¿sabe usted lo que me dijo? Sin dejar de mirar hacia las colinas y al cielo me dijo: «Es tan grande, el mundo es tan grande, ¿cómo puede ser aniquilado?»

La señora Collins se quedó en silencio por un instante con la vista puesta en mí, antes de soltar una risita nerviosa y continuar: Normalmente todos estaríamos contentos, por no decir sorprendidos, al oír a un niño de primer curso utilizar una palabra como «aniquilar» en el contexto apropiado. Pero seguramente se da cuenta, señor Thibodeau, de por qué resulta preocupante, ¿no?

Y yo le dije que sí, que me daba cuenta.

Con todos los problemas y tensiones que existen en el mundo, continuó ella: los soviéticos en Afganistán; la belicosidad de Reagan... Los chicos se ven mucho más afectados de lo que nosotros percibimos. Puede que no lo entiendan cabalmente, pero de alguna manera logra colarse en su subconsciente.

Cuando llegamos a este punto, comencé a sospechar que ya no estábamos hablando de mi hijo sino más bien de las ideas políticas de la señora Collins. Me pude percatar por lo que decía y por cómo lo decía, además del vestido con flores estampadas y la suavidad con la

que movía sus manos: seguramente se trataba de una de las personas que protestaban contra la guerra. Y dejé de escucharla. Por otra parte, ya había dicho lo que tenía que decir.

Por lo tanto, sí, me preocupo por Junior. Quiero que sea feliz, no hace falta ni que lo diga. Pero está Rodney. Hay algo que no va bien. Debbie no se da cuenta y yo no tengo mucho tiempo disponible para hacer algo. Incluso aunque pase menos horas en el trabajo, Rodney ya tiene doce años y no para mucho en casa. O está en el colegio o en casa de su tío o sale por ahí con sus amigos del barrio, un par de gamberros que no me gustan mucho. Kevin y Jesse se llaman. Hay unos cuantos más cuyos nombres aún no sé, pero estoy seguro de que también son de los que crean problemas. Pelo largo y sucio, y los vaqueros rotos por las rodillas. Van por ahí en sus bicis de BMX creyendo que montan en Harleys. Dibujan calaveras en la espalda de sus chupas vaqueras con los rotuladores Magic Markers. Rodney hizo lo mismo. Nos gastamos treinta pavos en esa chaqueta porque insistió mucho en que la quería. Y luego, una semana más tarde, ya le había escrito encima Iron Maiden. Al principio me mosqueé, pero no dije nada. Era su chaqueta y, si quería ir como un payaso, era cosa suya. Trato de no actuar como mi viejo. No quiero controlarlo todo. Por lo demás, a cierta edad los chavales sólo aprenden este tipo de lecciones por sí solos.

Así que ésa es una de las señales más evidentes de que algo le está sucediendo a Rodney: los chicos con los que va por ahí. Pete, el chaval que vive en la esquina al final de la calle, y Rodney fueron inseparables durante años. Y ahora a Pete ni se le ve el pelo. Cuando lo pienso, ya hace un buen tiempo de eso. Ahora, basta con verlos, a Rodney y a Pete, para entender el porqué. Pete aún lleva el pelo cortado con máquina por los lados y liso arriba, igual que cuando él y Rodney se conocieron. Está todo el día jugando al baloncesto en las pistas del barrio, incluso en invierno, y no he visto que tenga una chupa vaquera. Los chicos se van alejando. Yo mismo tuve tres o cuatro grupos distintos de amigos desde que era un crío hasta que acabé la secundaria. Sin embargo, hoy es distinto y me hubiese encantado que esos dos hubiesen continuado juntos. A Rodney le vendría bien una buena influencia.

En cualquier caso, no me molesta tanto lo que Rodney hace sino lo que ha dejado de hacer. Se acabó el béisbol. Una semana después de comenzar la última temporada de la Little League dijo que abandonaba, que no quería que lo viesen con el uniforme. El mismo niño que un par de años antes podía quedarse recogiendo las bolas pérdidas durante horas, hasta que estaba tan oscuro que abandonaba, o se llevaba una bola en la cara, cosa que ocurrió en más de una ocasión. Esto podría ser una tragedia porque el chaval es incluso

mejor de lo que era yo a su edad. Una tragedia. No estoy usando la palabra de forma exagerada. Pero es que no sólo decidió abandonar el juego, sino que, además, ya ni siquiera colecciona los cromos. Durante años le dimos una paga de tres dólares a cambio de ayudar a fregar los platos o con la colada cinco veces por semana. Hasta este año siempre se gastaba el dinero en los cromos de béisbol. Ni GI Joes, ni cigarrillos de chocolate, ni cintas de música. Cromos de béisbol. Siempre. Debe de haber tenido diez mil cromos o más, todos guardados en cajas de cartón, aumentando de valor en el sótano de casa. Al menos eso era lo que yo pensaba. Hasta el otro día, cuando me cogí un par de horas del trabajo en el almacén para acabar de colocar unas baldas en la habitación de Junior. Como necesitaba una nueva sierra para la caladora, bajé al sótano y vi que todos los cromos habían desaparecido. Solían ocupar toda una esquina y ahora sólo había una gran mancha oscura donde la humedad se iba filtrando por las grietas de cemento.

Por lo general no soy el más listo de la clase, pero hasta yo pude percatarme de que algo no iba bien. El chaval pasa de vivir sumido en el mundo del béisbol a dejar de lado el deporte de un día para otro y a continuación vende la colección de cromos que le ha llevado media vida reunir. Aquí hay algo y, aunque preferiría no saber de qué se trata, ya comienzo a hacerme una idea.

Decidí preguntarle esa misma tarde, de forma relajada, sin armar escándalo, Oye, Rodney, ¿qué ha pasado con tu colección de cromos de béisbol? Él estaba echado en el sofá del salón viendo la televisión y sus ojos se abrieron de par en par cuando se lo pregunté, lo que podría interpretarse como un sentimiento de culpabilidad por su parte, si no fuera porque ambos chicos reaccionan del mismo modo cada vez que hablo con ellos, como si estuvieran esperando la oportunidad para echar a correr. Rodney me contesta, ¿Qué quieres decir? Y yo le digo, Vamos, ya sabes de qué te estoy hablando. Entonces se toma un minuto para reflexionar. Estoy viendo cómo intenta elaborar una respuesta y en ese momento me cuenta que vendió los cromos para conseguir dinero para la chupa vaquera.

Pero si nosotros te compramos la chaqueta, le contesto.

Eso fue antes, me responde él.

Okay, continúo, ¿qué ocurrió con el dinero, entonces? No me gusta tener que hablarle así. Me recuerda a mi propio viejo cuando solía ponerme contra la pared y me clavaba el dedo en el cuello. Después me dolía durante tres días. Pero no estoy hostigando a Rodney ni estoy borracho. Sé de qué va esto y es mi deber encargarme de ello, por más incómodo que me pueda sentir.

Rodney no dice nada.

Deben de haber sido seiscientos o setecientos dólares, calculo. El

de Yastrzemski de *rookie* valía por lo menos cincuenta dólares.

Pero sigue sin decir nada, mientras no deja de maquinar en su cabeza. Tiene las pupilas enormes.

¿Entonces, qué?, insisto. Trato de mantener un tono sereno, aunque la verdad es que estoy un poco irritado por cómo se hace el tonto, porque lo he pillado. Él lo sabe, yo lo sé y a mí no me gustan los jueguecitos. ¿Dónde está el dinero?

Y supongo que no se le ocurre ninguna explicación convincente porque me responde, Es mi dinero. Lo que haga con él es asunto mío.

En un principio, su respuesta termina de enfadarme. Siento esa vieja ira que hierve en mí, como si pudiera oír el pam en mi cabeza, y empuño mi mano izquierda, la buena, para contenerme y darme tiempo a pensar. De alguna forma tiene razón: los cromos los compró con el dinero que él se ganó, así que cualquier dinero que obtenga de su venta, le pertenece. Eso no se puede discutir. Mi puño se relaja un poco. Ahora bien, eso de que no es asunto mío, habrá que verlo.

Soy tu padre, le recuerdo. Y *todo* es asunto mío.

Y en ese momento Rodney hace algo que me pilla con la guardia baja. Yo esperaba que empezase a justificarse después de haber sido sorprendido y arrinconado. Pero, en lugar de ello, se pone realmente enfurecido y de un bote está de pie y ha empezado a gritar que ya no es un niño y que necesita independencia y privacidad, que cómo esperamos que sea alguien de fiar si no confiamos en él. Y una vez dicho todo esto, se marcha a su cuarto. Yo me quedo tan sorprendido que, hasta que no oigo el portazo, no comienzo a caer en la cuenta: todo esto no ha sido más que una forma de escapar sin responder a mi pregunta. Y le ha funcionado a la perfección.

Pero si él cree que aquí acaba la cosa, se equivoca. Yo sé qué está ocurriendo y no quiero continuar como si no lo supiera. Así que mañana, en la pausa que tengo entre turnos, que normalmente aprovecho para dormir, voy a ir a hacer una visita al tío de este chico.

JUNIOR

RODNEY se fue ayer. Papá le ayudó a meter la ropa y su cepillo de dientes en la maleta y luego lo acompañó. Cuando regresé a casa del colegio su cama estaba vacía, las sábanas y las mantas apiladas a los pies, igual que la dejó esta mañana. Y así se va a quedar si no la hago yo. Pero no estoy seguro de querer hacerla. Me quedo mirando la cama toda revuelta con las sábanas con el escudo de los Red Sox y luego intento imaginármela bien hecha y estirada y no sé qué es peor. Dos de los cajones de su armario aún siguen abiertos, sin más: abiertos y vacíos. Toda una mitad de la habitación parece encantada de pronto. Anoche casi me echo a llorar. Pero antes de irme a la cama había marcado con una «X» el calendario de los Red Sox como hago todos los días. Y entonces pensé que, como dentro de 29 años y 274 días todo habrá desaparecido, qué podía importar que Rodney fuese un drogadicto.

Es frecuente que piense de la misma forma. Excepto que no se trata realmente de pensar, sino de que oigo la voz de alguien dentro de mi cabeza. Como el año pasado, cuando los jugadores de béisbol se declararon en huelga y la temporada se terminó en junio. Yo me puse muy triste. Pero luego apareció la voz dentro de mi cabeza diciendo que pronto ni siquiera existiría el béisbol, erradicado para siempre. Sé que es extraño. No creo que le suceda a nadie más. Estuve en la biblioteca y le eché una ojeada al libro *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales* (la señora del mostrador me echó una mirada rara cuando le pedí si lo podía sacar de la repisa para mí) y encontré que lo más parecido a lo que me pasa es la esquizofrenia. Aunque no es exactamente lo mismo. Yo siempre sé diferenciar qué es real y qué no lo es. La voz no me dice que haga cosas malas. Habla en un tono amigable y reconfortante que escucho cuando estoy triste. Pero no hace que me sienta mejor, aunque generalmente me ayuda a no llorar.

Mamá y papá no saben que conozco la razón por la que Rodney se fue. Creen que, como sólo tengo siete años, no lo entendería, pero sí que lo entiendo. Los profes en el colegio quieren adelantarme de curso hasta segundo año de secundaria. Mientras el resto de la clase se pasa las horas organizando el horario de la semana, yo estoy solo en una esquina, dedicado al cálculo infinitesimal y a leer *Cándido* (y creo que hasta he logrado entenderlo). Así que claro que me entero de lo que pasa con Rodney.

De hecho, ya lo sabía antes que nadie.

No me costó imaginármelo. Rodney y yo compartimos habitación. Y me doy cuenta de muchas cosas. Él era muy descuidado y tal vez

pensó que no me iba a chivar. Y tenía razón, porque yo no pretendía hacerlo. O puede ser que simplemente se volvió demasiado distraído. De acuerdo con el *Manual diagnóstico y estadístico de los trastornos mentales*, los adictos disminuyen sus esfuerzos por esconder su uso de la droga a medida que empeora su adicción. Sea cual sea la razón, cuando estaba conmigo era muy descuidado. Era inevitable que yo encontrase cosas. Escondía pedazos de papelinas en la funda de su almohada, que sólo vaciaba cuando comenzaba a verse demasiado abultada. La papelera solía estar llena de pañuelos de papel con sangre de las pérdidas que sufría por la nariz. Sabía que había comenzado a llevar una cuchilla de afeitar en la boca porque me la había mostrado, así como el callo entre la mejilla y la encía. Me dijo que llevaba la cuchilla ahí por protección, lo que me dejó bastante inquieto, pensando en qué clase de problemas se habría metido que necesitaba protegerse. Pero después leí cómo se usan las cuchillas para cortar la cocaína y hacerla polvillo, y caí en la cuenta de que Rodney sólo se había estado haciendo el duro con todo lo que me había dicho sobre su protección; estaba tratando de aparentar cierta imagen.

Lo que yo no sabía, hasta ayer, es que cuando eres adicto te tienes que marchar. Fue como cualquier mañana: me levanté, me bañé, me vestí y ya estaba listo para ir al colegio antes de que Rodney abriese un ojo. Me estaba comiendo mis cereales Kix en la mesa de la cocina cuando apareció con los ojos a medio abrir, rascándose la nuca, donde se arremolinaba su pelo largo. Estaba con los mismos vaqueros que lleva todos los días y las mismas botas negras, y una de las cuatro camisetas que va alternando. En este caso era la de Motorhead: la camiseta del álbum *Iron Fist*. Un par de meses atrás le había arrancado las mangas para exhibir la mata de pelo oscuro que le había brotado bajo cada brazo. Yo podría haber comenzado a provocarlo por lo de fardar con sus sobacos peludos, pero no es mi estilo. Por otra parte, si lo hubiese hecho me podría haber ganado una «quemadura india» o, peor aún, un Melvin, la tortura favorita que le gusta aplicarme: el clásico tirón de calzoncillos, pero, en lugar de hacerlo por atrás, lo hace por la parte de delante, que duele más que el tirón posterior tradicional. Y aunque mamá le haga pagar con creces por haberme hecho daño, e incluso si el mundo pronto se va a acabar, no quiero un Melvin y, en consecuencia, no suelo provocarlo.

Cuando Rodney salió a tropezones del baño, con su pelo recogido en una coleta y su chupa vaquera, pensé que era para ir al colegio, como yo. Supongo que debería haberme enterado de que algo estaba ocurriendo, porque papá estaba en casa y no en la panadería. Al bajar las escaleras me sorprendió verle sentado a la mesa con una taza de café al frente y un cigarrillo encendido en el cenicero, con una larga cola de ceniza. Si realmente hubiese estado atento, me hubiese

percatado de ese detalle, porque las únicas ocasiones en que los cigarrillos de papá tocan un cenicero es cuando los apaga. Cuando fuma siempre están en sus labios. Debía de haber estado dándole vueltas a algo en su cabeza y se había olvidado por completo del cigarrillo. Pero, por alguna razón, no me di cuenta en ese momento. Sólo cuando regresé a casa del colegio y mamá me pidió que me sentase para contarme que papá había tenido que llevarse a Rodney por un tiempo y que nosotros iríamos a la iglesia para rezar por él, acabé de comprender.

Voy a la iglesia los domingos porque a mamá la hace feliz, y por la misma razón participé en la Primera Comunión. Pero no sé qué pensar al respecto. La voz de dentro de mi cabeza, ¿será Dios? Si se trata del Dios que me han enseñado, el Dios de la Cristiandad, entonces hay algunas cosas que no me cuadran. Como el cometa: ¿se trata de Armagedón? No puede ser. No el Armagedón sobre el que leemos en catequesis. Porque si bien hay una referencia en el libro del Apocalipsis a «un gran monte ardiendo en fuego… precipitado en el mar» —que suena bastante parecido a lo que me ha descrito la voz—, en el capítulo siguiente, después de las grandes llamas del monte, aparece un ejército de 200 millones de hombres. Según lo que me ha dicho la voz, no quedará ni un solo hombre una vez que el cometa haya impactado, por no hablar de 200 millones. Así que alguien en algún punto ha debido confundir las cosas. Y hasta ahora, la voz ha demostrado saber bastante más sobre lo que ocurre en el mundo que el padre Robideaux, la hermana Bernardette y los demás. Todo lo que ellos dicen tiene que ver con formas misteriosas y evidencias de cosas que no han visto.

Eso no quiere decir que no me guste ir a la iglesia. Sí que me gusta. Excepto por la parte de la misa en la que hay que volverse para dar la paz. A los hombres les das la mano, y a las mujeres, un abrazo. Si no tengo suerte y me encuentro sentado cerca de esas viejas damas francesas con la ropa cubierta de pelos de gato, acaban besándome en las mejillas y por lo general no suelen oler muy bien. Siento perfectamente la marca húmeda de lápiz de labios que me dejan encima. Eso no me gusta nada. Pero estar dentro de la iglesia es agradable, especialmente entre semana, cuando no hay servicio religioso, como ayer, que fuimos con mamá a rezar por Rodney. Está oscuro, fresco y en silencio, y siempre hay un poco de olor al humo fragante de los incensarios. Las filas de bancos están ordenadas en semicírculo, como rayos irradiados a partir del centro del altar. Una de las características que más me gusta es su techo, que se alza sobre enormes vigas de madera que corren desde el acceso exterior hasta la parte más alta, ubicada directamente sobre el púlpito. He leído que este tipo de diseño mejora la acústica y esa forma de elevación

progresiva desde la entrada hasta el punto por encima del púlpito provoca la sensación de que la energía de la congregación, o incluso si se trata de una sola persona que esté rezando, se concentre y se canalice hacia arriba, en dirección al techo, y de ahí hacia el Cielo. En eso estaba pensando cuando me arrodillé en el banco junto a mamá. Pensé también en que tenía la esperanza de que Rodney estuviese bien e intenté canalizar esos pensamientos hasta el punto elevado del techo y de ahí que saliesen en dirección a quienquiera que estuviese a la escucha. Es lo máximo que se me ocurre hacer en lo que se refiere a rezar. También deseé escuchar la voz, que seguramente pueda decirme qué va a ocurrir con Rodney. Siempre que me habla del futuro, las cosas suceden exactamente cómo me las ha descrito. Por eso sé que lo que dice sobre el fin del mundo es verdad. Por eso sé cómo perdió papá sus dedos y que la prostituta y su hijo acabaron muertos. Así supe también con plena certeza que Rodney era un adicto a las drogas. Y también me enteré de lo que papá le hizo a tío Rodney cuando descubrió que Rodney era un drogadicto. Hay muchas cosas de las que me entero, pero sé que no puedo decirlas.

Después de concentrar mis pensamientos hacia la parte alta del techo, me limité a permanecer sentado, disfrutando de la penumbra y el silencio de la iglesia.

Pasado un rato empecé a aburrirme de tener que mirar todo el tiempo a esa gran estatua de Jesús en la cruz que cuelga sobre el altar y le eché una mirada furtiva a mamá. Si ella hubiese abierto los ojos y me hubiese visto mirándola en lugar de continuar rezando se habría puesto como loca. Pero estaba enfrascada en la oración con demasiado fervor para darse cuenta. Normalmente, cuando miro a mi mamá veo a mi mamá. Pero en ese momento podría haber sido una extraña. Tenía los ojos cerrados con fuerza y las manos entrelazadas, formando un gran puño bajo la barbilla. De sus dedos colgaban las cuentas de su rosario. Movía los labios y yo podía oír el susurro de su aliento entrando y saliendo, aunque no podía distinguir las palabras. Se dedicaba a repetir la misma oración. Yo me concentré en la cadencia de ese murmullo y, después de un par de repeticiones, reconocí que se trataba del acto de contrición —«Oh Dios mío, me arrepiento de todo corazón de los pecados cometidos»— una y otra vez, cada vez más rápido, hasta que comenzó a temblarle la barbilla y las lágrimas brotaron de sus párpados y se deslizaron por sus mejillas. En ese instante, se convirtió en una extraña para mis ojos; una mujer asustada y devota que aparece un miércoles por la tarde en la iglesia para hacer oír sus súplicas. Fue una de esas ocasiones en las que observas a una persona que conoces como si fuera la primera vez que la tienes delante. No sé cómo explicarlo, pero fue uno de los momentos más aterradores de mi vida. Y esta vez la voz no vino a

ofrecerme ninguna ayuda que me hiciese sentir mal de una forma diferente, así que yo también acabé llorando.

Intenté permanecer en silencio, pero eso sólo empeoró las cosas y comencé a sollozar como un bebé. Mi madre me oyó y abrió entonces los ojos, inclinándose hacia mí hasta que nuestros hombros se tocaron.

—No llores, pequeño —me dijo—. Rodney estará bien.

Pero claro, yo lloraba por ella, no por Rodney, aunque eso no se lo podía decir. Otra cosa más que no podía decir. Hundí la cara en los gruesos puntos de su jersey y respiré su perfume y el olor amargo del café de aquella mañana, y entonces volvió a ser mi mamá.

No sé cuánto tiempo permanecimos así sentados, si fueron segundos o minutos, o incluso podría haber sido media hora, aunque no creo que haya sido tanto rato porque habría notado una diferencia en la inclinación con la que entraba la luz del sol a través de los cristales pintados. Cuando acabó el llanto, nuestra respiración se hizo más lenta. Yo podía oír los latidos del corazón de mamá a través de sus costillas y esto me provocó una fuerte sensación de *deja ve* que no supe localizar con precisión. Pero, de pronto, me cogió de ambos brazos por debajo de los hombros y me sostuvo frente a ella. Sus dedos se me clavaban en los bíceps y, aunque aún tenía los ojos llenos de lágrimas, mantenía su mirada fija en la mía. Yo la había visto ponerse así con Rodney en muchas ocasiones, pero nunca conmigo.

—Ahora te das cuenta de lo que pasa —me dijo—, cuando actúas como Rodney. Él es un chico orgulloso y ese orgullo suyo nos ha traído la tristeza a todos. A él mismo, sobre todo. ¿Entiendes lo que te quiero decir, pequeño mío?

Yo asentí con la cabeza.

—Está bien —continuó ella—. Si él abandona su orgullo, Jesús se encargará de guiarlo. Pero si no lo hace, será alguien triste y desgraciado el resto de su vida. No hay nada que nosotros podamos hacer. Podemos rezar por él, es lo único.

—Lo entiendo, mamá.

Volvió a estrecharme contra ella.

—Sé que es así —me dijo mientras me abrazaba—. Tú siempre entiendes.

—Sí, mamá —traté de decir, pero ella me sostuvo la cabeza contra su pecho y mis palabras se oyeron entrecortadas. Me sentía como si me estuviera ahogando. Intenté alejar mi cara por un momento para respirar un poco del aire frío de la iglesia, pero ella me sostenía firmemente y lo único que conseguí fue respirar el calor húmedo de mi propio aliento, atrapado entre los puntos de su jersey.

RODNEY

TÍO RODNEY ha venido hoy a verme a la unidad de recuperación para adolescentes. Lo primero que le digo al verlo es qué te ha pasado en la nariz, porque la tiene llena de puntos a ambos lados, como si se la hubiesen vuelto a coser sobre la cara, pero él me dice Da igual, no importa cómo sucedió, además me lo merecía y ya me pondré bien, pero lo que realmente importa es *cómo estás tú*, me dice. Es mi quinto día en la unidad de recuperación para adolescentes y me está costando. La segunda noche vomité durante la sesión de grupo y siento los músculos de las piernas como si alguien les hubiera estado dando de puñetazos. Me duelen tanto que estuve mirándomelas con atención para ver si tenía moratones, pese a que no me he tropezado con nada. La otra noche tuve que levantarme y fui a ver a Phil, el enfermero del turno de noche, y le dije cuánto me dolían las piernas y él me respondió No hay nada que pueda hacer por ti, Rodney, no te puedo dar ni una aspirina. Y al día siguiente, Rosemary, la que se ocupa de mi caso, me dijo, Ya tienes edad suficiente para oír esto, Rod, el consumo de drogas es una forma de luchar contra todo tipo de dolor y tú tienes que aprender a aceptar el dolor y a trabajar con él sin la ayuda de las drogas. Ahora bien, continuó ella, una vez dicho eso, si el dolor se vuelve realmente intolerable tendremos que ver qué se puede hacer. ¿Estamos hablando de algo realmente intolerable?, me preguntó. Y yo tuve que sacudir mi cabeza para decir no, porque no es así y la idea aquí es actuar con total honestidad. Aunque, tras cinco días de estar encerrado en este sitio y de no poder dormir de noche porque me siento tan mal que haría cualquier cosa, pienso que tengo que salir de esto. Los chavales que están aquí por beber consiguen todas las drogas que quieren porque los orientadores y las enfermeras dicen que la recuperación del alcohol es la única que puede acabar matándote, así que tiene que tratarse con medicación. Eso dicen. Pero a los narcoadolescentes como yo y Rheal Roy, el chaval de Benton que está enganchado a la heroína y se sienta en el grupo con la cabeza caída y con largos hilos de mocos colgando de la nariz como si tuviera seis años en lugar de dieciséis, a él y a mí, nada.

Le cuento a tío Rodney todo esto. Estamos en la sala común y él está sentado en una de las sillas de plástico que suelen estar apiladas contra la pared y que desplegamos un par de veces al día para la reunión de grupo. Después de cinco minutos o así las sillas se vuelven francamente incómodas, pero la reunión de grupo dura por lo menos una hora, o más si hay algún chico nuevo en la unidad que participa en su primera sesión con el resto. Y normalmente suele haber uno.

Pero tío Rodney no parece darse cuenta de lo incómodas que son estas sillas. Está reclinado hacia adelante, en mi dirección, con los codos sobre las rodillas. Y mientras escucha lo que le cuento, no deja de tocarse la nariz con la punta de los dedos, como si quisiera asegurarse de que aún sigue ahí. Tiene un color parecido a un filete revenido, y aunque ha sido cosida, sigue dando la impresión de que se podría caer al suelo en cualquier minuto. Si tuviera la nariz así, yo también me la estaría tocando todo el rato.

Me alegra que haya venido tío Rodney. Pensé que, cuando se enterase de todo, se pondría como loco, igual que papá, sobre todo después de darse cuenta de que llevaba años birlándole la farlopa. Pero cuando empiezo a contarle que tengo que ir al baño por las noches con arcadas y que a Rheal le tiembla el cuerpo todo el tiempo, lo que provoca que los mocos que le cuelgan se columpien de un lado a otro hasta acabar pegados en sus mejillas, siento que mi voz se hace aguda como si fuera una chica y me cuesta respirar. Pero intento controlarme porque los hombres no lloran y papá me dijo que si quería salir adelante con todo esto, tenía que madurar y convertirme en un hombre. Tío Rodney pone una mano sobre mi brazo y comienza a frotarme mientras intenta sonreír, aunque le resulta complicado por lo que le ha pasado en la nariz.

Tranqui, chaval, me dice. Sé de qué hablas. No pierdas la calma.

Y cuando quita la mano, puedo ver que está temblando y me seco las lágrimas y puedo ver mejor: sus manos tiemblan, tiene la frente cubierta de sudor y se pasa la lengua por los labios a cada momento. Además, tiene un brazalete de papel igual al que me pusieron en la muñeca cuando llegué aquí.

Tío Rodney se da cuenta de que tengo la vista puesta en su brazalete y dice, Sí, me has pillado. Estoy un par de pisos más arriba, en la unidad para adultos.

Esto no tiene sentido porque tío Rodney no tiene un problema como yo. No sé qué decir.

Tío Rodney dice, Bueno, de todas formas me imagino que alguien tenía que arreglarme la nariz. Y suelta una carcajada, pero yo no me río porque no sé dónde está la gracia. Vamos, me dice, si quieres que te lleve a la serie de los Red Sox-Royals te tienes que poner bien. Y cómo ibas a mejorar con la mierda de ejemplo que te ofrezco, ¿eh?

Y vuelve a sonreír con ese gesto que más parece de dolor agudo. Yo sigo sin decir nada. El hecho de mencionar el partido al que supuestamente debiéramos ir me hace pensar en el único juego al que asistí en Fenway Park con papá, cuando nos sentamos en la parte derecha del campo, y las escaleras eran tan empinadas que cada escalón era como una caída. Nunca había visto algo tan grande y tan verde, ni la forma en que la luz del sol caía sobre la pared de la parte

izquierda del terreno de juego. Y aquel vendedor de perritos calientes que apareció anunciando a gritos ¡Su perrito caliente! Papá compró dos para cada uno y nos los comimos compartiendo una servilleta con Junior, y a mí se me cayó uno cuando un tío me dio un empujón después de que Freddy Lynn hiciera un *home run*, y papá le dijo al tío A ver si vas con más cuidado, y el tío respondió algo y papá se puso de pie y le echó una mirada, y el tío se quedó callado y se bebió su cerveza. Me dan ganas de llorar al pensar en todo eso. Todo me da ganas de llorar en este sitio.

La sonrisa de tío Rodney se desvanece. Pero de verdad, dice, tú sabes que yo pensaba en ti y como no tengo hijos, bueno, ya sabes, te considero como si fueras mi hijo, Rod. Si yo mismo no hubiese estado tan jodido como estaba, podría haberme dado cuenta de que algo no iba bien contigo. Hay otras cosas, además, otras razones por las que estoy aquí. Le he hecho daño a mucha gente y finalmente ha llegado el momento de que comience a comportarme como un adulto. Tú me has hecho darme cuenta de todo ello. Te lo debo a ti.

Tengo la impresión de que debería decir algo, pero sigo sin saber qué. Ver a tío Rodney diciéndome todo esto me hace sentir incómodo, especialmente cada vez que se detiene y me mira como si yo tuviese que decir algo. Así que prefiero mirar hacia otra parte, a la sala que me rodea. Hacia un costado está el mostrador y el fregadero y al lado la nevera con un anuncio sobre la puerta que dice prohibidas las bebidas con cafeína. Al otro extremo de la sala, Gary Nale está mirando la televisión y Woodworth (Llamadme Woody) Evans juega a las damas con la terapeuta ocupacional cuyo nombre he olvidado. Parece que estuviesen jugando a las damas, pero en realidad la terapeuta se encarga de comprobar cómo progresa el cerebro de Woody.

Joder, chaval, no sé por qué te suelto todo esto, dice tío Rodney. Te cuento todos mis problemas ahora que tú estás aquí metido. Se reclina hacia atrás y vuelve a tocarse la nariz. Supongo que siempre hemos sido como amigos; lo que quiero decir es que nunca me sentí como una figura con autoridad o algo parecido. Cuando tenía tu edad solía ir por los bares con mi viejo y lustraba zapatos, me bebía el fondo de los vasos que pillaba y, cuando podía, aprovechaba para hacer pequeños hurtos. Más que padre e hijo, éramos como colegas. Compañeros de fechorías. Me imagino que contigo siempre he sentido lo mismo. Por eso tengo que hacer un esfuerzo para acordarme de que sólo eres un chaval y que hay ciertas cosas que no puedo mostrarte o decirte sin más.

Tío Rodney vuelve a inclinarse hacia adelante y su voz se hace más grave. Pero hay algo que creo que debo contarte, me dice. No sé si ya te habrás enterado, pero con todo lo que ha sucedido tengo la

sensación de que deberías saberlo.

Al otro lado de la sala Woody usa el rey[1] para hacerse con la última pieza de la terapeuta ocupacional. Entonces alza los brazos para celebrarlo mientras ella toma notas en un cuaderno. Supongo que no se da cuenta de que normalmente intentan dejarte ganar.

Se trata de tu mamá, continúa tío Rodney. Presta atención. ¿Me estás oyendo?

Vuelvo a dirigirle la mirada. Sí.

Es una gran mujer, dice tío Rodney. Quiero que entiendas bien eso. No intento decirte que sea una mala persona. Obviamente tenemos vidas diferentes. Yo nunca he estado metido en esas cosas de Dios, pero está bien, ella es mi hermana y yo la quiero. Y ella también te quiere mucho a ti, chaval. Pero es humana, ¿sabes?, y tiene un problema. Teniendo en cuenta dónde estamos tú y yo ahora, no podemos juzgarla por ello, pero es necesario que lo sepas.

Hasta ahora he permanecido aquí sentado, esperando y escuchando. Pero de pronto algo hace die y creo que ahora sé qué me va a contar tío Rodney y no quiero oírlo. Pensé que yo era alguien maduro y fuerte, pero sólo me ha llevado cinco días enterarme de que no lo soy y no creo que pueda soportar esto. Pese a todo, sigo sin decir nada.

Mira, la cosa es que tu mamá, dice tío Rodney, le da a la bebida. Es una alcohólica, quiero decir.

Yo lo miro.

Sé que cuesta creerlo. Pero piensa con qué facilidad pudiste tú mismo esconder lo tuyo. Nadie se había dado cuenta, ¿no? Bueno, pues con tu mamá pasa lo mismo. Ella bebe vodka, de modo que nadie pueda olerlo, tal como solía hacer nuestra madre, tu *mémére*. No cuesta mucho ocultarlo si uno quiere, ¿no es así, chico?

Y tengo ganas de decirle a tío Rodney, No, estás equivocado, no hables así de mi mamá. Quiero decirle que se vaya a tomar por culo, que se pire de aquí y que no vuelva a hablarme nunca más. Pero es mi tío, mi padrino y se supone que no puedo ser obstinado porque eso mismo fue lo que me trajo hasta aquí. Ahora los adultos hablan y yo presto atención. Es así como funciona si alguna vez quiero volver a casa. Comenzó con papá. Él me dijo, Vas a ir al hospital, y yo le hice caso. Luego vino Rosemary, que me dijo Basta, Rodney, ya sabes, si tú sigues el programa te pondrás bien. Y yo le hice caso. También a Claire, la asistente durante el día, que me dijo Nadie está autorizado a tener tenedores y cuchillos, todo lo que puedes comer con un tenedor también lo puedes hacer con un cuchador,[2] y aunque eso no es realmente cierto yo hice caso sin discutir.

Pero esto es diferente. Cuesta quedarse callado. Yo quiero a tío Rodney y estoy muy contento de verle porque estoy aquí solo, pero

¿quién se cree que es? ¿Qué sabe él? Él no vive con mamá; no la ve todos los días. Sólo porque su familia haya sido un puto desastre cuando él era pequeño no quiere decir que mi familia también lo sea. Y aunque así fuera, ¿por qué cree que necesito saberlo? No hay nada que yo pueda hacer. Y no me hace sentir mejor por haber acabado yo aquí.

Tío Rodney sigue ahí sentado, observándome, esperando que diga algo, y me dan ganas de ponerme de pie y decirle todas esas cosas, y darle un guantazo en su nariz muerta y hacerla desaparecer de su cara. Pero no puedo. Si quiero mejorarme e irme a casa, ver a mis amigos y volver a jugar al béisbol. O volver a Fenway, cortar leña y cazar pavos con papá otra vez. No, no puedo.

Así que no lo hago. No digo nada. Tío Rodney continúa hablando y yo hago algunos ruidos sin decir Sí, tienes razón o No, estás equivocado; sólo pequeños gruñidos para que crea que lo estoy escuchando. Pero lo que de verdad hago es desear que se vaya cuanto antes. Cada minuto que continúa delante me hacer sentir más y más alterado.

Tío Rodney no para de hablar, pero todo comienza a mezclarse a mi alrededor. Lo único que consigo distinguir cada cierto tiempo es cuando dice tu mamá. Suena como bla-bla-blá tu mamá bla-bla-bla-blá tu mamá. No sé por qué es lo único que consigo oír, pero he comenzado a sentirme raro y lo único que quiero es ver a mi mamá, más que nunca en toda mi vida. Las piernas me duelen muchísimo y tengo una sensación entre los ojos que no es nada buena. Puedo escuchar el latido de mi corazón retumbándome en los oídos. La luz que atraviesa la ventana es rara, como si estuviera torcida o algo. Y yo no dejo de pensar en que quiero a mi mamá, es lo único que pienso, una y otra vez. Es un poco vergonzoso porque ya no tengo cuatro años, aparte de que nunca me importó mucho tenerla cerca. Pero ahora es lo único que quiero, debo admitirlo por embarazoso que sea, porque aquí dentro se trata de actuar con honestidad: quiero a mi mamá y no me importa. Luego la luz comienza a apagarse y oigo que tío Rodney dice Eh, que alguien venga a ayudarnos y luego nada. Cuando la luz vuelve ya no está torcida, sino que es normal, como siempre ha sido. Lo que ha cambiado soy yo: mi cerebro no parece estar funcionando bien y nada tiene sentido. Tío Rodney ya no está, pero mi mamá está aquí sentada a mi lado y me acaricia la cara con una mano. Y me doy cuenta de pronto de que estoy en una cama, con un tubo conectado al brazo y cables repartidos por encima. Hay un par de máquinas pitando que muestran cosas en pantallas que se parecen a los gráficos que hacíamos en las clases de matemáticas. Por un minuto me imagino que pueden haberme mentido porque, como me dijeron que la única recuperación que puede acabar matando es la

del alcohol y ahora estoy aquí enchufado a todos estos tubos, cables y máquinas, me da la sensación de que puede que casi me haya muerto. Debería estar aterrado, pero no lo estoy. Me siento súper tranquilo y en algo influye la mano de mamá, agradable y fresca sobre mi cara, y su voz. Le está hablando a Dios como suele hacer ella, pidiéndole que me ayude y estoy seguro de que no hay forma de que él le diga que no. Por primera vez desde que llegué aquí no quiero drogas para nada. Oigo a mi mamá rezando y sé que lo que me dijo tío Rodney no es verdad. Y también sé que saldré bien de ésta.

AMOR

71 EN este punto de tu vida, cuando estás a un paso de la adolescencia, el ejército polaco de tu ser emocional ha caído sometido bajo la maquinaria de guerra nazi de tu intelecto, de modo que la relación con la mayoría de la gente, incluidos tu hermano y tus padres, es relajada y algo desprovista, aunque no del todo, de amor. Prefieres que sea así. Has desarrollado una aversión al afecto físico y la gente que forma parte de tu vida está al tanto de ello y lo respeta, incluso tu madre, cuya inclinación por las muestras públicas de afecto es legendaria y no ha hecho más que empeorar durante los últimos años en proporción directa a su inclinación por la bebida, que según ella nadie nota. Ahora simplemente transfiere a tu hermano toda la parte que te corresponde de abrazos, besos y pellizcos, y él no se siente ni mínimamente agobiado por tener que aguantar esa doble entrega afectiva, pese a que, con quince años, se encuentra en una edad en la cual la mayoría de los chicos normales rehúyen las muestras de afecto físico de sus padres. Rodney, claro, no ha sido normal durante un buen tiempo y sobrelleva las atenciones de tu madre con el mismo buen humor confuso que se ha convertido en el sello distintivo de su personalidad desde su «episodio» en rehabilitación. Los doctores se han referido hasta ahora a la lesión cerebral de Rodney como un «episodio» o «incidente», simplemente porque no han podido determinar nunca con exactitud cuál fue el problema. Tendrán que pasar unos años antes de que los científicos descubran mediante el nuevo escáner ECAT 931 PET que el consumo prolongado de cocaína puede provocar insuficiencias permanentes en la irrigación sanguínea a ciertas áreas del cerebro, incluso una vez suspendido el empleo de la droga. En el caso de Rodney, estas insuficiencias fueron catastróficamente exacerbadas por los inesperados espasmos de varios vasos sanguíneos intracraneales, que causaron daños en aquellos sectores del cerebro responsables de la atención, la memoria, la formación de conceptos y la flexibilidad mental. El episodio, sin embargo, no significó mayores daños en otros aspectos, particularmente en lo que se refiere al juego del béisbol, y esto es, en buena medida, lo que mantiene intrigados a los doctores. Aunque tiene problemas para recordar que debe ponerse los pantalones después de los calzoncillos, es capaz de lanzar bolas a 157 km/h a cualquier punto del terreno de juego sin mayor esfuerzo. Su caso resulta tan inusual y desconcertante que, durante un par de años, vuestro padre ha tenido que rechazar con creciente firmeza las ofertas de los investigadores decididos a estudiar a Rodney.

Mientras tanto, a ti te permiten la existencia solitaria que te gusta, una vida lejos del alcance de los demás en la que uno se abstiene de todo contacto físico para minimizar el dolor de la inevitable pérdida. Avanzas por tu vida como un fantasma, semiausente, casi sin mover el aire. Cuando te sientas en el pupitre del colegio, los que te observan dirían que, en lugar de descansar sobre tu silla, flotas ligeramente por encima. De forma similar, cuando manipulas algo, como cuando coges una manzana del bufé libre o abres la puerta del baño, los objetos parecen responder sin necesidad de un contacto real con tu mano. Los demás chicos creen que eres un jedi o algo así. Este tipo de comportamiento siniestro no contribuye a mejorar tu popularidad, aunque sí es una enorme ayuda para desincentivar los maltratos que sufren normalmente los empollones cuando la llegada temprana de la pubertad permite sobresalir a un pequeño porcentaje de los chicos mediante el desarrollo incipiente de bíceps o de alguna vellosidad corporal. Estos chicos físicamente prodigiosos, por razones que sólo la naturaleza entiende, suelen ser los menos prodigiosos en términos intelectuales, y para compensar esto tienen cierta tendencia a hacerse notar, por decirlo de algún modo. Pero en este caso, incluso el más agresivo de los matones de primero de secundaria no tiene ni la más remota intención de meterse contigo y, como mucho, se aventuran a gritarte algunos insultos en los pasillos atestados de estudiantes en el cambio de hora.

Puede que te sorprenda saber que tampoco eres mucho más popular entre los profesores. Esto se puede entender con más facilidad si se considera que tú eres ocho veces más inteligente, de forma exponencial, que el más inteligente de todos ellos. Y lo que es más, ellos están perfectamente al tanto de este hecho. Los profesores están mal pagados y a menudo pasan tanto tiempo trabajando de canguros como dando clases. Se espera de ellos que mantengan el comportamiento de una clase de cuarenta alumnos, aunque los límites de su autoridad para conseguirlo son una broma, algo que perciben hasta los más pequeños alborotadores. Lo único que los mantiene en el puesto es el hecho de saber más que sus estudiantes. Pero tú les has arrebatado esto a los profes de tu colegio y por eso no les caes muy bien, aunque no tratan de hacer gran cosa para disimularlo.

70 La señora Harris, que sobre el papel es la profesora de las clases especiales para alumnos superdotados, aunque finalmente se ha convertido en tu tutora particular, es la excepción. Ella se muestra suficientemente segura de que su propia inteligencia no está amenazada por la tuya. Y pese a no ser equiparable a ti en términos estrictamente intelectuales, es lo bastante aguda como para reconocer que tú sigues siendo sólo un niño. Si acaso extraño, taciturno y

prodigiosamente dotado, pero un niño al fin, que también necesita atención, apoyo y disciplina. Ella se encarga de proporcionar estas tres cosas.

No es ninguna coincidencia, pues, que con la señora Harris hayas tenido tu primer flechazo. Contribuye también el hecho de que sea delgada y con aspecto de muchacho, el tipo físico por el que te sentirás atraído durante toda tu vida. Su pelo castaño oscuro lo lleva en una melena corta tipo paje que a ella le gusta, no porque guarde un aire a Audrey Hepburn, sino por lo práctico y fácil que resulta. Tiene los ojos como trufas de chocolate y es la única persona que conoces con los dientes en buen estado. Se inclina por las blusas de colores neutros que dejan poca piel a la vista, complementadas con largas faldas de *tweed*, cuyo tejido te provoca pequeñas descargas eléctricas por todo el cuerpo en aquellos afortunados días en que entra en contacto con la fina pelusa de tus brazos.

Puedes confiar en nosotros cuando te decimos que este embriagador y confuso cóctel de reacciones físicas y emocionales es un flechazo. Es la razón por la cual aún no has tomado la decisión de abandonar el colegio. Es la razón por la cual el estómago se te cae a los pies como si estuviera lleno de monedas el día en que el señor Harris aparece para dejarle el almuerzo a la señora Harris, forzándote a aceptar la realidad de la magra y gañida existencia de aquel tipo. Es la razón por la que su imagen, siempre ella, se te aparece por las noches mientras esperas que Rodney se quede dormido para que tú puedas hacerte esa cosa que descubriste por simple accidente unas semanas atrás, cuando tus calzoncillos te rozaron de tal forma que, si fueras un personaje de dibujos animados, aparecería una bombilla iluminada encima de tu cabeza; esa cosa que te hace sentir tan a gusto que a veces piensas que vas a perder el control y caer desvanecido, y luego te despiertas con la cara contra el suelo, con la tripa toda pringosa y el pantalón del pijama enrollado en los tobillos.

Todo eso —el revoltijo del estómago sudoroso y pringoso— es atribuible a un flechazo.

69 La potencia del flechazo, aunque resulte imponente y formidable, no puede llegar a compararse con la del amor. Tú te das cuenta de eso al instante y para siempre, cuando Amy Benoit aparece un martes del mes de enero en las clases especiales para alumnos superdotados y con talento.

A primera vista parece una chica poco atractiva. Su pelo luce un violento rizado que, acentuado por lo corto que lo lleva, da la impresión de un lamentable peluquín afro. Los primeros granillos destacan en sus mejillas y bajo el labio inferior, resultado de una

prematura y persistente tendencia a una piel grasa: durante la mayor parte de su primera adolescencia parecerá que lleva la cara con cagarrutas de pájaro. Pero hay algo notable en esa falta de atractivo, o más bien *bajo* ella: marcados trazos de genuina belleza esperando su oportunidad para emerger. Sus ojos, de un verde glacial y chispeante inteligencia, la precoz hinchazón de sus caderas, sus largas y delicadas manos, elegantes y atractivas pese a esas uñas mordisqueadas hasta dejar ver la carne viva. Todo esto tú lo notas enseguida. Son todos rasgos que se te vienen encima en el mismo instante en que Amy atraviesa la puerta procedente de un colegio católico al otro lado de la ciudad.

Pero hay además algo intangible, una de esas cualidades inefables que la gente que está realmente enamorada admira más en sus parejas. Es ese relajo en la forma de mirar mientras absorbe los contenidos de la clase especial para superdotados, la manera de caminar sin ningún tipo de preocupación, como sería normal al entrar en un lugar lleno de gente que ella no conoce. Tiene un aire majestuoso, aunque tú sabes que eso no es así porque no hay ninguna arrogancia en la forma en la que Amy se comporta. No, ella está segura de sí misma, totalmente segura de sí misma. Entra y coloca su mochila con los libros en el suelo y se sienta en el pupitre adyacente al tuyo. Levanta la vista y cuando sus ojos se posan sobre ti, te sientes como un pájaro que se acaba de dar contra el cristal de una ventana.

Los dos os miráis durante un largo y silencioso momento.

68 «Hola», dice ella finalmente y entonces sabes que estás frito, hundido, acabado. Esto es el amor. No hace falta explicarte la diferencia entre el amor y un flechazo porque ahora mismo y hasta el final de los tiempos sabes ya cuál es la diferencia entre ellos, tanto en su inmensidad como en los detalles.

67 Debiera quedar claro que tú y Amy no sois «almas gemelas», no «estáis hechos el uno para el otro», ni ninguna de esas tonterías románticas. En ese momento, mientras tú estás ahí embobado ante ella, hay otros 4.900 millones de personas en el planeta. No hay que ser un experto en estadísticas para deducir que existen decenas de miles de personas de las que habrías podido caer enamorado para vivir una vida igualmente feliz. Con quién acabes embarcándote en una hipoteca es, más que nada, un accidente geográfico y económico que no tiene nada que ver con el destino. Piensa por un momento qué habría ocurrido si el padre de Amy no hubiese dejado tirada recientemente a su madre para largarse a la Costa Oeste a beber en completo anonimato, lo cual hizo imposible financiar los costes de su colegio privado. Los dos podríais haber vivido y muerto en esta misma

ciudad sin haber llegado jamás a deciros «hola». No es el destino. Son las casualidades.

66 Amy sonríe, exhibiendo unos dientes que han crecido perfectamente ordenados sin ayuda de ninguna ortodoncia.

—Éste es el momento —dice ella— en que se supone que debes responder «hola».

—Hola —obedeces tú, todavía demasiado absorto, afortunadamente, como para mostrarte avergonzado.

Ella suelta una breve risita, no sin amabilidad, y se da la vuelta en el momento en que la señora Harris se acerca a su pupitre. Las dos conversan calmadamente mientras tú observas. Cuando han acabado, la señora Harris presenta a Amy ante la clase y recibe media docenas de «holas» en forma de murmullos.

La señora Harris posa una mano sobre el hombro de Amy, sonríe y camina hacia la parte de delante del aula para enchufar la televisión. El aparato, tomado en préstamo del departamento de audiovisuales de la biblioteca, sólo emite silenciosos puntos de nieve mientras la señora Harris trata de conectar el cable que sale de la pared de detrás de la pizarra.

65 Normalmente, tú y Timothy Pitcairn sois los únicos estudiantes de las clases especiales para superdotados a esta hora del día: los demás sólo participan durante un par de sesiones a la semana. Pero hoy es un día especial y por eso la señora Harris está enchufando el equipo de televisión.

Amy vuelve a dirigirte la mirada. Tú reconoces el efluvio a lilas que emana de su pelo, aún mojado de la ducha, como el champú White Rain, el mismo que solía usar tu hermano para sus largas greñas de rockero heavy, antes de convertirse en un rehabilitado. White Rain es uno de los champús más baratos que existen, excepto tal vez por Breck, y por esa razón lo compra tu madre.

Ante la mirada de Amy, tú te pones tenso y, como no se te ocurre otra cosa, le dices:

—Hoy veremos el lanzamiento del *Challenger*.

—Lo sé. Creo que toda Norteamérica está viendo el lanzamiento del *Challenger* hoy.

Con una sensación de alivio te lanzas a un tema del que puedes hablar de forma extensa.

—El interés por las misiones de los transbordadores especiales ha decaído últimamente —le haces saber—, tal como el interés por el programa Apolo fue declinando después de la llegada a la Luna. Así que la NASA creó el programa Profesores en el Espacio, cuyo resultado último es lo que ves hoy aquí. O lo que verás, tan pronto como la

señora Harris consiga enchufar el cable. El primer civil en el espacio.

—Es fascinante, ¿no crees? —señala Amy.

—Hasta cierto punto —respondes tú—. Aunque, en realidad, se trata de un truco publicitario.

Amy se queda mirándote por un instante.

—Tú eres especial, ¿no? —pregunta.

—¿Qué quieres decir?

—Venga ya. Todo esto es fascinante. El país en su totalidad ha dejado lo que estaba haciendo para sentarse frente a la televisión: estamos todos mirando lo mismo y al mismo tiempo. ¡Qué guay!

Esto no es estrictamente cierto, porque la NASA ha dispuesto la retransmisión en vivo de la misión en los colegios, pero el resto del país verá el lanzamiento en diferido con un ligero retraso. Años después muchos recordarán haber asistido al lanzamiento en vivo cuando, a decir verdad, las únicas personas que fueron testigos de estos acontecimientos en el momento en que tenían lugar fueron los estudiantes de los colegios norteamericanos.

Sobre la pantalla aparece titubeante una imagen, pero luego vuelve a llenarse de nieve. La señora Harris, acuclillada por detrás de la mesilla con ruedas, murmura para sus adentros.

Tú observas cómo Timothy Pitcairn, que es retrasado y se aburre con facilidad, se cansa de esperar a que la televisión se encienda y se levanta de su pupitre en la primera fila de la clase. Con paso lento se acerca a Amy y a ti Tiene la cara permanentemente enrojecida, como si acabara de hacer una sesión particularmente vigorosa de saltar a la comba. Sus ojos sobresalen, saltones, detrás de unas gruesas gafas.

De pie entre Amy y tú, Timothy le hace a ella su pregunta favorita, ya sean amigos o extraños: ¿le gustaría ver su pistola?

Amy se inclina a un lado para mirarte. Tú sacudes la cabeza con gravedad, no, con toda certeza no quiere ver su pistola. Ella levanta entonces la cabeza y le dice con dulzura:

—No, no me gustaría. Pero muchas gracias.

Aún encogida detrás de la televisión, la señora Harris alza la voz:

—Timothy, siéntate.

Timothy ríe a carcajadas, dejando escapar exagerados suspiros, y hace lo que le dicen.

—Pensé que ésta era la clase para alumnos superdotados y con talento —dice Amy con la mirada puesta en Timothy, que camina de regreso a su pupitre.

—Lo es —le explicas tú—. Pero técnicamente todos somos parte de la educación especial. Sólo que estamos en extremos opuestos dentro del rango de lo especial. El caso es que Timothy es el único retrasado en el colegio, así que le han hecho un sitio con nosotros. Él y yo somos los únicos que estamos aquí a tiempo completo.

—Pero ¿por qué? —pregunta Amy.

—Pues porque las clases normales no valen para ninguno de nosotros dos —le explicas tú.

—Ya puedo oír el sonido —dice la señora Harris—. ¿Se ve la imagen, chicos? ¿Veis algo?

Tú, sí. Sobre la pantalla aparece una imagen del *Challenger*, inquietante sobre la plataforma de lanzamiento entre columnas de vapor grisáceo en una fría mañana en Cabo Cañaveral. Son las 11:32 a.m. y la señora Harris ha resuelto las dificultades técnicas justo a tiempo, cuando faltan seis minutos para que el *Challenger* alce el vuelo.

Los chicos de la clase de educación para superdotados responden afirmativamente a la pregunta de la señora Harris y ella sale finalmente de detrás de la mesilla de la televisión. Se frota la palma de las manos contra su falda y mirando atenta a la pantalla exclama:

—Perfecto. Ya podéis correr las cortinas. Yo me encargo de apagar las luces.

64 La sala queda a oscuras e inmediatamente sientes la presencia de Amy con mayor fuerza, el aroma del suavizante en su ropa, el ritmo de su respiración, incluso el calor que desprende su cuerpo. Tú tratas de concentrarte en la pantalla: la imagen repetida de la tripulación descendiendo por una rampa, vestidos con monos de un azul pálido, sonrientes y saludando con la mano a la prensa reunida. Las familias y los amigos permanecen tensos a la espera, apiñados para combatir el frío, protegiéndose la vista del sol con la mano mientras observan la plataforma de lanzamiento desde la distancia. Pese al espectáculo y la expectación, tú eres incapaz de desviar totalmente tu atención de Amy y, aunque tus ojos se mantienen por costumbre en la televisión, todos tus restantes sentidos están fijos en ella.

Los murmullos esporádicos en la sala cesan cuando la cuenta atrás para el despegue llega a menos quince y los acontecimientos comienzan a sucederse. Detrás del transbordador, una cortina de humo blanco cubre la plataforma de lanzamiento y empieza a extenderse en el momento en que el locutor oficial anuncia menos diez segundos. El locutor ha sido escogido para su puesto por su experiencia como ingeniero aeronáutico, desde luego, pero también por el tono agradable y profesoral de su voz: poco importa lo que diga; siempre suena a «Está todo perfectamente», especialmente a oídos de los niños.

Quien sea que está a cargo de la retransmisión se encarga de pasar de una cámara a otra y ahora tienes frente a ti un primer plano de la parte final del transbordador, con sus motores y los

impresionantes propulsores, de los cuales sale un haz de chispas horizontal, la mayor llama piloto del mundo. Cuando la cuenta atrás llega a menos seis segundos, el combustible de los propulsores entra en contacto con las chispas y se enciende, formando tres enormes llamaradas naranjas claramente distinguibles, que no tardan en convertirse en conos de un blanco radiante henchidos de potencia, el auténtico sueño húmedo de cualquier físico. Puedes ver cómo el transbordador puja hacia lo alto, luchando contra la estructura de sujeción como si fuese un doberman furioso que tensa la correa. El locutor oficial cuenta:

—... cuatro, tres, dos, uno,...

La estructura de sujeción cede y el transbordador se separa de la plataforma de lanzamiento, elevándose de forma terrible. En el aula dos o tres alumnos dejan escapar un suspiro que se puede oír claramente por encima del sonido de la retransmisión.

—Y despegue —dice el locutor oficial de forma algo vacilante, en tu opinión. Entonces, cuando el transbordador empieza a coger impulso vuelve a repetir —... despegue.

Ahora sí que oyes la sonrisa que se dibuja en su cara; sientes cómo su corazón se hincha con el ímpetu que sigue a los nobles propósitos, y hasta tú mismo te das cuenta de que te has emocionado con el espíritu que transmite su voz. Todos aplauden y vitorean alrededor. Por un instante, absorto en la contemplación del transbordador que se eleva sobre una columna de fuego, te olvidas de Amy.

Ella se inclina a través del pasillo que separa los pupitres y se acerca tanto a ti que puedes sentir su aliento en el oído.

—Tienes la piel de gallina —susurra—. Te dije que iba a ser algo sensacional.

Sientes que la piel de gallina se redobla y, aunque continúas con la vista en la pantalla sólo consigues ver la mitad de lo que está sucediendo. Según se aleja describiendo un arco, el transbordador gira 180 grados, de manera que vuela inclinado.

—Maniobra de inclinación completada con éxito —dice el locutor.

63 La señora Harris permanece de pie, a la derecha de la primera fila de pupitres, mirando la retransmisión junto a los alumnos. Tiene los brazos cruzados sobre su modesto pecho, una de sus delgadas manos posada sobre el delgado antebrazo contrario y sus oscuros ojos brillan a la luz de los rayos del tubo catódico. Cuando era niña y su apellido aún era Augden, solía quedarse despierta para ver los programas sobre las misiones de las naves Apolo que, cada pocos meses, se sucedieron veloz y tenazmente en los años 1968 y 1969,

hasta desembocar en la llegada a la Luna. Mucho después de que la atención del público se hubiese desviado hacia otros asuntos, la señora Harris continuó observando, leyendo y siguiendo el programa espacial porque, tras la misión del Apolo 8, había resuelto convertirse en la primera mujer astronauta del mundo. Desafortunadamente, en los Estados Unidos en los que le tocó crecer todavía se acostumbraba a dispensar un par de palmaditas de indulgencia en la cabeza a cualquier niña que dijese que iba a ser otra cosa que un ama de casa, aunque ya por aquel entonces los movimientos a favor de los derechos civiles y por la liberación de la mujer se encontraban en plena campaña. La señora Harris presentó su candidatura a la Academia de las Fuerzas del Aire, donde no fue aceptada pese a haber enviado sus brillantes calificaciones, junto a tres condecoraciones académicas y una carta de recomendación firmada por un congresista que, si bien era un enconado dispensador de palmaditas de indulgencia en la cabeza de las niñas, aceptó promoverla. Al final, sin embargo, acabó en la Universidad de Hofstra, donde cursó física y astronomía, y tuvo que aguantarse cuando, sólo tres años después de haber presentado su solicitud, la Academia de las Fuerzas del Aire admitió por primera vez a una cadete. Entonces cayó en la cuenta de que tampoco a aquella joven le iban a permitir pilotar un jet, ni qué decir ir al espacio, así que la señora Harris se dispensó sus propias palma— ditas de indulgencia en la cabeza y se limitó a obtener su título y su certificado de enseñanza, y se casó con el señor Harris.

Ocho años más tarde fue anunciado el proyecto Profesores en el Espacio y la señora Harris le agradeció a Dios haber postergado el tema de los hijos. Tras enviar su candidatura, pasó los días comiéndose las uñas hasta acabar con los dedos en carne viva. Dos meses más tarde recibió una llamada telefónica para solicitarle que se presentase en Washington. Una semana después era enviada al Centro Espacial Johnson en Tejas, donde continuaron examinándola y entrevistándola. Y aunque ella dio lo mejor de sí y contaba con la trayectoria en educación más adecuada, y además había estado saliendo a correr seis días por semana pese a que nadie había pedido a los candidatos que realizasen ninguna clase de ejercicio, ella sabía, incluso antes de que la decisión fuese anunciada, que no iba a ser la elegida. No se equivocó al predecir que Sharon Christa McAuliffe se iba a llevar la palma. Y por más que creyese que Christa había sido escogida por su sonrisa fácil y aspecto saludable y no tanto por sus calificaciones, la señora Harris le deseó suerte y le dio un abrazo en la cafetería, antes de regresar a casa sin resentimientos y agradecida por haber podido ver el funcionamiento del programa espacial desde dentro y en detalle.

62 Pese a todo, sigue siendo duro, muy duro, mucho más duro de lo que ella se hubiera imaginado, tener que ver el lanzamiento en el pasillo junto a ti y a los demás alumnos. En la oscuridad de la sala no puede contener las lágrimas y a su mente acuden palabras que nunca sería capaz de pronunciar en voz alta, aunque no hubiese niños en las inmediaciones: «Me cago en diez: yo tendría que estar allí. Con lo cerca que estuve de conseguirlo.»

El sonido atronador de los propulsores se va extinguiendo a medida que el transbordador se aleja de los micrófonos de sonido ambiente a una velocidad promedio de 687 metros por segundo. La imagen de la nave avanzando en silencio en medio del cielo adquiere un aire irreal, tranquilizador y escalofriante al mismo tiempo.

Además de las palabras del locutor oficial, se pueden oír los diálogos entre el controlador de la torre y el comandante de la nave, que consisten básicamente en que el controlador dice algo y el comandante lo repite. Por ejemplo, ahora se oye la voz del controlador:

—*Challenger*, incremente aceleración.

Y luego viene la respuesta:

—Recibido, incrementando aceleración.

El locutor oficial comenta algo sobre «los tres motores a un ciento cuatro por ciento de capacidad» y eso te hace dar un bote en tu sitio, porque hasta un alumno de sexto básico sabe que algo así es matemáticamente imposible y tú estás más que convencido de que la gente de la NASA también lo sabe.

Justo después del diálogo sobre la aceleración, la imagen cambia repentinamente desde la toma lejana que hasta ahora ha ido siguiendo al transbordador y aparece un primer plano borroso y trepidante que te lleva a pensar que pronto vas a necesitar gafas. Consigues distinguir la forma del transbordador, la estela blanca que va quedando atrás del fuselaje y las sombras de los propulsores a cada lado con los chorros irradiando. Pero se hace difícil ver con claridad y la imagen tiembla; alrededor, el cielo parece oscurecerse de forma súbita, como en la noche perpetua que reina en las capas superiores de la atmósfera. Tú te das cuenta de que uno de los chorros de los propulsores se ha vuelto excesivo y comienza a lanzar destellos a un lado de la nave. Apenas tienes tiempo para pensar que eso parece una mala señal cuando, como por arte de un horroroso acto de magia, el transbordador desaparece en una explosión de llamas y humo.

61 Es uno de esos momentos de rara clemencia en los que la mente en blanco se niega a procesar las señales que recibe. Es decir, no se trata de que no puedas creer lo que estás viendo, sino que en un sentido muy real no estás viendo lo que tienes ante tus *ojos. Para*

hacer aún más compleja esta creciente sensación de irrealidad, a medida que la nube de humo y los restos de lo que era el transbordador se van diseminando y comienzan a descender en cámara lenta hacia la Tierra, el locutor oficial continúa con la transmisión de datos de telemetría —distancia, velocidad, altitud— como si nada hubiera ocurrido. Pero en un momento dado el hombre levanta la vista de la pantalla de su ordenador y permanece en silencio por un momento que se alarga y se alarga.

60 A decir verdad, el transbordador no ha explotado. Más bien, se ha desintegrado por la repentina acción de fuerzas aerodinámicas ampliamente superiores a las condiciones de vuelo para las que ha sido diseñado. Sin embargo, los cohetes propulsores, construidos de forma más robusta, salen despedidos en todas direcciones impulsados por su propia fuerza, y van dejando tras de sí una estela de vapor como un avión de exhibición que escribiera en el cielo un mensaje incomprensible.

59 En el aula nadie emite ni el menor sonido, ni se atreve a moverse, exceptuando a la señora Harris, cuya mano derecha se arrastra lentamente por el aire hasta ir a posarse con la palma abierta sobre su boca.

Timothy Pitcairn es el primero en romper el silencio.

—¡Están muertos! —suelta—. Señora Harris, están muertos.

Por un momento se entretiene disfrutando con su poder de deducción, botando sobre su silla mientras da palmadas. Pero enseguida, como si hubiera recibido un tiro, desaparecen todas sus energías y se queda quieto, con la vista fija en su propio regazo.

«Era yo la que tendría que haber estado allí», es lo que está pensando la señora Harris. Su mente se traslada al hijo y a la hija de los que Christa solía hablar sin parar, y al intercambio de fotos durante la pausa para fumar en aquel banco friera del laboratorio donde se hallaba el simulador espacial. Virginia Slims; esos cigarrillos tan finos como una aguja que Christa había sacado de su bolso entre risas, mientras comentaba Pero si yo ni siquiera fumo, no sé por qué compré estas porquerías.

Sentados con la mirada puesta en las estelas de vapor que se despliegan por el cielo como intestinos que se desenrollan, esperáis rodeados de un silencio angustioso a que la voz del locutor oficial vuelva a aparecer y diga algo tranquilizador, que ponga algo de orden en medio del desastre, que controle la situación, que haga que las cosas vuelvan a su curso. ¿Por qué nos deja ahora en silencio?, te preguntas tú. Sientes la palma de Amy deslizándose por el dorso de tu mano y, cuando sus dedos se entrelazan con los tuyos, tú aprietas.

Pero la emoción que debería provocarte no acaba de producirse: no es más que un simple consuelo. Entonces, cuando los primeros fragmentos del *Challenger* alcanzan las aguas frente a Cabo Cañaveral, el locutor oficial finalmente vuelve. Sin el menor convencimiento, como si lo estuviesen obligando a punta de navaja, deja escapar un eufemismo que posiblemente esté entre los mayores de todo el siglo XX:

—Es evidente —dice— que ha habido una importante avería.

JOHN SENIOR

Los ojeadores de las grandes ligas nunca tardan en aparecer rastreando a los jóvenes talentos. Cada cierto tiempo detectaba a alguno de ellos en los partidos de la Legión de Rodney, aunque al principio no hacían más que husmear. Ninguno se me acercó, pero yo sabía que andaban por ahí. Es fácil descubrirlos a kilómetros de distancia. Van con gafas de sol de espejo, la calva despellejada de pasar jornadas enteras al sol, todos los días, los pantalones de vestir baratos con el trasero brillante por las horas de roce contra las gradas metálicas y los asientos de los aviones. Normalmente suelen llevar algo en la boca, un palillo o la tapa de un bolígrafo, que mascan con una insistencia endemoniada porque la gran mayoría suelen ser antiguos jugadores de béisbol que se han pasado años intentando dejar el tabaco. Así que, cuando estoy ante alguien que reúne alguna de estas características, no me cuesta darme cuenta: un ojeador. Pero luego también hay signos que son muy evidentes, como cuando uno de ellos se acomoda a gusto en las gradas y devora un perrito caliente del quiosco de Elks Club, luego se limpia la mano contra las perneras de sus pantalones y saca una libreta, su cronómetro y su pistola radar. Si tienen un comportamiento tan obvio es porque quieren que te enteres de que ellos están ahí. Claro, entonces es cuando se ponen serios y llega el momento de hablar de negocios.

Rodney no es una cabeza de ganado más, pese a que ésa es la manera en que los ojeadores ven a estos muchachos que descubren. Para ellos, un chico no es sólo un chico, sino una mercancía: un brazo, un bate, un par de piernas. Es una ecuación, un conjunto de estadísticas que vale cierta cantidad de dinero y esfuerzo, al que hay que fichar. Han convertido todo este asunto en una ciencia. Pero la forma de jugar de Rodney ha mandado todas sus ecuaciones al garete. Ahora se deshacen en explicaciones, intentando convencerme de que el club al que representan es la mejor opción para el jugador. Me ofrecen dinero hasta por hablar con ellos. Sin compromisos ni obligaciones, dicen con una bolsa de papel en la mano llena de billetes. Me preguntan, ¿Hay algo que necesites? Y yo les contesto que hay muchas cosas que necesito, pero que no está en mis planes obtenerlas de ellos. Es a mi chico al que tenéis que pagar, les aclaro.

Por supuesto, responden, y sueltan una risotada como para hacerme sentir que somos colegas, claro que sí, pero ¿qué edad tiene el chaval?, ¿diecisiete? Como si no lo supieran desde el principio. ¿Y qué va a hacer un chico de diecisiete años con una cantidad de dinero tan grande como la que le estamos ofreciendo?

Aún no hemos hablado de dinero, digo yo.

Bueno, sí, es verdad, pero ya sabes a lo que me refiero. Rodney recibirá un talón con una jugosa cantidad, y eso tú lo tienes claro. Se secan la frente tostada por el sol con un pañuelo que siempre tiene manchas amarillas. A veces me dan una palmada en el hombro y yo les echo una mirada que confirma que no somos amigos y que mejor no vuelvan a intentarlo.

No es que tenga algo en contra de esa gente. Ellos tienen que hacer su trabajo y, a juzgar por su aspecto, no parece que ganen mucho. Yo me doy cuenta e intento no comportarme como un gilipollas, aunque tampoco me quita el sueño lo que estos tíos puedan pensar de mí. Lo que sí me quita el sueño es cuando me pregunto a mí mismo si estoy haciendo un buen trabajo para proteger a mi hijo.

Porque la verdad es que Rodney necesita que lo protejan, eso está más que claro. No me gusta hablar mal de mis chicos y la verdad es que prefiero cómo está Rodney ahora a lo que era antes. Salta a la vista que, después de su lesión cerebral, no es el cuchillo más afilado del cajón. Al principio iba tan empanado que llegué a creer que había recaído. Pero eso no podía ser porque ya no salía con los chavales de las chupas vaqueras ni se iba de pellas. De hecho, le dedicaba, y continúa dedicándole, tanto tiempo al colegio como a la iglesia. No es que sea el mejor de la clase, aunque asista a las clases especiales para chicos retrasados, pero de más está decir que nadie espera gran cosa de Rodney en lo que se refiere a los libros. Aparte, con su técnica de bateo, ¿a quién le importa si tiene problemas con las cuatro reglas? Nunca va a ser capaz de explicar el mecanismo involucrado en su gesto técnico, ni tampoco es necesario que lo haga porque los resultados hablan por sí solos. Tiene el mejor *swing* a ambos lados del plato desde Ted Williams. Y eso según el propio Ted, que estuvo dando clases de bateo a los cursos de secundaria del colegio de Rodney la primavera pasada. Yo había oído que solía venir por aquí a menudo porque le gusta la pesca de la trucha de río y, además, tiene un sitio al que va de caza en Moosehead, así que conoce a gente de la zona. Según parece, Williams se embarcó en una ocasión en una montería para cazar osos con el padre de Sammy Bowdoin, que es guía oficial de Maine. Sammy es uno de los lanzadores del equipo. Pues en lugar de que Williams le pagase por el viaje, el padre de Sam le pidió que les diese una clase de bateo a los chicos, que fue lo que Williams acabó haciendo. Simplemente, se plantó un día en la cancha

y, con los dedos asidos a la valla metálica, estuvo media hora mirando antes de que alguien se percatase de quién era.

Ya una vez hechas las presentaciones y de que el hombre estampase su autógrafo en unos cuantos bates, bolas, gorras y camisetas, cada uno de los chicos tuvo la oportunidad de dar un paso adelante para realizar una práctica, con Williams a sus espaldas observando con los brazos cruzados sobre el pecho. El hecho de que Williams ya tenga sus años no significa que haya perdido su visión o su energía. A cada chico, antes de darle la oportunidad de demostrar sus dotes, le preguntaba: ¿Y tú qué sabes de batear? Y la respuesta que recibía era, más que nada, el silencio de una mirada de ojos abiertos de par en par. A ver, no estoy tratando de pillaros con esta pregunta, amigos, les explicó Williams, sacudiendo la cabeza con escepticismo, después de que cuatro chicos seguidos se quedasen con la boca cerrada. Él no había venido hasta aquí para hacerles halagos, no, él había venido para enseñarles a batear bien. Así que asumió su tarea dando gritos y con las manos los fue colocando en la posición que quería ver: las manos *así*, los pies *así*. Tenéis que rotar con la cadera hacia adelante y luego dais un paso. Williams escupió, echó los brazos al aire y pisoteó el suelo. Pero también aplaudió, palmoteó espaldas y exclamó ¡Ahora sí, *así* se hace! cuando los chicos entendían, lo cual, según el criterio de Williams, no solía ocurrir con mucha frecuencia.

Entonces Rodney se aproximó al plato, todo codos y rodillas, con sus calcetines largos y esa gran sonrisa bobalicona, como si no estuviese frente al mayor bateador de la historia. La verdad, yo estaba nervioso; después de todo, estábamos frente al mismísimo Ted Williams con los ojos entornados bajo el sol y las manos en las caderas. Pero Rodney hace su entrada como si no pasara nada, se agacha, recoge un puñado de tierra y lo restriega contra su bate.

Para él no es más que un juego. No siente la presión. Ni siquiera llega a entender que los demás puedan sentirla. Eso es lo que lo hace tan bueno.

Williams se dio cuenta de que este chico era diferente —por alguna razón, sus rodillas no castañeaban de miedo—, así que se quedó observándolo un instante más que a los demás, examinándolo con una sonrisa. ¿Y tú qué sabes de batear?, preguntó finalmente.

Con toda la calma Rodney abanicó el aire con el bate un par de veces, e incluso en ese gesto se veía que no era como los otros chicos. Yo mismo pude ver que Williams se daba cuenta.

Lo que sé, respondió Rodney, es que el movimiento de *swing* no es paralelo al suelo, sino que va en línea con la trayectoria de la bola.

Veo que has leído mi libro, ¿no? Williams soltó una carcajada. Bueno, te daremos unos cuantos puntos por eso, está claro.

Pero Rodney sacudió su cabeza para negar. No, yo apenas leo,

aclaró. Fue mi papá el que me lo dijo. Y para mi horror, acabada la frase apuntó en la dirección en la que yo me encontraba, apoyado contra la pared de la caseta del equipo local. Y ya para hacer las cosas diez veces peor, añadió: él es el mejor bateador que haya habido en este estado.

Williams fijó sus ojos en mí. No jodas, exclamó. Entonces dile que no se quede ahí parado, ¿eh? ¿Qué dices, papá? ¿No te gustaría dar un par de golpes?

Me encantaría, pero no puedo, logré balbucear.

¿Y eso por qué?

Perdí parte de mi mano derecha, respondí. Mi *swing* ya no es el de antes.

Perdona que sea un completo asno, dijo Williams, y te pregunte cómo perdiste la mano, aunque sea una falta de educación.

Vietnam.

Por un instante ninguno de los dos dijo nada más. Entonces Williams asintió con la cabeza y volvió a centrar su atención en Rodney. Y Rodney, claro, procedió a desplegar su show. Bateó una docena de lanzamientos desde la derecha y luego, en vista de que Williams no decía nada, cambió a la izquierda. De hecho, Williams ni abrió la boca: se limitó a permanecer allí de pie mirando. En un momento dado sacó un palillo del bolsillo, se lo puso entre los dientes y no paró de mordisquearlo. Sin decir una palabra.

Luego, más tarde, se acercó a mí y me dijo: Ese chaval tiene el mejor *swing* que he visto desde Ted Williams. Y dejó escapar una carcajada. Muchas gracias, señor Williams, le dije yo. Llámame Ted, me sugirió, y yo le expliqué que era mejor que no. No soy de los que van buscando héroes por la vida, pero usted sí que lo es para mí, así que si no le molesta... Me dio una palmada en la espalda y dijo, Puedes llamarme como quieras, pero ese chico tuyo va a ser un crack jugando. Ése fue uno de los mejores momentos de mi vida, caminando junto a Ted Williams con su brazo sobre mis hombros y mis chicos a mi lado.

Pero si Rodney es así de bueno en el campo de juego, deberían ver lo que es cuando sale de él. Va por ahí envuelto en una nube. Hay que llamarlo tres veces para atraer su atención y no vale la pena decirle nada que no sea su nombre hasta que haya vuelto la mirada hacia vosotros porque estáis malgastando saliva. Su interés por las chicas es nulo, pese a que una de cada dos veces que suena el teléfono en casa es alguna chica de su colegio que lo llama. Siempre que permanece sentado en el mismo sitio durante más de dos minutos se queda dormido y buena parte del tiempo no parece distinguir entre la noche y el día. Es capaz de despertarse a las seis de la tarde y vestirse para ir al colegio y, si no lo detenemos a tiempo, coge la puerta, sale

fuera y se queda una hora esperando a que pase el autobús, mientras juguetea con el minibate que lleva consigo, sin caer en la cuenta de que comienza a oscurecer y él es el único chico allí. Más de una vez ha sucedido.

Pueden imaginarse lo que sería enviar a Rodney a un lugar como Nueva York o Kansas City para jugar al béisbol. No pasarían dos días antes de que acabase caminando por las vías del metro o que se presentase al entrenamiento a medianoche. Ahora bien, una vez que lo llevamos al campo de juego, a la hora y sin contratiempos, se le puede dejar suelto para ver cómo se desenvuelve en algo que sabe hacer mejor que casi nadie. Pero fuera del campo, necesita tener a alguien con él.

Eso resulta un problema por razones evidentes. Estoy obligado a quitarle demasiado tiempo al trabajo para poder estar en los partidos y en las prácticas para ahuyentar a los ojeadores: al final, tengo que dedicarle mucho tiempo a una cosa sin que llegue a tener tiempo para la otra. Debbie se encarga normalmente de sacar al chico de la cama y le prepara el desayuno. Pero más allá de eso, no es capaz de hacer mucho más. Odio tener que decirlo, pero es así. Y no es que quiera culparla. Ella tiene un problema y ya no lo disimula tan bien como antes. Y bueno, sí, cuando llego a casa del trabajo en la panadería y me encuentro que está todo patas arriba y Junior está en la cocina dejando que se quemen las tostadas porque está demasiado ocupado al teléfono hablando con su amiguita, mientras Rodney aún no ha salido de la cama y dentro de dos horas él y yo tenemos que estar en el aeropuerto, y cuando entro a mi cuarto me encuentro con un bulto sollozante bajo las sábanas que supuestamente es mi esposa, claro, me tengo que morder la lengua. Quién no.

Sé muy bien que estoy lejos de ser perfecto. Y pareciera que no he hecho mucho por ayudar a Debbie, aunque, ¿qué se puede hacer si tú insistes en preguntarle a alguien si lo puedes ayudar a resolver su problema y la persona siempre te responde qué problema, de qué problema me hablas, yo no tengo ningún problema? No tengo ni idea de qué se puede hacer con alguien así. De modo que me muerdo la lengua, le resto importancia al asunto y continúo a la espera de que algún día sea ella la que se acerque a mí cuando esté preparada. Mientras tanto tengo que hacerme cargo de los chicos yo solo. Y ahora hay que meterle prisa a Rodney para estar a tiempo en el aeropuerto de Portland, desde donde sale nuestro avión a Chicago para ir a conversar con el director de los Cubs, que está interesado en negociar la primera opción para ver si mi chico se queda en el equipo. Lo que significa, por supuesto, quitarle más tiempo al trabajo, con la consiguiente rebaja de mi sueldo. Al menos los Cubs cubren los costes del viaje.

Cuando nos bajamos del avión en O'Hare hace calor. Una ola cálida que se adelanta a la estación recorre la zona del Medio Oeste y la gente suda, echa maldiciones y no deja de tropezarse unos con otros. Al ir a recoger el equipaje tengo que echarme a un lado en dos ocasiones para evitar ser embestido por alguien que avanza en dirección opuesta. Pese a que no vale la pena enojarse por algo así, yo ya estoy alcanzando un punto límite debido a una serie de razones que no consigo identificar con claridad, así que decido que la siguiente persona a la que le dé por jugar al toro va a acabar derribada. Junto a la zona de recogida de los equipajes espera un tipo negro vestido con traje oscuro con un cartel en la mano en el que está escrito: thibodeau. El tío insiste en llevar nuestras maletas, aunque yo le digo que no hace falta. Nos acompaña entonces hasta un Lincoln que espera mal aparcado en zona prohibida. El chofer nos abre la puerta a Rodney y a mí. El interior es mullido y oscuro y, como el aire acondicionado está tan fuerte, casi hace frío. El chofer coloca nuestras bolsas en el maletero y nos ponemos en marcha.

No había vuelto a Chicago desde mi viaje a la Costa Este, cuando me dieron de baja del cuerpo de Marines y me pasé unos cuantos días bebiéndome la paga en la parte norte de la ciudad, mientras intentaba reunir el coraje necesario para volver a casa con Debbie y Rodney. Por lo que puedo ver a través de los cristales ahumados, la ciudad no ha cambiado mucho. Pero hay muchas cosas que no alcanzo a ver porque el chofer, cuyo nombre es Alonzo, pasa volando por encima de las calles a una velocidad endemoniada, y antes de que pueda enterarme, estamos en Wrigleyville. El sitio está atiborrado de aficionados vestidos con la chaqueta y la gorra azul, jaurías de seguidores del equipo que salen de los trenes metropolitanos, interrumpiendo el tráfico. Alonzo se abre paso suavemente a través de la multitud, alternando el uso del acelerador y el freno como un profesional. Rodney mira por la ventana, asimilándolo todo con su habitual expresión boquiabierta. Su forma de mirar refleja fascinación y aburrimiento por igual.

Alonzo aparca frente al acceso que lleva a la entrada para jugadores. Rodea el coche para venir a abrirnos la puerta, pero nosotros ya nos hemos bajado, así que lo seguimos a través de una línea franqueada con vallas de seguridad y pasamos junto a dos vigilantes hasta alcanzar una puerta azul que carece de picaporte por el lado de afuera. Después de llamar, sólo tarda un segundo en abrirse. Un viejo asoma la cabeza y Alonzo dice ¿Qué pasa, Lou? y Lou nos permite entrar. Atravesamos la sede del club, que huele a desinfectante. No es nada especial: una larga sala con taquillas a ambos lados y una mesa en la mitad, un par de aparatos de televisión colgados del techo, un horario con las prácticas de bateo pegado en la

pared. Pasamos junto a la caja de bateo construida en el interior del edificio y a la sala de entrenamiento, donde tengo la impresión de reconocer a Jody Davis, sentado, con su pierna en el jacuzzi. Subimos por unas escaleras hasta alcanzar el salón con los banderines de la Liga Nacional de 1945 colgados de las paredes y llegamos al ascensor que nos lleva a la parte alta, tres pisos más arriba. Salimos directamente a la tribuna del dueño, refrescada por el aire acondicionado, con sillones tapizados en cuero rojo, un pequeño bar y la mejor vista de un campo de béisbol que yo he visto en toda mi vida.

Bueno, yo los dejo aquí, dice Alonzo.

Vale, muchas gracias, le respondo.

Y ahí nos quedamos los tres. Rodney, con la vista puesta en el campo, donde los Cubs están entrenando con los bates. Yo continúo esperando a que Alonzo se vaya, pero pasado un minuto me doy cuenta de que está esperando la propina. El camarero a cargo del bar mira hacia otra parte y se dedica a repasar con un paño los vasos para whisky.

No tengo dinero para darte, reconozco finalmente. Es la verdad. Tengo alrededor de cien pavos, pero me gustaría tratar de gastar lo menos posible porque los había reservado para pagar la tarjeta de los almacenes JC Penney de Debbie. Lo siento, le digo.

Alonzo me mira un instante, luego se gira y se pone en marcha. Sé que estará pensando que alguien que ha sido invitado a Chicago por el dueño del club debería tener diez pavos para gastos. Me quedo viendo cómo desaparece en el ascensor y me siento avergonzado, pero al poco me invade la rabia, como me pasó antes, en el aeropuerto de O'Hare. Así me lo he pasado últimamente: con frecuencia tengo que respirar hondo y apretar los puños. Parece que llevase meses en este estado.

Puede sonar estúpido, pero enfadarse a cada momento es algo que me acaba cabreando.

Justo entonces entra Dallas Green en la lujosa tribuna. Aunque nunca nos hemos visto, yo sé que es él: tiene el mismo aspecto de capullo engreído que me había imaginado cuando hablamos por teléfono la semana pasada. Ya entonces pensé que no me iba a caer nada bien. Y ahora que lo veo en persona, un pavo real con corbata, uno de esos tipos de gran personalidad que abre sus brazos al máximo cuando se te acerca, como si jamás hubiese sentido tanta felicidad al ver a alguien y estuviese preparándose para darte el abrazo más grande de la Historia nada más aparecer, en ese momento tengo la total certeza de que no me cae bien. Me siento cansado y algo incómodo por lo ocurrido con Alonzo y no estoy de humor. Preferiría que Green me diese un billete de veinte para pasarle a su chofer y después mi hijo y yo podríamos emprender nuestro camino de regreso.

Pero ya estamos aquí, así que, cuando está lo suficientemente cerca y extiende su mano, no me queda otra que estrecharla. Hay que reconocer que no parece preocuparle el hecho de que mi mano casi ni esté ahí.

John, es un gusto conocerte, un gusto conocerte. Soy Dallas Green.

Ya me lo imaginaba, le digo yo.

Y éste debe ser nuestro muchacho Rodney, agrega. No me gusta nada eso de «nuestro muchacho». Nada. Entonces le extiende la mano a Rodney para saludarlo. ¿Te gusta la vista, hijo?, pregunta Green y eso tampoco me gusta, que llame «hijo» a Rodney.

Está guay, contesta Rodney. Es un bonito campo. Más grande que Fenway.

Green no deja de apretar la mano de Rodney y la sacude con tal fuerza que me da la impresión de que le va a arrancar el brazo del hombro. Pero a Rodney no parece importarle.

Y más antiguo que Fenway también, añade Green, y aunque yo sé que eso no es cierto, no sé si Green lo sabrá. ¿Te imaginas a ti mismo de parador en corto allí abajo?, le pregunta a Rodney. Mira, fíjate bien; imagínate sobrevolando una base, recibiendo un lanzamiento de Ryne Sandberg, esquivando el deslizamiento, lanzando a primera. Piensa lo que sería formar parte de la combinación del *double play* más acojonante de la historia de las grandes ligas.

Bueno, no nos adelantemos, le digo yo a Green.

No creo que nos estemos adelantando, responde él. Finalmente suelta la mano de Rodney y me devuelve una de esas sonrisas galvanizadas. Estoy en condiciones de garantizar que, si Rodney se une a nosotros, la próxima temporada podrá ser parte del club que juega en la gran liga. Jugando de parador en corto. Garantizado. Y eso no es más que una de las muchas cosas que puedo poner sobre la mesa en este momento.

Todos los equipos que quieren ficharlo lo incluirán en su selección para la gran liga la próxima temporada, le aseguro.

Es posible, es posible. Pero ¿jugando en su posición?, pregunta Green.

Es lo más probable, respondo.

Green se acerca a la barra. No estoy muy seguro de eso, replica. Si se va jugar a Cleveland lo van a poner de jardinero. Los Mets lo harán jugar en primera base. En lugar de pedir una copa, Green palmetea un par de veces sobre la barra para atraer la atención del camarero. ¿Quieres algo?, me pregunta.

No, gracias. No bebo.

¿Rodney?, pregunta Green.

Él tampoco, respondo yo y le echo una mirada para ver si se da

por enterado.

Claro que no, confirma Green. Coge el martini que le extiende el camarero y camina de vuelta hacia nosotros. Rodney es un deportista de clase mundial, sin duda. Además, el cuerpo es sagrado y todas esas cosas. Por último, no hay que olvidar los problemas que tuvo cuando era joven, ¿no?

Eso ya no cuenta para nada, le explico.

Green revuelve su copa con un palillo de plástico. No lo dudo, contesta. Pero no podemos dejarlo de lado, al igual que cualquier otro problema que pudiera tener un jugador. Por ejemplo, el historial de un lanzador con una afección cardíaca sería algo que habría que tener en cuenta. No importa cuán rápido pueda lanzar el chico o cuánto tiempo haya transcurrido desde que le detectaron la última arritmia.

Se lo acabo de decir, ese asunto ya es parte del pasado, insisto. Mi mano izquierda ha comenzado a contraerse y ya se cierra en un puño. Rodney es alguien totalmente distinto del que solía ser entonces.

Estoy seguro de que es así, por Dios, exclama Green, y le da un sorbo a su martini. Se acerca entonces a nosotros para invitarnos a tomar asiento. Sólo que no quería dejar de mencionarlo. Sería una irresponsabilidad por mi parte si no lo hiciese.

Señor Green, debo admitir que me estoy cansando de todo esto. Ha sido un largo día y he tenido que faltar al trabajo y eso no me lo puedo permitir. Así que tal vez es el momento de preguntarle por qué nos ha hecho venir hasta aquí.

Green se sienta en uno de los sillones de cuero, con las piernas cruzadas a la altura de la rodilla. Por ninguna razón especial, dice él. Normalmente les pedimos a los jugadores con dotes sobresalientes que vengan a visitarnos y vean cómo es Wrigley, que conozcan a algunos de nuestros chicos y le tomen el gusto a la ciudad. Es para ver si se adaptan bien.

Pues creo que están perdiendo el tiempo, digo, porque Rodney no se va a adaptar bien a los Cubs.

Green sonríe. Vamos, hombre, no han pasado ni diez putos minutos y ya tienes claro que no quieres que el chico juegue. ¡Por favor!

Lo sabía antes de venir hasta aquí, le contesto. Lo sabía desde el momento en que hablamos por teléfono.

Green descruza sus piernas y se endereza en la silla. Y entonces, ¿por qué cojones te has molestado en venir?, pregunta.

Porque sabía que usted podía negociar el pase y fichar a Rodney de cualquier modo. Así que pensé que era mejor venir para conversar con usted y tratar de convencerlo de que desistiese.

Pues lo estás haciendo de puta pena, afirma Green.

Hay un aire en su mirada que reta al desafío, y yo estoy más que

feliz de aceptarlo. Mire, a estas alturas me da igual, le digo.

Llegado este punto alcanzo a darme cuenta de que Green y yo nos estamos gritando. Rodney nos mira como si estuviese listo para esconderse bajo el sofá, mientras el camarero se dedica a pasarle el paño a los vasos por tercera vez, con la vista concentrada en lo que está haciendo.

Green deja la copa en un extremo de la mesa y se pone de pie. Si llevase tirantes, estaría tensándolos. Yo me paro firme sobre la moqueta.

Vamos a ver, insiste Green. ¿Qué pasa si sigo adelante y lo ficho de cualquier modo sólo para tocarte los huevos?

Yo no le recomendaría que lo hiciese, le advierto.

¿Y por qué?, pregunta Green. ¿Qué cojones puedes hacer para evitarlo? No puedes hacer una mierda.

No hable así delante de mi hijo.

Que te den por culo, escupe Green. ¿Te crees que puedes venir aquí a intimidarme? Deja que te diga algo, gorila: yo estoy a cargo de este equipo. Y yo hago lo que me da la gana. Si quiero puedo seleccionar a tu hijo y quedarme con su pase.

Como ya le dije, eso lo tengo claro, le digo. Ésa es la razón por la que he venido; para que no lo haga. No quiero que Rodney juegue para ustedes.

Mira, os he traído aquí en un gesto de cortesía. Eso es todo. No tengo que consultar nada contigo, y no pretenderás decirme cómo tengo que hacer las cosas en mi equipo. Así que te jodes, no hay nada que puedas hacer.

Puedo partirle ese cuello de rata suyo, digo. Eso sí que puedo, estoy seguro.

Green da un paso adelante. Es una cabeza más bajo y treinta y cinco kilos más ligero que yo, pero puedo ver en su cara que es tan tonto como para buscarse problemas. Y yo estoy tan cabreado que no me importa cuánto daño pueda hacerle.

¿Me estás amenazando?, pregunta Green.

Yo no respondo nada. Ya he dicho todo lo que tenía que decir. Así que me adelanto y le echo la mano al cuello y comienzo a apretar. Algo en su garganta se escabulle bajo mi pulgar y luego emerge y comienza a ceder. Su cara pasa del rojo furia a un morado desesperado en pocos segundos. Hace aspavientos con sus brazos para intentar librarse de mi mano, pero es incluso más débil de lo que parece y sus golpes no sirven para aliviar la complicada situación en la que se ha metido.

Rodney es el que salva a Green. El baboso de Rodney con su buen corazón. Yo no estoy dispuesto a soltarlo. Ni se me pasa por la cabeza que Green puede acabar muerto si no lo hago. Yo sólo continúo allí de

pie, sintiendo cómo la rabia sale de mí a medida que los ojos de Green se hinchan y parpadean y sus piernas se van poniendo blandas como espaguetis. Unos cuantos segundos más, otro apretón fuerte y ya habré descargado mi ira y me quedaré a gusto por primera vez en meses.

Pero por suerte para todos, Rodney interviene. Papá, dice y me pone una mano sobre el hombro, vamos, papá, quiero conocer a Harry Caray. Y eso basta para hacerme despertar y soltar el cuello de Green. El hombre cae al suelo jadeando.

Me parece que no vamos a poder conocer a Harry Caray, hijo, le explico. Me sorprende comprobar que me falta el aliento.

Ya lo sé, responde Rodney. Sólo quería que no siguieras asfixiándolo. No quiero que te metan en la cárcel.

Mis cojones no va a ir a la cárcel, dice Green. Mierda. Se sienta con dificultad, sin dejar de sobarse el cuello. Claro que va a ir a parar en la cárcel y tú, chaval, tú vas a vestir el uniforme de los Cubs la próxima temporada.

Yo vuelvo a dar un paso en dirección a Green, pero Rodney se interpone y me empuja hacia atrás, y me quedo sorprendido al comprobar que es lo suficientemente fuerte como para hacerme retroceder, aunque ya debe de ser un par de centímetros más alto que yo y casi cinco kilos más pesado. Me arrastra fuera de la habitación y, al atravesar la puerta caminando hacia atrás, noto que el camarero sonríe al ver a Green sentado sobre la moqueta frente a uno de sus estupendos sillones de cuero.

Es la primera vez que el camarero sonríe desde que estoy aquí, así que debo haber hecho algo bien, a pesar de que resulta muy probable que yo acabe en la cárcel y mi chico no vaya a poder ver un partido, ni saborear un perrito caliente de Wrigley, ni conocer a Harry Caray.

Salimos pitando en dirección al ascensor, bajamos las escaleras, atravesamos la sala de entrenamiento, pasamos junto a la caja de bateo y dejamos atrás la sede del club, donde todos los jugadores se encuentran ahora sentados escuchando música, charlando, jugando a las cartas o leyendo el periódico. Rodney se detiene frente a la puerta abierta, pero yo lo cojo del brazo y le doy un empujón. Nos plantamos en la acera aún inundada por una marea de seguidores de los Cubs que avanza lentamente. Es obvio que esta vez no nos espera ningún coche. Avanzando contra la corriente, nos abrimos paso hacia la parada del tren metropolitano, nos montamos en la línea roja hacia el centro y luego en la azul, que nos lleva hasta el aeropuerto de O'Hare. Es un largo trecho y a mí me preocupa cada vez más que la policía nos esté esperando al llegar a nuestro destino; pero los únicos polis que encontramos en el aeropuerto simplemente están ahí parados, mirando con cara de aburridos. Es evidente que no les han dado ninguna orden de buscar a nadie, mucho menos a nosotros.

Pero al llegar al mostrador, la historia cambia. Nuestros billetes han sido cancelados. Al comienzo me jode muchísimo porque ahora tendré que gastar dinero en los billetes de autobús, pero después pienso que, si lo peor que nos puede pasar es que Green no pague nuestros billetes de regreso, nos ha salido barato. Le pregunto a la señorita del mostrador que dónde está la estación de Greyhound y nos dice que tenemos que volver a la ciudad, lo que significa más dinero perdido en el transporte metropolitano de Chicago. Finalmente damos con la estación de autobuses, compro dos billetes y me gasto el resto del dinero en sándwiches. Tardamos dos días en volver a casa y viajamos con hambre durante todo el trayecto, así que me veo obligado a hacer algo que jamás he tenido que hacer en mi vida: pedirle a alguien un poco de dinero para comprarle algo de comer a Rodney. Se lo pido al conductor del bus mordiéndome los labios de vergüenza, pero mi carácter impetuoso es el que nos ha metido en esta situación y voy a tener que comer mierda para que mi hijo pueda llevarse algo a la boca. No hay más que decir. El hombre me deja cinco dólares y compro unas cuantas chucherías y paso el resto del viaje sin comer, pese a que Rodney no deja de insistir. Toma, papá, prueba un poco de mi sándwich, dice. Apunto el nombre y la dirección del conductor y le prometo que le enviaré el dinero de vuelta, incluyendo los intereses, cosa que hago un par de semanas después, cuando Debbie ya se ha tranquilizado y deja de atormentarse con la idea de que Rodney y yo hubiésemos muerto, y las cosas vuelven a la normalidad.

JUNIOR

AMY ES la única persona con la puedo hablar sobre el asunto. Hablar de veras, quiero decir. A ella puedo acercarme con lo de vas-a-pensar-que-estoy-loco-pero-lo— que-sucede-es-lo-siguiente. Es cierto que en el pasado ya lo he mencionado alguna que otra vez, especialmente cuando era más joven. Me acuerdo de que pintaba esos horribles cuadernos de dibujo en primaria: todo tipo de cosas muertas tiradas por el suelo, una tierra abrasada y baldía, los restos retorcidos de los rascacielos contra un cielo oscuro. Estos dibujos me valieron más de una invitación a las oficinas del colegio, en las que toda una escala ascendente de supervisores educativos —la enfermera, el jefe de estudios, el rector, el director— se dedicó a hacer apuestas sobre qué estaba sucediendo en mi cabeza. Finalmente, llamaron al psicólogo que tenían reservado para los estudiantes emocionalmente inestables. Pero ninguno fue capaz de alcanzar ni la más remota conclusión en mi caso. Yo hacía esos dibujos y añadía crípticas inscripciones a un lado no tanto porque sintiera la necesidad de comunicar lo que sabía, sino más bien para aliviarme de lo que significaba saber todas esas cosas y para ver qué efecto me provocaban. Como no estaba muy interesado en hablar de ello, mis conversaciones con la procesión de supervisores nunca aportaban ninguna información:

Ellos: «Júnior, ¿qué significado tienen estos dibujos?*

Yo: «N'idea.»

Y así todo el rato. Estas entrevistas eran por lo general muy cortas, como suelen ser los diálogos con respuestas monosilábicas. En menos tiempo del previsto me enviaban de vuelta a mi clase, en la que éramos dos alumnos, mientras los supervisores se quedaban rascándose la cabeza, aliviados de que ya me hubiese marchado llevándome conmigo toda mi rareza: seguramente les preocupaba la posibilidad de que algo realmente aterrador se estuviese gestando en mi mente, algo que ellos preferían que siguiese inactivo hasta el día en que yo ya no estuviera bajo su responsabilidad.

Pero si ahora me diesen la oportunidad podría decir: Señores, no se enteran de nada. Yo no soy su rutinario adolescente desequilibrado; aquel que está harto por algún tipo de maltrato por parte de sus compañeros o por la falta de atención de su papi. Yo tengo visiones que hacen que Hiroshima parezca una explosión de Peta Zetas. Visiones que les parecerían aterradoras incluso aunque ni supiesen, como yo sé, que son algo real.

De forma inevitable, a través de estos supervisores, mis padres se vieron tangencialmente involucrados, puesto que los mandaron llamar

para discutir sobre mis dibujos y mi estado mental. Pero ellos no tenían ningún dato decisivo que aportar porque yo no compartía lo que me sucedía con ellos. Creo que es lo mejor para todos. Mi padre, sencillamente, no sabe cómo hablar con otra persona y, pese a que nos une un genuino afecto mutuo, la ocasional conversación que pueda haber entre nosotros es incluso más breve que las que sostenía con mis supervisores en la medida en que los diálogos entre dos personas de respuestas monosilábicas tienden a transcurrir así:

—Junior, ponme café.

—...

O bien, cuando después de quitarle con todo cuidado el mando a distancia de la televisión del reposabrazos de su sillón reclinable y cambiar de canal mientras él sigue echado y, según todas las señales, parece dormido:

—...

—Estoy viendo eso.

Incluso si lo hubiera visto dos horas por semana, mi padre no habría sido una buena opción para revelarle a alguien mis visiones. En cierto momento, mi madre hubiese sido mejor alternativa, pero desde que Rodney se fue a Chicago, ella se transformó en una triste versión catatónica de sí misma. Últimamente se pasa la mayor parte del día sentada junto a la mesa de la cocina con un tazón de plástico ¡Turbo Chug! del Hasty Market rematado con una tapa de plástico roja y una pajita para beber de un centímetro de diámetro, relleno de cantidades fluctuantes de vodka y hielo. La condensación en la base del tazón deja marcados grandes anillos sobre la superficie de la mesa. Cientos de manchas del recipiente de litro y medio se reparten sobre la mesa ubicada en el extremo sur de la cocina.

En esta época del año oscurece antes de la cena y mi madre se sienta junto a la mesa sin preocuparse de encender la luz. Simplemente se queda ahí sentada con el tazón ¡Turbo Chug! en la mano para no perderlo en la oscuridad. Pasa tanto tiempo con el tazón asido que la piel de sus dedos acaba arrugada por la humedad de la condensación. De regreso de casa de Amy, abro la puerta y tanteo en busca del interruptor de la luz, la enciendo y me la encuentro allí, sentada a la mesa. Sus pupilas se contraen con tal violencia que puedo percatarme a dos metros y medio de distancia. La luz debe de hacerle daño, pero ella ni siquiera entorna los ojos. Se limita a permanecer sentada y, cuando los ojos dejan de escocerle y consigue verme, la sombra de una sonrisa maternal se esboza en la comisura de sus labios, que pronuncian:

—Hola, cariño.

—Mamá, pareces cansada —le digo yo—. Tal vez deberías irte a la cama.

Entonces coge el tazón ¡Turbo Chug! con ambas manos para comprobar su peso. Lo agita y el hielo con vodka produce un sonido entre un desagüe y unos cascabeles.

—Me quedaré un rato más —dice y vuelve a poner el tazón sobre la mesa. Al verla, sobre todo bajo la luz cenital de los fluorescentes de la cocina, es difícil creer que tiene menos de cuarenta años.

Papá y mamá están descartados como personas con las que podría confesarme. Eso sólo me deja ante Rodney y Amy. Aunque Rodney no estuviese a más de mil quinientos kilómetros de distancia, la vida le ha dado una tajada mucho más generosa de lo que es capaz de llevarse a la boca: acaba de terminar su cuarta temporada con los Cubs, salió segundo en la votación de Jugador Mejor Valorado de la Liga Nacional y el jugador de béisbol más popular de la zona norte. Tiene más dinero del que podría gastar en tres vidas seguidas. El salario que recibe del club comienza a parecer calderilla comparado con la pasta que recibe de Mizuno y Pepsi, o incluso de los contratos publicitarios regionales que firma, como el trato que hizo con Portillo porque su amor por los perritos calientes es ampliamente conocido y lo convierte en la celebridad perfecta para alcanzar a las grandes audiencias. En retribución por su imagen y su voz, no sólo le pagan con dinero, sino que ha conseguido perritos calientes para el resto de su vida. Como si le hicieran falta. Y sin embargo, guarda en el sótano de su casa una cámara frigorífica repleta de perritos calientes Portillo. Del suelo hasta el techo. Ésta es la vida que lleva ahora mi hermano. Teniendo en cuenta que necesita un asistente a tiempo completo para llegar a tiempo a autobuses y aviones, y para asegurarse de que al hacer la maleta incluya algo más que calzoncillos o de que no se pase tres días sin comer, se puede decir con toda certeza que ya tiene suficiente entre sus manos como para interesarse por mi problema. Incluso si dicho problema no es otro que el acuciante y nada desdeñable conocimiento del fin de toda forma de existencia.

Así que Amy es la única que queda. Parece una opción más que apabullante. Lo he pensado mucho. Cómo abordar el asunto con ella, es lo que me he estado preguntado y aún continúo haciéndolo.

Ella me quiere.

—Te quiero —dice ella.

En un mundo perfecto, debería ser capaz de contarle todo. Pero por otra parte, no es el tipo de chica que tolere muchos disparates y no quiero que piense que estoy loco porque su actitud hacia los trastornados mentales es, por decirlo de forma delicada, poco generosa. En una redacción sobre el destino de Mark David Chapman,[3] surgido del debate de una clase de educación cívica sobre la mejor forma de tratar los crímenes cometidos por desequilibrados, ella venía a concluir de la siguiente forma: «En mi opinión, Chapman recibió

exactamente lo que se merecía: una estancia de por vida en la lujosa prisión estatal de Attica. Y eso que no me gustan los Beatles.» Después de leer *El coloso* se hizo fanática de Sylvia Plath: imprimió el poema «La mota en el ojo» y lo pegó en la pared junto a su pupitre. Ésa fue otra de las muchas razones por las que se ha ganado mi amor, porque ¿cuánta gente más cuelga un poema en mitad de un territorio invadido por los posters de las estrellas del pop? Pero «La mota en el ojo» fue arrancado el mismo día en que Amy leyó sobre el suicidio de Plath. Cuando le mencioné a Ted Hughes, ella me contestó:

—No fue él quien le metió la cabeza en el homo. Aparte de eso, ella tenía hijos. Y el hecho de que dejase las ventanas abiertas para que ellos no se intoxicasen no la convierte en la madre del año.

Esa falta de simpatía por los que sufren trastornos mentales tiene su explicación en la madre de Amy, que está loca y que, desde que su padre se esfumó hace ya un tiempo, se ha dedicado sistemáticamente a golpearla. Con los años, la familia de Amy se fue transformando en una cadena de maltratos domésticos: el padre golpeaba al hermano, que se ponía furioso y le pegaba a la madre, quien sólo tenía a Amy para descargar su ira. Siguiendo ese patrón cualquiera pensaría que si hubiese otra persona después de Amy, lo mejor que podría hacer sería apuntarse a clases de karate o comenzar a entrenar con pesas. Pero ese supuesto hermano o hermana menor no hubiese tenido nada que temer porque Amy parece inmune a la cólera que le ha sido transmitida puñetazo a puñetazo. Es una chica cáustica; la gente que recurre a ese tipo de humor y lo maneja bien, rara vez necesita recurrir a la violencia.

Su madre, en cambio, no es una persona cáustica y, al menos una vez al mes, puedo estar seguro de que me encontraré con algunos moratones en los brazos de Amy o con rasguños en su espalda. Siempre que se muestra reacia a quitarse la ropa, sé que su madre le ha atizado. Más de una vez se ha asomado a mi ventana en medio de la noche con la nariz sangrando y la cara llena de tatuajes rojos flagrantemente impresos con la palma de la mano. Cada vez que sucede, monto en cólera, me pongo a insultar y juro consumar la venganza, o por lo menos sostener una conversación seria que contenga numerosas amenazas explícitas e insinuadas.

—Tú eres una cabeza más alta que ella —le digo—. ¿Por qué aguantas que te haga esto?

Pero Amy me tranquiliza, me pone las manos en la cara. Apretada contra mí, en la misma cama del tamaño de un paquete de cereales que he tenido desde que dejé la cuna, pasa de dar explicaciones. Sin necesidad de hablar me deja claro que no va a permitir o consentir ningún tipo de reacción. Nada de llamadas a la policía, y yo no diré ni una palabra ni haré nada. Así que doy un amplio rodeo para evitar a

su madre y cuando Amy no está atenta le propino una mirada implacable a esa mujer, para que sepa que estoy al tanto de todo.

De esa forma, gracias a la madre de Amy está el problema de que mi chica no tiene ninguna paciencia o simpatía por la gente que está loca. Y, por supuesto, existe el riesgo más que probable de que, al oír lo que tengo que contarle, piense que estoy loco. Pero cuantas más vueltas le doy, más me convenzo de que, por extraño que pueda sonar, es algo que forma parte esencial de mi ser y no compartirlo con ella sería muy deshonesto de mi parte. La falta de honestidad que hasta ahora he mantenido con las pocas personas que forman parte de mi vida (mamá, papá y Rodney) y el distanciamiento que crea entre nosotros es algo a lo que me he acostumbrado y que he aprendido a aceptar. Pero con Amy no puedo seguir así. Cada vez interfiere más con nuestro día a día y, sobre todo, con nuestras noches, que siempre resultan el peor momento para mí. Supongamos que su madre se encuentra fuera de la ciudad, cosa que ocurre con bastante frecuencia últimamente, y yo me quedo a pasar la noche en casa. Cuando nos metemos en la cama y Amy se ovilla contra mí con la cabeza sobre mi vientre y el pelo desplegado sobre mi pecho, sin más luz que la vela que ella deja consumirse en una palmatoria a mi lado de la cama, yo me siento más seguro y feliz que en toda mi vida. Podría morir allí mismo. Pero en ese momento, de forma inevitable, cuando se acerca la madrugada, me invaden los pensamientos y temores más oscuros, y entonces me levanto, me visto y salgo a la calle. Me paso horas caminando sin rumbo y fumando, además de tener que regatear las preguntas de los agentes de policía que sospechan de mí. Y cuando regreso, que por lo general es hacia la hora en que el cielo comienza a clarear, naturalmente Amy desea saber dónde he estado y por qué me he ido, lo que significa que no sólo he desaprovechado una parte de nuestros mejores ratos juntos sino que, además, tengo que mentirle. Problemas de estómago, le digo. Somnolienta, me pregunta si ya me siento mejor y yo vuelvo a mentir y respondo que sí. Entonces ella me atrae hacia la cama y se acurruca con la espalda contra mi pecho y hace que la envuelva con mis brazos y aprisiona mis manos contra su pecho. Pero ya en ese momento la noche ha quedado arruinada y casi no siento nada.

La cuestión es cómo presentarle todo el asunto. Porque, claro, no se trata de dejarle caer de forma casual algo tipo:

—Ah, por cierto, ¿no te había dicho que el mundo se va a acabar dentro de unos diecinueve años más o menos? ¿No? ¿Estás segura? Pues yo juraría que ya te lo había contado.

Pero después de un par semanas de buscar en vano la manera de sacar el tema a la luz, me doy cuenta de que lo que me hace falta para decírselo no es realmente encontrar el contexto. No, lo que me falta es

valor. Imposible pensar en una incongruencia más grande y más extraña que ésta. Por eso no hay otra salida que contárselo. De forma predecible, el valor surge en mí en el momento más raro e inapropiado: en el sótano de su casa, mientras vemos una película.

—¿Amy?

—Mmh.

—Hay algo que debo contarte.

Pero entonces me paro en seco.

Estamos echados sobre la colcha de la antigua cama de su hermano. Aunque él partió hacia el Oeste un par de años después de que el padre de Amy se largase, el cuarto sólo ha sido ligeramente modificado para servir como un segundo salón. Para eso han puesto la televisión y el reproductor de vídeo encima de una mesilla destartalada, y se han eliminado los posters de las bandas de *heavy metal* Night Rangers y Warrant. Cada vez que Amy y yo bajamos aquí a ver una película tengo que enfrentarme a la siniestra sensación de que su hermano va a volver a casa en cualquier minuto y nos va a hacer picadillo por estar en su habitación, aunque sé que él está ahora en Salt Lake City.

Estamos tumbados de lado, con Amy dándome la espalda. En ese momento ella levanta la vista de la televisión y gira la cabeza para mirarme como un lagarto, por el rabillo del ojo.

—Vale —me dice—. Dímelo.

Yo abro la boca, pero sólo consigo hacer un extraño ruido, como si me estuviera asfixiando. Intento tragar saliva, pero tengo la boca demasiado seca, las paredes de mi garganta se raspan entre sí y no puedo evitar una mueca de dolor. Mi corazón bate como un toro aguijoneado en la rampa que da a la plaza.

Amy ha parado la película, se vuelve por completo hacia mí y me clava una de esas miradas de embelesada exasperación que siempre usa conmigo.

—¿Lo intentamos otra vez, chaval? A ver, desde el comienzo, sin prisas.

Ésta es otra de las cosas que adoro en ella —al igual que su camiseta de Dinosaur Jr., sus Doc Martens, las bandas que escucha y de las que yo nunca había oído hablar, y ese aire de chicarrón que suele emplear—: que me llame «chaval». Soy cuatro meses mayor que ella y treinta y cinco kilos más pesado; pero el chaval soy yo.

Yo dudo. Me está mirando fijo, con calmada expectación. Podría intentar dar marcha atrás, decirle que no ha oído bien, negar haber abierto la boca siquiera. Pero no tendría sentido. Ella ha oído perfectamente lo que he dicho hace un momento y ahora está esperando que termine.

Oh oh, la he cagado. Oh oh, esto ha sido un error.

—¿Sí? —me interroga, deslizando una mano entre mis costillas y el colchón para hacerme cosquillas en la espalda.

—Mierda —respondo, evitando su mirada.

—Ya lo creo —dice Amy.

—Supongo que ahora ya no tengo escapatoria.

—Me temo que no.

Suspiro hondo.

—Vale —comienzo—, en ese caso escúchame. Antes de dejarte llevar por la rabia o de que saques cualquier conclusión apresurada, presta atención hasta que te lo haya contado todo.

La sonrisa se desvanece de su cara, reemplazada por una mirada de confusa preocupación, y se endereza para sentarse.

—¿Vamos a tener una de esas conversaciones típicas de «no eres tú, es algo que me pasa a mí»? ¿Es eso?

—No —contesto—, qué va. Por Dios, no tienes por qué preocuparte por eso.

—Vale. Entonces, ¿de qué se trata? —pregunta con cautela.

Yo aguanto la respiración por un momento y la miro a la cara. Antes de que vuelvan a asaltarme las dudas, me lanzo a hablar a toda velocidad.

—El mundo se va a acabar dentro de diecinueve años. Más o menos.

Amy se me queda mirando. Naturalmente, no sabe qué pensar.

—Pero ¿qué diablos me estás contando?

Bajo la mirada hacia la colcha.

—Pues lo que acabas de oír.

—¿Te he oído bien?

—Me temo que sí —confirmo yo.

—Y me lo dices en serio, ¿no?

—Sí.

—Vale —dice ella—, a ver, me vas a tener que perdonar, pero supongo que voy a necesitar que me lo expliques un poco mejor. O sea, de qué estás hablando, Junior, qué quieres decir con eso de que el mundo se va a acabar dentro de diecinueve años.

—Aproximadamente.

Amy se cruza de brazos:

—Estoy esperando a que me lo expliques.

Tiene toda la razón.

—Bueno, significa que un día, dentro de un futuro no muy lejano, un día que es muy probable que tú y yo lleguemos a contemplar, el mundo, la civilización, la humanidad, el noventa y seis por ciento de las especies marinas, y el noventa y un por ciento de las especies que habitan sobre la Tierra, dejarán de existir.

—¿Y cómo es que tú sabes eso? —me pregunta.

Está claro que no he planeado cómo exponer la situación y no he pensado en la mejor forma de explicarle a Amy que no sólo he estado oyendo la voz en mi interior desde que tengo memoria, sino que, además, creo en todo lo que me dice. Después de pasar un rato en silencio, se me ocurre una idea.

—Muy bien —le digo, mientras me incorporo para sentarme frente a ella—. Veamos. Sabes que a menudo me quedo en las nubes y tú te enfadas porque me acabas de hacer una pregunta o porque justo estoy frente a la cajera del Wendy, que está esperando mi pedido, y yo me quedo ahí parado como la esposa de Lot, con los ojos abiertos y las cejas levantadas, ¿no es así?

—Sí.

—Pues bien —digo, y paro en seco. Comienzo entonces a hacer gestos con las manos como si no tuviera ningún control sobre ellas. Así durante al menos medio minuto.

—¿Qué estás haciendo con las manos? —me interroga Amy.

—No estoy seguro —Je digo yo.

—Vale ya, es suficiente —me advierte ella y pone sus manos sobre las mías para calmarlas—. ¿De qué me estás hablando, Junior? Dímelo ya.

Yo me aclaro la garganta.

—Bueno, es que cuando me quedo así pasmado...

—Sí.

—Lo que de verdad sucede en esos momentos es que estoy oyendo la voz.

—Dentro de tu cabeza, quieres decir. No sé trata, digamos, de la voz de Wilford Brimley proveniente de la tele.

—No, dentro de mi cabeza.

Amy vuelve a posar sus manos sobre su regazo.

—Y qué dice la voz.

—Me cuenta cosas.

—Sobre...

—Sobre el futuro, el presente, y a veces sobre el pasado también.

—Y te contó que el mundo se va a acabar.

—El 15 de junio de 2010 a las 3:44 p.m. Hora Oficial de la Zona Este. Un cometa procedente del cinturón de Kuiper colisionará con la Tierra provocando una explosión con una energía equivalente a 283.824.000 bombas de Hiroshima. Y eso será una auténtica lástima, debido a diversas razones, entre ellas, que aquí, en Nueva Inglaterra, va a echar a perder un día soleado de ensueño.

Amy se dedica a observarme por un largo rato antes de estirarse para coger un cigarrillo del paquete de Camel que está en el suelo. Lo enciende, le da una profunda calada y exhala una nube de humo gris azulado.

—Supongo que se trata de una broma, ¿no?

—Ojala.

—Como aquella vez que pensaste que sería divertido hacerme creer durante tres días que no estabas seguro de si eras gay o no.

—No, desgraciadamente esta vez no es lo mismo.

Me pasa entonces el cigarrillo.

—Entonces —concluye—, lo que me estás contando es que, básicamente, estás como una puta cabra.

—No.

Me acerco para acariciarla, pero ella aparta el brazo y se levanta de la cama.

—Amy, escúchame, por favor. No estoy loco. Es algo real.

Tras un par de pasos en dirección a las escaleras se vuelve hacia mí.

—Estoy segura de que es algo muy real para ti. Eso mismo demuestra que estás loco, ¿no te das cuenta?

—Todo lo que la voz me dice es verdad. Gracias a ella me entero de cosas que de otro modo nunca podría saber.

—Tienes aproximadamente diez segundos para convencerme.

Y, por supuesto, me quedo en blanco. Todo lo que se me viene a la mente es o bien algo que sé pero que no puedo probar —como la forma en que mi padre perdió los dedos—, o algo que sabía anteriormente y que ya ha pasado, como la revelación de la adicción a la cocaína de Rodney. Amy está ahí parada, los brazos cruzados y los ojos llorosos, a siete segundos de subir las escaleras, montarse en su pequeña camioneta roja y salir disparada de su propia casa para alejarse de mí, y yo soy incapaz de pensar en algo para evitar que se marche.

Entonces surge algo. Algo espantoso que sólo saben tres personas en la Tierra, incluyéndome a mí. Es perfecto, una prueba irrefutable de que lo que digo es verdad, pero es algo demasiado terrible para hablar de ello.

Amy ya ha comenzado a subir por los escalones. Con un gesto airado de su mano, se aparta un mechón de pelo de la cara, haciendo un esfuerzo para que sus ojos no se desvíen en mi dirección. Mientras observo su veloz ascenso sopeso mis dos opciones, intentando decidirme entre lo malo y lo peor.

—Hay algo que sé —exclamo entonces. Al oír estas palabras Amy se detiene casi arriba del todo de las escaleras. Sólo alcanzo a verle el pie y el tobillo.

—Algo que únicamente tres personas saben en este mundo. Y dos de esas personas están ahora mismo en esta habitación. Es perfecto, una prueba irrefutable de que lo que digo es verdad.

Pero es algo muy terrible como para hablar de ello.

De manera que cuando Amy vuelve a bajar los escalones y se detiene en la mitad, para observarme con los ojos brillando bajo la luz de la bombilla desnuda que cuelga del techo, me doy cuenta de que no puedo decírselo. Hasta donde yo sé, ella misma se ha empeñado en olvidarlo o tal vez es algo que ha bloqueado, confinándolo a una celda solitaria de la memoria que todos tenemos en nuestro interior como parte del equipamiento estándar y que sirve para ese propósito. ¿Y yo voy a abrir esa puerta? Me basta mirarla un instante a la cara para saber mi respuesta.

—¿Sí? —insiste ella sin dejar de mirarme.

Para ir al grano y ahorrarse los detalles fácilmente imaginables: Campamento Kennebec en el lago Salmon. Verano de 1981. Amy tiene siete años de edad. Un tutor originario de Vermont, de nombre McDermott. Amy sólo estuvo cuatro días antes de hacerse la enferma para que la enviasen a casa. En realidad, eso la hizo vomitar varias veces. Al verano siguiente se apuntó a la Liga Menor de béisbol con tal de que su padre no la mandase de nuevo a Kennebec. Un año más tarde, para alivio de Amy, su padre ni siquiera menciona el campamento. Ella nunca volvió a ver a McDermott y jamás se lo contó a nadie.

Ahora espera desafiante.

Yo no digo nada.

Apoyándose en un talón, se gira sobre sí misma con elegancia y vuelve a subir las escaleras.

—Eso es lo que creía —exclama mientras va desapareciendo por partes—. Sabes, Junior, ahora sí que la has cagado. De verdad, no es para nada divertido. Deberías irte a tu casa.

Y termina de desaparecer.

—¡Ah! Y no cuentes con que te lleve a tu casa yo.

AMY

CORTO el agua y salgo de la ducha, y cuando me estoy peinando y haciendo las trenzas de la forma que le gusta a Junior, siento que el calor me invade. Sólo son las ocho de la mañana y ya estoy tan pegajosa que no parece que haya acabado de ducharme. Desempaño el espejo con la mano y me fijo en el moratón en la parte interna de un brazo, la huella de la mano de mi madre: ha adquirido ese color verde malsano de los tatuajes que se hacen en la cárcel.

Unos días atrás, cuando Junior vio el hematoma quería, como siempre, enfrentarse a mi madre, pero lo convencí de que no era lo mejor. Tal vez cuando yo tenía ocho años, pero no ahora. Todo lo que quiero es pasar el verano porque sé que, cuando me vaya a la universidad y no vuelva, comenzará entonces el verdadero castigo para mi madre. Mi padre se fue hace mucho, mi hermano se fue hace mucho y yo me habré ido: quedará atrapada consigo misma.

Espero que eso la destruya.

Pero me preocupa qué haré con Junior. Se toma las cosas demasiado a la tremenda. Cada vez que me distraigo, se pone a hablar de algún animal destrozado al que ha visto morir en algún sitio. Pasa tan a menudo que comienzo a preguntarme si no será todo invención suya. La última vez fue un murciélago que se encontró tirado bocabajo en el aparcamiento del cuartel de policía. Estaba por ahí, paseando, como suele hacer por las noches cuando no puede dormir. Me dijo que al principio creyó que el murciélago estaba muerto, pero cuando lo movió con la punta del pie, el bicho levantó la cabeza y soltó un chillido. Todo lo que podía hacer era mover la cabeza: el resto del cuerpo lo tenía inutilizado.

—No era más grande que un ratón —me dijo después Junior, separando el pulgar y el índice para darme una idea. Tenía los ojos llenos de lágrimas al contármelo. Estamos hablando de un murciélago, que quede claro.

Así que me puse a pensar ¿Cómo voy a despedirme de él cuando se acabe el verano?

Me dijo que recogió al murciélago y lo llevó hasta el césped para evitar que lo atropellase uno de los coches de la policía. El murciélago lo mordió.

—Vas a acabar con rabia —le dije yo.

Él se encogió de hombros como diciendo *¿y qué importa?* Siempre está haciendo lo mismo. Me pone de los nervios. No se ha ganado el derecho a estar tan hastiado del mundo. Un poco de agonía, vale; hasta puede estar bien si es uno de esos días en que te entran ganas de

oír los temas más sombríos de *White Light/White Heat*[4] para luego pasarse un rato sintiéndose a gusto por ser superior al resto del mundo, con toda su superficialidad, su falsedad y con sus toallas playeras del bull terrier Spuds MacKenzie. Caer ocasionalmente en la autocomplacencia, muy bien. Pero con Junior es algo constante. Y cada vez que le pregunto si tiene algún problema, él se limita a restarle importancia. No es nada, dice, no hay ningún problema, ¿qué te hace pensar que podría haberlo? El hecho de que pareces estar listo para llenar la bañera con agua caliente y luego sacar la navaja, me gustaría decirle. Yo sé cuál es el problema y por qué no quiere hablar de ello. Quiere evitar que yo piense que está loco. Pero ahora ya es muy tarde y las cosas no parece que vayan a mejorar. El hecho de que sea lo suficientemente listo como para no hablar sobre el asunto no significa que yo me haya olvidado de todo. Además, no deja de quedarse colgado. Se pasa horas dándole vueltas a la muerte de los animales atropellados en las carreteras. Yo no puedo hacer nada por él al respecto.

Antes de lo del murciélago, fue un pájaro que se encontró en el césped del jardín de un viejo cuando volvíamos de coger manzanas de la plantación en Smithfield. El pájaro no estaba herido, pero era demasiado pequeño para volar. Junior se puso como loco y comenzó a trepar a todos los árboles en busca de un nido para dejar allí al bicho. Pensé que el viejo nos iba a hacer arrestar. Junior partió la rama de uno de los sauces, pero el tipo ni se enteró. Al final, se metió el pájaro dentro de la camiseta y me pidió que lo llevase en coche al veterinario.

No sé muy bien qué quería que hiciese un veterinario.

Esa noche estaba muy raro, apenas hablaba y se abrazaba a mí con todo su cuerpo, como si tuviera miedo de que yo fuese a desaparecer. En determinado momento me di la vuelta para mirarlo y me percaté de que ¡no estaba viendo la película. Bueno, yo tampoco la estaba viendo, la verdad. Sólo pensaba en la tarjeta que tenía al fondo del cajón de mi armario, una tarjeta que había tardado una hora en escoger, repasando con lentitud los montones de *Feliz cumpleaños, abuelo* o *En recuerdo de vuestro aniversario* hasta dar con la que me servía.

En la parte de delante aparece un figura con aspecto de vagabundo con un bastón y un hatillo al hombro. Está reflexionando frente a una bifurcación en el camino: ambas direcciones están indicadas con un cartel. En uno pone «Tu futuro», y en el otro, «Ya no es una opción».

Espero que Junior capte el mensaje si alguna vez reúno el coraje para entregársela.

Una parte de mí quiere creer que las cosas se solucionaran solas,

que nos iremos a la universidad y podremos hablar por teléfono cada noche y encontrarnos durante los puentes y vacaciones, y así dejaremos pasar cuatro años sin haber hecho o dicho algo irreparable. Yo quiero a Junior y eso no lo cambia nada. Pero está esa otra parte de mí, la más fuerte, la más obstinada, la parte que se encarga de revisar las cicatrices cada día para ver si ya han curado y que también conoce el dolor de una nariz partida. Y esa parte dice no. Ésa es la parte que me da la paciencia para pasarme una hora en la papelería Hallmark escogiendo una tarjeta.

Estaba lista para darle la tarjeta al día siguiente de haber llevado el pájaro al veterinario. Ya me había imaginado cómo transcurriría la conversación, había ensayado mis argumentos y también había hecho un pacto conmigo misma para no llorar. Tenía la tarjeta en mi bolso, firmada y en su sobre: lo único que faltaba era entregarla. Pero esa tarde Junior me pidió que lo llevase de regreso al veterinario para comprobar cómo estaba el pájaro. Cuando salió de allí tenía la cara oscura como una nube de tormenta.

—Dicen que intentaron alimentarlo con un cuentagotas —me explicó—. Creo que son unos putos inútiles.

Al llegar a casa esa noche, devolví la tarjeta al cajón.

Y ahora estoy aquí frente al espejo. Cada vez que lo desempaño, pierdo una trenza y tengo que empezar de nuevo. Es un poco exasperante, pero es lo mínimo que puedo hacer por Junior. Me quedo un rato pensando en él y luego me pongo a pensar en el paso del tiempo, y me imagino que ya estamos en agosto y luego veo imágenes de California en otoño, el barrio portuario de Fisherman’s Wharf y la espuma de las grandes olas en la playa, mis piernas bronceadas en Navidad y sé que este calor no va a durar para siempre. Por eso, al margen de lo que decida, tengo que hacerlo pronto.

SEGUNDA PARTE

JUNIOR

AUNQUE ella pretenda entrar y salir de la ciudad sin que yo lo descubra, por supuesto que me entero de cuando Amy regresa por primera vez desde que se fue a la Universidad de Stanford. También sé el motivo por el que ha vuelto, algo tan decepcionante como inexplicable: ha venido a visitar a su madre, la Joan Crawford de Temple Street, puños de piedra y un corazón a la par. Ha decidido tratar a su madre con clemencia pero, por alguna razón, a mí no.

También me entero de que Amy decide citarse con unos cuantos viejos amigos de secundaria en el pub You Know Whose. Es un riesgo calculado por su parte. Cuando Kerry Raymond la llamó por teléfono para proponérselo Amy se negó, preocupada por encontrarse conmigo por casualidad. Pero luego cambió de parecer al darse cuenta de que las probabilidades de que yo estuviese un martes por la noche bebiendo eran mínimas. Pero claro, no está al tanto de que en estos días salgo a beber cada noche.

Por patético que pueda ser, me alegra que de alguna forma haya pensado en mí, incluso aunque sólo sea porque está desesperada por evitarme.

Al comienzo tomo la decisión de no ir. No sé bien por qué. Algún sentido del orgullo mal entendido, supongo. También hay cierta necesidad de castigar a Amy negándole mi compañía, como si no fuera eso exactamente lo que ella busca. Me quedo en mi cuarto bebiendo cerveza de la pequeña nevera mientras le doy vueltas al asunto, con los ojos puestos en la pantalla, donde los Red Sox van perdiendo. Mi mirada traspasa la televisión y se concentra en Amy, pese a no quererlo, con la esperanza de que lo que guarda en su corazón salga a flote y pueda hallar aún una sección reservada para mí, por pequeña que sea. Pero no surge nada. Saco el ron Captain Morgan de debajo de la cama y bebo directamente de la botella, con una resolución cada vez más enfática de no salir de casa esta noche y, si llego a salir, de no ir al centro de la ciudad y, si llego a ir al centro de la ciudad, de no ir al pub You Know Whose.

En estos días me doy cuenta de que mi poder de autoengaño es casi épico.

Estoy completamente borracho cuando entro en el pub y, aun así, la respiración se me atasca en la garganta como si no esperase ver a Amy sentada allí, bebiendo mojitos con Kerry y con una chica que no reconozco. Está arrebatadoramente guapa. Tiene las mejillas y los hombros con pecas por el sol de California, y su pelo, más largo después de un año y ahora liso, se extiende como una fantasía de tono

castaño hasta la mitad de su espalda. Esa cabellera crecida está entre la docena de rasgos que la hacen diferente a como la recordaba —además de una nueva pulsera, un nuevo top color verde tanque, las uñas con una elegante manicura en lugar de mordisqueadas. La sensación de haber sido olvidado, que no ha dejado de incordiarme en el fondo de mi conciencia, emerge en una renovada oleada de despecho. Me acerco a la mesa e interrumpo sus risas sin importarme lo que pueda parecerles. Me voy a permitir hablar. Me voy a dar ese gusto. Excepto que, por detrás de esa leve capa de indignación justiciera, lo único que quiero es pasar un par de horas con ella. Vagamente, me doy cuenta de que todo esto me hace ser patético, que debería tener suficiente respeto por mí mismo como para dar la vuelta sobre mis talones y marcharme de aquí. Pero cuando has sido desposeído de toda dignidad, no hay forma de ocultarlo. Así que, en lugar de sacar fuera toda mi impotencia, que no es otra cosa que mi herida, remendada para salir esta noche, pregunto si alguien quiere una copa.

Los tres se quedan en silencio. El rostro de Amy es una máscara de yeso de estudiada indiferencia, bajo la cual asoma un ligero destello de sorpresa y temor.

Espero unos cuantos segundos a que alguno responda y luego digo:

—¿Qué pasa? ¿Tantos tíos se os acercan para ofreceros bebidas gratis que ya no podéis soportarlo?

Kerry y la chica que no logro reconocer intercambian una mirada de incomodidad, pero Amy sonríe ligeramente a pesar suyo. Coge su vaso, lo levanta, lo echa hacia atrás y luego hacia delante.

—A mí me pones uno no muy cargado.

Unos cuantos minutos después regreso a la mesa con tres mojitos y me siento en el sitio que está vacío, a la derecha de Amy. Para entonces ya se ha recuperado de la impresión por mi repentina aparición y casi parece contenta de tenerme aquí. Se inclina hacia mí y grita por encima de la música de la gramola:

—Chaval, te ves fatal.

Sin levantar la vista de la superficie de la mesa, asiento con la cabeza y no digo nada. Este tiempo ha sido tan malo para mí como bueno para ella: sé que lo llevo escrito en la cara. No tengo ninguna explicación que ofrecer. Yo solía preguntarme por qué mi madre y Rodney se sentían obligados a hacerse daño entre sí y, aunque ahora lo entiendo, no deja de ser algo que desafía toda forma de expresión. Siempre me acuerdo de ese viaje que hicimos cuando éramos niños a la playa de Old Orchard, donde Rodney y yo nos dedicamos a hacer *bodysurf*. En las gélidas aguas de la orilla las rítmicas olas nos empujaban y arrastraban una y otra vez. Recuerdo mi admiración, mi

miedo incluso, por el poder inmediato del océano y cómo, cada vez que me cogía una ola, cualquier esfuerzo por escapar era inútil. Pues así es como me he sentido durante todo el último año.

—Dime algo —insiste Amy, acercándose aún más.

Noto un ligero aroma a coco cuando su pelo roza mi cara. Tengo que luchar contra la tentación de ponerle el dedo sobre un brazo desnudo para jugar a unir lentamente los puntos que forman sus pecas.

—¿Cómo te van las cosas? —me pregunta.

Le respondo con una mentira:

—No me van mal.

Le cuento que tengo planes de trasladarme a Chicago para vivir con Rodney. Ella me habla de Stanford, que al principio se sentía sobrepasada pero ahora, en cambio, no podría estar más feliz. Los dos nos reímos a cada rato y hablamos sin parar, recuperando al instante el trato directo y espontáneo que siempre hemos compartido. Kerry y la otra chica se quedan sin tema de conversación y comienzan a echar lánguidas miradas alrededor, apartados y aburridos. Pierdo la cuenta de las veces que regreso a la barra en busca de más bebidas. Pareciera que sólo ha pasado media hora cuando, de pronto, el encargado del bar hace sonar la campana para servir la última ronda.

Fuera, el calor pringoso del día apenas ha remitido pese a la avanzada hora que es. Los bichos chocan contra la luz de la marquesina. Amy se despide de Kerry y, de la chica cuyo nombre aún no recuerdo. Y luego sólo quedamos ella y yo. Pensaba que esto era lo que quería desde el comienzo pero, por algún motivo, ahora que estamos aquí bajo el neón, una inesperada y persistente incomodidad se instala entre nosotros. Me quedo mirándome el pie. Ella tiene las manos a la espalda y juega con las llaves.

—¿Estás bien para conducir? —pregunto finalmente.

—Estoy perfectamente.

—¿Segura?

—Junior…

—Bueno, vale.

Dejamos pasar otro minuto más allí parados. Trato de hacer un esfuerzo para decir algo o para echarle un brazo alrededor de los hombros. Pero tengo miedo de moverme, convencido de que todo lo que suceda en adelante, aquello que llegaremos a ser o no, depende por completo de lo que ocurra durante los próximos segundos. Y me quedo paralizado por el miedo a joderlo todo.

Pero luego el momento se desvanece. Amy posa su mano sobre mi brazo por un breve instante y dice «Nos vemos» y echa a andar. Reúno todas mis fuerzas para no seguirla como un cachorrillo y rogarle que me lleve a casa. Aún no ha alcanzado su camioneta cuando se detiene

en mitad del aparcamiento y se da la vuelta. Por un momento me permito creer que ha cambiado de idea, que su amor por mí ha vencido y que volveremos a unirnos nuevamente en un desesperado abrazo atenazador como los de Hollywood, aquí mismo, a la salida del pub. Pero en lugar de ello mete la mano en su bolso, rasga la esquina de una página de su agenda para garabatear algo y me lo pone en la palma de la mano, presionando.

—Lo siento, Junior —se disculpa. Se queda mirándome, escudriñando mi cara. Luego me coge por la muñeca y dice—: Escúchame un momento. Tienes un aspecto terrible. Ya lo sabes, ¿no? Lo que sea que te estás haciendo a ti mismo, déjalo, para. Ya deberías saber estas cosas; deberías ser más listo.

—Y tú deberías saber que lo de ser listo no tiene nada que ver con todo esto.

En el momento en que esas palabras salen de mi boca sé que me he equivocado. Amy continúa mirándome a los ojos por un instante antes de asentir, resignada, con un breve movimiento de su cabeza.

—Muy bien —acepta—. Pues nada, a ver si me llamas algún día.

Entonces me suelta la mano y se aleja andando. Yo me quedo ahí de pie, solo bajo la luz de la marquesina, empuñando el pedacito de papel como si contuviese el secreto para salvar al mundo.

CHICAGO

58 CHICAGO no es el lugar ideal al que acudir cuando acabas de perder la cabeza y quieres acurrucarte en el fondo de una botella a esperar que remita la sensación de que te han arrancado las entrañas del cuerpo reiteradamente. Hay por lo menos una media docena de ciudades más adecuadas para un propósito así.

La primera de la lista es Miami. Su clima perfecto y los tonos pasteles crean un magnífico contraste con las maquinaciones suicidas y hacen resaltar las penurias con toda viveza. Para aquellos que, como tú, prefieren el suicidio lento, ese epicentro del comercio de drogas ilegales está lleno de opciones variadas y económicas. Se puede conseguir de todo sin que tengas que conocer a nadie. Si te das un paseo de noche por las calles aledañas a South Beach es inevitable que oigas, procedente de las sombras y sin haberlo pedido:

—Psst, mijo. ¿Quieres *cocaína7*.[5] ¿Extasis? ¿Tripis?

Dadas tus preferencias farmacéuticas, lo más probable es que tú digas que no: no estás en el mercado de los estimulantes, aunque algo en el extremo opuesto del espectro podría llegar a interesarte.

—Tengo lo que necesitas, mijo —sería la respuesta—. Espérame aquí. Conozco a un tipo. Tiene Special K súper barato.

Pero no, estás en Chicago porque tu hermano rico y famoso, que no es consciente ni de su riqueza ni de su fama, vive aquí. Y porque tus opciones están drásticamente limitadas por tus finanzas y tu ambición.

57 Tu hermano vive en el acomodado vecindario de Streeterville, en una mansión de granito en North LaSalle valorada en 4,6 millones de dólares por la que pagó 5,3 millones para acabar rápido con el asunto y así tener un sitio donde poder dejar sus cosas. Tú te tienes que encargar de la casa. El verano está avanzado y, con tu hermano siempre de viaje por una o dos semanas, la mayor parte del tiempo estás tú y el servicio. Al servicio le da lo mismo lo que hagas. Tienen experiencia en asistir a los acaudalados y procuran pasar desapercibidos, hasta el punto de que su presencia se nota tanto como el pasamanos de roble en la escalera o la inevitable chimenea. Algunos de ellos han sido testigos de pecados de tremenda violencia y perversión en sus trabajos anteriores, de modo que tener que limpiar tus vómitos y recoger tus frascos de pastillas repartidos por cualquier sitio casi ni cuenta. Si te encuentran tirado en el suelo del baño principal, esperan a que vuelvas a recuperar tu vidriosa consciencia y te arrastres hasta la ducha del baño de invitados antes de aparecer

para regar los azulejos y volver a pulir la grifería. Llegado el momento podrías, si sintieses la inclinación, proceder a matar a alguien en esta casa y, mientras no hubiese una interrupción en el pago de sus sueldos, los sirvientes de tu hermano no se lo mencionarían a nadie: ni siquiera lo hablarían entre ellos.

La única excepción potencial a la regla es la terapeuta/asistente a tiempo completo de Rodney, una mujer con forma de pera que responde al inquietante nombre de Hilda Begin. A Begin le has caído mal a primera vista y el paso del tiempo no ayuda a mejorar esa impresión. Ella está convencida de que te estás aprovechando de Rodney, algo que estima aún más censurable al tener en consideración su incapacidad para darse cuenta de que está siendo utilizado. De hecho, la mujer duda seriamente de hasta qué punto te importa realmente tu hermano, más allá de verlo como una fuente de ingresos. Afortunadamente tú tienes el tino de aminorar, aunque sólo sea de manera moderada, tu comportamiento etílico, errático e indebido cuando Rodney y Begin están en las inmediaciones. Pese a todo, a menudo la sorprendes clavándote una mirada llena de sospechas, sin que haga nada para disimular el desdén y la desconfianza que le produces.

La razón por la que traemos este asunto a colación es para desengañarte de la idea de que tus llamadas telefónicas a altas horas de la madrugada son privadas. No eres tan listo o sigiloso cómo te imaginas. El servicio lo escucha casi todo. Otra cosa es que no le den importancia. Cuando coges el teléfono a las tres de la mañana y llamas al campus de la universidad de Stanford, concretamente a la habitación 117 del Wilbur Hall que comparten Anne McCutcheon (cuya voz de *falsetto* irritada y adormilada te ha respondido más de una vez) y Amy Benoit, que ha comenzado su segundo año de estudios, el Servicio te está escuchando.

56 Las conversaciones varían de forma impredecible en ánimo y tempo, dependiendo sobre todo de tu nivel de intoxicación y estado de ánimo general. Como la mayoría de las personas aquejadas de perturbaciones emocionales, especialmente aquellas con problemas de abuso de sustancias, tú experimentas alteraciones de ánimo diarias que, en su expresión más dramática, recuerdan al comportamiento bipolar. Puede que sea una de esas babosas noches de benzodiacepina y Beefeater en las que no haces nada, excepto llamar al número de Amy para quedarte con el teléfono en la mano y el mentón hundido contra el pecho. Y durante los cuarenta y cinco minutos que pasan hasta que el auricular se te escurre de los dedos, Amy permanece al otro lado de la línea escuchando en la oscuridad de su cuarto cómo tu respiración se vuelve más tenue, mientras observa a través de la

ventana los robles negros agrupados a lo largo del camino de acceso que la brisa de la noche mece con suavidad. A veces, cuando tu respiración se vuelve particularmente tenue y ella se siente más triste que enojada, levanta su mano junto a la ventana y te hace un saludo. Hay otras noches, veladas de fenciclidina y Wild Turkey, en las que te lanzas a hablar incluso antes de que ella haya respondido al teléfono, y puedes comenzar de forma dicharachera y amistosa, llegando en ocasiones a dar muestras de un encanto como para hacer rechinar los dientes, hasta que Amy dice algo bastante sensato y evidente para cualquiera excepto para ti, algo del tipo:

—Joder, Junior, tienes que acabar con todo esto. Por Dios, mira a tu propia madre, ¿tú también quieres acabar convertido en lo mismo?

Y eso es suficiente para hacerte estallar en un ataque de rabia tan inmediato y violento como si hubieses estado esperando la menor excusa, que, por otra parte, es justamente lo que buscabas.

—Pero ¿qué coño importa, Amy? —respondes tú dejando implícita la verdadera razón, porque tienes miedo de mencionar otra vez al Destructor de Mundos y acabar perdiendo lo poco de ella que has conseguido reconquistar. Con todo, no parece haber nada de lo que dices que vaya a hacerla cambiar de número telefónico, dejar de contestar tus llamadas o, simplemente, mandarte a tomar por culo. Cuando brota el desvergonzado y escandaloso exabrupto del auténtico borracho, ella se sienta y aguanta, sufriendo como Jesús. Su paciencia incrementa tu rabia y te vuelves totalmente irrazonable; la llamas perra, zorra, malcriada, una *puta* zorra. Con el dolor ardiendo en tu pecho, haces un repaso del catálogo de sus defectos, uno por uno, desde los hongos de sus pies hasta sus sociopatías. Tras una declaración que tú consideras dramática, aunque en términos reales más bien resulta ininteligible, le cuelgas. A la mañana siguiente despiertas sobre la colcha completamente vestido, con la dura punta de tu billetera de cuero clavada en la cadera, invadido por la asquerosa sensación de haber hecho algo de lo que debieras de estar avergonzado, aunque sin tener una idea clara de qué se trata.

Durante todo el día te persigue la misma sensación, como si fuera un espectro o un superagente secreto, hasta que regresas del O'Toole's y vuelves a llamar a Amy, calmado y contrito porque, aunque nosotros hayamos descartado ayudarte a reunir en tu cabeza los detalles de la llamada que hiciste la noche anterior, una minúscula y primitiva parte de tu mente que permanece inmune al alcohol, la caja negra del cerebro, se ha encargado de grabar cada palabra pronunciada durante la víspera y ahora envía señales claras, si bien no específicas, para indicar que la contrición es lo más adecuado en este momento.

55 Aunque consideras que tu situación con Amy es el mayor

problema de tu vida en este momento, hay otros asuntos a los que deberías prestar más atención. Nos referimos, por supuesto, a tu estado mental. Si bien estamos dispuestos a aceptar la responsabilidad que nos cabe en tu estado general de pesimismo, cometeríamos una negligencia al no señalar los dramáticos cambios que el fuerte y prolongado consumo de drogas y alcohol ha provocado en la química de tu cerebro. Es algo que va más allá de sentirse deprimido. Hablamos de cuatro horas de pánico inexplicable que te deja reducido a un estado de muda parálisis, similar al que sufriste de pequeño después de ver en la tele *Las profecías de Nostradamus*. La diferencia es que ya no eres un niño, sino un hombre de veintiún años de edad tumbado sobre un banco en las inmediaciones del puente de Dearborn Street, con la vista fija hacia lo alto, donde deberían brillar las estrellas si no estuvieran ensombrecidas por los megavatios de las torres iluminadas, mientras tu cabeza descansa en el regazo de una joven con la que te has topado unas cuantas veces en el O'Toole's pero cuyo nombre no logras recordar hasta hoy; una mujer que ha permanecido contigo durante las cuatro largas horas con el trasero aterido y las piernas acalambradas, verdaderamente asustada ante la posibilidad de que te murieses de pavor si te dejaba solo. Hablamos de quedarte encerrado en casa de tu hermano durante cuatro días seguidos, despachando al servicio a comprar cerveza y burritos, escrutando a la gente que pasa por la acera escondido tras las cortinas, como si fueras Quasimodo. Hablamos de apagarte las colillas en tus propios brazos y piernas, y de echarte a llorar con los anuncios de pastillas para adelgazar.

54 Una vez más: aceptamos la cuota de responsabilidad que nos cabe en tu desesperación. Es comprensible que te cuestiones la relevancia de los actos humanos, de los sistemas morales y de la propia existencia en el contexto de *la fin du monde*, y con toda razón. Pero no te engañes pensando que todo se le puede achacar al Destructor de Mundos y que eso no tiene nada que ver con el daño que las drogas y el alcohol le están infligiendo a tu sistema nervioso. Eso sin mencionar la furia contenida desde que Amy te ha dejado. Pero, sobre todo, se trata de las drogas y la bebida.

53 Tú continúas machacándote cada noche por una serie de razones, entre ellas lo del ciempiés. Te despiertas tarde por la mañana, con los ojos que se te van a salir de las cuencas y la garganta dolorida, como si hubieras estado tragando brasas. La angustia ya ha comenzado a escarbar tu cerebro como un ciempiés que se hubiese colado por tu oído mientras dormías. Arrastras los pies hacia el baño, encogido para no mearte encima. Un tazón de café solo y la resolución

de que ya has tenido suficiente y de que te tomas el día libre sirven para darles un descanso a tu hígado y a tu cerebro. El ciempiés se retuerce, hurga y sugiere todo lo contrario porque ahora no sólo corretea ahí dentro sino que también ha crecido y, a diferencia de cuando despertaste y no medía más de un par de centímetros más o menos, ahora tiene el largo de un lápiz. El interior de tu cráneo resulta demasiado estrecho para dar un giro sin tener que contorsionarse, así que puedes sentirlo cuando curva su cuerpo, sección por sección. Cien patas como agujas escarban tu cerebro, que llega a retorcerse físicamente, o al menos ésa es la sensación. Tratas de distraerte frente a la televisión o con el *Tribune*, pero es difícil concentrarse en otra cosa que no sea tu cabeza. Finalmente, estúpidamente, modificas tu resolución de que hoy no *beberás* dejando abierta la implicación de que las pastillas son aceptables, y, con temblores, sacas un puñado de píldoras del bote, apartas a un lado dos de color verde pálido y las engulles con un par de tragos de zumo de naranja. El sabor que te deja el zumo en la boca es como un vómito que pugna por subir por la garganta. Tú luchas para no escupir las píldoras y, pasados quince minutos, los retortijones del ciempiés y su crecimiento se detienen. Su presencia en el interior de tu cabeza se vuelve entonces tolerable, lo justo como para sonreír una o dos veces con verdadera intención. Pero no pasa mucho antes de que las frenéticas vueltas en torno a la circunferencia de tu cráneo se reinicien. A medida que se extingue la luz del día, tu cerebro, acosado por el ciempiés, escupe una docena de argumentos para renegar de aquello de no beber ni una gota esta noche: entre todos ellos, el más claro es la necesidad que tienes de algún tipo de transición entre la absoluta borrachera de la velada anterior y lo de no beber en absoluto. Te sientes demasiado mal como para continuar sin ayuda de un par tragos medicinales, es tu justificación. Nuevamente vuelves a negociar un trato contigo mismo: en lugar de las doce cervezas de siempre más los seis o siete cubatas que siguen, ahora te limitarás a la mitad de esa cantidad, y entonces *mañana*, siempre mañana, podrás prescindir de la bebida.

Aunque sabemos cómo funciona la adicción, no deja de sorprendernos con qué facilidad te puedes mentir a ti mismo, sobre todo tratándose de ti.

52 Como quiera que sea, tras haber tomado una decisión, ya estás de nuevo en la calle, tratando de enfrentarte al tráfico de las aceras como la típica Mary Tyler Moore de los años setenta, con doble jomada, en casa y en el trabajo, con un chute de crack en el cuerpo. Como siempre, el O'Toole's está lleno. Los clientes habituales ya saben que tienen que llegar temprano para sentarse en su sitio acostumbrado junto a la barra. Entre ellos está Reggie Fox, que suele ser la única

persona negra en el bar y que, sin duda, es la única persona en el O'Toole's, sin importar el color, que ha perdido ambas piernas a la altura de la cadera, un brazo por encima del codo y buena parte de una oreja.

Reggie se echa hacia delante para alcanzar la barra y, con el mando de su silla de ruedas, se echa a un lado y te hace un hueco. De forma mecánica elevas la mano para chocar los cinco con él y, mediante mímica, le comunicas tu desesperación a Wade, el camarero, que responde con un vaso para chupitos y una botella de Southern Comfort. Te pones un par de vasos rápidos y luego le alcanzas a Reggie su Crown Royal con cola para ahorrarle el esfuerzo de tener que estirarse.

Reggie te dice algo que no alcanzas a entender.

—¿Eh?

El O'Toole's parlotea y bebe como un gran organismo ingobernable así que, para escucharlo, tienes que inclinarte.

—Te digo que he *estao* pensando —repite Reggie— en lo que hablábamos el otro día.

—¿En los bancos?—indagas.

Un par de semanas antes, Reggie, una persona amable y divertida aunque demente, salió con la idea de convertir su silla de ruedas en una bomba rodante para robar bancos. Los dos estabais dándole a la pipa de agua que tiene Reggie mientras discutíais sobre lo ridículamente escasa que resultaba su paga por invalidez de la Seguridad Social. La idea era que tú te encargarías de conducir la furgoneta para escapar con la silla de ruedas. El gran problema, claro, era tu falta de motivación para robar bancos. Pero había sido divertido discutir y hablar abiertamente de todo ello, como de cualquier otra de aquellas fantasías que nunca has tenido los cojones de sacar a la luz.

Reggie te hace callar como si cualquiera pudiera oír lo que estáis hablando y como si fuese a importarles.

—No subas la voz —te dice mirando a un lado y al otro—. Y olvídate de los bancos. El Zorro Reggie tiene una idea mejor.

Tú te enderezas y le das un trago a la cerveza que te ha puesto Wade en la barra. Esperas a que Reggie continúe con su gran idea, pero el tipo no dice una palabra y se limita a dar sorbos a su Crown con cola a través de un par de pajitas superfinas. Es tal la fuerza con que sorbe que sus mejillas parecen implosionar, aunque a simple vista no se puede decir si todo este esfuerzo produce algún cambio en el nivel de líquido en su vaso.

—Te das cuenta de que esas pajitas no funcionan, ¿verdad? —preguntas tú—. Son bastoncitos de cóctel: sirven para remover.

Reggie entrecierra los ojos hasta que no son más que ranuras y

suelta las pajitas con un sonoro Pop-

—¿Cómo hostias se supone que voy yo a remover cuando la única mano que tengo es *pa* sostener el vaso? Y aparte de eso, ¿tú qué sabes, eh? Si ni siquiera tienes la *edaz* suficiente para estar aquí.

—Claro que sí —le contestas—. Da igual, dime qué me querías contar. De qué idea me hablas.

—Que no voy a abrir la boca aquí, cojones.

—Vamos, Reggie.

Te sirves otro vaso de Southern Comfort y, puesto que te has olvidado, nos gustaría recordarte que éste es el tercer y último chupito de la noche, según los términos del acuerdo alcanzado contigo mismo hace una hora.

—Ni siquiera puedo oírte yo; ¿cómo podría oírte alguien más?

Pero Reggie sacude la cabeza para negar.

—Esto es algo serio —replica—. Si quieres que hablemos, tienes que venir conmigo a casa.

Tú lo meditas. El bar está más alborotado de lo que a ti te gusta. Un nutrido grupo de griegos del noroeste se ha anexionado el tercio posterior del local, incluyendo la mesa de billar y los futbolines, y ha empezado a emanar esa peligrosa energía característica de los grupos de muchachos en edad universitaria que inician la travesía desde un ánimo chispeante hasta acabar ciegos perdidos. Podemos asegurarte que tu preocupación está bien fundada: si te quedas un rato más aquí, se va a armar una.

—¿Tienes algo de beber en casa? —preguntas a Reggie-

—Una botella entera de Wild Turkey. Y también tengo veinticinco gramos de *skunk*.

—En marcha —le dices tú, al tiempo que coges las asas de la parte posterior de su silla y lo conduces hacia el montacargas en la parte de atrás.

51 Reggie vive en Washington Park, al sur de la calle 63. Seguramente no hace falta ni mencionarlo, pero dado tu perpetuo estado de aturdimiento creemos que conviene avisarte de que nunca te asomes por estos barrios sin Reggie como acompañante. La sola presencia de una persona negra no confiere necesariamente seguridad, pero estar con Reggie sí que lo hace porque él es el Zorro y porque va en silla de ruedas y porque es un tío divertido y todos lo conocen y les cae bien, incluida mucha gente que, de otra forma, se mostraría muy interesada por descubrir qué aspecto tienen tus entrañas.

El apartamento de Reggie, si sumamos toda su superficie, es exactamente un metro y ochenta y dos centímetros más pequeño que el baño principal de la casa de tu hermano. Ambos os sentáis en el salón, que tiene el espacio justo como para que entre la silla de

Reggie, un sillón reclinable canadiense que no se reclina gran cosa y un estante para la televisión con un aparato en blanco y negro encima.

—Anda, ponme un trago del Turkey ese —te pide Reggie.

—Un segundo —dices tú mientras cargas la pipa de agua—, que estoy ocupado con esto. Sólo tengo dos manos, ¿sabes?

—Eso es más que la mano y media que tengo yo, así que no me vengas con lloriqueos.

—A ver si le das un poco a esto y te callas ya.

Le pasas la pipa de agua y a él le basta su media mano atrofiada para encenderla, regular la brasa y aspirar una enorme columna de humo.

Oyes gente que discute; un coro ininteligible de voces iracundas justo debajo de la ventana del salón. Sirves dos chupitos y le pasas uno a Reggie.

—¿Qué pasa entonces con los bancos?

—Olvídate de los bancos —exclama.

Tiene los ojos rojos como un demonio por la hierba y sus escleróticas se han puesto de color rosa, como si las hubiera puesto a lavar por accidente con una camiseta roja recién estrenada.

—No se trata de dinero. Se trata de que el gobierno trate mejor a los discapacitados.

—Pero, si no es con los bancos —indagas tú—, ¿qué nos queda?

—El edificio de la Seguridad Social. Ese que está en West Madison.

—¿Qué pasa con él?

Reggie vacía su vaso y luego se inclina hacia delante todo lo que puede. Te clava una mirada acuosa.

—Voy a volar esa puta mierda de edificio —sentencia.

Y como ya nada parece alarmarte mucho estos días, mucho menos la pérdida de vidas humanas al por mayor, contestas con la que tal vez sea la más inapropiada de las respuestas posibles a alguien que acaba de amenazar con suicidarse, llevándose con él a miles de otras personas: sueltas una carcajada y le das otra calada a la pipa de agua.

—Que no es broma —insiste Reggie—. Puedo meter suficiente C-4 en mi silla como *pa* volar ese sitio en pedazos. No quedará más que polvo.

Eso no es estrictamente cierto. El edificio Harold Washington de la Administración de la Seguridad Social es una construcción de veintidós pisos de altura y, a una velocidad de detonación promedio de 8.750 m/s, se requerirían más de 270 kilogramos de C-4 para arrasarla. La silla de Reggie es muy resistente, pero no es una camioneta de media tonelada. Habiendo dicho eso, con certeza se podría transportar en ella suficiente material explosivo como para causar daños difícilmente reparables en el edificio, por no hablar de la

cantidad de gente a la que podría dar muerte.

—Tal vez entonces presten más atención a lo que nos pasa a los tullidos. No somos como esos putos vagos de mierda que andan por ahí. —Reggie hace entonces un gesto hacia la ventana, detrás de la cual todavía se puede oír a los tipos enzarzados en una discusión—. Se pasan todo el mes *tumbaos* esperando a que les llegue un cheque y, cuando tienen lo que necesitan, van y cobran el cheque a sesenta centavos por dólar, se gastan la mitad de la pasta en la licorería y pierden el resto jugando a los dados. Tienen dos brazos y dos piernas sanos, todos, sí, todos, pero nunca han *pensao* en conseguir un trabajo, mientras la gente como yo lo único que quiere es un curro pero no nos funciona más que media puta mano.

50 Esto es algo de Reggie que tú no sabes porque él nunca habla sobre ello: la razón por la cual es hipersensible a las dificultades de los discapacitados es porque sabe por propia experiencia lo poco que la gente sana se preocupa de ellos. No hace tanto, Reggie era un albañil de noventa y cinco kilos de peso con sus piernas, brazos y oídos en perfecto estado, que nunca se había detenido a pensar en los discapacitados, más allá de ignorar meticulosamente al pordiosero sin piernas que trabajaba la esquina de su parada del metro. De hecho, era alguien tan perfectamente funcional que llegó a tener una breve aventura con una aburrida y ricachona blanca con especial apetito por los tíos negros, los martinis con Grey Goose, los objetos de cuero de Prada: una mujer que, no por casualidad, estaba casada con el propietario de Cementos Fullerton, donde Reggie trabajaba.

La aventura podría haber durado más de no haber sido por un polvo rápido en un guardarropa que se permitieron durante la fiesta de Navidad de los Fullerton en 1992. El roce le produjo a Reggie quemaduras del tamaño de una bola de béisbol en cada rodilla y cerca del codo derecho. Es verdad que las quemaduras por el roce con la moqueta no son gran cosa: seguro que duelen, pero poco más. Excepto que, en lugar de mejorar, las quemaduras comenzaron a empeorar al segundo día y el dolor se extendió desde las rodillas y el codo derecho. En el trabajo estaban haciendo los encofrados para unos cimientos, lo que exigía que Reggie se pusiese de rodillas reiteradamente para comprobar el grosor y la profundidad. Al tercer día el dolor era excesivo y se pidió el día libre por enfermedad, algo que nunca había hecho desde que comenzó a trabajar a la edad de once años.

A estas alturas, el dolor había avanzado, inexorable, hasta los huesos de la cadera. El sudor le caía a chorros y después de vomitarlo absolutamente todo, siguió con arcadas y convulsiones. Las rodillas comenzaron a desprender un fluido de un color entre marrón y rojizo que olía igual que el vertedero de la calle ciento veintidós con

Torrence. Al llegar a ese punto finalmente se decidió a coger el tren metropolitano en dirección al Hospital de Cook County, aunque, al levantarse como un anciano de su sillón reclinable canadiense, se desmayó de inmediato y sólo volvió en sí once días más tarde.

Cuando eso ocurrió, seis médicos formaban parejas alrededor de la cama en la que se hallaba postrado. Podría haberse encontrado en compañía de una simple enfermera o incluso solo, excepto que el número de casos de fascitis necrotizante es cerca de 1 entre 100.000, lo que la convierte en una enfermedad lo bastante rara como para atraer un vivo interés por parte de cualquier médico que, ansioso por labrarse una carrera y aparecer en la *Revista de la Asociación Médica Norteamericana*, tenga la suerte de poder presenciar un brote. Como no se percataron de que Reggie había despertado, los médicos continuaron con su examen, retirando las sábanas de aquel lugar en que razonablemente podía esperar que se hallasen sus piernas: de esta forma particularmente horrorosa, descubrió que una buena porción de su cuerpo había sido eliminada sin su conocimiento, aceptación o consentimiento.

Dejando de lado la pérdida de sus extremidades, Reggie tenía ante sí un desolador panorama de tres a cuatro meses internado en el hospital y, aunque tenía un seguro médico a través de Cementos Fullerton, la cobertura máxima de su póliza había expirado con un suspiro el día antes de su ingreso, lo cual lo dejaba con una cobertura tan completa como la de un yonqui callejero. Apareció entonces Jasper Fullerton, graduado de Harvard, multimillonario, aficionado a sentirse culpable por ser blanco y propietario de Cementos Fullerton.

Jasper entró en la habitación semiprivada de Reggie casi corriendo para sostener su mano derecha en el aire unos diez segundos antes de darse cuenta de que Reggie ya no tenía con qué estrechársela. La papada le desbordaba el esfínter formado por el cuello de su camisa, mientras los ojos le brillaban húmedos y ansiosos ante la vista del maltrecho cuerpo de Reggie.

—Señor Fox —dijo—, no sabe cómo siento que le haya ocurrido todo esto. Quiero que sepa que, pese a todas las preocupaciones que pueda tener ahora, si hay algo por lo que puede estar tranquilo es por el dinero. He decidido continuar pagándole su salario semanal de manera indefinida, así como cualquier gasto médico que no cubra su póliza de seguro.

Por cierto, éstas son cosas que Jasper no habría hecho por un empleado blanco.

—Es muy amable de su parte —contestó Reggie sin mucha convicción. A poco de iniciada su carrera como triple amputado no podía importarle menos cómo iba a pagar las cuentas del hospital, de manera que el grandioso anuncio de Jasper no le produjo un efecto

electrizante.

Jasper, pese a sentirse defraudado al ver que su generosidad no despertaba la clase de gratitud desbordante que había previsto, continuó con el guión que tenía en la cabeza, que, llegado este punto, dictaba restarle relevancia a la gratitud desbordante mediante un sencillo gesto de modestia.

—No es nada. Usted ha contraído la enfermedad en el trabajo, así que es ahora mi obligación preocuparme por su salud. Es lo mínimo que puedo hacer por usted, de verdad.

—No fue en el trabajo —protestó Reggie.

—Bueno, no tiene importancia —insistió Jasper, y posó una mano sobre el hombro de Reggie—. Será mejor que no sigamos hablando. Tiene que descansar. Yo me encargaré de todo.

Y a continuación abandonó la habitación antes de verse obligado a alterar más partes de su guión.

A partir de ese momento, Reggie ya no tenía nada por lo que preocuparse. Había perdido tres extremidades, pero había ganado un benefactor. No pasó necesidad alguna y nunca llegó a ver las facturas médicas. Jasper lo visitaba cada semana durante su recuperación y esbozaba una sonrisa ante los resultados que proporcionaban los cuidados de primer nivel que su dinero podía ofrecer. Reggie progresaba favorablemente y en menos de tres meses fue dado de alta del hospital. Salió montado en una silla de ruedas eléctrica de primera categoría pagada por Jasper, en casa lo atendía una enfermera pagada por Jasper, vivía en un apartamento pagado por Jasper, comía los alimentos pagados por Jasper con una cubertería pagada por Jasper. Y odiaba cada minuto de todo ello. No porque se sintiese culpable por haberse acostado con la mujer de Jasper, sino porque tener que aceptar la caridad de otro hombre le provocaba una quemazón en aquellas partes que ya no tenía. Reggie había trabajado duro y se había abierto camino a su modo; siempre había sido así. Estaba claro que a partir de ahora tendría que adaptar su forma de pensar al respecto. Pero tener que sufrir la mirada paternal de Jasper semana tras semana por el resto de su vida... No, eso era algo a lo que nunca podría adaptarse.

Intentó decirle a Jasper que si bien apreciaba todo lo que había hecho por él, quizás había llegado el momento de que él mismo, Reggie, comenzase a imaginar cómo iba a vivir esa nueva vida que le había tocado sin la ayuda de nadie más. Jasper lo escuchó y sonrió de manera comprensiva antes de responder Por supuesto, Reggie, pero ¿cómo? ¿Cómo? Sin piernas y nada más que parte de una mano, ¿serías capaz de arreglártelas sin la ayuda de nadie? No conseguía ver qué otras opciones tenía Reggie ante sí. Además, Jasper estaba seguro de que había miles de personas discapacitadas en Chicago que rezaban

todos los días para obtener la misma clase de financiación que él le proporcionaba, la misma que ahora Reggie quería rechazar; quizás era mejor que Reggie se tomase un tiempo para pensárselo bien.

La vida subsidiada de Reggie continuó durante meses hasta que, finalmente, decidió que la única forma de detener a Jasper era contarle cómo había llegado a perder sus miembros. Durante una breve visita para cerciorarse de que la nueva chica del servicio doméstico que había contratado hacía bien su trabajo, Reggie, que nunca fue de malgastar el tiempo o las palabras, se lo soltó de sopetón.

—Me puse enfermo por las quemaduras del roce con una moqueta —le explicó Reggie—. Y el roce de las quemaduras fue porque me estaba tirando a su mujer.

Jasper lo miró sin parpadear.

—¿Por qué me cuenta algo así?

—Lo siento —se disculpó Reggie—, pero así fue.

Jasper permaneció en silencio durante algunos instantes antes de recomponerse y dejar escapar una forzada risotada.

—Es algo muy divertido, señor Fox. Sí, muy divertido.

—Que no estoy bromeando —insistió Reggie—. Fue durante la fiesta de Navidad, donde guardan los abrigos. Lo habíamos hecho antes otra vez.

El rostro de Jasper mostraba la expresión arrasada de un hombre que ha soportado largas sospechas que, de pronto, se ven confirmadas. Pero aún seguía resistiendo.

—¿Y por qué tendría que creerle? ¿Qué clase de pruebas puede ofrecer para sostener sus afirmaciones?

—No muchas —contestó Reggie. Por un momento se quedó pensando—. Tiene una cicatriz en el trasero. No me dijo nada sobre lo que le había pasado, pero me dio la impresión de que algo la había mordido, hace años.

En ese momento Jasper levantó la vista; la rabia y la vergüenza pugnaban en sus ojos.

—Estás diciendo la verdad —reconoció con el rostro ensombrecido.

—Como siempre.

—Bueno, muy bien —Jasper recogió su abrigo y caminó hacia la puerta—. Pues ya tienes lo que te mereces, puto negro de mierda —sentenció antes de salir.

—Por fin me habla de forma honesta —alcanzó a decir Reggie, aunque ya no había nadie para oírlo.

Después, todo se desvaneció con rapidez. El asistente de Jasper dejó de aparecer los lunes con los brazos repletos de bolsas y pronto Reggie comenzó a comer a diario macarrones con salsa de lata y a

acompañar sus cereales con leche en polvo. Sin las sirvientas el apartamento se puso hecho un asco a una velocidad asombrosa: bastó sólo una semana para que el encargado de la comunidad recibiera reclamaciones de tres vecinos por el olor a basura podrida. A final de mes lo echaron a la calle y con sus escasas pertenencias partió de regreso al sitio al que pertenecía, al sur de la calle Doce, en Washington Park, donde el hedor de las fundiciones de acero contaminaba el aire, y pudo reconocer las caras de los suyos. Es en ese lugar donde se encuentra ahora junto a su mejor amigo blanco del mundo, jodido y asqueado hasta la médula por no tener piernas, ni brazo, y ser un inválido.

La razón por la que te hemos contado esto, además de aclararte cómo se ha convertido Reggie en la persona que conoces, es para remarcar un punto muy importante: su enfermedad y la posterior convalecencia han dejado a Reggie bastante desequilibrado y lo que está proponiendo no es una broma.

49 —Bueno, vale —le dices a Reggie—, supongamos por un momento que creo que estás hablando en serio. Dime una cosa con exactitud, ¿cómo vas a conseguir los explosivos?

—Conozco a un tío —contesta Reggie.

—Vale, conoces a un tío.

—Anda, rellena un poco esta mierda —le pide Reggie, pasándole la pipa de agua—. Sí, conozco a un tío. Solía trabajar para Fullerton, pero ahora está en una unidad de demoliciones cerca de Oak Park.

—Y tú puedes hacer que encargue unas cuantas docenas de kilos de C-4 para ti. Te lo consigue de un día para otro o algo así.

—No. Pero puedo decirle que encargue un par de kilos extra por aquí y por allí sin que nadie se dé cuenta.

Le vuelves a pasar la pipa de agua cargada.

—Entonces sólo sería cosa de esperar, ¿qué, cuatro años hasta conseguir la cantidad que necesitas?

Reggie le da otra de sus tremendas caladas a la pipa. Se guarda el humo dentro tanto rato que, cuando finalmente exhala el aire sale casi limpio.

—Eso es casi con exactitud lo que he *tardao.*

—Tardado. En pasado. Como si ya...

—Como si ya pudieras ir al armario de mi cuarto y echarle un vistazo al contenido de la caja grande que pone Limpiador para baños Lysol.

Algo que haces en el acto.

—Esa mierda no es detergente para el váter —cacarea Reggie desde el salón mientras tú doblas la cintura para mirar dentro de su armario, tratando de convencerte con todas tus fuerzas de la realidad

de lo que estás viendo.

Confía en nosotros cuando te lo decimos: esto es real. Lo que tienes enfrente no son ciento ochenta kilos de plastilina gris Play-Doh, y Reggie realmente habla muy, pero que muy en serio de volar el edificio Harold Washington de la Seguridad Social.

Y aunque nos alegramos de que, tras haber visto el armario y dedicar unos minutos a pensar, decidas que de ninguna forma vas a ayudar a Reggie con su plan, al mismo tiempo tenemos que decirte que cualquier intento de disuadirlo está condenado al fracaso y podría incluso ser peligroso. El hombre está demasiado furioso y desesperado para razonar con él.

De modo que, cuando regresas al salón, en lugar de intentar discutir el tema con Reggie, tú sigues con el juego. Según te explica, tiene un plan muy específico en el que te corresponde un papel muy específico. Tú escuchas y asientes con la cabeza y te disculpas a la menor oportunidad porque tienes tales ganas de largarte que estás dispuesto a enfrentarte solo a las calles. Pese a estar aterrado, todavía no terminas de caer en la cuenta, por lo cual vamos a repetírtelo: Reggie está hablando de volar un edificio de verdad, con gente de verdad y explosivos de verdad. Lo que quieras hacer al respecto es, por supuesto, asunto tuyo, aunque la seriedad de la situación no puede ser mayor.

48 Son cerca de las cuatro de la mañana cuando regresas a casa, demasiado tarde, la verdad, pero de todos modos llamas a Amy. Ella se pone al teléfono después de siete timbrazos y su voz suena exactamente tan distante como en realidad se encuentra.

—Junior —dice ella y es como oír a Chopin, el más delicado y precioso de los sonidos, cuando su voz dice tu nombre.

Tú se lo cuentas todo: Reggie, los fantasmas de sus piernas y el brazo, los explosivos, su plan, el susto que significó darte cuenta de que incluso habías bromeado con ayudarle a llevarlo a cabo. Estás a punto de decirle cuán agradecido estás de que ella siga siendo para ti una luz que te guía; quién sabe, si ella no hubiese reaparecido en tu vida, aunque sea de esta forma distante, tú bien podrías haber estado tan harto y desesperado que el plan de Reggie te hubiera parecido una buena idea. Estás a punto de decirle esto pero, antes de aprovechar la oportunidad, ella te interrumpe.

—Ya está —exclama ella—, ya vale de una puta vez.

—¿Amy?

—Toda esta mierda —dice ella— se va a acabar ahora mismo. ¡Ya!

—Amy, oye, escuch...

—Me llamas a las dos de la mañana, borracho como una cuba,

quién sabe qué drogas te habrás metido; sí, me llamas para contarme que tú y tu colega sin piernas ni brazos estáis pensando en volar un edificio con una carga explosiva de 180 kilos adherida a… ¿la silla de ruedas? ¿Lo he entendido bien?

—Sí —contestas tú—, pero escúchame, te acabo de decir que no quiero llevarlo a cabo…

—Volar un edificio —vuelve a repetir ella—. No tendría gracia, incluso si hace un par de meses no hubiese ocurrido lo mismo en Oklahoma. No, para nada.

—Cariño, escucha, no me estás oyendo…

—No me llames así —salta ella—. No me llames cariño. Es más, no vuelvas a llamarme, Junior. Ya he tenido suficiente. Haz lo que quieras. Emborráchate hasta morir, como tu madre. Vuélate en pedazos, lo que sea. Pero a mí déjame en paz. No quiero volver a hablar contigo nunca más.

—Amy…

—¿Me estás oyendo? No quiero volver a hablar contigo. Entiéndelo. Te lo puedes grabar en ese gran cerebro que tienes

Son todas afirmaciones, no preguntas. Pero de cualquier forma, después de una larga pausa, tú respondes:

—Sí.

La comunicación se corta.

Arrojas el teléfono al otro lado de la habitación y choca contra el aparador que está junto a la pared, dejando una cicatriz irregular de color blanco sobre el acabado.

47 A la mañana siguiente las palabras de Amy persisten en tu cabeza como el hedor de la cerveza rancia. Te quedas echado con una mano sobre los ojos y piensas en ese pedazo de roca y hielo del tamaño de Rhode Island que avanza por el espacio con intenciones asesinas. Recoges entonces el teléfono y llamas a Reggie. Cuando finalmente contesta, ni siquiera te molestas en saludarlo:

—¿Cuándo lo quieres hacer?

46 Ahora no nos queda otra alternativa que suspender nuestra habitual postura de alentadora neutralidad para decirte que, a partir de este momento, no contarás con la más mínima asistencia por nuestra parte. Vas a hacer algo que no podemos aprobar, aunque no nos corresponde ni está en nuestro poder intentar detenerte.

45 Resulta que Reggie quiere acabar con todo esto cuanto antes: lo haría mañana, de ser posible. Eso significa que tienes mucho de qué encargarte, desde colocar los explosivos en la silla de ruedas de Reggie hasta alquilar una furgoneta con rampa para discapacitados. Empiezas

haciendo esto último: te lleva la mayor parte del día dar con un vehículo adecuado en un sitio en Skokie llamado EscapadasSillasdeRuedas. Por difícil que haya resultado conseguir la furgoneta, colocar la bomba en la silla de ruedas de Reggie acaba siendo mucho peor. No se necesita ninguna experiencia especializada. Reggie ya tiene unas hojas de instrucciones detalladas sobre cómo instalar los bloques de C-4, un proceso simple que implica detonadores y cable para demoliciones. Con todo, es la primera vez que manipulas explosivos de gran potencia y, aunque tu plan sea volar en pedazos el día de mañana, eso no sirve para hacerte sentir más cómodo ante la posibilidad de volar en pedazos hoy.

A nuestro entender, esta incomodidad debería tal vez servir para reconsiderar lo que estás haciendo y por qué.

—¿Por qué estás sudando? —pregunta Reggie apoltronado en su sillón reclinable canadiense mientras tú te afanas por colocar el C-4 en una serie de alforjas que cubren su silla de ruedas.

—Estamos en agosto —le contestas—. Y vives en un quinto sin aire acondicionado.

—Vaya; ¿no me digas? Tú no estás sudando por eso, no.

—La verdad —dices tú con gesto de dolor mientras deslizas un bloque de explosivo en una de las alforjas—, ésa es la razón: hay 53 grados aquí dentro.

—Bah, no te creo —insiste Reggie—. Estás sudando porque tienes miedo de que el C-4 vaya a explotar a la más mínima y no te atreves ni a soltar un taco.

Reggie tiene razón, por supuesto. Tú estás convencido de que, al menor forcejeo, el material saltará por los aires. Para tu tranquilidad te podemos dar algunos datos sobre la relativa estabilidad del C-4 aunque, como ya hemos dicho, en adelante no contarás con ninguna ayuda por nuestra parte.

—No entiendo por qué estás tan acojonado. —Reggie vuelve a darle otra calada a la pipa y aguanta el humo tanto tiempo que estás convencido de que se va a desmayar. Entonces exhala y sigue con la frase—: Deberías seguir mi ejemplo. Mírame a mí: totalmente relajado. Si me muero hoy o me muero mañana; da igual, al Zorro no le importa.

—Eso es porque te has fumado hasta el agua de la pipa —contestas tú—. Sin contar con que has tenido más tiempo que yo para acostumbrarte a todo el plan. Yo acabo de subirme al carro hace sólo dieciséis horas o así.

—Bueno, ésa es la pregunta del millón de dólares, ¿no crees? ¿Se ha subido Junior al carro realmente? Y si eso es así, ¿por qué suda tanto con el C-4?

Tú finges ignorarlo pero lo cierto es que, visto a la luz del día, has

tenido unos cuantos momentos en los que te has preguntado qué estás haciendo. Y, para solventar esa duda, surge la justificación de que así estás ayudando a Reggie a acabar con la que seguro es la más miserable de las vidas que te ha tocado conocer; eso sin contar con tu refrán favorito: el mundo se acabará pronto, así que ¿qué importa?

Nosotros estamos aquí para aclararte que todo eso sólo son gilipolleces de primera clase. La verdadera razón por la que decidiste ayudar a Reggie no es ni tan complicada ni tan desinteresada: estás herido y quieres que los demás también sientan ese dolor. Así de simple. Es normal. Visto desde cierto ángulo y bajo cierta luz podría incluso tomarse como un esfuerzo por conectar realmente con la gente que tú y Reggie pretendéis hacer estallar, para compartir tu dolor con ellos y, de esa manera, crear una auténtica fraternidad del dolor: gente unida, aunque sea sólo un instante, en la pérdida de extremidades, vidas y amor.

O sea, que no hay forma de negar que Reggie tiene razón: tú no estás implicado en esto hasta las últimas. Nos gustaría tomar eso como un alentador signo de que podrías cambiar de parecer, si no fuera porque, cuando se trata de este tipo de actos auto— destructivos, nadie posee una convicción absoluta. Sócrates apenas sobrepasó el 98% cuando le dio un sorbo al cóctel de cicuta. Juana de Arco anduvo cerca del 97%. San Pedro registró un cobarde 89%, aunque esta cifra tan baja se debe al hecho de que su fe se había desgastado con el tiempo y las persecuciones: si lo hubiesen crucificado junto a Cristo, habría alcanzado una marca por encima del 97%. Norman Morrison, que se prendió fuego frente al Pentágono para protestar por la guerra de Vietnam, y Afif Ahmed Hamid, uno de los terroristas del grupo Septiembre Negro muerto por la policía alemana en Munich, marcan lo mismo: un socrático 98,4%. Por impresionantes que resulten estas cifras, sólo sirven para ilustrar que siempre existen dudas y miedo, incluso entre los filósofos, los fanáticos y los amputados triples con adicciones múltiples y recuerdos dolorosos e implacables de cuando estaban enteros.

44 Ya has terminado de montar la bomba en la silla de ruedas y el motor eléctrico que la propulsa ronronea peligrosamente bajo todo ese peso. A estas alturas, aunque ya es de noche, el calor no ha remitido en lo más mínimo y tienes ganas de salir para alejarte de todo esto. Reggie quiere ir contigo pero le dices que no y, por si el tipo decide salir por su cuenta, tú evitas el O'Toole's y en su lugar te encaminas al The Hole You're Inn,[6] un hostal con bar que reservas para aquellas ocasiones en las que te echan del O'Toole's antes de la hora de cierre.

Esta noche hay un ambiente extraño y agradable en The Hole. Los tipos con chalecos de cuero de motorista y las mujeres con tres

divorcios en el cuerpo, que aparentan cincuenta años pero se visten como si tuvieran veinte, forman un grupo tranquilo. Nada de las chillonas riñas en que suelen enzarzarse las chicas por un hombre. Ni señal de los sangrientos choques en que vuelan dientes y que, a menudo, siguen a un encontronazo de hombros o a una mirada de desprecio. Esta noche todo son sonrisas y espaldarazos bien intencionados. Las risas flotan en el aire como el humo de los cigarrillos. Alguien ha programado la gramola para que sólo toque Rock & Roll de los Viejos Tiempos, y las parejas, sentadas uno en el regazo del otro, sonríen nariz con nariz, siguiendo con alegría el ritmo de la música. Es un momento tan raro como una jugada de béisbol perfecta: de un encanto casi mágico. Y aunque tú te encuentras en medio de toda esta armonía, no eres parte de ella ni en el más mínimo sentido emocional. Dicho de un modo más simple, tú no sientes nada. Eres la bombilla quemada de la tira de luces de colores de Navidad. Te limitas a beber y beber y beber, de manera que cuando te marchas, poco antes del cierre, ya no eres capaz ni de hablar, literalmente.

Eso no impide, claro, que al llegar a casa de tu hermano marques el número de Amy, El tono suena al menos treinta veces antes de que te derrumbes encima de la cama.

43 Cuando despiertas a la mañana siguiente, aún apuntalado contra el cabecero de la cama, el teléfono suena, Y pese a que la confusión de una devastadora resaca te impide tener una idea clara de qué tienes que hacer, por instinto acabas cogiendo el auricular. Del otro lado de la línea está Reggie.

—Te estás retrasando —te dice.

—¿Qué hora es? —preguntas tú porque no se te ocurre qué otra cosa decir y, teniendo en cuenta lo que te acaba de decir Reggie, parece lo adecuado.

—La hora de que pongas tu culo en marcha hacia aquí.

—Dame un minuto. —Tras un esfuerzo consigues abrir los ojos—. Me acabo de levantar.

Antes de que Reggie tenga la oportunidad de seguir flagelándote, le cuelgas y te metes al baño, te quitas la ropa y la dejas caer al suelo. En la ducha sientes el rumor y la agitación de la vida proveniente de la calle y meditas lo extraño que te resulta —teniendo en consideración lo que Reggie y tú estáis a punto de hacer— seguir observando las convenciones del comportamiento normal: responder el teléfono con un educado «Dígame», ducharte, cepillarte los dientes.

Al poco rato el ciempiés hace su aparición y comienza a retorcerse y escurrirse. Intentas respirar hondo pero no sirve para nada, así que cortas el agua y te secas con rígidas y frenéticas sacudidas de la toalla, como si tratases de deshacerte de un fiero

batallón de hormigas rojas que cubre tu cuerpo. Recoges del suelo la ropa que llevabas anoche y te la vuelves a poner, salvo los calzoncillos, y te echas a la calle.

42 Al llegar a casa de Reggie estás realmente frenético, a pesar de haberte tragado tres de las pastillas celestes que uno de los parroquianos del O'Toole's le birló al veterinario de su gata. Por lo general, suelen tener un efecto calmante sobre el ciempiés aún mayor que el Vicodin, pero esta vez parece que ni siquiera alcanzan a tocarlo. La delgada membrana de calma que te sostiene en pie amenaza con rasgarse de manera catastrófica, dejando que se derrame su contenido dentro de la furgoneta, algo que no sería nada bonito de ver.

—Pero ¿dónde coño estabas? —te pregunta Reggie cuando abres la puerta de su apartamento. Su silla avanza con un chirriante esfuerzo hacia la cocina. Ni la voz de Reggie ni su aspecto parecen el mismo. No consigues identificar lo que hay de diferente en él, aunque sí puedes ver que no es nada bueno. Las alforjas cuelgan pesadamente de cada centímetro de su silla.

—No empieces —le dices y te palmeas la frente para evitar que te estalle—. No empieces, ¿vale?

—¿Qué es eso de que no empiece? Tenemos mogollón que hacer aquí.

—Reggie —insistes apretando los ojos ya cerrados—. Hace un minuto... cuando te dije «no empieces»; nunca antes había dicho algo con tanta seriedad, nunca en toda mi vida. En un momento vamos a hacer lo que hemos planeado para hoy. Pero ahora mismo, sólo por un instante, necesito que me dejes en paz por una Puta Vez.

Milagro: Reggie realmente te ha oído. Regresa con su silla al salón —cada vez que se mueve con todo ese peso tú estás convencido de que alguna pieza se va a caer y el motor la va a cascar con un pitido y echando humo—, y permanece callado durante varios minutos. Te apoyas entonces contra la pared y te restriegas los ojos con ambas palmas hasta ver unos brillantes y silenciosos fuegos artificiales. Después dejas escapar un prolongado y ronco gemido de casi medio minuto. Para cuando terminas de gemir, el apartamento está en silencio. Pasado un rato, usando una voz que no reconoces, Reggie te pide que te acerques al salón y le rellenes la pipa. Y así lo haces, sin ni siquiera molestarte por preguntarle cómo es que de pronto tiene tiempo para dar unas caladas si tiene tanta prisa. ¿Qué sentido tiene hacer preguntas, esperar respuestas? Te has vuelto loco y Reggie ha terminado de desaparecer por completo para ser reemplazado por un demonio con una voz como la del luchador André el Gigante.

41 Antes de que te des cuenta ya estás en la calle empujando a Reggie hacia la furgoneta. Alguna gente le echa una mirada a la silla, e incluso un tipo que pasa al volante de su coche disminuye al mínimo la velocidad para curiosear pero, para tu tranquilidad, nadie comenta ni pregunta nada.

Durante los primeros minutos das unas cuantas vueltas por calles secundarias hasta encontrar el acceso a la 1-90, donde te incorporas lentamente al tráfico del mediodía. Mientras tanto, Reggie no deja de mascullar algo ininteligible en la parte de atrás. Su respiración suena cada vez más pesada y dificultosa: basta echar una mirada a través del retrovisor para ver en sus ojos una mezcla de furia, dolor y fármacos. El sudor le corre por las mejillas y la frente. Cada vez que cesa su conversación consigo mismo se queda con la boca abierta, como si sufriera de parálisis; los labios le cuelgan y tiemblan, impulsados por su resuello. Su cara se ha transformado por completo. Casi no tiene aspecto humano, y no se parece a nada que hayas visto antes. Está claro que se ha metido algo más que unas caladas de la pipa de agua. Cualquier persona normal quedaría desconcertada al verlo, pero tú, aletargado por el tráfico de la autopista, caes en un extraño estado contemplativo y en el interior de tu mente tiene lugar todo un espectáculo, una extraña retrospectiva de tu vida, parecida a una sesión de diapositivas en el sótano desordenado de un vecino.

Las escenas surgen y se desvanecen en un orden vagamente cronológico desde aquellos primeros recuerdos que ni siquiera sabías que guardabas: desde estar apoyado contra el pecho de tu padre, sentado en su brazo, una viga de cemento, con tu culo en pañales, hasta volver a casa de noche después de que Amy te haya dicho que todo ha terminado. Cada escena está teñida por un color correspondiente a la emoción que despierta: las rojas son de rabia y vergüenza; las escasas amarillas, de alegría; las blancas, para los distintos grados de apatía, y las azules, para las imágenes tristes. A medida que van pasando ante tu vista te das cuenta de que el azul es el color predominante en tu vida, hasta hacerse prácticamente ubicuo. Es tal su frecuencia que las imágenes amarillas se tornan verdes; las rojas, púrpura, etcétera. Tu vida es tan azul y triste que parece una película de James Cameron. Según avanzan las diapositivas hacia el presente, incluso las verdes se vuelven totalmente azules, así como también las púrpuras, hasta que los distintos tonos de azul se hacen homogéneos y toda tu vida, con sus distintas épocas, desde tu nacimiento hasta el presente, adquiere el mismo color del océano que baña las costas de la Isla de Pascua, las aguas más azules del mundo. Para ti no existen ni la rabia ni la alegría ni la indiferencia. Todo lo que siempre ha habido es la tristeza de la pérdida, pagada una y otra vez y siempre por anticipado, junto con tu determinación de seguir

adelante pese a toda esa tristeza. Nada hay de heroico en esta tenacidad: más bien puede que en el fondo haya cierta cobardía oculta. De cualquier modo, no tardas en reconocer (y con gusto) que, más que ninguna otra cosa, este enconado esfuerzo por avanzar contra el viento de la vida te convierte en un auténtico hijo de tu padre.

40 De pronto, todo se vacía en tu interior: el color azul desaparece por completo y de manera irrevocable. Como te parece importante averiguar qué ocupará su lugar, detienes la furgoneta a un lado de la carretera y pones los intermitentes. Desde tu asiento ves pasar el tráfico y permaneces tranquilo, tal como siempre has sido desde que estabas en el útero, dándole vueltas con bovina placidez a lo que se supone que debes hacer con los quince años que te quedan a ti y a todos los demás sobre el planeta.

Te rogamos que te quedes con este momento.

39 Mientras tanto, con su voz de André el Gigante, Reggie ha comenzado a indagar por qué cono te has detenido. Pese al tono que emplea, tú no sientes ninguna urgencia particular por responderle.

En su estado alterado, Reggie es incluso más impaciente de lo habitual. Sólo te da dos segundos antes de rugir:

—O arrancas o hago volar la furgoneta en pedazos,

—Reggie... —dices.

—Vamos, quédate ahí sentado —vuelve a rugir— y ya verás si estoy de broma.

No está de broma, te lo podemos asegurar.

Giras la cabeza y ves que tiene el detonador, que parece un bolígrafo plateado, en su media mano. Entonces arrancas con la esperanza de que, en lo que queda de camino, te dé tiempo para hablar con él sobre todo esto.

—Reggie —empiezas tú, girando la cabeza por encima del hombro izquierdo en busca de una oportunidad—, escúchame un momento, me acaba de ocurrir algo ahora mismo y no me importa comunicarte que es algo que ha modificado mi forma de pensar sobre casi todo.

—Qué interesante —responde Reggie sin mucho interés.

—Además —insistes tú—, además, comienzo a pensar que, después de todo, esto no es una gran idea. Lo de volar el edificio de la Seguridad Social.

Te sugiero que pienses por un minuto lo que planeas hacer y luego, una vez que lo hayas pensado, dejes todo este asunto para irte a casa, fumarte una pipa y observar cómo se pone el sol desde la ventana de tu cocina.

38 Si bien estamos más que encantados de que hayas cambiado

de parecer, es importante que comprendas cuán peligroso es Reggie en ese estado alterado.

—Yo también tengo una sugerencia para ti —responde mientras usa el codo para reacomodarse—. Cierra el pico de una puta vez y conduce: ésa es mi sugerencia.

Coges la salida hacia Washington Boulevard con un ojo en el retrovisor mientras Reggie manosea el detonador y ve la ciudad pasar por la ventanilla de cristal tintado.

En este momento el edificio Harold Washington sólo está a un par de manzanas de distancia y, como Reggie se mantiene inquebrantable, no sabes bien qué hacer, así que doblas en un callejón y detienes el motor.

—Vale, Reggie. Final de trayecto. —Es una táctica, como poco, arriesgada—. No conduzco más. Si quieres puedes volarnos en pedazos aquí mismo o te puedes bajar y recorrer el resto del camino hasta el edificio de la Seguridad Social. No haré nada para impedirlo.

Reggie te clava la mirada a través del retrovisor con sus ojos rojos y torvos.

—Desata esta mierda —exclama—. Déjame salir.

—Podríamos ir al O'Toole's si quisieras —sugieres—. Es noche de viernes, Reggie: Noche de Bacanal. Es lo que más nos gusta en la vida. Todos tus amigos van a estar allí.

—¿Amigos? Una mierda —rezonga Reggie—. Yo no soy amigo de nadie allí: soy la puta mascota negra. Les gusta tener al Zorro por ahí, los hace sentirse bien, como si fuesen blancos tolerantes. Cada vez que invitan a Reggie a una copa es como un acto de discriminación positiva. No, por hoy se acabó. Desata esta cosa. Si no quieres venir conmigo, iré por mi cuenta. Da igual.

Sabiamente, haces lo que te pide y no tarda en apearse en la acera junto a la furgoneta.

—Nos vemos luego, Reggie —le dices.

—Lo más probable es que no —responde—. Que sepas que no te guardo rencor. Lo entiendo. No eres más que un niño. Y los niños nunca quieren morir.

Aunque tú sabes que eso no tiene ninguna relación, no vale la pena intentar desmentirlo.

Al presionar el mando, la silla sale propulsada hacia la esquina. Tú te quedas observando hasta que alcanza la calle principal y en ese momento le gritas:

—Reggie, deja que la gente salga primero, ¿vale? De cualquier forma ya habrás hecho tu reivindicación.

Tras un gesto de desdén de su media mano, vuelve a darle al mando de su silla de ruedas y se pierde de vista tras el muro de ladrillos de una taquería, en dirección a West Madison.

37 Conduces la furgoneta de vuelta a Stokie. Al regresar a casa de tu hermano, enciendes la tele y una puñalada de decepción te alcanza a través de la sostenida indiferencia ante la revelación. Hay avances informativos en todos los canales, cámaras apostadas en el edificio Harold Washington de la Administración de la Seguridad Social, que permanece acordonado por coches de policía, ambulancias y vehículos blindados de las fuerzas especiales. Los reflectores brillan en la penumbra artificial producida por los altos edificios. La gente conversa ansiosa detrás de las vallas de seguridad, señalan con el dedo, se abrazan. Los detalles son confusos, dicen los reporteros, pero poseen múltiples informes que indican que un hombre ha ingresado en el edificio con una bomba.

El mismo escenario se prolonga durante horas y, aunque la única diferencia visible en toda la situación es que el día ha dejado paso a la noche, los informes se suceden cada minuto, especulando sobre lo que está sucediendo dentro. El hombre con la bomba es un individuo blanco en una silla de ruedas, dicen. Dos minutos más tarde corrigen: es un individuo negro sin silla de ruedas. Hay información no confirmada que indica que, además de la bomba, el asaltante va armado con un fusil AK 47, posiblemente, o tal vez un lanzagranadas... Pero no, tras oír las distintas descripciones, el experto en armamento de la CNN interrumpe para decir que, basándose en la información recibida, su larga experiencia le indica que no se trata de un AK en ningún caso, ni tampoco se puede hablar de un lanzagranadas, sino que es muy probable que se trate de un fusil de asalto francés marca FAMAS. Mientras tanto, los negociadores de la policía han conseguido contactar con el asaltante a través de un teléfono especial que el personal de las fuerzas especiales ha conseguido arrojar al vestíbulo a través del cristal de la puerta de acceso, aunque hasta ahora no han tenido éxito en su tarea de convencer al hombre para que desista o que permita la evacuación de algunas de las seiscientas o setecientas personas (no se ha confirmado la cifra) que se hallan en el edificio.

En algún momento a lo largo de todo esto te das cuenta de que la extraña calma que antes sentías se ha desvanecido y ahora estás temblando de mala manera. Y con sudores. Y llorando un poco, si no te equivocas. Ya no se trata del ciempiés, pese a que existen similitudes. Más bien se trata de una reacción fisiológica normal, si bien algo tardía, ante el hecho de haber estado a punto de morir.

36 En ese momento, cerca de las diez de la noche, cuando caes en la cuenta de que no sólo no te has tomado ningún trago todavía, sino que ni siquiera se te ha pasado por la mente hacerlo hasta ahora, se

produce una conmoción repentina en la pantalla en el instante en que una masa de varios cientos de personas salen a toda prisa por la puerta principal del edificio Washington corriendo con las manos en alto. Se mueven como el ganado que huye de los lobos, sorteando los obstáculos que forman los coches de policía aparcados y sin prestar la menor atención a los agentes, que intentan dirigir su huida. El presentador de la televisión anuncia que no hay ningún comunicado oficial, pero que parece evidente que los heroicos negociadores de la policía han tenido éxito y el asaltante ha decidido liberar a cientos de rehenes tras casi ocho horas de infierno.

Pero el infierno no ha acabado aún, comenta el presentador, porque todavía hay un hombre atrincherado en el interior del edificio con una bomba y un mortífero y raro fusil de asalto francés sin que nadie sepa cuáles son sus demandas o motivaciones. Por supuesto, no hace falta señalar el aterrador paralelismo existente entre esta amenaza de volar un edificio federal y otro suceso que tuvo lugar hace tan sólo unos meses en Oklahoma City y que provocó la consternación y el dolor de toda una nación. Esto podría prolongarse horas o días inclusive, de modo que regresaremos tras la pausa con más noticias sobre «El asedio a la Seguridad Social de Chicago».

Te echas hacia atrás y sueltas un profundo suspiro en el momento en que los anuncios comerciales proclaman las virtudes de un analgésico con un olor tan reconocidamente espantoso que ya debería estar patentado. Un escalofrío te recorre el pecho. A continuación te quedas mirando un anuncio protagonizado por un personaje de dibujos animados regordete que aparece ataviado con una toga y una corona de laurel anunciando a gritos una pizza, y entonces te das cuenta de que no tienes ni la menor idea de lo que te gustaría que sucediese. Tus piernas quieren ponerse en movimiento, así que vas a la cocina en busca de una cerveza y regresas justo a tiempo para continuar viendo «El asedio a la Seguridad Social de Chicago».

35 La situación se ha tornado realmente en un asedio para la policía, agazapada detrás de los muros y las puertas de sus coches, y el silencio absoluto de Reggie. Ya casi es medianoche. Para hacer tiempo, el presentador invita al experto en negociaciones en situaciones críticas, quien explica que llegados a esta etapa, y suponiendo que el individuo haya liberado a todos los rehenes del edificio (una suposición que nunca se puede hacer con toda seguridad al negociar en una situación crítica real pero que, para los propósitos del debate que ahora tiene lugar en la televisión, se puede asumir sin mayores problemas), la forma de enfocar la negociación ha cambiado: en lugar de solucionar la situación de los rehenes, a partir de ahora se trata más bien de una intervención para evitar un suicidio. No cabe

duda de que la presunta bomba hace que todo sea sustancialmente más peligroso que en los casos habituales de suicidio. No obstante, la estrategia básica continúa siendo la misma, sostiene el experto. En su experta opinión.

34 Han pasado cuarenta y cinco minutos desde que abriste la cerveza y apenas vas por la mitad, cuando se oye el teléfono. El timbre del teléfono suena una, dos veces... y a la tercera lo coges. Tu esperanza es que sea Amy. Dices «hola», pero no hay respuesta. Se oye un ligero clic, como si quienquiera que estuviese al otro lado de la línea hubiera colgado. Menos de un segundo después, el edificio Harold Washington de la Administración de la Seguridad Social desaparece. La imagen en la televisión tiembla, se pone toda negra y hay un breve corte antes de regresar al estudio del presentador, quien permanece en silencio frente a la cámara durante varios segundos antes de ponerse a toser y farfullar algo sobre tratar de restablecer la imagen de lo que se ha convertido en el peor escenario posible. Por supuesto, esperamos que no haya habido nadie más dentro del edificio aparte del asaltante, en cualquier caso ya hay gente trabajando para recuperar la imagen, sí; mientras volveremos al estudio para continuar comentando lo que acaba de ocurrir. Tú sigues con la vista fija en la pantalla aunque en realidad no ves nada, ni tienes la menor certeza sobre cómo deberías sentirte. La mano se te ha dormido alrededor de la lata de cerveza. Al poco rato, el presentador te dice que creen que ya tienen otra secuencia en vídeo procedente del lugar de «La tragedia de Chicago», que las imágenes que estamos a punto de ver son gráficas y perturbadoras y que, dentro de un momento, el experto de la CNN en situaciones de crisis de las estrellas, Hank Greenlaw, se unirá a nosotros para darnos algunos consejos sobre cómo compartir el dolor, aunque, en cualquier caso, estas imágenes no son aptas para gente con problemas cardíacos y tal vez sería apropiado pedir a los niños que salgan de la habitación.

Transcripción parcial de los archivos de Hilda Begin, master en Ciencias, doctorada y terapeuta ocupacional y de salud mental, Elgin, Illinois. El cliente es Rodney Thibodeau. Las sesiones se llevaron a cabo entre el 6/98 y el 9/98. Copias impresas transcritas de las grabaciones en cintas.

15/6, lunes, 3:00-3:50 p.m., en casa del cliente

Incluso después de diez años jugando con los Cubs. —¿Llevo diez años con ellos? ¿O son once? No, son diez, creo. Tendría que comprobarlo, pero creo que son diez.

...

¿Doce? ¿Estás segura?

...

De cualquier modo, me resulta extraño cuando volvemos de una gira después de jugar porque en Chicago sigo sin sentirme como en casa. Bueno, no sé si la palabra «casa» es la correcta porque nunca será mi casa, la verdad, pero me imagino que lo que quiero decir es que sigo sin sentir que es *el lugar donde vivo*. Y han pasado doce años. Es raro, ¿no crees? Me da la sensación de que no es más que otra parte de la gira, sólo que se hace más larga, y las habitaciones de los hoteles, más grandes.

...

Claro, era más fácil cuando Junior vivía aquí, aunque a menudo andaba bastante liado y él sabía cómo me sentía yo por eso. Pero sí, me acostumbré a tenerlo por aquí, y ahora que ha vuelto a marcharse me siento perdido. Él es el cerebro de toda la operación. Yo sólo me dedico a jugar al béisbol. Yo solía decírselo y él me contestaba, No, hermano, tú eres mucho más inteligente de lo que tú te crees porque eres más listo que yo en muchas cosas.

...

Ahora está mejor, pero aún sigue bebiendo más de lo que debería. No es que me dedique a seguirle los pasos. Sólo lo veo una vez cada dos o tres meses. Aparece sin avisarme, pero nunca dejamos de vernos porque siempre que lo hace es cuando jugamos en casa, así que él debe estar atento al calendario. Simplemente, aparece por aquí o en el club. Así es mi hermano pequeño.

...

Nuevo México. Nunca he estado allí. Lo más cerca que he estado de Nuevo México es Colorado, creo. Denver. Coors Field. Eso está cerca de Nuevo México, ¿no es así? Por ahí, ¿sí?

Pero ¿está más cerca que San Diego? ¿O que St. Louis?

...

Bueno, Coors Field es lo más cerca que he estado de Nuevo México. Allí es donde Junior pasa la mayor parte de su tiempo.

...

¿Crees que pienso demasiado en Junior?

Bueno, si me preguntas lo que pienso, no quiero ser malo ni nada, y tampoco digo que estés equivocada, Hilda, pero no creo que eso sea cierto. Él es mi herma— nito pequeño. Él me explica las cosas de manera que yo puedo entenderlas. Y nunca se ríe, como Gutiérrez o como Brant Alexander. Ellos creen que no me doy cuenta de que se burlan de mí. Luego Reynolds los regaña y les dice cosas como, Rodney está bateando un promedio de .348, putos ineptos, ¿y vosotros? ¿Qué promedio lleváis ahora mismo? ¿.255? ¿.260? Así que mejor acabáis de una puta vez con vuestras bromas.

...

Me cae bien Reynolds. Es un buen tío y un buen *catcher.*

...

Perdona, como te decía, la verdad es que, si tengo que ser honesto contigo, todo lo que puedo decir es que echo de menos a Junior. Eso es todo. No veo mucho a papá ni a mamá, sobre todo durante la temporada. Cuando volvía de alguna de las giras, Junior estaba aquí y salíamos por ahí a comer y a ver alguna película. O jugábamos a Street Fighter III en la videoconsola Dreamcast. Pero ahora él se ocupa de cosas importantes y lo entiendo.

...

En Nuevo México, como acabo de decirte.

...

Ni idea. No me cuenta mucho. Trabaja con telescopios y se pasa las noches mirando el cielo. Eso es lo que me ha contado. Me dice, Yo no tengo allí ningún cargo oficial. Es una especie de asesor. Y no le pagan un sueldo. Todavía tengo que enviarle dinero. Pero no me importa hacerlo.

¿Crees que se está aprovechando de mí?

...

Ah, que si *yo* creo que se está aprovechando de mí. Si quieres saber lo que creo, pues no. Él está haciendo cosas importantes, como me ha contado. Y, además, no me pide casi nada. Las únicas veces que me pide más de doscientos pavos es cuando necesita un billete de avión para Boston. Eso sucede unas dos veces al año.

Sí, ...viaja a Boston. Al MIT. ¿Sabes lo que es?

...

Un instituto, correcto. No sé qué hace allí, pero forma parte de su trabajo, estoy seguro.

...

No, no creo que sea algo que se haya inventado como excusa para pedirme más dinero.

...

A ver, no me gusta que digas cosas así sobre mi hermano.

...

No me estás *preguntando* lo que siento: me estás *diciendo* cómo *tengo* que sentirme.

...

No intento ser desagradable ni hacerte sentir mal. Pero, como le digo a Gutiérrez, puede que yo no sea el más listo, pero no soy tan estúpido como tú crees. Yo sé más sobre el trabajo de Junior de lo que te he contado. Porque me lo explicó, pero me hizo prometer que no se lo diría a nadie.

…

No puedo. A lo mejor ni siquiera debería haberte dicho lo de los telescopios.

…

Hacer que me creas no es tan importante como mantener la promesa que le hice a Junior.

…

Pues sí que suena a que estás poniendo en duda mi honestidad.

…

¿Ya ha llegado la hora de ir al campo a entrenar? ¿De veras? ¿Tan pronto?

13/8, jueves, 1:30-2:20 p.m., Hotel Westin, San Francisco

¿Que si me molesta? ¿Quieres decir que si me hace sentir mal? Supongo que la respuesta es sí, más o menos. Estoy inquieto. Pero no me sorprende del todo: siempre he sabido en qué trabaja Junior. Ahora todo el mundo lo sabe, así que supongo que ya no tengo que seguir guardando el secreto.

…

No me importa lo que digan. Además, tampoco leo los periódicos.

…

¿Lo ves? Tengo la sensación de que, como es habitual, me estás diciendo lo que debería sentir. No me estás preguntando.

…

Sí, tú *también* haces lo mismo. Como todos los demás, crees que mi hermano está loco y quieres que yo piense lo mismo.

…

Porque Dios no nos haría algo así a nosotros.

…

Tal vez tengas razón. No creo que esté loco, aunque tampoco creo que lo que él dice sea verdad. Así que, en fin, supongo que no tiene mucho sentido. Es, como tú dices, una contradicción.

…

Bueno, vale, pero por favor no te pongas a malas conmigo por decir esto como si tú no fueras lo suficientemente inteligente para verlo por ti misma. Pero ¿te crees que todos los periódicos y la televisión le prestarían atención a Junior si sólo fuera otro loco más? Lo que te digo es que, en cada ciudad a la que voy a jugar, hay al menos un tío sentado por ahí con una parka y una gorra de invierno en pleno verano hablando sobre el fin del mundo. Y nadie los invita a Fox News para conversar ni escriben artículos sobre ellos en el *Chicago*

Tribute [sic.]

...

Sí, aunque sólo escriban esos artículos para *denigrarlo*. Supongo que con *denigrarlo* quieres decir burlarse de él

...

Igual sigo pensando que tengo bastante razón. Aunque sólo estén *denigrándolo*, tiene que haber algo más, porque de otro modo ni siquiera hablarían de él.

...

Ya sé que el gobierno ha dicho que él no trabaja para ellos y que no saben de quién se trata. Como te dije, él no tiene un cargo oficial. Trabaja de asesor. Él me explicó que estaba ayudando a que apuntasen sus telescopios para que pudiesen ver mejor en el espacio. Pero no es un empleado y no le estaban pagando.

...

No sé qué quiere decir eso. Por favor, deja ya de tratar de confundirme.

...

Pero es que creo que es lo que estás haciendo, porque sabes bien que me cuesta bastante entender esas palabras complicadas y el lenguaje de los asesores técnicos. Así que cuando me dices cosas como *los elaborados sistemas de proyección ilusoria son...* ¿cómo era lo que decías?

...

Los elaborados sistemas de proyección ilusoria son un signo distintivo de la clásica manifestación paranoide esquizofrénica. No sé qué quiere decir todo eso. Aunque supongo que debe ser algo denigrante.

...

La última vez que nos vimos fue... no estoy seguro. Ya sabes que soy muy malo con el tiempo. Debe de haber sido hace unas dos o tres semanas. Creo que nos tocaba jugar en casa hace tres semanas, ¿no?

...

Correcto, al final de nuestro último partido en casa. Jugamos contra los Brewers.

...

Perdona, tienes razón, contra los Pirates. Fue justo antes de que saliera en la CNN con aquel tío negro.

...

Bernard Shaw, tienes razón. Tú siempre sabes todas estas cosas. No sé por qué siempre me quedo sorprendido con lo inteligente que eres. Quién era el tío negro ese, pregunto yo, y de inmediato dices Bernard Shaw sin ni siquiera tener que pensarlo. Y no te equivocas. Nunca deja de sorprenderme.

…

De nada. La última vez que vi a Junior fue justo antes de que saliese en televisión por primera vez con Bernard Shaw. Eso debió de ser hace tres semanas.

…

Pues me pareció… pues como es él. Aunque ya me había contado que habían estado sucediendo cosas en el observatorio en Nuevo México y que puede que pasase un tiempo antes de que volviésemos a vernos. Tendría que conversar con distinta gente en la tele y dar entrevistas y asistir a reuniones, y no iba a poder venir a verme hasta que todo eso acabase.

…

Bueno, no lo he visto, así que me imagino que tenía razón.

…

Sí, sí que envió un telegrama para pedir dinero hace un par de días. Pero no llegué a hablar con él.

…

Mira, no quiero ser maleducado. Sé qué haces tu trabajo y lo haces muy bien. Y, a veces, hacer bien tu trabajo significa que tienes que decir cosas que sólo las entiende alguien tan inteligente como tú. Pero, de todos modos, quiero que tengas más cuidado con lo que dices sobre Junior. Porque eso sí que me afecta.

…

Me hace sentir mal tener que pedirte algo así porque no me gusta tener conflictos con nadie. Nunca.

…

Pero ¿cuál es el problema? ¿Qué hay de malo en querer llevarse bien con todas las personas siempre que se pueda? No lo entiendo. De verdad. Sólo te lo estoy preguntando.

…

Lo ves, vuelves a lo mismo. Que no se está aprovechando de mí.

…

Sé que no has mencionado el nombre de Junior, pero tampoco ha hecho falta. Yo ya sé de quién me estás hablando.

…

De acuerdo, ¿sabes qué? Déjame que te cuente lo que mi hermano hizo por mí. Es como —¿has leído alguna vez el *Reader's Digest*?

…

Pues allí usan una palabra para describir las pequeñas historias que les ocurren a la gente en sus vidas. Como aquel tío que se fue a hacer senderismo y fue atacado por un oso.

…

O esa mujer que entregó a su hija en adopción y luego, cuarenta años más tarde, su hija aparece por sorpresa en su fiesta de cumpleaños. Existe una palabra para estas historias. Un *término.*

…

No, no es anécdota. Comienza con «E».

…

Eso. ¿Cómo has dicho?

…

Episodio. Exacto. En el *Reader's Digest* los llaman breves episodios de la vida.

…

Así que, si te parece, ahora te contaré un breve episodio de la vida sobre mi hermano.

…

Antes que nada, para que lo sepas, yo soy un adicto a la cocaína.

…

No, claro que no. No he tomado cocaína en mucho tiempo. Pero el programa te enseña que, una vez que eres un adicto, nunca dejarás de serlo, aunque ni siquiera llegues a tocar tu sustancia favorita el resto de tu vida. Como dicen los alcohólicos: es una condición, no una decisión.

…

Exacto. Por eso cuando dejé la rehabilitación me fui a casa y mis padres se preocupaban de vigilarme, sobre todo papá. Le afectó mucho todo lo sucedido. Le echó la culpa al tío Rodney de haberme convertido en un adicto a la cocaína, a pesar de que no fue cosa suya. De hecho, el tío Rodney ni siquiera sabía que yo había descubierto el sitio donde escondía la coca y está claro que jamás me habría dado ni una pizca. Él se preocupaba por mí y me decía que era como si yo fuese su propio hijo. Porque él nunca los tuvo. Él me quería y se entristeció tanto como los demás al enterarse de que yo era un adicto.

Pero, cuando regresé a casa de la rehabilitación, papá me dijo que nunca más podría ver al tío Rodney, que ya no podía ir a su casa, lo que me sentó fatal porque yo prácticamente vivía allí, y que no podría venir a visitarme tampoco. Nada. Eso me dejó muy fastidiado. Pero así es papá. Es el mejor hombre que he conocido, pero cuando se enfada no escucha a nadie. Incluso le dio unos guantazos al tío Rodney, aunque yo no me enteré hasta más tarde.

Pasado un tiempo decidí llamar al tío Rodney, a pesar de todo. Cogí el teléfono, lo llamé y le dije que por qué no se pasaba de visita. Él me contestó que no podía. Yo le dije que no importaba, que a papá ya se le había pasado el enfado. Era mentira. Hasta hoy me sigue pesando. Yo sólo quería verlo un momento. Así que el tío Rodney me creyó y vino a casa. Me gustó mucho verlo. El problema es que papá

apareció por casa para recoger su caja de herramientas porque se le había estropeado el coche en el almacén y tenía que apretar o darle un martillazo a algo para volver a ponerlo en marcha. Y trató de ponerle las manos encima al tío Rodney, pero mi tío salió corriendo y, cuando papá volvió después de haberlo perseguido, estaba tan enfurecido que tenía la cara roja y los labios con saliva. Y claro, también estaba furioso conmigo.

No, nunca llegó a darnos una paliza. O tal vez en alguna ocasión. Pero supongo que nunca pensé que podría llegar a pegarme. De todos modos, en aquel momento era difícil no estar asustado.

...

Lo que sea, la cosa es que Junior me salvó.

...

Le dijo a papá que había sido él quien había telefoneado al tío Rodney para decirle que viniese de visita.

...

Para entender su verdadera importancia tienes que tener en cuenta lo siguiente: Junior y yo ya habíamos visto ponerse a papá así de furioso antes y sabíamos lo que le había sucedido a la gente contra la que se había enfurecido. Como le sucedió al tío Rodney con su nariz. Papá casi se la arranca de la cara. Y, a pesar de saberlo, Junior apareció, vio lo que estaba sucediendo y desvió toda la rabia concentrada sobre mí y la condujo sobre sí mismo.

...

Pues se quedó sin saber muy bien qué pensar. Simplemente fijó la vista en Junior por un rato y luego hizo un boquete en la pared de la cocina de un puñetazo y se fue al sótano a buscar su caja de herramientas.

...

Yo también le pregunté lo mismo después. Me dijo que no creía haberlo hecho por ninguna razón específica, sólo que vio que su hermano tenía problemas y pensó que debía hacer algo para ayudarlo.

...

Así es Junior. Nunca se emociona con las cosas. Pero eso no quiere decir que no puedas contar con él.

...

[Suena el teléfono, el cliente contesta, breve conversación, vuelve a colgar.]

¿Has llamado al servicio de habitaciones?

...

¿Fui yo? ¿Cuándo? ¿Estás segura?

...

8/9, lunes, 9:15-10:00 a.m., en casa del cliente

Ahora mismo no quiero hablar.

…

No quiero verte por aquí. Perdona que sea tan grosero.

…

¿Qué? ¿Te gustaría tener que sentarte a conversar sobre tus sueños y sobre tus recuerdos cuando eras un…? ¿Cómo dijiste? ¿Antes de nacer?

…

Eso, un *feto,* ¿te gustaría tener que responder a las preguntas sobre tus recuerdos cuando eras un feto, sabiendo que tu hermano ha desaparecido?

…

No, tampoco quiero hablar de eso. Que ponernos a hablar de eso no va a servimos para averiguar dónde está Junior. Lo que quiero es ir al parque a practicar con el bate.

…

Ya sé que es día libre. Pero practicar con el bate me ayuda a relajarme. O eso o jugar a la consola Dreamcast. Y la Dreamcast me trae recuerdos de Junior.

…

No entiendo por qué es importante que hablemos sobre lo que está sucediendo con Junior.

…

No estoy seguro de que yo quiera *procesar* nada.

…

Lo siento, de verdad que lo siento. Lo que pasa es que estoy tan preocupado que comienzo a enfadarme y eso es algo a lo que no estoy acostumbrado. Supongo que no sé cómo enfadarme de la manera correcta.

…

No, no es eso lo que me preocupa. Ya sé que la policía dice eso, pero ellos no conocen a Junior. Están equivocados.

…

Porque estoy seguro, eso es todo.

…

No quiero decirte lo que creo que sucedió. No harás más que decirme que me equivoco. O sea, que soy un estúpido.

…

Vale, muy bien. Me preocupa que alguien lo haya secuestrado.

…

No sé por qué querría alguien secuestrarlo, pero es lo único que tiene algún sentido. Si hubiese decidido marcharse a algún sitio me lo habría dicho. O a papá. Pero no nos ha dicho nada.

[El cliente manifiesta inusuales signos de agitación; rasga en pedazos

un librillo de cerillas y sacude una pierna arriba y abajo con tal vigor que hace vibrar el suelo.]

...

¿Considerar la posibilidad de *qué*?

...

No. *No.*

...

[Pausa prolongada.]

Hilda, quiero que te vayas.

...

No, ya no quiero seguir escuchándote. No tienes ni idea de lo que estás diciendo y no voy a escucharte. Fuera. Y no regreses más.

...

Es cierto, mi padre te contrató. Te contrató para que me ayudaras a distinguir la ropa sucia de la que está limpia; te contrató para que me ayudases a no olvidarme de apagar las luces antes de salir de casa. Pero no te contrató para que me digas que mi hermano se ha suicidado.

...

Pues no parece que quieras ayudarme.

...

Por lo demás, fue mi padre el que te contrató, pero soy yo el que paga tu salario. Y yo quiero que te largues ahora y no vuelvas nunca por aquí.

[El cliente grita algo ininteligible, se levanta de su asiento y da muestras de un comportamiento extremadamente agitado y algo amenazante. Fin de la sesión.]

JUNIOR

UN DÍA que tengo la certeza de que no es ni miércoles, ni jueves, ni viernes, Sawyer aparece por la galería en algún momento de la tarde. Han pasado cerca de dos meses desde la última vez que vino por aquí. Sé que se trata de él porque las suelas de madera de sus zapatos oxford resuenan con un elegante eco en el interior de la celda de cemento. Aparte de él, la única gente que veo en el curso de mis interminables días son los guardias, pero ellos van con botas militares con suela de goma que sólo susurran y sisean sobre el suelo.

Las pisadas de Sawyer se detienen fuera de mi celda. Después de correr hacia un lado la trampilla para mirar dentro, lo único que dice es:

—Junior.

—Tú otra vez. ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—El suficiente para que yo haya recibido nuevas órdenes de venir a este desolado lugar para hablar contigo una vez más.

—No, en serio —insisto—. ¿Cuánto tiempo ha pasado? He perdido la cuenta de los días de la semana.

—Estamos a viernes —aclara Sawyer.

Me pregunto cómo he podido despistarme tanto.

—Y bueno, ¿qué te trae por aquí, Sawyer? ¿Qué, las cosas ya comienzan a parecerse al mundo de *Mod Max* allí fuera?

Se oye la estática de un radiotransmisor.

—Control —dice Sawyer—. Abrid la cuatro, si sois tan amables.

Suena el timbre de la cerradura y Swayer abre la puerta, da un paso al frente agachando la cabeza para evitar golpearse contra el marco y cierra tras de sí Se oye el clic que lo deja encerrado conmigo, aunque no tiene nada que temer. Incluso aunque yo representase alguna amenaza, lo cual no es así, Sawyer es un gigante para la mayoría de los estándares, eso sin mencionar su cinturón negro 5º dan en Krav Magá.[7] A la menor razón, podría, y lo haría sin dudarlo, arrugarme como un folio lleno de borrones.

—No —responde Sawyer—, ningún problema. De hecho, pese a tus esfuerzos, todo sigue igual.

—Nadie me ha creído —le digo yo.

—Nadie te ha creído —confirma él.

—A pesar de las pruebas que Ross y yo sacamos a la luz.

—A pesar de todo eso —repite Sawyer—. Y son pruebas bien fundadas, convincentes y fáciles de asimilar. Ciencia de primer nivel, como ya te he dicho otras veces.

—Pero nadie ha recogido la bola después de que nos hicierais

desaparecer.

Sawyer se sienta con las piernas abiertas sobre el taburete arrimado a la pared. Los bajos de sus pantalones, al subirse, dejan ver unos calcetines de rombos rojos, blancos y azules, un sorprendente ingrediente de vivacidad en un hombre tan tremendamente seco y descolorido.

—Bueno, algún que otro… activista marginal, supongo que podrías llamarlos. En una población tan amplia y diversa, nunca faltan. Pero no representan ningún peligro porque nunca logran decidirse por una teoría conspiratoria en concreto o una religión psicodélica alternativa durante el tiempo suficiente para tener una buena organización. Siempre les pueden las ganas de pasarse al nuevo refresco de moda. Y, por supuesto, en el caso de que llegasen a organizarse, contamos con los medios para hacernos cargo de ellos.

—Waco[8] —le digo.

—Por poner un caso —admite Sawyer—, aunque no es el mejor ejemplo, porque normalmente intentamos ser más discretos. Además, aunque no lo creas, a ser posible preferimos evitar los asesinatos en masa.

—Hmm.

—En definitiva, estamos en Estados Unidos —subraya Sawyer—. Bueno, aquí donde nos hallamos ahora mismo, esta prisión en la que estamos en este momento, no es estrictamente territorio norteamericano. Pero ya sabes lo que quiero decir.

—Me alegra que lo menciones —le digo yo—. Porque he estado preguntando, pero no he obtenido respuesta alguna. ¿Dónde es *aquí*, para ser exactos?

No te lo puedo decir. —Sawyer saca un caramelo de menta del bolsillo de su camisa, le quita el celofán que lo envuelve y se lo pone entre mejilla y encía—. Pero puedo darte un par de pistas a modo de intercambio si te interesa escuchar mi propuesta.

—Vale. Pero primero las pistas. Y luego escucho la propuesta.

—El antiguo bloque del Este —dice Sawyer—. Unos padecimientos atroces bajo el régimen soviético. Inviernos muy duros. Unas chicas guapísimas.

—Pero lo que acabas de describir coincide con todos los países del antiguo bloque del Este.

—Qué quieres, no te lo voy a dar mascado. Y no te olvides de que Cuba y Vietnam también están incluidos en la denominación «bloque del Este».

—Genial. O sea, que no estoy ni en Cuba ni en Vietnam. Eso sí que es un avance.

—Bueno, y ahora que yo he cumplido mi parte del trato —insiste Sawyer—, ¿me permites?

—Adelante.

—Esta noche viajo a Washington. Y te propongo que me acompañes.

—¿Para qué?

Sawyer suelta una carcajada.

—¿Para qué? ¿Para qué? —repite apoyando la cabeza en el muro de color ceniza para remarcar su incredulidad—. ¿Tú qué crees? ¿Para qué?

—Supongo que no será para cenar en la Casa Blanca.

—Para salvar al mundo, Junior —exclama Sawyer—. Sólo para eso.

—¿De qué?

Sawyer lo observa asombrado.

—¿Estás bromeando, no?

—Me estás diciendo entonces que me creéis.

—Por supuesto que te creemos, Junior —afirma Sawyer—. Siempre te hemos creído. Detectamos el C/1998 El en cuanto empezaste a armar escándalo y desde entonces le hemos seguido la pista. Es real. Está sucediendo. Tenías razón.

—Y entonces, ¿para qué me habéis secuestrado?

Sawyer sonríe con suficiencia:

—Porque comenzaste a ir por ahí *contándoselo* a la gente —explica—, lo que en mi opinión, por no mencionar la opinión de mucha otra gente cuyas opiniones son bastante más importantes, fue algo enormemente irresponsable por tu parte. Tanto como persona, como norteamericano.

—¿Y el hecho de ser norteamericano qué tiene que ver en todo esto?

—Te lo explicaré enseguida. Pero, primero, fue una irresponsabilidad tuya, por el riesgo de provocar efectos como, qué se yo, por decir algo, sublevaciones, pánico masivo, con el consiguiente daño para toda la infraestructura y la economía, el colapso de la civilización. Ese tipo de cosas.

—Nada de lo cual ha ocurrido, como es evidente.

—Cierto —confirma Sawyer, y hace crujir el caramelo de menta con los dientes—. Y fue una irresponsabilidad tuya como norteamericano, por otra parte, porque hasta que empezaste a irte de lengua, nuestros enemigos no tenían ni idea sobre el C/1998 El. Si te hubieses comportado como un patriota y hubieses mantenido todo esto entre un puñado de miembros secretos de la agencia, eso nos habría dado meses, años quizás, para usar esta situación a nuestro favor.

—No entiendo adónde quieres llegar —replico—.¿De qué manera es posible utilizar a nuestro favor un cometa capaz de destruir el

planeta?

—¡Vamos, Junior, a ver si maduras! —exclama Sawyer, poniéndose de pie y dando un par de pasos por la celda. No le resulta fácil, teniendo en cuenta que la celda solo tiene dos metros de longitud—. Podríamos desarrollar algún sistema para romper el objeto en pedazos y, tras calcular con qué países habría mayor probabilidad de tener un conflicto en el momento del impacto, dirigir los cascotes hacia ellos.

—Ésa es la gilipollez más grande que he oído.

—No te creas —continúa Sawyer—, tenemos un equipo de la Universidad de Virginia trabajando en el tema. Allí están algunos de nuestros mejores hombres. Y nos han dicho que es factible, si cuentan con la debida financiación.

—Por supuesto —le digo—, la financiación es la cuestión.

—O —continúa Sawyer— podríamos haber dado un salto en sistemas de transporte espacial para luego anunciar el C/1998 El y usar nuestra ventaja para poner orden entre los chicos más problemáticos del planeta. Oye, Paquistán, ¿te apetece un asiento en el bus? Detén los ensayos nucleares y no los reanudes. ¿Un billete de salida del planeta, Arabia Saudi? ¿Podríamos sugerirles que mirasen el cristianismo con otros ojos?

—No lo dices en serio.

—Claro, es algo tan serio como el dengue —asegura Sawyer—. Aún estamos barajando las distintas posibilidades pero, gracias a ti, no sabemos con cuánta ventaja contamos sobre los otros.

—¿Sobre qué otros?

—Eso es algo que no podemos confirmar. Pero, con toda seguridad, podemos asumir que, al menos, una docena de entidades extranjeras —algunas aliadas, otras no— están al tanto del C/1998 El y de la amenaza que representa.

—Pensé que me habías dicho que nadie me había creído.

—Ningún civil. Pero ¿los servicios de inteligencia?, ¿los militares? Ellos son lo que se fijan en este tipo de historias, independientemente de lo estrafalarias que puedan parecer a primera vista.

—O sea, que tal vez ha llegado el momento de tomar en cuenta los beneficios, incluso la necesidad, de ver todo esto más allá de un simple juego de geoestrategia.

—Acabas de hablar como un auténtico liberal —exclama Sawyer y detiene sus pasos, coloca un pie sobre el taburete y se estira el calcetín—. Pero ¿para qué tomarse la molestia de tener que cooperar cuando nosotros tenemos algo que nadie puede superar?

—¿Y qué sería eso?

Sawyer fija la vista:

—Hombre, tú, por supuesto.

De pronto todo se aclara, aunque ya debería haberlo visto mucho antes: la invitación a Washington está condicionada a que yo acepte prestar ayuda. Entrelazo mis dedos por detrás de la cabeza y doy la impresión de reflexionar al respecto.

—¿Y qué os hace suponer que me importa lo suficiente como para colaborar?

Sawyer saca otro caramelo de menta y me clava una sonrisa mientras intenta acomodárselo entre mejilla y encía:

—Aquella cacareada gira mediática que hiciste parece sugerir que sí te importa.

—Eso fue hace ya mucho. He tenido (a ver, Sawyer, me imagino que sólo tú sabes cuánto llevo aquí encerrado), pero digamos que he tenido tiempo para reflexionar, para darle vueltas al asunto. Y he llegado a pensar en todo esto de otra manera.

—Dos años —especifica Sawyer—. Casi dos años aquí. Pero no me lo creo, Junior. No creo que dejases morir a aquella novia tuya. Ni a tu hermano. Ni a tus padres tampoco.

—Ella no es mi novia —le aclaro—. Pregúntale: estoy seguro que ella te lo puede confirmar con toda rotundidad.

Sawyer hunde sus manos en los bolsillos de atrás del pantalón:

—Tal vez podría apelar a tu interés personal. Di que sí y éste será el último día que veas estos muros.

—No es suficiente —replico—. Tendrás que esforzarte más. Considera también una compensación por cumplir con mi deber patriótico y por haber languidecido en este agujero durante dos años.

—Esto no es una negociación, Junior. Mira, estamos al tanto de tu participación en el bombazo a la Seguridad Social de Chicago. La tarjeta de crédito de tu hermano fue utilizada para alquilar una furgoneta adaptada para discapacitados. Y eso puede traerle muchos problemas.

—Ésa podría ser una amenaza efectiva si al menos tuviera la más básica e infantil credibilidad. Te olvidas de que Rodney tiene la coartada perfecta, Sawyer. Y hay unos cuantos cientos de personas que podrían atestiguarlo: él estaba de gira por la Costa Oeste con los Cubs. Así que a él no le podéis tocar. En cuanto a mí, ¿qué vais a hacer? ¿Encerrarme en un cajón de cemento en las cloacas de Europa del Este para dejarme allí, sin ni siquiera haberme juzgado, durante años y años? Oh, qué cosa más terrible. No creo que pudiese aguantar algo así. Sea lo que sea lo que decidáis, por favor no me hagáis eso.

Sawyer sonríe de forma burlona:

—Eres muy listo —confiesa—. Me está gustando esto. ¿Quieres un caramelo de menta? Tengo mogollón en el bolsillo.

Niego con la cabeza, espero y observo.

—Vale —dice finalmente—. ¿Qué podemos hacer por ti?

—Haz que Amy vuelva a quererme.

Sawyer se cruza de brazos:

—¿Y cómo se supone que podemos lograr algo así?

—Seguro que tenéis métodos —le explico—. Algún cóctel de drogas para el control de la mente. Lobotomías de alta precisión. Qué sé yo, no me importan los detalles.

Sawyer se rasca la barbilla mientras cavila:

—Bueno, tendré que hacer algunas llamadas —dice—. Pero, honestamente, Junior, ésa es una tarea difícil, incluso para nosotros. No estoy muy seguro de cómo podríamos...

—Sawyer, te estoy tomando el pelo —lo interrumpes—. La verdad, no tengo ningún interés en estar con una zombi.

—Bueno, ¿entonces, qué?

—Quiero un arreglo financiero para mis padres.

—Eso está hecho —confirma Sawyer, sin la menor duda.

—Pero no podéis presentaros de pronto en un todoterreno Explorer negro para entregarles un maletín lleno de dinero —le aclaro—. Mi padre no lo aceptaría. Ni podéis depositárselo en la cuenta como si fuese resultado de un error de los empleados del banco. Mi padre no tardaría en aparecer en el banco para hacérselo saber.

—¿Qué clase de idiota rechazaría varios millones de dólares sólo porque no le pertenecen?

—Cuidado con lo que dices —le advierto—. Mucho cuidado, Sawyer, porque, escúchame bien, la vida jamás ha sido una puta fiesta, en mi opinión. De hecho, siempre me ha parecido una operación confusa y descorazonadora y, sobre todo, sin el menor sentido. O sea, que no es que tenga mucho a lo que desee regresar. Por eso, si me haces enfadar, simplemente podría decir «olvídalo» y ya me podéis dejar aquí pudriéndome mientras vosotros resolvéis este problema por vuestra cuenta.

Sawyer levanta ambas manos en gesto de rendición.

—Qué susceptible.

—Tenéis que ser creativos. Tenéis que hacerles llegar el dinero de tal forma que mi padre no pueda rechazarlo fácilmente.

—¿Qué tal la lotería?

—Puede ser. Aunque sé que mi padre nunca ha comprado ni un boleto de rifa. Eso nos lleva a mi madre. Teniendo en cuenta el estado en el que se encontraba la última vez que la vi, eso puede ser un poco difícil. Ni siquiera sé si sale alguna vez de casa.

—Es verdad —dice Sawyer—. Durante tu ausencia su situación no ha mejorado.

—¿Entonces qué queda?

—Por Dios Santo, ya se nos ocurrirá algo —exclama Sawyer—. ¿Qué? ¿Cerramos el trato? ¿Podemos largarnos de aquí de una vez?

—Créeme que nada me gustaría más.

Sawyer saca el radiotransmisor de la funda que cuelga de su cinturón y se lo lleva a la boca, pero en ese momento le entran dudas. Entonces se gira hacia mí:

—Hay otro asunto que nos preocupa —reconoce—, una pequeña cláusula que me olvidaba de mencionar.

—Te escucho.

—No podrás beber. No nos sirves de nada si vuelves a caer en la madriguera maloliente de la que te sacamos.

Eso era algo que no me esperaba. No hace falta decir que, pese a que no fue algo intencionado, la prisión me ha servido como el más efectivo tratamiento de desintoxicación del mundo: después de dos años de sobriedad forzada ha pasado mucho desde la última vez en la que pensé en una copa, ni qué decir de echarla de menos.

—Sawyer, eso no será ningún problema —le digo—. Es evidente que he estado seco desde el día que me trajeron aquí.

—Correcto. Pero estoy seguro de que estarás de acuerdo conmigo en que una cosa es permanecer sobrio en el antiguo gulag soviético y otra muy distinta es permanecer sobrio en Maryland.

—Como ya te he dicho, no será un problema.

—Vas a tener que darme tu palabra.

—Dios, pues vale, la tienes.

—Muy bien.

Sawyer habla por el radiotransmisor y suena el timbre del interior de la cerradura. Inmediatamente después se oye un clic.

—Después de usted —anuncia, avanzando hacia la puerta, que se abre lentamente.

JOHN SENIOR

SI YO fuese tú, lo último que haría sería estar aquí cargando camiones, dice Dan Coyne. ¿Sabes que nos tocó cargar ese puto tronco de árbol esta misma tarde? No es coña: toda una sección del puto *árbol* envuelta en cuerda de cáñamo para que sirviera de asas. Cuerda de cáñamo, sí. Debía de pesar unos ciento treinta kilos. Y se supone que aquí no debíamos cargar con más de treinta y cinco.

Los colegas del almacén se pasan horas conversando sobre lo que harían si estuviesen en mi posición.

Si tuviera todo el dinero que tienes, no estaría cargando esos malditos árboles para nadie, insiste Dan. Es una tontería tuya lo de seguir aquí, aguantando todo esto, cuando ya no tienes por qué.

Puede que tenga razón. Puede que no. De cualquier forma, siempre estoy dispuesto a considerar la posibilidad de que yo sea un tonto.

Si sintiera que debo defender mi postura ante Dan, le diría que he reducido mis horas en la panadería. No fue mi decisión, eso sí: el señor Miller contrató a otro tipo después de que ganara el premio megamillonario.

Cuando le pregunté que por qué lo hacía, me dijo que con todo ese dinero no esperaba verme por allí mucho. Yo le dije que no tenía que preocuparse por eso, que no me iba a largar a ninguna parte. Pero él me contestó que tal vez me había llegado el momento de tomarme las cosas con más calma.

Aprende a jugar al golf, me dijo. Cómprate unos cuantos polos guapos y vete a Natabis a codearte con otros ricachones. Luego me hizo un guiño, se dio unas palmadas en la barriga y sacó el humo por la nariz.

Golf, dije yo: ni aunque tuviese las dos manos enteras. Olvídalo. Además, aún no estoy tan viejo como para enfundarme ese tipo de pantalones.

El señor Miller le dio otra calada a su cigarrillo y fijó la vista en mí. John, vamos a ver, tú te has cogido, ¿qué? ¿Tres semanas libres en los últimos diez años? Algo así, ¿no?

Algo así.

Date un descanso, hijo. Es todo lo que te digo. Ya no necesitas seguir partiéndote el puto lomo.

Es lo que me dice un hombre veinte años mayor que yo que no se ha cogido un día libre jamás, hasta donde yo sé.

Usted cree que sería fantástico tener un montón de pasta y no tener que trabajar nunca más, ¿no, señor Miller?, le digo yo. Pero

inténtelo. Propóngase hacerlo sólo una semana, a ver si no acaba tratando de arrancarse los ojos, sin saber qué hacer con usted mismo.

Simplemente volvió a aspirar su cigarrillo y a hacer más guiños. Probablemente debe de haber pensado que me estaba pavoneando porque intenté cogerme una semana del trabajo en el almacén. Fue algo terrible. Volvía a casa de la panadería y no conseguía dormir más que dos o tres horas; me despertaba al mediodía, sin poner la alarma del reloj, listo para ducharme y partir al almacén. Pero no había ningún turno en el almacén al que acudir, así que me quedaba sentado bebiendo café. Leía el periódico un par de veces, desde la primera a la última página y luego al revés. Es más, resolvía los crucigramas dos veces, o lo intentaba. No soy de los que ven mucha televisión, así que eso no fue de mucha ayuda. Al tercer día nevó, gracias a Dios, y pude coger la pala para limpiar la entrada de casa, la de los Joseph, nuestros vecinos, y la de la señora Biche, la viuda que vive un poco más allá. También abrí caminos en la nieve para los que traen el gasóleo y para el cartero, además de quitarle la nieve a todos los coches y esparcir sal gruesa. Hice todo eso. Me llevó como cuatro horas. Y no sirvió de mucho: aún tenía otras seis horas para rellenar antes de ponerme en camino hacia la panadería del señor Miller.

Fue más o menos por aquellos días cuando comencé a sufrir los ataques. El pecho se me pone duro y se me nubla la vista, y si no me agarro a algo, me da la impresión de que podría acabar rompiéndome la cabeza contra el suelo.

Hay pocas cosas que me den miedo: mi viejo; recibir un disparo en la garganta (vi a un tío al que le sucedió y me entró el pánico); la muerte de mi pequeño. Y estos ataques de mierda.

El nuevo tipo que trabaja con el señor Miller se llama Mike y parece un buen chico, aunque, según Mónica, tiene debilidad por la bebida. Pero a quién le importa mientras haga su trabajo y no acabe con un brazo destrozado en la mezcladora de harina o cayendo de cabeza en el horno Hobart. Trabajé junto a él durante su primera semana y no es ni vago ni descuidado. Si había bebido, no llegué a darme cuenta. Además, no creo que sea el primer pastelero en la historia mundial que se echa un trago en uno de sus turnos. O en todos ellos, para el caso. Tal vez es un poco joven para algo así, pero ésa es la triste realidad por estos pagos: comenzamos a currar a temprana edad. Yo empecé y paré joven.

Cierta parte de mí desearía que Mike tuviese un problema con la bebida. Ojalá quemara los bollos y jodiese los pasteles de colores porque trabaja en tres de los turnos que antes me correspondían. Esto sólo me deja cuatro turnos de noche, sin contar con mis horas en el almacén, lo que significa más café y crucigramas, y quedarme sentado junto a Debbie en el sofá, viendo «Guiding Light».

He pensado en buscarme un tercer trabajo, pero cuesta mucho justificar algo así cuando los cheques de la paga de tus restantes dos curros se quedan sujetos con imanes sobre la puerta de la nevera a la espera de cobrarlos algún día. Dos meses enteros de trabajo. No es que sea mucho dinero, pero en años anteriores solía depositar mis cheques cuando volvía a casa y luego rezaba para cobrarlos al día siguiente. Ahora, en cambio, se quedan ahí, en la nevera, sin mayor valor. Ni el tiempo ni el trabajo valen nada ahora. Extraña cosa esto de ser rico.

Pese a todo, la idea de buscarme un tercer trabajo me atrae. Nunca te das cuenta de cuánto tiempo hay en un día hasta que no tienes nada con qué llenarlo, más que con pensamientos. Y hay demasiadas cosas sobre las que pensar, empezando por mi hijo desaparecido. El más joven de mis chicos tiene veintiséis años y, a juzgar por sus palabras en los periódicos y en la tele, no está nada bien de la cabeza. Ya han pasado tres años. Bien podría estar muerto. He pensado en esa posibilidad cada día durante estos tres años. Y cuando lo pienso, me surgen toda clase de preguntas que no consigo responder: ¿Cómo? ¿Dónde? Pero, sobre todo, ¿por qué?

Ése es el tipo de cosas que me trae problemas cuando sufro los ataques.

Así que voy a ver al señor Miller.

Por favor, le digo yo, no es que no me guste ese chaval, Mike, y estoy seguro de que necesita el trabajo…

Tiene dos niñas pequeñas, me cuenta el señor Miller, sentado detrás de su escritorio, donde se apilan los recibos, las facturas y los pedidos, junto a la gran calculadora y al cenicero desbordado de colillas. Una tiene diez meses y la otra acaba de cumplir dos años.

Yo le puedo dar dinero, le digo. Le daré el doble de lo que gana aquí cada semana. Si sólo pudiera recuperar mis horas.

El señor Miller no hace guiños ni sonríe. Se echa hacia atrás y los resortes de su silla crujen. Tiene un cigarrillo entre los dientes y bizquea a medida que el humo asciende hacia sus ojos.

Estoy seguro de que Mike estaría feliz de aceptar tu dinero, me dice. Pero incluso si lo hiciera, no te volveré a dar esas horas.

Es como recibir una bofetada. El señor Miller nunca me había hablado así antes. Siempre hemos sido amigos hasta cierto punto, a pesar de que es bastante mayor que yo y que era casi un mocoso cuando entré a trabajar aquí. Ahora, inesperadamente, me parece que estoy ante mi propio padre.

¿Señor Miller?, le digo.

Él se me queda mirando durante un minuto, enciende otro cigarrillo con la colilla del que va a apagar. John, nos conocemos hace ya mucho tiempo.

Sí.

Así que ¿puedo ser honesto contigo?

Por supuesto. En realidad me jode un poco que sienta la necesidad de preguntármelo, pero lo dejo pasar.

Y puedo decirte algo sobre tu vida personal que tal vez no se lo permitirías a otra persona.

Señor Miller, le digo, es muy fácil. Está en su derecho de tomar decisiones sobre su negocio sin tener que preguntar a nadie lo que considera correcto. Si no fuera así, yo no le estaría pidiendo recuperar mis horas. Pero sufro esos ataques. Es como tener un ataque al corazón y un golpe fuerte al mismo tiempo.

¿Y tú crees que trabajar más te va a curar?

En el pasado me ha hecho bien. Él no dice nada, así que continúo hablando. Los ataques comenzaron justo cuando le pasó mis horas a Mike. Están relacionados con la inactividad. Pienso demasiado en las cosas.

Qué bien que lo menciones, me dice el señor Miller. Vuelve a inclinarse hacia delante y sacude el cigarrillo entre sus dedos. La ceniza cae encima de la montaña de colillas del cenicero antes de rodar hasta la superficie de su escritorio. Porque justamente quería hablar de eso. De todas esas cosas que tienes en la cabeza.

Mi cara ha debido de ensombrecerse porque el señor Miller dice: Oye, escúchame. No destroces mi despacho ni nada. Presta atención a lo que te voy a decir. Tienes que creerme, porque podría quedarme perfectamente con la boca cerrada y limitarme a decirte no, no puedes recuperar tus horas y dejemos las cosas ahí.

Yo no digo nada.

John, ¿cuándo fue la última vez que Debbie y tú salisteis a cenar por ahí?

Eso no es asunto tuyo, Pat.

Pero sí lo es, me responde, cuando hace treinta años que conoces a alguien; cuando has estado en fiestas de cumpleaños y graduaciones con esa persona; cuando has hecho por ella lo que hemos hecho tú y yo el uno por el otro. Entonces, ves cómo están las cosas y te das cuenta de que tienes algo que decir.

Cierro y abro los puños.

Vete a casa, John, me dice el señor Miller, y ocúpate de tu esposa. Es todo lo que intento decirte.

Tiene razón: no es el tipo de cosas de las que le permitiría hablar a otra persona. Salgo de su despacho antes de que mi rabia saque lo mejor de mí mismo. De camino hacia la puerta, paso por el obrador y saco mi talonario. Sobre la mesa de acero inoxidable extiendo un cheque por veinte mil dólares a nombre de Mike, lo espolvoreo con harina y se lo paso.

¿En serio?, pregunta Mike. ¿Es de verdad?

Sí.

No lo entiendo, me dice. ¿Por qué?

Por ninguna razón, le contesto y abro la puerta de entrada a la panadería, excepto porque tú lo necesitas y yo no.

Me subo al Mustang y, como sólo tiene doce mil kilómetros y el motor aún está en rodaje, me voy a la carretera interestatal y termino de hacérselo. Cuando estaba en el ejército, me pasaba la mayor parte del tiempo pensando en el modelo Shelby GT del 66. Le envié mi paga por servicios en combate a mi madre para ahorrar y poder hacerme con uno azul de cuatro velocidades, con barra antivuelcos, llantas de aleación, arnés de cuatro puntos, la hostia. Lo más cerca que llegué a estar de uno fue en la sala de exposición porque, cuando regresé a casa, mi madre se había gastado toda la pasta mientras mi viejo estaba en el paro. Después él encontró trabajo en la parada de taxis. Ahora tengo el nuevo Mustang Cobra R. Sólo hicieron 300 coches de este modelo y en rojo nada más, lo que no me mata. Fuera de eso, es un sueño. Avanzo entre el tráfico lento, con esas mamás de treinta y algo pegadas a la línea del arcén, y los viejos en sus cadillacs, con sus placas de veteranos y pegatinas de discapacitados. Todavía no he conseguido comprarle los neumáticos que quiero, pero como os podréis imaginar, los neumáticos de fábrica no son nada buenos y el coche va dando saltos por el camino. Acelero y lo pongo a 140. No demasiado rápido —lo sé por un descuido hace un par de semanas en que el coche llegó a alcanzar 60 kilómetros más, sin problemas—, pero lo suficiente como para sentir que comienza a disiparse la rabia de haber hablado con el señor Miller. Cuando alcanzo la salida de Skowhegan para darme la vuelta, ya he recuperado la calma otra vez y lo único que persiste es lo siguiente: si el asunto le concierne o no al señor Miller no es lo importante, porque tiene la razón.

Me voy a casa. Debbie ocupa, inmóvil, su lugar de cada tarde sobre el sofá: tan pronto como se acaba *Oprah*, ella apaga la tele y se traslada a la mesa de la cocina. Cuando entro, levanta la cabeza y sonríe brevemente antes de volver a posar la vista sobre la pantalla en el momento en que los anuncios acaban y Oprah explica que se encuentran conversando con gente que ha sufrido recientemente alguna pérdida devastadora y se siente arrasada por sentimientos de tristeza y dolor.

No sé ni por dónde comenzar, así que, simplemente, decido sentarme junto a Debbie sin decir nada. Esto de sentarse tan cerca, el uno junto al otro, se me hace raro de una forma que no logro explicar. Nuestras piernas se tocan, pero ambos tenemos la vista puesta al frente, en la televisión.

Oprah también está sentada en un sofá, con una mujer cuyo marido murió realizando saltos en el *bungee rocket*. Según parece, se

trata de que, en lugar de lanzarse al vacío desde lo alto, uno se encuentra en el suelo ante una torre de gran altura atado a una cuerda elástica que se tensa y luego se suelta para salir catapultado por el aire. En el caso del marido de esta mujer, el responsable de hacer los cálculos metió la pata.

Oprah y la mujer están sentadas juntas, como mi Debbie y yo, pero no parecen sentirse incómodas. Tienen las rodillas apretadas y se arriman una contra la otra al hablar. Oprah toma a la mujer de la mano y le pide que exponga a la audiencia esa broma cruel que ha convertido su pérdida en algo tan devastador, tan difícil de procesar y superar.

Llegado este punto, la mujer intenta hablar, pero sus ojos se llenan de lágrimas, se echa a sollozar y acaba bajando la cabeza. Oprah le da unas palmaditas en la mano, le dice algo en voz demasiado baja como para que el micrófono lo capte. Finalmente, la mujer logra rehacerse y explica que su marido se había aficionado a *hobbies* de alto riesgo, como el *bungee* y el ala delta, después de que le diagnosticasen un cáncer pancreático terminal. Pero dos meses después de recibir el diagnóstico, y tan sólo tres días después de que su marido muriese, llamaron del laboratorio para decir que había habido un error, que las muestras de la biopsia se habían mezclado con otras y que su marido, en realidad, no tenía cáncer en el páncreas, sino la enfermedad de Von Hippel-Lindau, que implica el crecimiento de tumores benignos en los órganos internos, aunque generalmente no tienen mayor importancia.

Le echo una mirada de soslayo a Debbie. Está sentada con la espalda recta y las manos sobre el regazo. Sus ojos están húmedos, como los de la mujer en el estudio. Fácilmente podría ser una de ellas, con su pelo corto, sus mechas y su jersey de cuello alto.

Pero ése no es el final de la historia, dice Oprah, poniéndole una mano sobre la espalda para darle pequeños masajes circulares entre hombro y hombro. ¿No es así?

No, le responde la mujer, enjugándose los ojos con un pañuelo de papel. Porque, cuando ya comenzaba a recuperarse del trauma que significó la muerte de su marido por un mal diagnóstico, se dio cuenta de que la persona que en un principio había recibido los resultados de sus exámenes debía haber pasado los últimos dos meses pensando que todo saldría bien. Pero ahora, incluso en este mismo instante, podría estar recibiendo la noticia de que tiene cáncer terminal. Así que la mujer decidió entonces, aunque aún no sabía bien por qué, que encontraría a esa persona para contarle lo sucedido y para tratar de sacar algo bueno de todo el dolor sufrido.

Oprah echa una mirada a la audiencia. Y eso fue justamente lo que hizo, le cuenta al público. Por favor, démosle la bienvenida a la

mujer del hombre que efectivamente padece cáncer, Annie Leboeuf.

La multitud aplaude cuando Annie sale desde el fondo del plato, luciendo un peinado con mechas y permanente, y un traje de dos piezas color amarillo pálido. Se sienta entre Oprah y la mujer y, a medida que los aplausos van cesando, algunas espectadoras se secan los párpados con la yema de los dedos con todo cuidado, para evitar que se estropee la línea del maquillaje.

Yo me vuelvo hacia Debbie y le digo, ¿Te gustaría ir a cenar al Open Hearth esta noche?

¿Acaso no tienes que trabajar?, pregunta ella sin apartar la vista de la pantalla. Las lágrimas corren por sus mejillas, pero su cara no muestra ninguna expresión. Estoy seguro de que siempre tiene el mismo aspecto y me pregunto cómo no me he dado cuenta hasta ahora.

Sí. Pero puedo tomarme el día libre. Tengo casi tres mil horas de permiso por baja médica acumuladas.

En *Oprah* la primera invitada y Annie Leboeuf están sentadas casi en el regazo de la otra y explican cómo se convirtieron en las mejores amigas mientras el marido de Annie moría de cáncer.

¿Y por qué te has tomado el día libre?, pregunta Debbie y sorbe del vaso que descansa en un extremo de la mesa sin levantar la vista de la televisión. Tú nunca te tomas el día libre.

Bueno, nunca hacemos nada juntos. Y, además, tenemos que hablar de algunas cosas.

Y así lo hacemos. Debbie se viste con un suéter y un amplio sombrero alicaído y se pone en camino lentamente hacia el Mustang. Yo le abro la puerta del acompañante y ella se toma su tiempo para acomodarse en el asiento deportivo. Atravesamos el pueblo en dirección al Open Hearth. Durante el camino no decimos nada.

El restaurante es pequeño, sólo siete mesas (la mayor de ellas es para cuatro personas). Hay un baño del tamaño de un armario, con un inodoro y un lavabo empotrado en una esquina. Una ventana con una lámpara incandescente da a la cocina. Es un local que funciona desde antes de que yo naciera sirviendo el mismo menú, compuesto de tortitas, hamburguesas y *poutine.*[9] Yo comí aquí muchas veces de pequeño. Pero han pasado por lo menos diez años, o más, desde la última vez que estuve.

Aquí cada uno se sienta dónde quiere, así que conduzco a Debbie hacia la mesa que está junto a la única ventada del comedor. Suena una canción de Céline Dion, pero como no hay altavoces en toda la sala debe de venir de la cocina. La camarera se acerca, sirve agua y nos pone dos menús malolientes sobre la mesa. Los dos pedimos Pepsi y la camarera se aleja mientras lo anota en su libreta. Yo observo, un tanto sorprendido, cómo Debbie coge el menú y le echa una mirada.

Como cualquier persona normal, pienso, y enseguida me siento fatal por pensar algo así.

¿Qué vas a comer?, le pregunto.

No estoy muy segura, responde ella. No tengo mucha hambre.

Ya lo sé, normalmente nunca tienes mucha hambre, le digo. La mayoría de las veces suele quedarse mirando la comida como si no supiera qué hacer con ella. Puede que se pase un rato hurgando lo que tiene en el plato, acosándolo con un cubierto, y en algunos casos alguna pieza acaba en su boca casi como por accidente.

Los minutos pasan y seguimos sentados en silencio. La camarera regresa y nos pregunta si ya estamos listos.

Miro a Debbie. Sus ojos se alejan de los míos, se posan sobre el menú y luego en la camarera. Para mí, las almejas fritas, dice.

La camarera anota. Y las patatas, ¿al horno, en puré o fritas?, pregunta.

Fritas. Con vinagre, agrega Debbie, y luego sus ojos se encienden y me mira. John, ¿te acuerdas? Antes de que nacieran los chicos, cuando íbamos al You Know Whose las noches de los viernes y nos tomábamos un par de cervezas y luego, justo antes de que cerraran la cocina, nos pedíamos una gran ración de patatas fritas para llevar. Como nos gustaban con vinagre, nos llevábamos un poco en esos vasos de plástico. Nos íbamos en coche a la pista de aterrizaje con Patti y con su novio de turno, y nos instalábamos con las puertas traseras del coche abiertas a comer patatas fritas, a fumar porros y a ver los aviones.

Me quedo con la vista fija en ella. Sí, le digo, por supuesto.

Debbie baja la cabeza y posa sus ojos en su regazo. Qué bonitos tiempos aquellos, añade.

Estoy tan sorprendido que me cuesta darme cuenta de que la camarera sigue esperando para tomarme el pedido. ¿Y para usted?, pregunta finalmente.

No tengo ni idea de qué quiero. Tráigame la hamburguesa con queso, le digo. Con puré en lugar de patatas fritas. Le devuelvo el menú, ella dice gracias y se marcha.

Nos quedamos esperando un rato, allí sentados. Debbie junta sus manos de una palmada, extiende una de sus sonrisas vacías y se inclina para olisquear su Pepsi.

En fin, hay algunas cosas, le digo mientras remuevo la bebida con una pajita, de las que tal vez deberíamos haber hablado hace tiempo.

¿De qué se trata?, me interroga Debbie sin borrar su sonrisa.

Yo levanto la vista esperando ver nuestra comida bajo la lámpara de infrarrojos, pero la ventanilla de los platos está vacía. Bueno, le digo, cosas como que nunca pasamos un momento juntos.

Pero ahora estamos juntos, ¿no? Compartiendo un momento, ¿eh?

Sí, admito. Y se está muy bien, ¿no crees?

Yo lo estoy disfrutando, me dice Debbie y extiende su mano por encima de la mesa. Aunque estoy temblando: mira mi mano.

Claro, le digo, probablemente eso se debe a que no has bebido nada en el último par de horas. Por las mañanas cuando te levantas, ¿también tiemblas, no?

Sí.

Pues es lo mismo. Como no bebes mientras duermes, por las mañanas te tiemblan las manos.

Mmmh, dice Debbie. Se queda mirándose la mano hasta que por fin llega la comida.

El pan está reblandecido por la sangre y el puré de patatas es evidente que es de sobre, pero de todos modos me pongo a comer con ganas. No me había dado cuenta del hambre que tenía hasta que la camarera me pone el plato delante. Para mi sorpresa, Debbie también se lanza sobre su plato y come como si realmente tuviera apetito. Coge la botella de plástico del vinagre, vierte una generosa cantidad sobre las patatas fritas y se las come con la mano. Parece ignorar por completo las almejas, pese a lo cual su actitud no deja de ser impresionante para una mujer que ha sobrevivido los últimos diez años a base de líquidos.

Está bastante rico, le digo.

Bien hechas, contesta ella: súper crujientes.

Me doy cuenta de que sonrío con la boca llena de puré de patatas liofilizado. Oye, le propongo. ¿Te apetecería ir a la pista de aterrizaje después de la cena? A ver si tenemos suerte y vemos alguna avioneta Cessna.

Debbie responde sin dejar de comer: claro, me dice.

Es increíble. Salimos del restaurante muertos de la risa, aunque ni siquiera sé de qué. Volvemos a atravesar el pueblo en coche en dirección a la calle Webb, que corre paralela al otro lado de la pista de aterrizaje. Ya ha oscurecido del todo. Por el camino, el ánimo de Debbie sufre una pequeña caída en picado y me pide que paremos en una tienda para comprar una botella de vino. Bueno, qué más da, me digo. En The Quick Stop sólo tienen Old Duke y Wild Irish Rose, dos vinos realmente malos, pero como solíamos beber Old Duke cuando éramos críos, cojo una botella. Al regresar al coche se la paso a Debbie, que se tira todo el resto del viaje intentando abrirla sin lograrlo, así que tiene que esperar a que aparquemos en el descampado que hay al otro lado de la pista de aterrizaje para que yo haga ceder la rosca del tapón.

Le echo una mano a Debbie para que se instale en la parte de atrás del Mustang y luego me pongo a su lado. Ha sido un día cálido para el mes de marzo y la temperatura se mantiene agradable tras

finalizar el día. Estoy a gusto, aunque me he dejado la chaqueta en casa y sólo llevo la sudadera que uso para cargar camiones en invierno.

Durante algunos minutos no decimos nada. Escucho cómo Debbie se echa unos tragos, el chapoteo del vino en la botella cuando la levanta y luego vuelve a hacerla descansar sobre su falda. Es el único sonido. No pasa ningún coche y no hay aviones. La pista puede pasar semanas sin la más mínima actividad, sobre todo durante el invierno. En verano, la gente rica de Boston y Nueva York que vuela a sus casas de vacaciones forman la mayor parte del tráfico. En esta época del año, nada. Pero no pierdo la esperanza.

La gente rica. A cada rato tengo que recordarme que no debo pensar sobre ellos de la misma forma que siempre lo hecho: como lo opuesto a mí.

Hay algo de lo que nunca hemos hablado, digo.

Debbie está en mitad de un sorbo: ¿De qué?, pregunta.

Con todo el lío que se produjo después del premio megamillonario, nunca te pregunté cómo conseguiste el boleto.

Ella frunce el ceño. Está claro que lo compré, contesta. Ahora bien, lo más divertido es que no me acuerdo de haberlo hecho.

Lo que también es divertido, le digo yo, es que no habías comprado un boleto de la lotería en los últimos cinco años.

Pero yo *solía comprarlos* antes.

Siempre, le digo.

Miércoles y viernes, corrobora ella. Ahora comienzo a acordarme. Dos sorteos por semana. Compraba los números de las fechas de nacimiento de los chicos.

Pero *hacía* años que no lo hacías. Por lo menos, hasta donde yo sé.

Ella frunce el ceño aún más, con la vista fija en el manto de nieve a medio derretir que se extiende ante nosotros, teñido de un brillo azulado en medio de la oscuridad. Para serte sincera, de verdad que no lo recuerdo, dice.

Bueno, no tiene mayor importancia. Es evidente que el boleto no puede haber surgido de ninguna parte. Sólo que me pareció extraño que de pronto hubieses decidido comprar un número. Y, más extraño aún, que haya salido premiado.

Pero está muy bien, sostiene ella, tener dinero.

Me lo pienso un minuto antes de responder. Supongo que sí.

¿Qué? ¿No te gusta?

Creo que… también supone toda una serie de problemas.

Detrás de nosotros se oye un tenue zumbido aún distante, pero que no deja de acercarse. ¿Oyes eso?, le pregunto.

¿Que si oigo qué?

Creo que es un avión. Suena como si fuera un jet ¿No lo oyes?

El rostro de Debbie se ilumina lentamente con una sonrisa. Ahora sí, dice.

Pocos segundos después, un jet pequeño aparece sobre nuestras cabezas. Lo vemos pasar sin quitarle la vista. Sus luces rojas y blancas pestañean en la punta de las alas y en la cola. El avión se aproxima lentamente hacia la pista, toca tierra suavemente y se dirige hacia el diminuto edificio que hace las veces de terminal. Bajan tres figuritas y extraen el equipaje de las tripas del aeroplano. Vistas contra la luz de la terminal parecen sombras dotadas de vida.

Me pregunto qué vendrán a hacer por aquí, comenta Debbie.

Probablemente son inversores inmobiliarios de Boston, le explico. A lo mejor vienen a comprar alguna propiedad junto al lago para construir apartamentos.

¿Y cómo lo sabes?

Bueno, lo estoy suponiendo. Vienen en un jet pequeño, no una avioneta, así que tienen pasta. Mucha pasta. Además, es seguro, continúo, que en esta época del año no están de vacaciones.

A menos que hayan venido a esquiar, aventura Debbie.

No había pensado en eso.

Seguimos mirando cómo esas sombras lejanas llevan sus cosas a la terminal y luego regresan a buscar más. Y quién lo iba a decir, uno saca un objeto largo y delgado del avión, algo que desde esta distancia se parece mucho a un par de esquíes dentro de su funda.

Me vuelvo hacia Debbie. Una de las cosas sobre las que quería hablar, digo yo, aunque no me gustaría arruinar la ocasión...

¿De qué se trata?

Por un momento dudo. En fin, continúo yo, para no darle más vueltas, se trata de Junior.

Debbie no reacciona y espera a que yo siga hablando.

Bueno, creo que ha llegado el momento de que conversemos... o tal vez no se trata de conversar sino de que, más bien, reconozcamos que existe una probabilidad muy alta de que lo hayamos perdido.

Claro que lo hemos perdido, replica Debbie. Hace mucho tiempo que no lo hemos visto.

Tres años, le aclaro. Pero cuando digo que lo hemos perdido, Debbie, quiero decir «perdido». O sea, como si estuviera... ya sabes.

¿Muerto?

Sí, eso creo.

Ella le da un trago a la botella. No lo había pensado, dice un momento después. Sólo creía que estaba en Chicago, en algún lugar.

Yo sacudo mí cabeza de un lado a otro. No, Debbie, no está en Chicago. Mira, lo que te digo es que creo que deberíamos hacer algo, algún tipo de ceremonia o recordatorio.

¿Por qué?

Porque estoy cansado de coger el teléfono con la esperanza de que sea él al otro lado de la línea. ¿No te sientes igual?

No, responde ella, a mí no me pasa eso.

Yo la miro. Su cara está relajada y sus ojos siguen secos, clavados en la pista de aterrizaje, donde ya han apagado las luces nuevamente. Vuelvo a pensar en su cara de esta tarde, cuando estaba mirando el programa *Oprah*: los ojos llenos de lágrimas, las mejillas rojas de tristeza.

Entonces, le digo, tal vez deberíamos conversar sobre el otro asunto, en lugar de lo que estamos hablando.

¿Qué otro asunto?, pregunta Debbie.

Hay algo que quiero que hagas por mí.

De acuerdo.

Es muy sencillo, le digo. Quiero que dejes de beber.

Ella está en mitad de un trago y, cuando vuelve a bajar la botella, puedo ver al trasluz de la luna que ya está casi vacía. ¿Por qué?, pregunta.

Porque te está matando, Debbie. Ya lo hemos visto muchas veces y sabemos cómo acaba la gente.

Ella se vuelve hacia mí. Su cara ha pasado de esa expresión vacía y amigable a la que he aprendido a acostumbrarme a algo más punzante. ¿No has pensado que quizás eso sea justamente lo que estoy intentando hacer?

Una vez más, vuelvo a guardar unos segundos de silencio ante la sorpresa. ¿Es verdad?, pregunto finalmente.

Ella vuelve a fijar la vista en el suelo entre los pies que le cuelgan. No lo sé, reconoce. Algunos días lo pienso.

¿Por qué?

Si quieres saber por qué, pregúntale a mi padre. Pero no puedes hacer eso porque está muerto. Así que no sé qué decirte.

Nunca había visto tanta rabia en ella. Ni en los treinta años que llevamos de matrimonio, ni antes de que comenzase a beber. De alguna manera me lleva a pensar que todo saldrá bien, lo que en ningún caso es una garantía de que vaya a ser así. No sería la primera vez que tengo una buena sensación que luego se transforma en algo fatal. Aun así, es agradable tener una sensación positiva, aunque sólo sea por unos minutos, antes de que Debbie se acabe el vino y volvamos a subirnos al Mustang para poner rumbo al hospital, donde quedará internada. La forma de hacerlo consiste en decirles que Debbie tiene tendencias suicidas. Es una verdad a medias, pero de cualquier manera me hace sentir extraño porque no he dicho una mentira desde que estuve en la Marina. En el hospital la admiten y ella se deja guiar sin hacer ruido. La mujer de la recepción dice que

Debbie llevará la bata del hospital durante los primeros días, pero que después va a necesitar ropa. Salgo y subo al coche para ir a casa y hacer una maleta con algunas de sus cosas. Pero, apenas salgo del aparcamiento, me da uno de los ataques. El pecho se me contrae y mi visión se estrecha. Esa vez siento que me voy del todo, no cabe duda de que estoy perdiendo el control, pero en lugar de disminuir la velocidad, acelero sin saber bien por qué, excepto porque se trata de un apuro. Es como el par de veces que fumé opio con Jacques y sus amigos de la dotación de artillería: una felicidad tan intensa que de inmediato sabes qué vas a tener que pagar por ella de un modo u otro.

Y después, justo antes de que el mundo termine de desaparecer, regreso del borde del abismo.

JUNIOR

EL TRABAJO en la métrica de Alcubierre[10]avanza a un ritmo que tiene a todos sorprendidos. Nos hemos ahorrado como unos dos años gracias a algunos juguetes desarrollados con tecnología espacial que antes eran mantenidos a buen recaudo en la base científica norteamericana en el Polo Sur y espero que la próxima semana, cuando prueben el prototipo y comiencen las negociaciones para los contratos de producción con los cuatro grandes —Boeing, McDonell Douglas, Lockheed y Grumman—, me permitan salir por primera vez desde que volví de Bulgaria.

Ése fue el pacto que hice con Sawyer y, aunque yo no tenga adónde ir, quiero que se cumpla lo acordado.

Estoy en la sala de conferencias, al lado del laboratorio de la biosfera, y me suena el móvil en el bolsillo. Contesto y al otro lado de la línea me encuentro con una versión de Sawyer curiosamente contenida: ha desaparecido su tono sarcástico. Nada de bromas, ningún intento de reírse.

—Hemos interceptado una conversación telefónica que probablemente deberías escuchar —me dice.

—¿No puede esperar? —le pregunto—. Estoy en mitad de unas mediciones Langley. El nivel de oxígeno en la biosfera ha vuelto a descender.

—Te recomendaría que vinieses ahora mismo. Puedo enviarte un helicóptero.

—Por no hablar del problema de las plantas en etapa de floración que son incapaces de producir a un ritmo suficiente para mantener el rendimiento calórico de nuestros muchachos allí dentro. Parece que ambos factores están relacionados: nada sorprendente.

—Junior.

—De verdad, aunque si la biosfera funciona o no, es algo que habrá que discutir ahora que, por fin, comenzamos a avanzar con la propulsión.

—Junior, escúchame —insiste Sawyer—. Tienes que volver a Meade y prestarle atención a esta llamada telefónica. Está relacionada con tu padre.

Eso me hace detenerme en seco.

—¿No me la puedes hacer llegar en un mensaje codificado o algo así? —le pregunto—. Seguro que vosotros podéis hacer algo así, ¿no? Yo lo he visto en las películas.

No es más que un débil intento por mi parte de darle un toque de frivolidad al repentino temor que siento, aunque no me sale muy

convincente.

—No es una buena idea.

Se produce un silencio en la línea durante un buen rato. Finalmente, le comento:

—Todo esto te ha puesto bastante nervioso, ¿eh?

—Sí —admite Sawyer—. Por raro que parezca.

—Bueno, me imagino que será mejor que me envíes ese helicóptero.

Cuarenta y cinco minutos más tarde me encuentro en el despacho subterráneo de Sawyer, a una gran profundidad por debajo del cubo gigante de obsidiana de la oficina central de la Agencia Nacional de Seguridad. Me ha colocado unos auriculares conectados a un terminal informático.

—Captamos esto hace un par de horas —me dice, dándole a distintos botones del teclado. Se oye el sonido entrecortado de la conexión cuando comienza a establecerse, seguido por el lánguido ronroneo del tono que indica que está comunicando. Después de cuatro timbrazos responden a la llamada y oigo la voz de mi hermano que dice hola.

Cuando mi madre le responde, me llevo la mayor conmoción que he tenido en mi vida. Imagínate: mi madre haciendo uso del teléfono. Y no sólo para responder, sino que marcando, o sea, iniciando una llamada. Está claro que las cosas han cambiado mucho en mi ausencia.

—¿Dónde andas, Rodney? ¿Estás en Chicago?

—Hola mamá. No, estamos en... espera un minuto —sigue una breve conversación con el auricular cubierto del lado de Rodney. Se vuelve a poner—. En Kansas City. Jugando la Interliga —confirma—. Tenemos que conseguir un bateador designado.

—No sé qué significa eso, cariño —reconoce mi madre.

—Es uno que batea en lugar del lanzador.

—Muy bien —dice mi madre sin que su voz indique ninguna certeza sobre la definición o la función del bateador designado—. Rodney, escúchame, necesitamos que vengas a casa.

—Ésta es la primera serie de la gira —responde Rodney—. No iremos a Chicago hasta dentro de muchos días. —Otra pausa y nueva conversación con el auricular cubierto—. Casi dos semanas.

—No me refiero a Chicago, estoy hablando de venir a tu casa, aquí, en Maine.

—Uff, no sé, mamá. Tendré que preguntarle a Al si es posible.

—Es algo importante, Rodney. Es muy importante que vengas a casa. ¿Lo entiendes?

—Sí, lo entiendo. ¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Prefiero no decírtelo por teléfono, Rodney.

Podría ponerme a gritar aquí mismo, en el impoluto y estiloso

despacho de Sawyer, con sus libros genéricos alineados sobre las paredes y el paquete de cereales Undercover Bear sobre el escritorio. Podría gritar de frustración y de miedo al escuchar cómo dan rodeos en torno al tema.

—¿Ha pasado algo malo, mamá? —pregunta Rodney.

Eso es todo lo que hacía falta preguntar, porque si mi nueva madre, esta mujer capaz de decir frases completas y de llamar por teléfono, se parece en algo a la antigua, tiene que sufrir esa debilidad por lo dramático —por no hablar de su poderosa inclinación al cotilleo— y una leve provocación debería bastar para que ella la sacara a relucir. Y claro, las lágrimas que estaba oyendo arrastrarse en su voz han comenzado a derramarse: se pasa un minuto entero llorando. Puedo sentir las frías raíces de su miedo creciendo a través de la línea.

Pasados unos instantes, recupera la compostura para continuar hablando.

—No quería contártelo por teléfono— vuelve a repetir—. Tu padre regresó a casa de la panadería con sangre en la camisa. Y se pasó toda la noche tosiendo sangre.

No sé qué esperaba oír, pero nunca imaginé esto. Las raíces del miedo se vuelven duras y punzantes: tengo la sensación de ser atravesado por carámbanos.

—Lo llevé al hospital —continúa mi madre—. Lo miraron con rayos X y le encontraron tumores en los pulmones.

Rodney se queda callado.

El momento no se parece a lo que había imaginado. Nada de tristeza. Nada de rabia. No lloro. Estoy experimentando una completa falta de sentimientos, un agujero negro emocional. Me preocupa un poco que esto signifique que soy un monstruo, pero es más probable que, simplemente, esté conmocionado y no se puede esperar de forma razonable que yo sienta nada en particular justo en este momento. Después de todo, es el hombre que me crió, que pagó cada bocado de mis alimentos, cada juguete, cada transgresión. Es el hombre que proyecta su larga sombra protectora sobre mi existencia, mi singular e inigualable papá. Debiera arrojarme al suelo y gemir. Debiera ponerme de duelo de manera descontrolada, como las madres palestinas que veo en televisión, retorciéndose de dolor encima de los restos de explosiones de morteros, inalcanzables a cualquier intento de consuelo. Experimentar el dolor como un trance, como un ataque de epilepsia. Así debiera estar yo. Sin embargo, sólo sujeto el auricular contra mi oído y no dejo de respirar, sentado en completa calma, con mi mano libre apoyada con tal fuerza sobre el escritorio de Sawyer que los dedos se me ponen del mismo color que el alabastro.

—¿Tumores? —repite Rodney—. Querrás decir cáncer.

—Cáncer, sí —confirma mi madre—. Espera un momento, Rodney.

Al dejar el teléfono a un lado, se oye un crujido y, a continuación, puedo oír cómo se suena la nariz. Esta vez vuelve al teléfono más calmada.

—¿Aún estás ahí?

—Aquí estoy, mamá —responde Rodney con voz incrédula y triste.

—Entonces, ¿vendrás?

—Voy a llamar a Al —contesta Rodney—. Él siempre me pasa su número de la habitación cuando estamos de gira por si lo necesito. Voy a hablar con él ahora mismo.

—Vale. Llámame cuando sepas algo.

Pasa un rato sin que ninguno de los dos diga nada.

Entonces Rodney rompe el silencio:

—Jo, mamá.

—Lo sé, cariño. Llámame cuanto antes, ¿vale?

La grabación se acaba y me percato de que estoy sentado en el escritorio de Sawyer con la vista fija en la pared, intentando mirar a través de ella pero sin ver nada.

Sawyer ha salido de la habitación para permitirme un momento de privacidad aunque dudo mucho de que exista algo así dentro de los muros de este edificio. Confirmando mis sospechas, regresa en el momento justo.

—¿Has acabado? —pregunta, haciendo un pobre esfuerzo por hacer como si no lo supiera.

—Sí. —Me deshago del auricular y lo dejo sobre el escritorio.

—Detesto ser yo el que te tenga que dar este tipo de noticias —dice.

—¿Sabes una cosa? Creo que es verdad eso que me dices, Sawyer.

—Estoy siendo sincero. Es una desgracia que no puedas estar allí.

—¿No puedo?

—No —responde Sawyer rodeando el escritorio—. No es por ser insensibles, pero tú tienes tareas mucho más importantes de las que ocuparte. ¿Me dejas mi silla?

Me pongo de pie y Sawyer se sienta.

—No estoy de humor para darle más vueltas a esta situación, así que mejor nos ahorramos esta conversación. Me voy para estar con mi padre. No tienes nada para forzarme esta vez.

—Podría hacer que te mataran —dice Sawyer.

Yo hago un gesto.

—Como si me importara. De verdad.

—Independientemente de eso, ésa no es la cuestión. No estoy diciendo que no puedas ir a estar con él solo porque te lo prohibimos.

Lo que te digo es que no puedes ir porque, si apareces en persona después de ocho años, eso añadiría una importante cantidad de confusión y tensión a las circunstancias y ya hay suficiente de ambas. Mira, escúchame por una sola vez. Ahora te hablo como amigo.

Yo levanto las cejas.

—¿Lo intentamos? ¿Hablar como amigos? —Sawyer escudriña mi cara—. Vale. No te gustan esas palabras. Digámoslo de otro modo: me dirijo a ti con auténtica pesadumbre y compasión, tanto por ti como por tu familia.

—Todavía te falta —digo.

—Y, como parte involucrada, es mi responsabilidad señalar que, en un momento de tanta carga emocional, ver aparecer al hijo surgido de la tumba es muy probable que fuese demasiado para que tus padres lo aguantasen.

—Mi padre sí que podría aguantarlo —digo—. En cuanto a mamá, quién sabe. Pero mi padre es capaz de aguantar cualquier cosa.

—Puede que te lleves una sorpresa.

—Es evidente que no lo conoces.

—Cabe la posibilidad de que lo conozca mejor que tú —sugiere Sawyer—. Después de todo, forma parte de mi trabajo; diseccionar personalidades, averiguar qué motivaciones esconde una persona, por así decir. Y me planteé como un desafío el llegar a conocer a tu padre.

—Es un enigma, se podría decir.

—Para ti —replica Sawyer—. Porque ante tus ojos es un superhéroe, una deidad menor que debe ser temida y adorada en igual medida. Pero para mí no es más que una persona cualquiera con un archivo francamente escaso. ¿Quién crees que tiene una percepción más objetiva de él?

—La más objetiva de las versiones supongo que debe de estar en un punto intermedio.

—Por lo tanto no niegas que tu forma de verlo no es un reflejo exacto de quién es él verdaderamente, como ser humano —dice Sawyer—. La percepción que tienes de él es, en el mejor de los casos, una idealización y, en el peor de los casos, algo imposible de alcanzar para ningún mortal.

—No sé si yo diría tanto.

—Pues yo sí —insiste Sawyer—. Por eso cuando, sin pensarlo un instante y sin la menor duda, tú dices: «Mi padre podría aguantarlo», yo me veo obligado a preguntarme si esa percepción idealizada no está, tal vez, interfiriendo con tu sentido común. Al hombre acaban de diagnosticarle una enfermedad terminal hace menos de veinticuatro horas. Sin importar cuán duro o imperturbable pueda ser, con eso ya tiene suficiente, sin necesidad de agregarle la reaparición de su hijo muerto desde hace tiempo.

—Hay cosas que no puedes sacar de un archivo —le digo, y abro la puerta—. Me voy.

—Junior. Pero, joder, a ver si maduras y te das cuenta de que ya no es tu papaíto. Es tu padre. Y se encuentra en un agujero muy, muy profundo. Lo último que necesita es que aparezcas tú con una excavadora.

Yo fijo la vista en Sawyer, tratando de recordar si alguna vez lo había oído soltar un taco.

—No estoy jugando a nada esta vez —añade.

Suelto el picaporte de la puerta y me doy la vuelta hacia él:

—Sawyer, ¿sabes por qué acepté venir aquí para trabajar en el programa?

—¿Para impresionar a tu novia?

Ignoro la pregunta.

—Durante toda mi vida nunca le encontré sentido a nada. La aniquilación siempre estaba al acecho, así que ¿de qué servía, digamos, tratar de llegar a ser parte del equipo de baloncesto en la universidad o comenzar un fondo de pensiones o tener hijos o cualquiera de las cosas que hace la gente normal? No tenía ningún sentido. Nada. Trata de imaginar cómo puede llegar a ser eso.

Sawyer no hace amago de imaginarse nada.

—No hay ni que decir que esto despertó complejas preguntas filosóficas en mí. Nada tenía la menor importancia. Durante un tiempo, las cosas se desordenaron un poco en mi mente. Llegué a contemplar algunas posibilidades jodidamente perversas, créeme.

—Sí, claro. Como una bomba en un edificio federal.

—No. Mucho peor que eso. Permíteme que te lo diga de la siguiente manera: la vida humana como moneda de cambio acabó ***severamente*** devaluada en mi forma de ver.

—Y luego aparecimos nosotros —comenta Sawyer.

—Al final, sí. Eso pasó. Cuando viniste a verme en Bulgaria, vi una oportunidad de coger el mundo que siempre había conocido para transformarlo en aquel mundo del que tú y cualquier otra persona siempre ha disfrutado: un mundo en el que lo que uno hace y dice tiene importancia. Un mundo que tiene un sentido. De manera que aproveché la oportunidad.

—Loable. Realmente.

—Y ahora la vida de mi padre finalmente tiene un sentido y yo voy hacer todo lo que pueda para asegurarme de que continúe.

—Loable, otra vez. El sentimiento que hay detrás, quiero decir. Pero te lo estoy advirtiendo, junior…

Me quedo pensando un minuto.

—¿Qué tal si hago un acercamiento más creativo? ¿Qué pasaría si hiciera otra cosa en lugar de limitarme a aparecer de la nada?

—¿Tienes algo en mente? —pregunta Sawyer.

Veo el germen incipiente de una idea, pero no es nada que consiga articular aún.

—No sé. Pero, lo que sea que se me ocurra, estoy seguro de que voy a necesitar tu ayuda para llevarlo a cabo.

Sawyer estudia mi cara y, pasados unos instantes, parece satisfecho con lo que ve.

—Vale —dice finalmente—. Dime una cosa: ¿tendrá éxito Ja prueba con Ja métrica de Alcubierre?

—Sí.

—¿Incluso aunque no estés tú aquí?

—Por supuesto —respondo yo—. El trabajo ya ha sido hecho. Ahora sólo hay que calcular los tiempos. Ross se las puede arreglar. Spergel también.

Sawyer coge un bolígrafo de su escritorio y comienza a jugar con él.

—Tienes que entender que, cuando te pregunto si la prueba tendrá éxito y tú me respondes que sí, más vale que estés en lo cierto. De otro modo, ambos tendremos que pagar con nuestro pellejo.

—Sawyer.

De inmediato alza sus manos:

—Vale, vale —dice—. Vete. Yo me encargaré de proporcionarte transporte, dinero, etcétera. Me imagino que te das cuenta de que no hay lugar en el mundo donde te puedas librar de mi vigilancia, ¿no?

—Por supuesto.

—Por lo cual, si violas la única condición que te he puesto —si estableces contacto directo, cara a cara, con tu familia— me voy a enterar. Y habrá consecuencias.

—Me queda claro.

Sawyer se entretiene rebuscando en una pila de papeles y formularios sobre su escritorio.

—Bueno, vete ya —dice, sin levantar la vista.

Abro la puerta y luego me vuelvo para mirarlo.

—Sawyer.

Continúa concentrado en los papeles de su escritorio.

—¿Hmmm?

—Es que se me ha ocurrido pensar: ¿por qué razón podría llegar a importarte lo que suceda?

Ahora es él quien me mira fijamente.

—Hace un minuto —me explica—, cuando dije que tu padre era un hombre cualquiera, ¿no?

—Sí.

—Pues no era lo que quería decir —concluye, clavándome la mirada antes de regresar a sus papeles—. Ahora ya puedes irte a

cuidar de tu familia.

Nada más salir y cerrar la puerta, me invade una brevísima ola de gratitud y afecto por Sawyer que me hincha el pecho y luego remite hasta desaparecer. Me quedo un momento parado en el pasillo, al lado de su despacho, con el aliento entrecortado, pensando: «qué cosa más extraña, pero realmente extraña, es esta vida».

Me monto en uno de los ascensores de alta velocidad que unen los pisos subterráneos de la sede de la Agencia. Dejo atrás el control de seguridad y salgo para encontrarme un sedán negro aparcado junto al bordillo y a un agente que no conozco que me hace señas con la mano. A continuación, me entrega las llaves, me desea un buen viaje y, como si nada, me encuentro de camino a casa por primera vez en casi una década.

Hasta que no salgo expulsado del bordillo con un tremendo bandazo y un chirrido destemplado, no caigo en la cuenta de que han pasado ocho años desde la última vez que me puse al volante. He perdido sensibilidad en los pies, se me olvida usar los intermitentes y hasta me paso un semáforo en rojo. Aunque he pasado cuatro años en Washington, por lo poco que conozco la ciudad cualquiera diría que he estado todo ese tiempo en la Luna. Por pura suerte me topo con una indicación de la 295. Me incorporo con una lentitud agónica y me tiro media hora al volante antes de que la 295 empalme con la 1-295 Norte, que me lleva directo a casa.

Recuerdo lo que dijo Sawyer sobre el dinero y, por intuición, echo una mirada en la guantera. En lugar del habitual revoltijo de pañuelos, tickets y papeles del coche, me encuentro un teléfono móvil, un mazo de billetes de cincuenta dólares envueltos en una faja y una tarjeta de crédito. Saco el dinero. La próxima salida está indicada con la señal universal para «comida»: un plato con un tenedor y un cuchillo en cada costado. Afortunadamente no tengo que conducir durante una eternidad con el riesgo de acabar perdido porque hay un McDonald’s justo al final de la rampa de salida.

Con el estómago lleno y dos pasteles de manzana enfriándose en sus cajas de cartón sobre el asiento del acompañante, me lanzo otra vez a la carretera.

El hecho de pasarme una hora tras otra en la monotonía anonadante de la 1-95 espolea esa manera cíclica y obsesiva de pensar que, con los años, se ha convertido en mi pasatiempo favorito. Me cuesta un esfuerzo considerable apartar mis pensamientos de la desesperanza por la imprevista enfermedad de mi padre para encaminarlos hacia una elucubración más productiva sobre cómo voy a ayudarle exactamente. Tengo muy poco tiempo y siento rabia contra mí mismo por no haber previsto antes cómo enfrentarme a una situación así. Teniendo en cuenta que fumaba cuatro paquetes de

cigarrillos al día, sin contar con su exposición al agente naranja en Vietnam, no hace falta ser un genio para deducir que tarde o temprano le iba a tocar el premio del cáncer en la rifa. Y a pesar de todo eso, aquí estoy yo, con mis pies torpes, totalmente a la defensiva y perdido sin un mapa.

Entonces, como ocurre tan a menudo, tengo una revelación. No es nada elegante y requiere más tiempo del que tenemos. Es muy probable que fracase. Pero es la única oportunidad que le queda a mi padre.

Para cuando dejo atrás la autopista interestatal y entro en mi pueblo, los pasteles de manzana ya han desaparecido y el cielo comienza a ponerse de color rosa sobre las colinas del Este. Todo ha cambiado. Los prados de las granjas de la periferia han sido excavados y asfaltados, y en su lugar se levantan pequeños centros comerciales con restaurantes de franquicia y distintas islas de las principales marcas de gasolineras. Hay un Wal-Mart allí donde las familias solían tomar el sol y darse un chapuzón en la fuente de Castonguay Park. El último gran olmo de la ciudad, un gigantesco y majestuoso ejemplar, ha sido arrancado para dejar espacio a un centro de atención al cliente de tarjetas de crédito y ahora, cortado en trozos más fáciles de manipular, espera junto a la calzada para ser recogido y pasar al olvido. Me quedo tan turbado al avanzar junto al cadáver del árbol que casi atropello a un perro callejero con la cola enroscada y un severo caso de sarna. Está en medio de la calle, encandilado por los faros del coche. Doy un volantazo y acabo en el aparcamiento de un *sex shop*. El perro, con los pelos del lomo erizados de miedo, se pierde en la oscuridad.

El corazón me late a toda prisa después de haber estado cerca de colisionar. Respiro hondo unas cuantas veces para calmarme. Un resplandeciente anuncio en rojo sobre la ventana del *sex shop* proclama una extraña promesa: privado. Enciendo la radio, me fumo un cigarrillo y me tomo unos minutos para recomponerme. Recorro dos veces el dial de la radio, pero sólo encuentro música *country* y tertulias conservadoras.

Cuando mis manos dejan de temblar, pongo el coche camino a Fairfield, conduzco hasta la panadería Miller y aparco en la acera de enfrente. Si no puedo visitar a mi padre, una visita a Miller sirve como posible sustituto porque ese edificio gris y chato, empotrado entre dos casas restauradas de estilo Victoriano, es un sinónimo de la presencia paternal en mis recuerdos. Tal es mi sorpresa cuando pasa él en persona frente al gran ventanal que da a la calle, con sus vaqueros, la camiseta blanca, cubierto por un delantal y cargando una bandeja de *sticky buns*, que no puedo evitar hundirme por reflejo en el asiento del coche. Me quedo observando, sin dejar de temblar, cómo se aplica en

la confección de los pasteles de carne *tourtiére*, cómo rellena de nata los cucuruchos, cómo se afana con los merengues. Trabaja duro, las manos llenas de harina y el mismo aspecto de siempre. No debería sorprenderme que se haya tomado un día de permiso de su enfermedad terminal para presentarse a trabajar. Aunque todo ha cambiado alrededor, mi padre sigue igual.

Me retiro antes de que salga el sol. Conduzco el coche hasta el motel Econo Lodge, en el paseo Kennedy, y le alquilo una habitación a una chica de expresión hosca y el pelo rubio sucio. Estoy convencido de que es muda hasta que murmura algún comentario sobre los pirados que alquilan una habitación a primeras horas de la mañana en lugar de hacerlo de noche, como cualquier persona normal.

—No limpiamos la habitación —me dice al entregarme la llave— si usted duerme todo el día. Las chicas de la limpieza se van a las tres.

—Está bien —yo tengo la impresión de estar narcotizado, incluso un poco loco, así que no tengo mayores intenciones de dormir.

Cuando doy con la habitación abro las cortinas, entreabro las ventanas para diluir el hedor al aerosol desinfectante y uso el móvil de la guantera para llamar a Sawyer. Tras seis tonos me contesta con una voz un poco aturdida y malhumorada. Le hago saber mi plan y qué voy a necesitar de él. Me quedo sorprendido ante su reacción amable y cooperativa pese al hecho de haberlo despertado de un sueño profundo. De inmediato, acepta proporcionarme todo lo que voy a necesitar, aunque me advierte que el lugar más cercano en el que encontrar el equipamiento necesario son los laboratorios Merck, en Boston.

—¿Y qué pasa con las demás cosas? —le pregunto—. ¿Cuánto pueden tardar?

—Te enviaré a alguien allí esta misma tarde.

—¿A qué hora? Es que voy a estar en la biblioteca para empezar a investigar.

—Estoy bastante seguro —me explica Sawyer— de que no va a tener problemas para entrar allí.

Le doy las gracias —me resulta extraño hacerlo con toda sinceridad— y cuelgo. Me quedo con el móvil en la mano durante un buen rato y le doy vueltas sin dejar de pensar, hasta que acabo arrojándolo sobre la cama antes de sucumbir a la tentación. No puedo llamar a mi padre hasta que el hombre enviado por Sawyer no esté aquí con el modificador de voz y el resto del material. Además, todavía no tengo nada útil que contar a mis padres. Tengo que pensar en todo esto como si no fuera más que otro problema que hay que resolver.

Como la biblioteca no abre hasta dentro de unas horas, me doy una ducha. Se me olvida el hecho de que no tengo ropa limpia hasta

que salgo del agua y me seco. Me quedo desnudo sobre la alfombrilla del baño por un momento, reflexionando. Luego me vuelvo a poner la ropa sucia y me apunto mentalmente que tengo que hacer una visita a la sección de moda de Penney's cuando salga de la biblioteca.

Aunque no estoy cansado, me recuesto un momento en la cama y miro la edición matinal del informativo. No deja de ser reconfortante que la pobre y tosca programación local siga existiendo: la presentadora, con un peinado de la década pasada, lee a tropiezos su guión en un estudio color anemia; los anuncios de aspecto granulado y un doblaje imposible, muestran a tipos de dudoso aseo personal intentando vender madera o un coche. Yo crecí entre esta gente. Los entiendo y confío en ellos porque son cándidos, despreocupadamente autosuficientes y no se dan aires de nada. Gracias a ellos me doy cuenta, para mi sorpresa, de cuánto he echado en falta mi casa. Pasado un rato, la emisión local cede paso a la edición nacional con su programa matinal, que resulta de un aburrimiento tan intolerable que, pese a todas las dificultades que me esperan, me hundo en el montón de capas de almohadones y me quedo dormido.

Despierto de un salto a las nueve y media. Hace media hora que abrió la biblioteca y, aunque puede ser un poco exagerado decir que cada minuto cuenta, tampoco es demasiado, sobre todo porque aún no sé los detalles del diagnóstico de mi padre. Puede que le quede un año o un mes. Es mejor ponerse en el peor de los casos. Me calzo los zapatos en un suspiro y salgo. Hago una parada en la tienda de la gasolinera junto al hotel para comprarme unas gafas de espejo que, junto con mi gorra de béisbol, me servirán de disfraz hasta que llegue el hombre enviado por Sawyer.

En la biblioteca me registro para utilizar un ordenador. Tomo asiento y me pongo a buscar pruebas clínicas, porque ahí están los trabajos más avanzados en medicina y pueden ayudarme a encaminar mi plan en la dirección adecuada. Hago una búsqueda en la página web del Instituto Nacional del Cáncer, sin resultados. Luego paso a los principales centros médicos: Dana-Farber, en Boston, Sloan Kettering, en Nueva York, M. D. Anderson, en Houston. Escaneo con la vista miles de títulos durante dos horas, pero no doy con nada. El problema es que estas pruebas tienen unos objetivos demasiado modestos para mi propósito: «incremento de la esperanza de vida de 1-3 meses»; «retraso del daño cerebral por crecimiento de tumores primarios»; «beneficios parciales de supervivencia en los tratamientos con múltiples fármacos», etcétera. Es una vergüenza, creo yo, perseguir esas metas tan despreciables de forma tan obstinada. No intento descubrir una forma mejor de morir para mi padre: yo quiero una cura. Cualquier cosa por debajo de eso me parece jugar a los médicos, una pérdida de tiempo para todo el mundo.

De cualquier forma, no esperaba mucho de las pruebas clínicas porque tengo la corazonada de que la clave para curar a mi padre se encuentra más allá de un laboratorio, en los campos de una granja en Ohio, quizás, o brotando en los robles caídos de Japón, o circulando en el sistema linfático de una rana ecuatoriana. O tal vez, en todas las posibilidades anteriores. Estoy a punto de zambullirme en el ameno océano de las terapias alternativas cuando mi móvil, que me niego a poner en modo vibración, suena en mi bolsillo. Se oyen algunos carraspeos exasperados a mi alrededor, seguramente de los parroquianos habituales, los mismos que deben tener un sistema tácito para decidir a quién le toca primero el diario por las mañanas y a los que no les gusta que la presencia de un intruso venga a profanar el sagrado silencio de los estudiosos.

—Diga —contesto en voz baja.

—Clark al habla.

—¿Quién?

—Sawyer me envía. Estoy en el Econo Lodge. Habitación 316. Espero.

Y corta. Me pongo a pensar, y no es la primera vez, que hay veces en las que Sawyer y sus colegas se toman a sí mismos un poco demasiado en serio.

Mi primera impresión de Clark, cuando entro en la habitación y lo veo sentado junto a la mesita al lado de la ventana, es que se trata de un auténtico cabrón de la Raza Superior: pelo rubio cortado a cepillo, pómulos como aspas de acero y, detrás de las gafas de sol, estoy seguro de que brillan unos ojos como el hielo de los glaciares. En contraste con esa apariencia física severa y de aspecto oficial, va vestido con vaqueros, una chaqueta deportiva y, debajo, una camiseta en la que se lee: Haz camping: para que en-tiendas.

Clark se quita las gafas. Lo sabía, azul hielo.

—¿Júnior? —pregunta.

—Sí.

Se pone de pie y se dirige a la media docena de cajas negras de distintos tamaños repartidas sobre la cama.

—Hay varias mudas de ropa en el armario —comenta—. Vamos a comenzar. Me han dicho que eres bastante inteligente, así que no deberíamos tardar mucho. Quiero estar de regreso en Boston antes de que caiga la noche.

No malgasta un segundo al enseñarme el contenido de las cajas: me explica la función de cada objeto rápidamente y luego pasa al siguiente sin preguntar si he entendido o si tengo alguna duda. Modificador de voz, portátil con banda ancha vía satélite, tarjetas de identidad falsas (incluyendo un distintivo que me permite acceder a los laboratorios Merck, en Boston), elementos para disfrazarse con

cosas simples, como vello facial con pegamento, y lo que más me interesa: una carpeta con todo el historial médico de mi padre actualizado.

Lo último que me entrega es un frasco del temible estimulante gubernamental que he visto usar a algunos tíos del programa. Esta droga sólo es para los agentes de gobierno y no se especifica bien su fórmula, pero activa a cualquiera que necesite permanecer despierto y alerta muy por encima de los límites razonables de la resistencia humana. Se parece a la metanfetamina en sus efectos, pero sin la agitación, la paranoia o la erosión dental que provoca. Hasta ahora he huido de ella como del herpes.

Tras cumplir con su deber, Clark se dirige hada la puerta, y cuando la cierra por fuera, a mí me invade un extraño y monumental alivio. Nada más irse, atrapo la carpeta con el historial médico de mi padre que está sobre la mesa y extiendo las hojas. Hay dos cosas que me pueden decir lo que necesito saber: el informe del radiólogo de la tomografía por emisión de positrones y el informe patológico de la biopsia. Y allí están los dos.

Las noticias que arrojan no son buenas.

La tomografía muestra un tumor primario en el pulmón izquierdo (lo que ya es malo) y los ganglios linfáticos están afectados tanto por encima como por debajo de la clavícula derecha (aún peor), además de una lesión «altamente sospechosa» en el hígado (definitivamente malo). El informe de la biopsia muestra las huellas del cáncer repartidas en forma de pequeñas células lo que, en caso de padecer la enfermedad, es una de las situaciones que uno querría evitar.

Por mucho rechazo que me provoque saberlo, una vez que tengo toda esta información, conecto el ordenador portátil para hacerme una idea de cuánto tiempo le queda de vida a mi padre. Me bastan cinco minutos investigando para llegar a una estimación bastante tétrica: uno o dos meses.

Sabía que su caso no era nada bueno, pero no tenía ni idea de que sería así de malo. El plan que ideé por el camino es demasiado especulativo y requiere demasiado tiempo para tener la menor posibilidad de éxito. A diferencia de ayer, cuando estaba en el despacho de Sawyer y quedé insensibilizado por la conmoción del diagnóstico, esta vez no tengo problemas para sentir las cosas. Enciendo la televisión, subo el volumen y me echo a llorar durante lo que parece un largo rato. Cuando acabo, me pongo de pie y comienzo a dar pasos de un lado a otro de la habitación, tratando de ignorar el canto de sirenas que me llega del bote de pastillas sobre la mesilla de noche.

La mañana se convierte en tarde. El sol inicia su lento descenso y resplandece a través de las ventanas que dan al oeste con una luz

insistente. Me echo un rato en la cama, con la vista perdida en la pantalla del televisor.

Me digo cien veces que no voy a tomar las pastillas de esas misteriosas anfetas. Finalmente, me llevo el bote al baño y me coloco junto al inodoro. Intento quitarle la tapa para arrojar las pastillas dentro y después tirar de la cadena pero, por alguna razón, no puedo. Regreso a la habitación, me siento junto a la mesa y me quedo mirando el aparcamiento Heno de coches y la noche que va cayendo. Y entonces, porque no hay nada más que pueda hacer y porque me dan miedo las pastillas y porque estoy de duelo por un padre que aún no ha muerto, hago algo que no hacía hace mucho tiempo: rezo.

EL HIJO SE TRANSFORMA EN EL PADRE

33 ENTENDERÁS que lo sentimos mucho y que tu problema despierta nuestra compasión. Entenderás también que nuestra compasión no puede llevarnos a una intervención directa en tu favor, pese a todo lo desesperada que pueda ser la situación. Naturalmente, estamos dichosos de ofrecer toda la asistencia que podamos brindar dentro de los límites de nuestra constante política de alentadora neutralidad. Pero incluso aunque tuviésemos la capacidad de hacer que tu padre mejorase, algo que puede que tengamos o puede que no, no nos corresponde agitar nuestra varita mágica, por decirlo así, para hacer que eso ocurra.

32 Ahora bien, una vez dicho esto, también te podemos decir lo siguiente: llama a Sawyer y que él se encargue de hacer los arreglos necesarios para que tu padre reciba tratamiento en el centro más cercano de tomoterapia, en el hospital Brockton, al sur de Boston. La tomoterapia supone la administración de dosis altamente concentradas de radiación y ofrece una considerable posibilidad de darle a tu padre más tiempo de vida, de manera que puedas poner en práctica tu plan original que, por otra parte, es bastante sólido. Como se trata de un tratamiento más bien nuevo, la tomoterapia sólo se administra en una docena de sitios en el planeta, de modo que tienes que ser consciente de que, si quieres asegurarte una plaza para que traten a tu padre, Sawyer tendrá que emplear su influencia para hacer a un lado a otro paciente cuya situación sea igualmente desesperada.

Nos alegramos de que esto te dé que pensar. No serías humano si no lo hicieras. Sin embargo, ten en cuenta lo siguiente: ¿Crees tú que tu padre, cuando tú eras niño, habría asumido una actitud filosófica ante algo que fuera una amenaza para ti? ¿Habría sopesado él sus opciones, reflexionando por un rato, hasta alcanzar una decisión llena de ambivalencias? No. Tu padre hubiese descuartizado cachorritos y se hubiese lanzado al cuello de las ancianas con tal de protegerte. Por ti, él habría saqueado e incendiado ciudades, habría echado sal a todos los campos del mundo. En aquel entonces y ahora también. Y si bien a lo largo de los años ha dado un ejemplo que cualquier hijo encontraría difícil de seguir, nunca habrá otra oportunidad en vuestras vidas en la que sea tan importante para ti tratar de imitarlo.

31 Llamas a Sawyer. Él contesta con voz más alerta que otras veces. Su tono, brusco y oficial, te permite saber que se encuentra en su despacho, sentado en su trono de alto respaldo tapizado en cuero.

No obstante, cuando le cuentas la situación y le haces tú solicitud, su forma de hablar se transforma y muestra compasión y una humilde voluntad de cooperación. Por más comprensible que resulte tu desconcierto y escepticismo ante su reacción, podemos decirte que es verdad, que la razón por la cual Sawyer se ha vuelto de pronto tan serio y humano se debe a lo de tu padre. En realidad, es bastante sencillo: Sawyer se ve a sí mismo como un patriota de la manera más básica, es decir, de los que llevan la insignia con la bandera en la solapa. Y el hecho de que tu padre se alistara en la Marina durante un período en que buena parte de los jóvenes se escondían alistándose en la Guardia Nacional o bien huían a Canadá con un cohete en el culo, le da muchos puntos a los ojos de Sawyer. Esos puntos se vieron incrementados cuando Sawyer se enteró de que, además, tu padre había rechazado un contrato para jugar al béisbol como profesional. Pero, más allá de todo eso, lo que realmente tiene a Sawyer comprometido es que a él le encantaría que su propio padre fuese parecido al tuyo. O dicho de forma más precisa: le encantaría que su padre, un profesor que eludió el servicio militar, liberal, vagamente amanerado y que se pasa todo el día ebrio de esa manera tan aceptable como burguesa, a base de vodka y hielo, fuese todo lo contrario de lo que ha sido y aún sigue siendo, si bien en un formato más panzón y grisáceo.

Sawyer inmediatamente acepta hacer los arreglos necesarios para un tratamiento de tomoterapia. A continuación, te pregunta si hay alguna otra cosa que necesites.

—Por el momento no. Tal vez dentro de poco. Con que me avises en el momento en que ya esté todo arreglado, será suficiente.

—No hay problema. Te llamaré dentro de una media hora o así.

Tú te sientas junto a la mesa y observas la pantalla de la radio despertador. Cuando han pasado veinte minutos con toda exactitud, el teléfono móvil vuelve a sonar.

—El lunes a las dos de la tarde para una evaluación.

—¿Ya está?

—Ya está. —Del lado de Sawyer se oyen ruidos, como si estuviese ordenando sus papeles en el escritorio—. Le organizarán un plan de tratamiento y comenzarán en el acto.

—Fantástico, sí, fantástico.

—¿Qué? ¿Ninguna inquietud por el tío que tuvieron que apartar a un lado?

—Escúchame: asegúrate de que me lleguen copias de todos los papeles relacionados con el tratamiento, ¿vale? Día a día.

—Sí, señor.

Cierras el móvil y lo dejas sobre la mesa. Toda la etapa preliminar ha sido resuelta. Toda la organización y la creación de una red de

conexiones mentales que se te da de forma tan natural ha llegado a su fin, por el momento, y ahora debes de entrar en contacto con tu padre. Pero, en lugar de ello, te quedas ahí sentado, con la angustia de tener que hacer la llamada.

30 En el aparcamiento del motel, bajo tu ventana, aparece una camioneta tirando de un remolque con dos máquinas cortacésped profesionales. Dos hombres se bajan de la camioneta. El que conduce se llama Arthur Hopkins, Art para los amigos y para su mujer. El otro, que es poco más que un quinceañero y aún lucha contra los granos del acné, es su hijo Cody. Mientras abren la puerta del remolque y sueltan las amarras que sostienen las máquinas, no dejan de conversar. Art hace una señal en dirección a la colma cubierta de hierba que se alza junto a la piscina del motel. Cody apunta hacia una franja de césped que se extiende junto al camino al final del aparcamiento. Discuten cómo abordar el trabajo en equipo. Y a continuación, una vez concluida la discusión, encienden las máquinas y comienzan a cortar el césped de los jardines del motel.

Tú te quedas observándolos un rato. Ya es media tarde, el momento más caluroso del día. El revestimiento metálico del cobertizo junto a la piscina del motel echa destellos. Cuando ya han acabado de cortar la parte principal y se disponen a recortar los bordes, Art se ve claramente fatigado por el calor. Como tu padre, también es un veterano de la guerra de Vietnam. Hace dos años sufrió un devastador infarto de miocardio que destrozó el sesenta por ciento de su musculatura cardiaca. Pese a todo, él insiste en continuar con su negocio de jardinería. Cody, que se había trasladado a vivir a Boston después de la secundaria, tuvo que regresar para vigilar a su padre y asegurarse de que no trabajase en exceso y se provocase otro ataque cardiaco. Te quedas mirando cómo Art saca una botella de agua de una nevera portátil que lleva en la parte de atrás de la camioneta y bebe con desesperación, exhalando entre trago y trago. Lleva la camisa empapada en sudor. Coge entonces una podadera eléctrica y se dispone a reiniciar su trabajo, Cody lo detiene. Dándole unas palmadas en el hombro, le dice un par de cosas y Art se sienta contrariado en la parte de atrás de la camioneta y se acaba la botella de agua, mientras Cody se encarga de recortar el césped que bordea el aparcamiento y la piscina.

29 Te alejas de la ventana, respiras hondo y acoplas el modificador de voz al móvil con un cable auxiliar. Te preocupa que tu padre averigüe de inmediato que eres tú, pero no debería inquietarte. Ya te darás cuenta de lo distinta e irreconocible que suena tu voz a través del modificador. Está ajustado para hacerte hablar como una

anciana de setenta años o por ahí. Siguiendo la lógica de los expertos de la Agencia Nacional de Seguridad, que resulta bastante válida por otra parte, los hombres se muestran más inclinados a escuchar y prestarle atención a las palabras de una mujer inteligente y distinguida de cierta edad.

Aunque no hay necesidad de inquietarte por cómo le sonará tu voz a tu padre, deberías tomarte un momento para pensar cómo te sonará a ti la voz de tu padre. Porque está claro que debe estar con la moral tremendamente baja y eso se reflejará en su voz. Además, el tumor en su pulmón se ha extendido hasta los bronquios, lo que le provoca violentos ataques de tos cada cierto tiempo. Es muy probable que eso te produzca alarma y tristeza.

Te colocas los auriculares y marcas el número de tus padres, el mismo que han tenido a lo largo de toda tu vida. Suena cinco, seis, siete veces. Una parte de ti, es comprensible, desearía que nadie responda.

—Diga —contesta tu padre y casi no reconoces su voz. Pese a que te lo advertimos, tu corazón se hunde al oírlo tan decaído y derrotado.

—John —dices tú, y al oír tu voz en los auriculares te suena extraña: la voz de una abuela.

—¿Sí?

—Quiero que me escuches.

Tu padre tose y carraspea, produciendo un sonido prolongado y líquido:

—¿Quién habla?

—Sé que te encuentras enfermo y quiero ayudarte.

Un alentador resto de la proverbial rabia de tu padre despierta en tu recuerdo:

—Le acabo de hacer una pregunta —insiste tu padre.

—Y le digo que la respuesta es irrelevante —respondes tú.

El modificador de voz te ayuda a sacar esa clase de insolencia que, de otro modo, nunca en toda tu vida serías capaz de desplegar frente a tu padre. Esta misma insolencia que a nosotros nos parece interesante y a ti te resulta útil. Para poder ayudar a tu padre, vas a tener que mangonearlo un poco.

—Lo que sí es relevante, John, es si tienes o no algún interés en seguir viviendo. Porque puedo ayudarte a conseguirlo.

—Adiós.

—Espera, por favor. Dame un minuto.

—Mire, no sé qué es lo que está intentando venderme, pero los médicos ya me han dicho que estoy listo.

—Bueno, ésa es la cuestión, John. Yo puedo darte más tiempo del que te dieron los médicos.

Tu padre intenta aclararse la garganta dos o tres veces con gran

esfuerzo hasta que logra por fin emitir una tos áspera, reflexiva:

—A ver.

Siempre es sorprendente que la gente esté dispuesta a quedarse quieta por un rato, cuando está verdaderamente desesperada. El buen sentido de tu padre le dice que lo que le está contando esta misteriosa benefactora no son más que puros disparates y, en cualquier otra circunstancia, siendo él una persona menos tolerante de las tonterías que el promedio de la gente, ya habría acabado esta conversación para volver a su cena de pastel de carne y leche entera. Pero hasta él mismo, tu dios de la infancia, puede acabar vencido por el miedo. Resulta triste darse cuenta de ello, pero también es algo que debes aprovechar si tu intención es curarlo.

—¿Tienes bolígrafo y papel? Necesito que escribas algo.

Esperas a que esté listo antes de dictarle el número del departamento de radiología del hospital Brockton.

—Dales tu nombre y diles que no encuentras los datos de tu cita, a ver si te los pueden dar otra vez. Apunta la información que te den. Volveré a llamarte dentro de diez minutos.

Cuando pasan diez minutos, le das al botón de rellamada y tu padre contesta inmediatamente:

—¿Qué es la tomoterapia? —te interroga—. Le pregunté a la mujer, pero me dijo que mi médico de cabecera ya había concertado una cita y que él me lo explicaría.

—Es un nuevo tratamiento —le explicas tú—.

Es una forma de radiación muy, pero que muy prometedora. Incluso alguna gente acaba totalmente curada. Al menos debería darte más tiempo hasta que podamos encontrar otra cosa.

—¿Alguna otra cosa?

—Estoy desarrollando un tratamiento por mi cuenta. Yo continuaré trabajando mientras tú estás en Brockton.

Se hace una pausa.

—¿Quién diablos es usted?

—Como ya dije —vuelves a explicarle a tu padre—, no es importante quién soy yo. Todo lo que debes saber es que tengo un firme interés en velar por ti. Y quiero que salgas bien de todo esto. ¿Quién más te ofrece algo así?

—Nadie —responde él. Otra vez se oye el áspero sonido líquido de su garganta.

—Pero tienes que confiar en mí.

—Eso ya lo veremos.

—En efecto, lo veremos —le contestas—. Entonces, ¿acudirás al hospital Brockton?

—¿Cree usted que servirá de algo?

—Sí, lo creo —dices tú, mientras te sientes ligeramente

emocionado al ver que tu padre te pide consejo y apoyo—. Mientras tanto estaré trabajando en algo más, como ya he dicho. Así que… no te rindas, John.

—Vale.

28 Cuando cuelgas, aún no sales de tu sorpresa por haber conseguido que aceptase cooperar. No se te había ocurrido pensar, aunque a estas alturas ya deberías haberlo hecho, que ésta es la verdadera razón por la que Sawyer te prohibió el contacto directo con tu padre: porque, sin importar las circunstancias, él no aceptaría un consejo o la ayuda que viniese directamente de ti. De una mujer anciana y anónima a la que nunca ha visto, sí. Pero de ti, no. Él es el padre y tú el hijo, y pese a hallarse así de débil y vulnerable, es incapaz de confiar en ti para nada, nunca.

JUNIOR

ME PASO la semana siguiente investigando de forma interminable. El sueño pasa a ser mi última preocupación y, pese a toda mi fatiga y ansiedad, lucho para resistir la urgencia de acercarme a las anfetas fabricadas por el gobierno. Según avanza la semana, no entro en contacto con nadie y no ingiero otra cosa que soda y refrigerios de las máquinas expendedoras. Durante los escasos momentos en que no estoy en la biblioteca o en el hospital local o frente al ordenador portátil, me dedico a angustiarme por no saber si mi padre habrá ido o no a Brockton, porque ya he reunido una lista de ingredientes potenciales para preparar un cóctel que acabe con el cáncer —desde interleucina 12 hasta avellanas, cartílago bovino o incluso cannabis—, pero necesito el tiempo que sólo la tomoterapia puede ofrecer para investigar a fondo mis intuiciones en los laboratorios Merck.

Además, necesito tejido de la biopsia de mi padre. Le envío un *e-mail* a Sawyer y el viernes llega al hotel una pequeña caja con cuatro muestras embaladas en hielo seco, junto con los papeles procedentes de Brockton. Estos últimos sirven para aliviarme, y para preocuparme también. El lado bueno es que mi padre está siguiendo el tratamiento, pero el último escáner de la tomografía por emisión de positrones muestra que, dos semanas después del diagnóstico inicial, un nuevo foco de cáncer ha comenzado a crecer en su columna. La propagación ocurre a una velocidad mayor de la que me temía y me doy cuenta de que me está ganando la partida.

Llamo a Sawyer y le paso la lista de ingredientes. Le digo que voy a necesitarlo todo en los laboratorios Merck en las próximas doce horas. Conduzco el coche sumido en el nervioso estupor provocado por la falta prolongada de sueño, una semipsicosis exacerbada por el dolor y el miedo. Antes de que me dé cuenta, Boston aparece en el horizonte de la noche. Mareado por las farolas de la calle y las luces provenientes de las ventanas solitarias de los rascacielos, doy cuatro vueltas alrededor de Brookline y de Back Bay antes de encontrar, casi por accidente, la avenida Louis Pasteur y el edificio de los laboratorios Merck.

Salgo del coche y atraganto el parquímetro con monedas de un cuarto de dólar antes de comprender que a las tres de la mañana no es necesario el ticket. Los laboratorios no abren hasta las seis y, pese a que el segundero del reloj continúa su avance, no me queda más opción que esperar. Me siento en el coche con la radio encendida a volumen bajo y me dedico a firmar cigarrillos sin dejar de dar golpecitos con los dedos en el volante.

El amanecer llega de forma lenta y gris sobre la ciudad. Reviso mi reloj y veo que ya pasan de las cinco. Ya me siento un poco menos frenético, pero una taza de té y algo de comer me vendrían bien antes de entrar en los laboratorios. Cierro el coche y me voy andando hasta la avenida Brookline y luego sigo hasta Longwood, donde está el Dunkin' Donuts. Cuando pido un té y un *bagel*, la chica del mostrador parece asustarse. Me siento junto a la ventana y la chica no deja de mirarme y escudriñarme. Comienzo a preguntarme qué encontrará tan inquietante en mi apariencia o catadura. Lo que quiera que sea, espero que no resulte un problema cuando tenga que pasar por el control de seguridad de Merck.

Al final resulta que podría haberme presentado a la puerta de los laboratorios en pelotas y cubierto de una capa de mantequilla de cacahuetes porque, nada más enseñar mi distintivo de identificación en el vestíbulo, recibo tratamiento VIP. Uno de los guardias revisa algunos papeles e insiste en cargar con mi bolsa mientras me guía a un laboratorio privado en los pisos superiores. No es una gran sala, pero tiene todo lo que necesito: microscopios, una buena centrifugadora, autoclave, incubadora, pipetas, tubos de ensayo y placas de Petri, tintes y cuchillas. Por lo demás, a juzgar por la recepción que me han dispensado, parece seguro que, si llego a necesitar algo más, me será proporcionado sin tardanza.

Repartidas sobre las mesas se encuentran una docena de cajas meticulosamente selladas por las esquinas y con las etiquetas postales de sus remitentes, que corresponden a lugares tan aleatorios y remotos que parecen el resultado de alguien que hubiese estado lanzando dardos contra un mapa. Las abro y encuentro todo lo que le he pedido a Sawyer, desde semillas de espino hasta lagartos anoles criogenizados. Vacío las cajas y organizo su contenido, dejando a un lado aquellos objetos que requieren refrigeración. No puedo evitar quedar nuevamente asombrado ante el compromiso y la fiabilidad demostrada por Sawyer. Que Dios me ampare, pero comienzo a sentirme en deuda con ese cabrón.

Pese a la evidente urgencia, no puedo iniciar las pruebas con judías mung ni con la corteza de lapacho hasta no hacer los cultivos con las muestras de la biopsia de mi padre. Podría haberle pedido a Sawyer que encontrase algunos cultivos de cáncer de pulmón con células pequeñas para comenzar con las pruebas de inmediato; pero lo que intento es curar el cáncer de mi padre y no la enfermedad de cualquier anónimo de Baltimore— Washington del que sólo quedan las muestras de células que donó en vida. Uno de los problemas fundamentales con la investigación del cáncer hasta ahora es que presupone que el mismo tratamiento puede tener éxito en un amplio número de casos de, digamos, cáncer de próstata, cuando, en realidad,

el único tratamiento fiable y efectivo es aquel que ha sido específicamente adaptado a cada nucleótido de una célula rebelde en particular.

De todos modos, es probable que ahora ya no se pueda hacer mucho: me faltan cerca de veinte horas de sueño y tres comidas decentes para comenzar a pensar con la potencia y claridad que necesito para llevar a cabo este trabajo. Descongelo las muestras de la biopsia, esterilizo dos docenas de placas para el crecimiento de células y preparo los cultivos en la incubadora. Cuando he acabado, ya es mediodía y finalmente me atacan de manera inapelable el hambre y la fatiga de toda una semana. Es todo lo que puedo hacer antes de salir del laboratorio, dirigirme a la calle Longwood —donde alquilo una habitación en el hotel de la cadena Best Western—, subir al ascensor hasta la quinta planta, pedir un zumo y una ensalada del chef al servicio de habitaciones y caer desplomado sobre el gran rectángulo de luz que la tarde proyecta sobre la cama.

Cuando vuelvo a despertar, aún es de día, pero la luz me dice que algo no está bien. Me lleva unos minutos darme cuenta de que el sol se encuentra ahora en el lado opuesto, sobre el ala este del edificio: he dormido toda la noche hasta el día siguiente. Mis entrañas se sienten agrias y vacías. Recuerdo haber pedido al servicio de habitaciones algo, así que me dirijo a la puerta para encontrarme con una bandeja que descansa sobre el suelo del pasillo. El zumo está tibio, la ensalada mustia y cubierta por un jamón que se ha puesto grisáceo, pero bebo y como con la voracidad desatada de un animal famélico. Después me quedo un buen rato bajo la ducha con el chorro sobre la espalda, la cabeza baja, los ojos cerrados. Corto el agua, me seco y me pongo ropa limpia, sorprendido de cuánto mejor me siento ahora.

Tengo toda la intención de regresar de inmediato a los laboratorios Merck, pero cuando pongo un pie fuera del hotel, hace un día maravilloso y la atmósfera vibrante de optimismo que todo lo envuelve —el sol y la gente, los bicitaxis y los trenes— me atrae hacia las calles de modo que, en lugar de ponerme a observar células cancerígenas multiplicándose y avanzando como una réplica microscópica de la Marcha al mar de Sherman,[11] me encamino hasta la Avenida Brookline y continúo hacia el norte a lo largo del río, sin pensar adónde voy a ir a parar y sin que me importe tampoco. Cuando me doy cuenta, estoy en la esquina de Brookline y Landsdowne contemplando la gran fachada verde del ala izquierda del estadio de Fenway Park. Al otro lado de la calle, en el ventanal del bar Cask and Flagon, se lee un anuncio: «Esta noche las Bud Light a mitad de precio. ¡No se pierdan a los Sox contra los Cubs!»

Los Cubs. De inmediato recuerdo lo que Rodney le dijo a mi madre por teléfono: una gira de dos semanas. Un partido de la

Interliga. A estas alturas seguro que mi padre ha vuelto a enviar a Rodney de regreso con su equipo, lo que significa que mi hermano, al que no he visto en ocho años, está aquí, en Boston, en el estadio de Fenway Park, seguramente sentado en las instalaciones para el equipo visitante, frente a la televisión, antes de los ejercicios de bateo, a sólo unos metros de donde me encuentro.

Por razones obvias no suelo depositar mi confianza en la idea del destino, pero en un inusitado gesto de superstición decido que este encuentro entre Rodney y yo tiene que suceder. Que se joda Sawyer. Además, nunca dijo nada de evitar el contacto con mi hermano; sólo con mis padres o, más concretamente, con mi padre. Sin duda, el pobre de Rodney se debe estar sintiendo más abatido y solo que yo, así que tengo que verlo como sea.

Ahora, eso puede llegar a ser bastante difícil. El estadio no abre hasta dentro de tres horas y, por si fuera poco, ni siquiera tengo una entrada. Decido llamar a gritos a un par de aparcacoches situados al otro lado de unas vallas de seguridad, en el aparcamiento para jugadores. El más alto de los dos se acerca a donde me encuentro con el recelo de alguien acostumbrado a ser requerido por extraños.

—Mi hermano juega con los Cubs —le explico— y necesito hablar con él.

—Qué guay —dice el tío—, y si quieres hablar con tu pariente por qué no le das un toquecito al móvil.

—Lo digo en serio.

—Vale, primo, te la compro. ¿Y cómo se llama tu *brother?*.

Yo le digo el nombre completo de Rodney.

—Ajá —responde—. Venga, chaval, mejor pírate ya.

Se da la vuelta y regresa a su lugar junto a la pared. En ese momento aparece un Hummer con la enorme parrilla delantera y las llantas cromadas. Los dos ayudantes corren a hacer a un lado la barrera y a adular al conductor, un hispano alto que les pasa las llaves y les da la mano, indolente, antes de caminar lentamente hacia el acceso al estadio.

De manera que voy a tener que comprar una entrada. Desgraciadamente, las entradas para ver a los Red Sox son más escasas que el macaco de cola amarilla y cuesta aún más encontrarlas. Mi única esperanza es darme una vuelta alrededor del estadio un par de horas antes del partido para ver si encuentro a alguien dedicado a la reventa, lo que significa que tengo que entretenerme hasta entonces.

Dos horas más tarde salgo de una taquería en Landsdowne con la barriga llena de tacos de pescado y té helado. Ahora las calles está llenas de aficionados al béisbol y tengo que detenerme junto a la escalera del bar y esperar una oportunidad antes de lanzarme a nadar en esa feliz marea de tráfico peatonal. No he avanzado ni media

manzana cuando un tipo flaco con gafas y grasienta camisa blanca pasa a mi lado, agitando su mano en alto y preguntando al aire si alguien necesita entradas.

—Una entrada —le digo y el tío se detiene.

—¿Entradas? —pregunta.

—Una entrada —vuelvo a decirle.

El tipo se recoloca las gafas y exclama:

—Mira, tengo dos entradas. O pillas las dos o nada.

Yo le pregunto qué cuánto y su respuesta es como un rodillazo en la entrepierna. Pero enseguida pienso que es dinero de Sawyer, así que le doy lo que me pide.

Sólo he estado una vez en el estadio de Fenway, hace años, y la única diferencia es que los viejos gordos que cortaban la entrada han sido reemplazados por guardias de seguridad que cachean a la gente, les registran los bolsos y nunca jamás sonríen. Aparte de eso, son las mismas familias, parejas jóvenes y rebaños de estudiantes, vestidos con las mismas chaquetas, sudaderas y gorras oficiales, comiendo los mismos perritos calientes y bebiendo las mismas cervezas, que siguen vendiéndose al mismo precio, con un margen de beneficio del ochocientos por ciento.

Pero es sobre todo el aroma —Budweisser derramada, palomitas, pis, salchichas italianas asadas sobre los quemadores de gas propano— lo que realmente me transporta al pasado, a la primera y última vez que estuve aquí, recorriendo este mismo paseo plagado de desperdicios, detrás de las tribunas descubiertas del ala derecha del campo de juego, intentando no mojarme ni mancharme bajo el peso de dos perritos calientes, una bolsa de cacahuetes y un refresco de naranja de tamaño grande. Mi padre, que por entonces aún mantenía su mutismo cuando estaba conmigo y con Rodney, caminaba por delante. Recuerdo subir las escaleras a lo largo del perímetro exterior del estadio mientras intentaba seguir el ritmo de mi viejo que, por costumbre, siempre subía dos o tres peldaños a la vez. Y entonces uno accedía por primera vez a esa milagrosa perspectiva del campo de juego desde las graderías más altas del estadio: una de esas visiones de la vida infantil que se graba en las neuronas como las sombras estampadas sobre el suelo de Hiroshima. El campo de juego parecía tan grande y, pese a ello, estaba rodeado de murallas: era de lejos el espacio interior más enorme que yo jamás había visto. Las miles y miles de personas. La pulcritud del césped hasta lo imposible, cortado literalmente a mano por todo el borde interno del *infield*. Los jugadores con sus deslumbrantes uniformes blancos: todos grandes, había incluso un par de ellos que eran más grandes que mi padre. La pantalla gigante, palpitando y lanzando destellos. La cálida y profunda voz que transmitía por el sistema de altavoces. Sentado hombro con

hombro junto a mi padre, comiendo perritos calientes. Era una maravilla, algo indeleble.

Y después de todos estos años tengo la misma sensación al salir del túnel, con el refresco de naranja de cinco dólares en la mano: las estrechas paredes de cemento se abren a la amplitud de esa fabulosa panorámica de césped y cielo. Recuerdo el instante en que mi padre se inclinó hacia mí y me dijo que los campos de béisbol eran las catedrales de Norteamérica y que Fenway era NotreDame. Fue lo único que dijo en todo el juego. Me detengo ahora en lo alto de la plataforma y echo una mirada alrededor con una sonrisa estúpida, mientras la gente se apretuja entre el pasadizo y las barandillas.

Todavía falta una hora antes de que comience el juego, así que me las arreglo para acercarme al *infield*, donde los Cubs practican con los bates. Bajo hasta el muro y me uno a los críos, que extienden sus gorras y rotuladores Sharpie sin parar de gritar, frenéticos, a cualquier jugador que se acerque. Rodney practica lanzamientos largos en la parte opuesta del *infield*, un poco más allá de la tercera base.

Un rasgo típico de Rodney: en el campo de juego siempre ha sido capaz de trascender cualquier otra cosa que esté sucediendo en su vida, sin importar cuán amarga o dolorosa pueda ser. En este sentido, y seguramente en ningún otro, es igual que la mayoría de los deportistas de élite: la excepcional coordinación entre su mano y su vista, así como los 180 kilos de pegada, están muy bien; pero el verdadero don que posee Rodney es la capacidad de aparcar sus pensamientos en la puerta de acceso al club, permitiendo que la memoria muscular y el instinto lo guíen. O sea, su facultad para convertirse literalmente en una máquina cuando está sobre el campo.

Por esa razón, cuando el entusiasmo inicial al verlo comienza a remitir, empiezo a preocuparme. Tiene los hombros caídos y la cabeza baja. Se dedica a lanzar la bola de forma apática y hace unos cuantos pases fáciles sobre el césped. Después coge la bola, la lanza y se gira para quedar de cara a las tribunas con su guante colgándole a un lado. El tío que está practicando con él se queda mirando perplejo la espalda de Rodney por unos segundos, antes de trasladarse al interior del *infield* a pillar bolas elevadas.

Cuando desciende las escaleras hacia la caseta del equipo visitante para volver a aparecer con un bate instantes después, me pregunto si será mejor acercarme a él antes o después del juego. Había planeado esperar al final, pero al verlo realizar unos cuantos movimientos del brazo con indiferencia mientras espera su tumo en la caja de bateo, creo que será mejor hablar con él ahora. Pero me encuentro inexplicablemente alterado, y en lo que tardo en calmar un poco mis nervios y ubicarme detrás del plato de *home* para llamarlo, los Cubs acaban con sus ejercicios con los bates y desaparecen en el

club de tribuna, mientras los ayudantes de campo se dan prisa en poner las mallas y los cestos con bolas para dejarlo todo listo para el partido.

Vuelvo hacia el sector derecho y, en el momento en que encuentro mi sitio, comienzan a anunciar las alineaciones. El estadio está ahora a punto de llenarse y tengo que forcejear con el tío sentado a mi izquierda para lograr el control del minúsculo reposabrazos. Rodney ocupa la caja en plena primera parte, pero está fuera antes de que yo haya tenido tiempo de entusiasmarme tras haber fallado al batear los tres lanzamientos, el tercero de ellos sin ni siquiera llegar a hacer un *swing.*

Hasta donde yo sé, nunca antes Rodney había fallado tres golpes seguidos. Ya en su segundo año con los Cubs, estableció el récord de la Liga Nacional con el menor promedio de *strikeouts* en toda la temporada, sólo para volver a superar ese registro al año siguiente. Está considerado uno de los mejores bateadores de doble pegada de la era moderna, una distinción nada desdeñable cuando se mira a la competencia: Boggs, Gwynn, Carew. Si lo han eliminado sin conseguir un *swing*, debe tener mayores problemas mentales de los que me había temido. Mi único deseo es que esto se acabe pronto.

Por fortuna, el juego termina convertido en un duelo entre lanzadores. Pasadas las dos horas estamos al final de la novena entrada y los Cubs van arriba 3-1, uno arriba, uno fuera. Me levanto de mi asiento y me dirijo al túnel para acercarme a la tercera base, por detrás de la caseta del equipo visitante, para con el propósito de atraer la atención de Rodney cuando regrese al final del juego. Detrás de mí, alguien se queja de la gente que está de pie cuando la bola aún está en juego; gente que, añade, ni siquiera pertenece a este sector y que probablemente debería estar en las tribunas descubiertas o en las graderías populares de la parte derecha o en cualquier otro sector de mierda donde haya comprado su entrada, de manera que los que han pagado 250 dólares por su asiento puedan tener una visión despejada. Un perrito caliente a medio comer me alcanza en plena espalda y aterriza sobre el suelo plagado de cáscaras de cacahuetes y vasos de plástico vacíos de cerveza. Ni siquiera me doy la vuelta. Simplemente, continúo esperando a que el último jugador sea eliminado.

En pocas palabras, el *rookie* de los Red Sox en segunda base encaja una bola con efecto y el juego llega a su fin. Los nueve jugadores de los Cubs se reúnen en torno al montículo del lanzador, intercambian apretones de mano y palmadas, luego se separan y caminan lentamente en grupos de dos o tres hacia la caseta. Rodney camina por su cuenta, con la cabeza hundida y el guante golpeándole el muslo. Lo llamo en voz alta, pero no me oye. Sigue con la cabeza baja y la cara ensombrecida por la visera de la gorra. El pie derecho

alcanza el primer peldaño de las escaleras que bajan a la caseta. Está a punto de desaparecer.

Vuelvo a intentarlo, gritando aún más alto. Esta vez levanta la cabeza, me ve y despliega una gran sonrisa, sin que la incredulidad ahogue su alegría.

—¡Júnior!

Se acerca al lado de la caseta que cae hada la caja de bateo, donde los asientos están a la misma altura que el campo, y allí nos encontramos. Un hombre uniformado con la chaqueta de Fenway Security me pone una mano encima para detenerme, pero Rodney le dice que no hay problema, así que salto el muro y me dejo caer en el campo. Nos fundimos en un abrazo.

—Papá… —dice Rodney.

—Ya lo sé —lo interrumpo.

—¿Cómo lo sabes?

—No importa, Rod. Se pondrá bien. Me estoy ocupando de ello.

Se queda mirándome por un instante.

—Te encargarás, ¿verdad? —me pregunta—. Lo vas a cuidar, ¿no?

—Por supuesto.

—Vale. —Y vuelve a sonreír satisfecho—. Qué gusto volver a verte —me dice, dándome un sonoro espaldarazo con una de sus grandes manos.

Una creciente masa de niños se acumula contra el muro, llamando a Rodney y extendiendo las omnipresentes gorras y los bolígrafos Sharpie.

—Tienes asuntos que atender —le digo—. Escúchame, Rodney: ¿qué tal si vamos a cenar juntos esta noche?

—Claro. Me encantaría —contesta y coge una bola y la firma sin dejar de mirarme.

—Hay un Bertucci junto a Kenmore Square.

—Me gustan los restaurantes italianos.

—Lo sé, no lo había olvidado. ¿Nos vemos allí a las ocho?

—Allí mismo.

—Muy bien. Y escucha una cosa, Rod. No le digas a nadie que me has visto, sobre todo a papá o a mamá. ¿De acuerdo?

—Muy bien.

Confiar en Rodney es algo sencillo: nunca se le ocurriría decirme una cosa y hacer otra.

Pero cuando llego al Bertucci a las ocho y diez, Rodney no está. Espero en la barra durante casi una hora, bebiendo agua mineral y hundiendo la *focaccia* de cortesía en el aceite de oliva, mientras el sitio se va llenando de profesionales jóvenes con traje. Rodney jamás me daría un plantón, especialmente en estas circunstancias. Esto no

tiene ningún sentido. Pasado un rato se me ocurre cruzar corriendo la calle para entrar en un Store 24, donde compro el periódico y reviso el calendario de los partidos de béisbol y claro… Los Cubs juegan mañana contra los Dodgers en Wrigley. Rodney había olvidado que le tocaba viajar.

Bueno, tal vez sea mejor así porque, si bien sigo esperando que crezcan los cultivos, tengo mucho que investigar. Regreso andando al hotel y le envío un *e-mail* a Sawyer para pedirle dinero. Luego me paso el resto de la noche comiendo *pretzels* de la máquina expendedora del salón y leyendo las últimas novedades sobre terapias génicas, sobre lo cual se ha escrito mucho, aunque la mayoría no sirve para nada.

Sawyer responde a la mañana siguiente asegurándome que tendré todo el dinero que necesite. Además me cuenta que, para mi suerte, para la de él y, digámoslo claro, para la de toda la humanidad, la prueba de la métrica de Alcubierre fue un éxito. Luego me advierte de que estuve muy cerca de cruzar la línea prohibida al haberme visto con mi hermano y que más me valía que Rodney mantuviera su palabra de no decir nada a mis padres. Pero ni siquiera Sawyer, con todos sus informes y archivos, sus cámaras satelitales que pueden ver desde su órbita espacial si el penique que cae sobre la acera marca cara o cruz, ni siquiera él conoce a mi hermano como lo conozco yo. Pese a todo lo veleidoso que puede llegar a ser, Rodney es completamente fiable a la hora de guardar un secreto.

En el curso de las dos semanas siguientes adopto una fructífera rutina, que hasta podría llegar a ser agradable si su fin último no fuese luchar contra el tenebroso espectro de la muerte de mi padre. Los cultivos alcanzan la madurez antes de lo que había previsto, lo que por una parte es bueno, porque me permite comenzar las pruebas; pero por el otro es malo, por supuesto, porque hay una correlación entre cuán rápido crecen las células en una placa de Petri y cuán rápido crecen en el cuerpo. Para tratar los cultivos utilizo varias combinaciones hechas con frutas, hierbas, cartílagos bovinos, lagartos congelados, con el objeto de realizar pruebas, observaciones, alternar combinaciones, modificar las dosis y volver a hacer las pruebas otra vez.

Cada tarde hago una pausa en el trabajo, me voy andando a la cervecería Boston Beer Works y por el camino me hago con un ejemplar del *Globe*. A esa hora del día el sitio suele estar vacío, a excepción de unos cuantos practicantes del suicidio retardado sentados alrededor de la barra a una distancia segura entre sí. Yo me tomo una cocacola o una cerveza sin alcohol O'Doul's mientras paso las páginas del periódico, empezando siempre por la sección de deportes para comprobar los resultados del béisbol. A pesar de que

nunca llegamos a cenar juntos, nuestra conversación le debe de haber llegado a Rodney al corazón porque desde entonces ha estado bateando como lo ha hecho toda la vida: un promedio de .382, con 5 *home runs* y 16 carreras impulsadas en 19 juegos. No ha vuelto a fallar con el bate en ningún partido.

Todo comienza a encajar: mi padre sigue el tratamiento, Rodney está feliz y jugando en buena forma, la métrica de Alcubierre funciona como un guante y la cura para el cáncer de mi padre está más o menos cantada. Los días que hace buen tiempo me siento en la terraza de la cervecería, pido que me rellenen mi vaso con soda mientras observo a la gente pasar con sus vidas a cuestas y pienso que tal vez me gustaría ser uno de ellos. Tener una vida. Proyecto mi pensamiento al futuro: me imagino un momento en que mi padre ya se encuentre bien y yo esté libre de mis obligaciones con Sawyer, y pienso que tal vez llegue a restablecer el contacto con Amy y me instale con ella para construir algo juntos en los pocos años que quedan antes de que todos debamos abandonar el barco.

Pero un lunes por la tarde, cuando todo marcha sobre ruedas y nada puede salir mal, Sawyer llama por teléfono.

—¿Qué clase de progresos estás haciendo? —Típico de Sawyer, directo al grano, sin el más somero saludo.

—Las cosas avanzan —le cuento—. ¿Por qué no he recibido los informes de radiología de Brockton esta semana?

—Bueno, nuestras preguntas apuntan hacia lo mismo —comenta Sawyer.

Vuelve a apoderarse de mí el frío: los carámbanos me pinchan, me traspasan.

—Vale —logro responder—, entonces, supongo que me vas a decir que la tomoterapia no está funcionando bien. Pese a todo, necesito los detalles, los informes.

—Los detalles son los siguientes: es un completo fracaso. El tumor en el pulmón ha crecido considerablemente. Además, la tomografía por emisión de positrones revela nuevas áreas de alta absorción de glucosa en el cerebro, en varios ganglios linfáticos y, lo que es más alarmante, en el páncreas.

Sawyer deja pasar un instante para que vaya asimilando esto. Yo no digo nada.

—Ha perdido once kilos en dos semanas —continúa Sawyer—. Aún peor, estas últimas noches, mientras permanece despierto sobre la cama con tu madre, que se hace la dormida a su lado, ha comenzado a darle vueltas, aunque por poco tiempo, al suicidio.

—Vale, Sawyer. ¿Y tú cómo sabes eso?

—Ojalá no lo supiese —me contesta.

Pienso en la vida de mi padre y, al hacerlo, me invade un

arrebato espontáneo, caliente como la sangre fresca. Pienso en su carrera perdida como jugador de béisbol y en todos los años que pasó trabajando por casi nada. Pienso en el dinero que nunca tuvo, gastado en porquerías que nunca funcionaron: la nevera que se murió justo después de expirada la garantía y cuánto costó toda esa comida que acabó podrida; la tele en color con menos de un año de duración, que dio su último destello durante el cuarto juego de la Serie Mundial del año 86; las bicis Desert Desperado iguales que compró para Rodney y para mí, y que comenzaron a caerse a pedazos prácticamente en el mismo instante en que nos montamos, y en los reiterados intentos de mi padre de arreglarlas pero que fueron en vano, siempre en vano. Pienso en lo que debiera esperarle en el más allá y me asalta una visión de él haciendo el papel de Sísifo. Pero en lugar de tener que vérselas con una roca, está obligado a empujar ese puto coche, el Country Squire familiar de color verde, una y otra vez, ladera arriba, hasta llegar a la cima y verlo rodar hacia abajo. Y debo admitir que una diminuta parte de mí lo odia por arrastrar esa vida tan esforzada, por toda la eternidad, sin quejarse.

LA CARRERA POR EL PREMIO

27 TIENES casi una semana para descubrir una cura. Si tardas más, ya será muy tarde. De manera que tienes que tomar una decisión. Ante una situación así sólo existen dos opciones.

La primera es que dejes a tu padre morir. Perdona que te lo digamos de forma tan directa, pero llegados a este punto ya no hay razones para seguir empleando eufemismos.

La segunda opción es matarte para salvarlo a él. Porque no te equivoques: si quieres descubrir la fórmula correcta en menos de una semana, tendrías que pasar todo ese tiempo en el laboratorio, sin perder una hora para comer o dormir, y para alcanzar ese nivel de resistencia no te quedaría otra que echar mano de las pastillas que te pasó Clark. Ni que decir tiene que ésa es una iniciativa arriesgada para cualquier persona, por no hablar de un alcohólico y drogadicto escasamente reformado que sólo logró la sobriedad tras haber permanecido encerrado en Bulgaria. De modo que, por tu propio bienestar, te rogamos que no olvides que sólo tienes dos opciones reales, a cual más desagradable.

26 Te vas al baño, coges el bote de anfetas misteriosas del botiquín y le das vueltas sobre la palma de tu mano, reflexionando. Pasados los primeros momentos de duda, le quitas la tapa al bote y te tragas un par de píldoras a palo seco. A continuación, pones rumbo a los laboratorios. Una de las características de la droga es la velocidad con la que alcanza el torrente sanguíneo. Los efectos son absurdamente rápidos y asombrosos, el colocón más claro que has experimentado nunca. Vas zumbado como una dinamo y avanzas por las calles como si la fricción hubiese sido abolida de las leyes naturales. Cuando has terminado de recorrer la distancia que te separa de los laboratorios Merck, te sientes bastante seguro de que, si friera necesario, podrías levantar un Volkswagen en dos tiempos, como unas pesas. Tenemos que advertirte de que no eres capaz.

Te pones a trabajar y el paso del tiempo se convierte en una nebulosa psicodélica de veinte y treinta horas continuadas de sesiones en el laboratorio, puntuadas por los bajones provocados por la metanfetamina durante los que te acurrucas en una esquina y gritas con la cabeza entre las manos. Alternativamente, te asomas a la ventana y lloras a mares ante la belleza del mundo. Nada de alimento. Nada de sueño. Has comenzado a masticar las pastillas, aunque ni tú ni nosotros sabemos bien por qué. Orinas en una botella que antes contenía Gatorade sabor melón intenso. La única ocasión en que sales

del laboratorio es para ir a vaciar ese recipiente: como se trata de una botella de dos litros y tú apenas ingieres líquido suficiente como para permanecer con vida, tampoco tienes que salir muy a menudo. La única comunicación con el exterior ocurre cuando eres capaz de recuperar la compostura durante el tiempo suficiente como para ir a telefonear a Sawyer para pedirle más droga; una petición a la que accede. En otras circunstancias, sería lícito preguntarse por los motivos de Sawyer, ya que él es consciente del estado mental que la droga te ha provocado. Pero, al mismo tiempo, está al tanto de que no existe otra forma de que todo esto funcione, de modo que acepta hacer el envío, aunque no sin recelos.

Se produce un agónico intervalo de unas cuantas horas entre la ingestión de la última pastilla y la llegada del mensajero con la nueva provisión a la puerta del laboratorio. Le arrebatas el paquete, rasgas la caja y arrancas la tapa del bote, y sólo después de echarte tres pastillas a palo seco recuperas la calma suficiente como para firmar sobre la pantalla del dispositivo para confirmar la recepción del envío.

25 A pesar de la intensidad de tu esfuerzo, las células continúan creciendo y multiplicándose con una obstinación letal e irrefrenable. Consigues que varios cultivos se retrasen en distintos grados, pero retrasar la muerte de tu padre no es el objetivo, en ningún caso. Una de las muestras cesa del todo su crecimiento casi dos días completos, durante los cuales tú retienes imaginariamente el aliento. Pero, al tercer día, las células retoman su avance con furia renovada, como si estuviesen indignadas por el intento de destruirlas.

24 Hacia el final de la semana te pasas varías horas atenazado por un dolor en la parte baja de la espalda que te obliga a tumbarte de lado sobre las baldosas del laboratorio, sin dejar de gimotear. Te echas una mano a la espalda para masajear los músculos porque éste parece ser el peor dolor lumbar en la historia de la humanidad. Sin embargo, la agonía proviene en realidad de tus riñones, que comienzan a dar las primeras señales de una severa insuficiencia. Y pierdes el sentido. Cuando vuelves en ti, el dolor ha disminuido hasta convertirse en un achaque. Sientes unas repentinas e inaguantables ganas de orinar y, cuando lo haces, ves salir algo del mismo color y consistencia que el jarabe de arce, que tiñe con un color marrón espantoso el **líquido** que ya reposaba en la botella.

Tus riñones están inundados de toxinas y tejido muscular necrosado, rabdomiolisis. Es un problema grave, muy grave. Aunque es comprensible que te resulte difícil pensar con claridad en estos momentos, tienes que poner orden en tu cabeza porque estás a punto de tomar la decisión más importante de tu vida. Es posible que una nueva dosis de pastillas acabe contigo, aunque sin ellas no hay forma

de que puedas continuar trabajando, lo que con toda certeza significa que tu padre morirá.

23 No es una decisión en la que podamos ayudarte, por desgracia. Sólo tú debes decidir, aunque no estás seguro de contar con el coraje para hacerlo. Te apoyas contra la banqueta de trabajo y piensas que lo más seguro es que, en el momento de engendrarte, tu padre tenía la esperanza de que vivirías más tiempo que él. A él no le gustaría verte morir por salvar su vida.

Perdónanos, pero nos sentimos obligados a aclararte un error evidente en ese razonamiento: tu padre ya ha pasado por el dolor de haberte perdido. Hasta donde él cree, tú has estado muerto durante los últimos ocho años. Si tú vuelves a morir de nuevo, no habría mayor diferencia porque nunca se enteraría. Sawyer se encargaría de que tu cuerpo desapareciera discretamente y Rodney se llevaría a la tumba el secreto de vuestro encuentro en Fenway, tal como tú se lo pediste.

22 Intentas ordenar tus pensamientos. La fórmula final cuelga suspendida en el éter casi al alcance de tu mano; saber cuán cerca se halla la respuesta, hace la situación aún más desquiciante. Estás seguro de que tienes la combinación precisa de componentes: sólo tropiezas con las proporciones. Lo que no deja de sorprendemos, teniendo en cuenta que estás casi muerto, es la fuerza con la que se ve aguijoneada tu vanidad intelectual ante el hecho de quedar sin respuesta. Es algo que te saca de tus casillas. No porque tu padre se esté muriendo, sino porque tienes la inteligencia suficiente como para resolver esto.

Esta rabia, más que el amor, será la que finalmente te haga ponerte en pie. Te afirmas cómo puedes a la mesa, coges el bote y, sin el menor rastro de heroísmo, te tomas una pastilla más.

21 Sin embargo, según nuestra opinión, toda esta demostración es la más pura definición de lo heroico. Y podemos sostener esto aun teniendo en cuenta el más básico y primordial apetito que te caracteriza como adicto múltiple: en este caso, dicho apetito sólo correspondería a cerca del 10 por ciento de la motivación que sientes por tomar otra pastilla. Un 5 por ciento adicional se puede atribuir a tu deseo inconsciente de morir, mientras el restante 85 por ciento es simple y heroicamente imputable a unas ganas de ayudar a tu padre que resultan tan fuertes que te llevan a olvidar el imperativo biológico número 1: el instinto de supervivencia. Estás poniendo en riesgo tu propia vida por otra persona, independientemente del montón de motivos que puedas esgrimir. Y, aunque ponemos en duda la sabiduría

que implica asumir este riesgo, nos resulta muy difícil observarte sin sentirnos inspirados y admirados en igual medida, razón por la cual te ofrecemos lo siguiente, en señal de aprecio por tu valentía y (bueno sí, debemos admitirlo) porque tememos por tu vida:

Pese a lo que tú crees, la fórmula carece de un ingrediente: las humildes judías mung, en una proporción de dos partes por los demás componentes, son la carta mágica que traerá la mejoría a tu padre.

20 De modo que sí, sí que estabas equivocado en algo, y sentimos tener que ser nosotros quienes te lo digamos porque sabemos que tu sentido de la identidad —hasta donde se puede decir que lo tienes— se basa en tu intelecto, en tu capacidad de razonar y deducir. Ésa es la verdad, no tienes mucha más identidad que ésa, por lo cual entendemos tu decepción y la vergüenza que te provoca. Tal vez pueda reconfortarte el hecho de que, si contases con el tiempo suficiente, no cabe duda de que lo habrías llegado a resolver por ti mismo. Nosotros simplemente decidimos que, teniendo en cuenta las circunstancias, era más beneficioso, tanto para ti como para tu padre, que nos adelantáramos a lo inevitable.

19 Ahora, aún mermado por la disfunción casi fatal de tus riñones, aunque lo suficientemente reanimado por el efecto de la pastilla, te pones de nuevo a mezclar las cantidades adecuadas para dar con la fórmula correcta. Vas a necesitar dosis de 280 gramos diarios para todo un mes. Lo cierto es que no se trata de un gran volumen, pero es el trabajo minucioso —preparar los distintos ingredientes con la preocupación de medir en microgramos— lo que acaba pasándole factura a tus ya disminuidos recursos físicos y mentales. Finalmente, llega el momento de realizar la mezcla. Incluso esto resulta todo un reto porque muchos de los ingredientes no pueden ser cocidos para evitar que pierdan sus propiedades, por lo cual no puedes emplear el calor para fusionar todos los componentes.

Te encuentras abotargado y lento, y la boca te sabe cómo si hubieses estado chupando un par de monedas viejas. Los calambres se han agudizado en tu costado derecho y, para compensar, te inclinas hacia la derecha como un barco varado. Tardas todo un minuto en atravesar el laboratorio y otros treinta segundos en abrir el bote para echarte dos pastillas en la palma de la mano. Los dedos se te han hinchado hasta el punto de que los nudillos han desaparecido, por lo que tus manos no logran flexionarse ni asir nada con normalidad. Logras llevarte las pastillas a la boca, pero no consigues tragártelas porque tienes la lengua hinchada y seca, y las papilas gustativas se te han puesto como velero. Te sientas en el suelo y haces el intento de tragar una y otra vez, para que bajen. Avanzan cerca de medio

centímetro con cada intento de tragar, pero inmediatamente vuelven a quedar adheridas. Cada vez se hace más doloroso, como una larga y angosta quemadura dentro de tu garganta, y sin embargo tienes que hacer que las pastillas bajen; de otro modo, no tendrás energía para preparar los paquetes con la mezcla que le quieres enviar a tu padre. Entonces te das cuenta de que no tienes nada para empaquetar: ni recipientes para las dosis individuales, ni cajas para embalarlos, ni plástico con burbujas para proteger las cajas que tampoco tienes, ni cinta para sellar. Nada.

18 El tiempo sigue pasando, pero en tu estado casi zombi apenas te das cuenta. En cierto momento te percatas de que hay un hombre de pie junto a ti. Reconoces su pelo rubio cortado a cepillo y sus asombrosos pómulos, aunque no sabes exactamente cómo o de dónde lo conoces. Te pasa una botella de agua con las palabras *Poland Spring* en la etiqueta y te dice «Bebe. Pero sin prisa». Incluso usando ambas manos te cuesta levantar la botella para llevártela a los labios. «Sin prisa», dice otra vez, y tú tragas y te empapas el pecho con agua.

—¿Cuánto hace que tomaste las pastillas por última vez? —pregunta el hombre.

—Ahora, hace un momento —jadeas, y las palabras apenas han salido de tu boca cuando el hombre realiza un par de rápidos movimientos para sujetar tu cabeza hacia adelante, abrirte la boca e introducirte en la garganta lo que parece ser un bolígrafo. De un salto, se echa atrás cuando comienzas a vomitar con una violencia que jamás habrías considerado posible en tu estado de postración. Cuando has terminado con las arcadas y los vómitos, bajas la vista y ves las pastillas en el suelo, entre tus piernas, enteras y brillantes, flotando en un charco de agua viscosa.

El hombre vuelve a pasarte el agua.

—Bebe —te dice. Luego echa una mirada alrededor del laboratorio y se fija en el agitador que contiene la medicina para tu padre. Entonces apunta con el dedo y te pregunta—: ¿Eso ya está listo?

—Sí —le respondes tú, aun luchando por llevarte la botella a los labios sin derramar más agua—. Pero tiene que ser empaquetado y enviado.

—Lo sé —contesta y te pone las manos bajo los brazos y tira de ti hasta ponerte en pie—. Primero tengo que llevarte al hospital.

—Pero tiene que hacerse de forma correcta —le explicas—. Embalado con hielo seco. En contenedores al vacío. Y tiene que ser ahora mismo.

—Ya he recibido mis instrucciones —aclara el hombre. Sujetándote del hombro, te conduce fuera del laboratorio en dirección

al ascensor y bajáis hasta el acceso. Cuando ya vas por la mitad del vestíbulo, el mundo se vuelve nebuloso y, de pronto, desaparece del todo.

JUNIOR

LO SIGUIENTE de lo que me entero es que estoy entrando en lo que parece una sala de urgencias. Hay doce camillas en batería, una al lado de la otra, en el mismo pabellón; las dos últimas aisladas con cortinas. Los ocupantes de dichas camillas tienen un aspecto demacrado y sucio, esa clase de suciedad, como la de los sin techo, en que la mugre se ha integrado a nivel molecular con la piel y requiere de siete u ocho restregones contundentes para extraerla. Estoy conectado a toda clase de tubos y cables. No es que me sienta mucho mejor que antes, pero el dolor en mis costados ha desaparecido y mis dedos ya no se parecen a unas salchichas vienesas, lo que sólo puede ser una buena señal.

No sé cuánto tiempo llevo aquí postrado. Sin ventanas cuesta decirlo. Hace ya rato que estoy con la vista fija en el tubo del fluorescente, preguntándome si Clark habrá conseguido empaquetar todo correctamente y enviarlo. En eso aparece el propio Clark y monta un pollo porque me han puesto aquí, en el pabellón de los yonquis, como si fuera un drogadicto callejero más.

—Pero ¿es que no tenéis ni la menor idea de quién se trata? —pregunta Clark apuntando hacia mí—. ¿No sabéis lo importante que es?

No lo saben. Basta con ver su expresión perpleja y un tanto divertida con la situación.

—Muy bien —remata Clark.

Saca un móvil de su bolsillo y realiza una breve llamada. A continuación, se acerca a los pies de mi camilla con los brazos cruzados, en clara señal de espera, mirando desafiante al doctor y a las enfermeras de la sala. No han pasado ni diez minutos cuando aparece un doctor de más edad con su bata blanca y le estrecha la mano a Clark, mientras le ofrece sus disculpas. El resto del personal intercambia miradas de preocupación. Lo siguiente que puedo ver es que me han trasladado a una habitación privada en los pisos de arriba, con una suntuosa vista a las casas victorianas de Back Bay.

Al día siguiente recibo una nota de Sawyer que me hace llegar a través de camillero:

Tu padre ha recibido la medicina. Comenzó a tomarla enseguida. Se ha quejado del sabor. Quién puede culparlo.

Una semana más tarde, tres días después de haber comenzado a comer sólidos y cuando empiezo a sentirme lo suficientemente bien

como para echar de menos el tiempo estival que puedo ver del otro lado de la ventana:

Nueva tomografía muestra una considerable reducción del tamaño del tumor primario. Más de una docena de ganglios linfáticos anteriormente afectados han dejado de dar señales de absorción de glucosa.

Una semana después me trasladan a un centro de desintoxicación a las afueras de Washington, donde, pese a solicitar repetidamente ropa normal de calle, me obligan a llevar un pijama hospitalario por ser un paciente en la «fase uno». No está claro qué me piden, si es que hay algo concreto, para alcanzar la «fase dos». Después de pasar cuatro días aquí, está claro que el método de tratamiento preferido consiste en infantilizar a los adictos: pijamas, cubiertos de plástico, espejos de metal, ejercicios matinales obligatorios de gimnasia con música de fondo de la película de los teleñecos, ejercicios de terapia ocupacional que podrían ser fácilmente resueltos por alguien con la inteligencia de un subnormal de cuatro años de edad, etcétera. Pero en ese momento llega una buena noticia:

Los doctores, incrédulos, solicitan una segunda tomo— grafía. No dejan de encogerse de hombros y de hacer referencias a Dios.

Y tres semanas más tarde, el día en que me dan de alta del tratamiento de desintoxicación:

El tratamiento ha finalizado. Las pruebas, incluidas las de sangre, un escáner computarizado y una segunda tomo— grafía, no detectan nada maligno. Se habla de remisión. Balance final: padre curado de enfermedad terminal: 1. Oncólogos reconvertidos al catolicismo que profesaban en la juventud: 1. Si quieres, eres libre de visitar a tu familia. Tómate un par de semanas.

Pero decido que ahora me sobra tiempo para hacerlo: le daré un mes o dos a mi padre para que recupere sus fuerzas y gane algo de peso antes de someterlo a la conmoción de ver otra vez a su hijo difunto. Así que, en lugar de ello, regreso esa tarde en un sedán con chofer a la sede central de la Agencia Nacional de Seguridad y me monto en el ascensor rumbo a mi despacho. Me encuentro con Spergel y Ross, así como con el resto de la plantilla, y se produce un intercambio general de palmadas y felicitaciones por el éxito obtenido con la métrica de Alcubierre. Por mi parte, les doy las gracias a todos y de forma extensa porque, pese a que nadie sabe por qué he tenido que irme, soy muy consciente de que, si no hubiesen logrado hacer la

prueba con éxito, mi padre estaría muerto. La intensidad de mi gratitud parece dejarlos desconcertados, aunque complacidos también, particularmente a Spergel. Sonriendo, me dice:

—Está claro que no pareces el de siempre.

Y yo le sonrío y le digo:

—Hombre, hasta merezco sentirme entusiasmado por salvar a la humanidad.

—Me imagino que tienes razón.

Me paso los siguientes días vagueando en mi despacho, haciendo como si estuviese ordenando mis archivos, respondiendo a alguna llamada ocasional de los representantes de Boeing o Lockheed, unos tíos que se dedican a besarme el trasero hasta que decido no tolerarlo más y corto. Lo único que quiero hacer, casi todos los días, es subir y sentarme fuera, en el jardín, en mi nuevo banco favorito, para ponerme de cara al sol y deleitarme en silencio por el trabajo realizado. No es algo que me haya permitido en muchas oportunidades a lo largo de mi vida. Deleitarme. Pero ahora tengo muchas buenas razones. Me siento, Dios me perdone, en un estado similar a la felicidad.

Sawyer aparece por mi despacho unos días después, con un aspecto pálido y macilento, sobre todo triste, y resulta horrible, ni siquiera provoca miedo, ver una emoción así en su cara. Y, antes de que tenga la oportunidad de contármelo, yo ya lo sé, por supuesto que lo sé, porque, por una parte, siempre he esperado lo peor y, por otra, jamás la vida me ha enseñado a esperar otra cosa. Por eso, cuando abre la boca para hablar, yo me cojo la cabeza entre las manos y, cerrando los ojos, le pregunto:

—¿Cómo ocurrió?

—Iba conduciendo su Mustang —responde Sawyer tras una pausa. Con cuidado, coloca una mano sobre mi escritorio como si se tratase de una parte de mi cuerpo. Es evidente que quiere proporcionar alguna clase de consuelo físico, pero no sabe muy bien cómo se hace algo así.

Una inesperada presión recorre mi cráneo. Mi pulso retumba y un gran estruendo incongruente llega a mis oídos, como si de pronto me hubiesen dejado caer en mitad de Times Square al mediodía. El vómito sube tibio y ácido por mi garganta. Los músculos de mis brazos y piernas se echan a temblar. No pasa mucho hasta que me convenzo de que también yo estoy a punto de morir, porque tanto sufrimiento físico prolongado como el que me aqueja no parece ser compatible con la vida.

Por extraño que parezca, no se me saltan las lágrimas. —¿Fue embestido por otro coche?

—No. Fue el único coche involucrado. Volcó. Se estrelló contra un

árbol por el lado del conductor.

—Eso no tiene ningún sentido —exclamo, con la cabeza aún entre las manos—. Es alguien muy cuidadoso, un muy buen conductor...

—Lo sé —dice Sawyer—. Todo eso ya lo sabemos. Por esa razón hemos enviado a alguien para verificarlo todo. Según la policía local, se quedó dormido al volante. Nuestro hombre está de acuerdo con esa versión.

—¿Que se quedó dormido?

—Sufrió algún tipo de pérdida de conciencia —aclara Sawyer—. Ya sabes, debe de haber mil explicaciones posibles para una pérdida de conciencia inesperada y muchas de ellas no pueden ser descubiertas por la autopsia. Aunque estamos esperando a que nos lleguen los resultados, en cualquier caso.

Extiendo mi mano hacia él en un gesto de no querer oír palabras como «autopsia» en estos momentos.

—Lo siento, Junior —se disculpa Sawyer—. Pero pensé que debías saberlo. Una vez que la conmoción inicial haya disminuido, te interesará saber estas cosas.

—Dame un minuto —le pido.

El reflejo del vómito se ha activado otra vez e intento atraer con el pie la papelera que se encuentra junto al escritorio para colocarla entre mis piernas. Pero he perdido la motricidad fina y acabo vomitando en el suelo.

—Cálmate —dice Sawyer. Ha desplazado su mano desde el escritorio para posarla con inseguridad sobre mi hombro.

Me la sacudo de encima, literalmente: me pongo de pie de un salto y me alejo de él, secándome la boca con una mano.

—Estoy bien, estoy bien —le digo.

Revuelvo entre las cosas que tengo sobre el escritorio como si hubiese perdido algo especial, aunque no tengo ni idea de qué podría ser.

—No estoy convencido al cien por cien —replica Sawyer.

—Voy a salir un momento —le digo sin mirarlo, bordeando el escritorio a tientas, para encaminarme hacia la puerta y salir. Sorprendentemente, Sawyer no me dice nada y se limita a verme partir.

Al llegar arriba me encuentro con otro fascinante día de verano. Tony, el oficial de seguridad al que he llegado a conocer por el nombre durante mis últimos paseos diarios, me dice hola. Yo ignoro el saludo y sólo le digo: «Consígueme un coche.» Es todo lo que logro hacer. Algo tan simple como decir «hola» parece ahora más allá de mi capacidad intelectual, por no hablar de pronunciarlo. Pero no estoy tan ido como para no darme cuenta de la cara de pensé-que-éramos-amigos que pone Tony, dolido, cuando se acerca el radiotransmisor a

la boca para solicitar un vehículo.

Me imagino que, si ni siquiera soy capaz de saludar, ponerme al volante no es la mejor idea. Pero no tengo que ir muy lejos, porque el Bill’s Lounge sólo se encuentra a poco más de dos kilómetros, en Annapolis Road. Consigo llegar bien hasta allí, pero al aparcar le doy un golpe al guardabarros trasero de un Grand Marquis aparcado frente al bar. Dejo el coche en un ángulo de 30 grados respecto del bordillo con el culo del sedán asomando en mitad del carril.

En el Bill’s no hay ventanas y la puerta de cristal ha sido cubierta con papel pinocho de color negro. Dentro está oscuro y fresco, como una de esas noches perpetuas en las que un borracho puede pasar meses perdido con sólo entrar una vez. Suena una canción suave de Conway Twitty. Los soldados rasos de cabeza rapada y los obreros me clavan una mirada desconfiada. Me siento junto a la barra y pido un whisky doble. Cuando el camarero me pone un vaso delante y comienza a servirme, dejo dos billetes de cien dólares sobre la barra y le digo que se ahorre su tiempo, que mejor deje esa botella de Glenfiddich donde yo pueda alcanzarla.

Como ha pasado tanto tiempo desde mi último trago, no tardó mucho en perder la cabeza. Al cabo de un rato ya me he trasladado a una mesa con un par de soldados con los que hemos comenzado a hacernos amigos, aunque es probable que la palabra correcta no sea «amigos», porque lo único que hago es mentirles de forma descarada acerca de todo, mientras ellos sólo están sentados conmigo porque el whisky es gratis y abundante. A pesar de todo, parece un buen trato hasta que mi ánimo se descompone súbitamente y sólo tardo dos segundos exactos en pasar de las carcajadas a las intenciones suicidas.

Mirando a uno de los soldados, le digo que me suelte un puñetazo en la cara.

—¿Qué? —pregunta. Y se vuelve hacia su compañero con expresión de «¿es verdad lo que acabo de oír?». Los dos se echan a reír.

—Vamos —insisto yo—. Pégame.

Ambos tienen la vista puesta en mí y sonríen de oreja a oreja, incrédulos, como si no supieran si tomarme en serio, aunque parece que se lo están pensando.

—Tengo una idea mejor —exclamo yo, echando mi silla hacia atrás y hablándoles de pie—. ¿Qué tal si los tres salimos al patio trasero y vosotros dos me dais la paliza de mi vida y luego cogéis mi cartera, mi teléfono y cualquier cosa de valor que encontréis y me dejáis allí tirado, desangrándome?

—Pero ¿qué cojones? —suelta uno de los soldados entre risotadas.

—Venga, vamos. —Sirvo tres vasos de whisky, salpicando toda la mesa—. ¿Me estáis escuchando? Los dos sabéis muy bien que, en

cuanto me visteis entrar, pensasteis en desplumarme. ¿O me equivoco?

Ambos intercambian una mirada y sonríen sin decir nada.

—Correcto. Estoy en lo cierto. Por favor, caballeros, beban ustedes. —Alzo mi vaso y lo vacío de un trago—. Pensad por un momento que le acabo de dar doscientos dólares al camarero por una botella de whisky que vale cuarenta. ¿No os hace eso imaginar cuánto puede quedarme aún en la cartera?

—Probablemente mucho —dice el más hablador.

—Probablemente mucho —confirmo.

—Mike —dice el otro soldado—, no sé qué se trae este tío entre manos.

Yo levanto la mano y le suelto una tremenda bofetada en plena cara. El soldado se queda mirándome con los ojos abiertos de par en par.

—Pues ahora ya lo sabes.

—Hijo de *puta*.

—Te espero fuera —le digo. Cojo la botella y echó a andar hacia la puerta, caminando inclinado.

Cuando el más hablador me da con la bota en el estómago y se queda con los brazos a los lados, yo consigo mantenerme en pie y le lanzo un gancho descendente con toda mi furia. Sin saber cómo, le atizo en plena jeta. Las dos paletas se le parten como la tiza de una pizarra y yo me siento mucho mejor que hace un momento, tanto que incluso cuando logran derribarme sobre la acera y me rompen la nariz y ya no puedo abrir los ojos y me pisan una mano para hacerla papilla, no puedo evitar sentirme muy, pero que muy bien. Y me echo a reír, a través de la sangre y de los dientes destrozados, a reír sin parar hasta que pierdo el conocimiento.

AMY

ESTOY esperando al taxi que me llevará al aeropuerto. En el suelo, a mi lado, descansa mi bolsa para viajes de fin de semana y lo ideal sería poder mirar a través de la ventana. Pero las únicas ventanas en el vestíbulo tienen los vidrios tintados y no dejan ver nada. Me siento un poco tonta mirando la puerta, pero es que no me quiero dar la vuelta y tener que quedar de cara a Oscar. Como es natural, él no quiere que me vaya. Está de pie detrás de mí y, sin necesidad de mirar, sé que tiene las manos metidas en los bolsillos de los pantalones, en la típica pose estúpida e inútil que adopta cuando estamos enfadados.

Me imagino que, cuando la forma de estar de pie de una persona comienza a sacarte de quicio, seguramente es una buena señal de que la historia se ha acabado.

—Nunca he conocido a una chica que viaje con menos equipaje —comenta Oscar—. Una bolsa. Una bolsa *pequeña.*

Quiere que piense que se trata de un comentario espontáneo, un pequeño intento de relajar la situación, pero lo que en realidad hace es sondear en busca de información. Está esperando a que yo diga algo como «¿Para qué iba a cargar con todo un montón de porquerías si sólo viajo por un par de días?» Porque todavía no hemos discutido cuánto tiempo estaré de viaje y él teme que sea un viaje muy largo. Tiene miedo de que me vaya para siempre.

Tal vez sea mejor que no tenga los cojones para preguntármelo directamente porque no sabría qué responderle.

Lo que es extraño es que ni siquiera nos hemos peleado. No hay gran cosa que discutir, aparte del hecho de que cojo un vuelo de regreso al este para asistir al funeral del padre de mi difunto ex novio. Pero todo eso no tiene nada que ver. De lo que se trata es de esa lenta deriva que va separando a veces a las parejas, como el avance de los continentes, sigiloso e intangible. Porque es algo tan gradual que, en ocasiones, uno puede continuar durante años haciendo lo correcto para convencer a todos los que te rodean, incluso a ti misma, de que tú eres la mitad de una pareja saludable y viable. Pero tú siempre has sabido, con creciente certeza y claridad, que la relación es como una criatura que no muere, una relación zombi. Y al igual que un zombi, continúa tambaleándose hacia delante, imitando a algo vivo aunque sin calor, ni alma. Ni pulso siquiera.

Eso es lo que somos Oscar y yo en estos momentos: un colectivo zombi, descompuesto y pútrido, cayéndose a pedazos. Avanzando a tropiezos, maquinalmente, gimoteando. Con nuestra estupenda casa

en la ciudad y *Camus*, nuestro *golden retriever*, y con nuestros amigos de izquierdas, de corazón progre y opiniones bien elaboradas. Con sus trabajos no remunerados de fin de semana para salvar a los niños del Tercer Mundo y dar de comer a la gente de la calle. Esos putos híbridos. La mayoría de las mujeres consideran que cualquier postura que no sea el misionero es el vicio máximo y me juego la vida a que ninguno de esos tíos ha participado en una pelea a puñetazos. Y de alguna forma, los únicos números que tengo en mi móvil pertenecen a esta gente.

Una pregunta que me hago a menudo últimamente: «¿Soy tan patética que, por evitar quedarme sola, voy a acabar rodeada de gente a la que detesto?»

No soy patética, me digo a mí misma, por aferrarme a Oscar y a nuestra vida durante tanto tiempo. Estoy cansada de fallarle a la gente todo el tiempo, cansada de preocuparme por acabar rota. Pero, mientras me encuentro aquí, a la espera del taxi que me llevará a un avión para ir aún más lejos, comienza a parecerme que tengo una respuesta para esa pregunta que Oscar no va a hacer. Y no es la que espera oír. Quizás, después de todo, resulta que soy yo la zombi, yo sola. Tal vez ya estoy rota y puede que no haya nada que hacer al respecto.

Fuera, suena el claxon de un coche.

Me doy la vuelta y recojo mi bolsa del suelo. Miro a Oscar y, cuando veo esa tristeza que él apenas intenta esconder, me quedo sorprendida porque, en lugar de desprecio, lo que siento es auténtica lástima. No es que la lástima sea mucho mejor para una relación que el desprecio, la verdad.

—Oscar, escúchame —le digo—. Soy yo, ¿vale? Yo soy la zombi.

—¿Qué? —Da medio paso hacia mí y por un momento pienso que me va a atrapar para impedir mi partida—. No entiendo qué significa eso.

Yo doy un paso atrás y pongo una mano en el poíno de la puerta.

—No importa. Lo único que intento decirte es que no deberías sentirte mal. No se trata de ti.

Él vuelve a meterse las manos en los bolsillos e intenta adoptar una expresión de superioridad que ni él ni yo nos creemos.

—Y ésa es tu forma de decirme que no vas a volver, ¿no?

Yo suspiro:

—¿Te parece a ti —le pregunto— que sé muy bien lo que estoy haciendo, Oscar? ¿Crees que tengo un plan perfectamente establecido?

Él se limita a mirarme sin pestañear. De pronto, la máscara de superioridad cede y deja paso a la tristeza y el miedo de un niño abandonado en una gasolinera de carretera. Es tan débil. Hazte un hombre, quiero decirle. Pero que una mujer le diga eso a un hombre

no parece algo que vaya a funcionar, así que me voy sin más y, cuando cierro la pesada puerta de madera maciza, oigo los primeros sonidos indignos. Él nunca entenderá que lo que me lleva a odiarle no es que se eche a llorar, sino que quiere que lo oiga cuando lo hace. Me resulta algo triste para ambos que, al cabo de cuatro años, lo mejor que consigo desearle es que llegue a hacerse fuerte. No le deseo ni prosperidad, ni amor, ni que logre su meta de convertirse en la máxima eminencia en Norteamérica en el Rococó francés y el Neoclasicismo. Dignidad, únicamente. Comienza con dignidad, Oscar, y progresa a partir de ahí. Es lo mejor que te puede ofrecer mi corazón.

Instantes más tarde me encuentro en el avión. Cuando despegamos, no tengo la sensación de elevarme hacia el cielo sino al contrario, es como si Oscar, *Camus* y todos nuestros amigos, y toda la ciudad, incluso, se desprendiesen de mí para caer, como si la falla de San Andrés, alabado sea Jesucristo, finalmente se hubiese abierto y lo arrastrase todo hacia el Pacífico. Creo que no sólo he dejado atrás San Francisco. San Francisco ha desaparecido. Catorce años de mi vida en este lugar, menos los dos que pasé en el Cuerpo de Paz. Y lo único que voy a echar de menos es el perro.

Cuando el asistente de vuelo me pregunta con fuerte acento inglés si quiero algo para beber, le respondo que sí. Me dice que serán cinco dólares y yo le contesto que no es caro.

Se me queda mirando, desconcertado.

—Por favor, que no sea el último —le digo.

No bebo mucho ni a menudo, así que, cuando ya llevamos tres horas de vuelo, estoy achispada. He convencido al asistente de vuelo, cuyo nombre es Alfredo, para que vaya apuntando mis copas. Hasta me ha dado una de regalo. Es curioso porque estoy segura al 90% de que es gay. Puede que sea porque tengo cierto aire de hada madrina. O puede que sea por nuestro amor compartido por la Sinfónica de San Francisco. Independientemente de lo que sea, lo que importa es que continúa sirviéndome ese Chardonnay de mala calidad. Ya comienzo a sentirme mejor con todo lo que me rodea, lo que no deja de ser agradable, si bien sé que se trata de una alegría artificial, alegría embotellada. El único problema ahora es que me muero por un cigarrillo y es un vuelo directo hasta Bangor, de modo que aún tengo que aguantar otras tres horas y pico.

Quién sabe por qué lo hago. No soy precisamente una de esas personas a las que se podría llamar impulsiva. Quizás se deba al vértigo que acompaña al acto de tirar toda tu vida a la basura. O tal vez es el dolor inexplicable que sentí al oír que el padre de Junior había muerto. Lo más probable es que sólo sea un efecto del vino. Pero cualquiera que sea la razón, me suelto el cinturón de seguridad y

camino a tumbos hacia el baño, golpeándome contra los respaldos de los asientos. Mi mente está concentrada en el paquete de Camel Light que llevo en el bolsillo y en el mechero que los agentes de seguridad del aeropuerto no detectaron.

Ambos lavabos están ocupados así que, en lugar de quedarme en el pasillo, voy a la cocina del avión. Pasamos por una ligera zona de turbulencias y tengo que abrazarme a la estrecha mampara de aluminio. Los minutos pasan y ninguno de los baños se desocupa. La espera sobrepasa el tiempo requerido para el típico pis rápido en un avión y me pongo a pensar que tal sea vez mejor no entrar. Pero, además de querer dar un par de caladas furtivas, con todo el vino que he bebido comienzo a darme cuenta de que necesito el lavabo de verdad. De modo que continúo esperando.

Alfredo, que sirve aperitivos por tercera vez, avanza por el pasillo desde el otro extremo de la cabina. Me preocupa tener aspecto de culpable, pese a que no he hecho nada todavía. Me arrimo contra la pared para dejarlo pasar.

—Hay que repostar —dice sonriendo, con una jarra de café vacía en la mano. Yo asiento con la cabeza y sonrío. Cambia entonces el recipiente vacío por uno lleno que saca del hornillo y regresa en dirección al pasillo, sorteando las sacudidas con entrenada desenvoltura.

En ese momento se abre la puerta del lavabo y un hombretón con una gorra de los Giants se escurre hacia fuera. Se sonroja cuando me ve, y la causa de su incomodidad sólo tarda unos segundos en alcanzar mi nariz. Está claro que el tipo come cantidad de carne. Me entran dudas. Podría esperar un poco para hacer un pis. Pero lo que quiero de verdad es un cigarrillo. Y hay algo excitante en todo el riesgo que involucra. Es patético, lo sé, pero no cuesta mucho emocionarse cuando una está acostumbrada a seguir siempre las reglas.

Alfredo todavía se encuentra al otro lado de la cabina, así que me armo de valor y entro en el lavabo. No es tan terrible hasta que cierro la puerta y quedo atrapada en un espacio de un metro cuadrado con el fantasma procedente de las entrañas del hombretón. Me imagino que el cigarrillo acabará con el hedor, o al menos servirá para enmascararlo, pero no me arriesgo a encenderlo hasta que no haya desconectado el detector de humo y, claro, para desconectarlo primero tengo que encontrarlo, lo cual resulta más difícil de lo esperado. Es evidente que no había pensado bien en esto. Se me ocurre que tal vez sea ése un signo de que más me valdría olvidarme de todo. Pero cuando quieres algo con tanta determinación como para inhalar los efluvios putrefactos de un desconocido, significa que vas a continuar hasta las últimas, ganes o pierdas.

Al alcanzar este punto, realmente tengo que orinar. Dejo de

buscar y me bajo los pantalones para sostenerme en el aire por encima del inodoro. El hedor es francamente insoportable. Intento respirar por la boca, pero no sirve de nada: incluso es peor porque termino saboreándolo. El avión se sacude con más turbulencias y me golpeo la cabeza contra la pared, lo que me devuelve a la sobriedad por unos segundos. Me pongo a maldecir sin dejar de frotarme donde me acabo de dar. Ahora estoy convencida de que nunca ha habido detector de humo y que puedo fumarme un cigarrillo sin preocuparme por nada. Pero cuando estoy a punto de terminar, levanto la cabeza y veo, claro como el agua, un pequeño conducto a la izquierda del espejo, casi al llegar al techo. Está inserto en la pared, de modo que la única forma de llegar a él tiene que ser a través de la plancha del falso techo.

Bajo la tapa del inodoro, me subo encima y empujo el techo para probar. La plancha cede fácilmente, se levanta y vuelve a bajar. Meto la mano dentro y tanteo hasta dar con algo que parece del tamaño y la forma de un detector de humo. Tiene unos cuantos cables que salen de la parte de atrás. Aunque me entran dudas, sólo duran un segundo. Le doy a los cables un tirón firme y los arranco con la mano. Resulta un alivio ver que la luz continúa encendida y que no he acabado electrocutada, lo que me hace pensar que eran los cables que buscaba.

Comienza a preocuparme estar tardando mucho. Deslizo la plancha del techo a su posición original y me bajo del inodoro. Saco el paquete, cojo un cigarrillo todo torcido y lo enciendo. Delicioso, como todo lo ilícito, pero bastan dos caladas para llenar el baño de humo. Me entra el pánico. Pienso en arrojar el cigarrillo al inodoro para evitar cualquier problema, pero ya he arriesgado demasiado para abandonar con sólo un par de caladas.

De pronto, una idea: la violenta succión del inodoro debería ser lo bastante potente para que, tirando de la cadena y expulsando el humo al mismo tiempo hacia la taza, sea absorbido por completo. Me pongo de rodillas y lo intento. Para mi sorpresa funciona de la hostia. Increíble.

Me siento en el suelo junto al inodoro con una mano en el botón de la cadena y fumo tranquilamente. Una ligera nube residual flota en el aire por encima del lavamanos, aunque cada vez que tiro de la cadena, se arremolina con lentitud y se va disipando. Pasa un minuto o dos. Levanto el cigarrillo y veo que le quedan tres caladas antes de comenzar a fumarme el filtro. Me lo acabaré y regresaré a mi asiento para tomarme otro vaso de plástico de vino y relajarme un poco.

Alguien golpea la puerta con firmeza, como un ejecutivo.

—¿Hola?

Es Alfredo. Por supuesto.

—Está ocupado —digo. Intento sonar natural, pero el corazón me ha dado un salto hasta la garganta y se me ha quedado atascado, o

sea, que se nota la tensión en mi voz.

—¿Amy? ¿Estás bien? —Por el tono de su voz no logro distinguir si está realmente preocupado o si más bien sospecha algo. Vuelve a golpear la puerta—. Es que ya van como veinte veces que has tirado de la cadena.

—Estoy bien —le digo. Arrojo la colilla al inodoro y esparzo el humo que queda con mis manos—. Dame sólo un minuto, Alfredo.

—Okay —contesta. Pero un segundo después, añade—: ¿Estás segura? ¿Has bebido demasiado vino?

—No —le repito—. Estoy bien. En serio. Ahora salgo.

Siento mis pulsaciones aceleradas bajo el cuero cabelludo. Oigo cómo se alejan los pasos de Alfredo y tardo un momento en calmarme y recuperar la compostura. Me miro al espejo, me arreglo el pelo lo mejor que puedo y me quito una mota de papel higiénico que me cuelga de la pernera del pantalón. Soy consciente de que, pese a que el humo se ha disipado, el olor continúa siendo evidente para cualquiera. Debería salir de aquí ahora mismo, para que el baño pueda airearse un poco mientras Alfredo se encuentra en otro lugar.

Ha sido todo tan estúpido. Yo no hago este tipo de idioteces.

Me armo de coraje y salgo. Al ver que no hay nadie esperando, rezo una pequeña oración de agradecimiento. A Alfredo no se le ve por ningún lado. Debe de estar en la cabina de primera, al otro lado de la cortina: es una bendición. Avanzo a toda pastilla por el pasillo, me siento, me abrocho el cinturón, coloco el asiento en posición vertical y pliego la mesita. Reviso mi postura para asegurarme de que parezco un viajero modélico que respeta todas las regulaciones aeronáuticas y las leyes federales, que presta atención y obedece las instrucciones de la tripulación y que nunca, pero ni en un millón de años, pensaría en la posibilidad de cometer una falta tan seria como, por ejemplo, desactivar un detector de humo para poder fumarse un cigarrillo. Nunca jamás.

El tiempo transcurre y Alfredo aún no regresa de la cabina de primera clase. Ya han pasado veinte minutos. Seguro que cualquier olor que pudiese haber quedado, ahora ya habrá desaparecido. Y si no hay ningún olor, tampoco hay ninguna necesidad de revisar el detector de humo para ver si ha sido forzado. Todo tiene sentido, me digo a mí misma. No dejo de repetírmelo como un mantra: todo esto tiene sentido. Incluso comienzo a creérmelo hasta el punto de que, cuando Alfredo vuelve a aparecer del otro lado de la cortina, ya me encuentro bastante bien, pensando que no estaría mal tomarse otra botellita de Chardonnay.

Alfredo se detiene junto a mi asiento y se inclina para hablarme:

—¿Estás segura de que te encuentras bien? ¿Algún problema?

—No, ningún problema. Estoy muy bien, Alfredo. Gracias. Dime,

¿crees que me podría beber otro vaso de vino?

—Por supuesto —me contesta. Me da una palmadita en el hombro y parte de vuelta hacia la cocina.

Siento un nuevo brote de nerviosismo, pero me digo que ya ha pasado mucho tiempo, que el baño ya no debería oler a tabaco.

Oigo a Alfredo regresar con el vino y me acomodo en mi asiento y abro la mesita plegable. Ahora sí que disfruto de un verdadero sentimiento de alivio: por fin ha terminado y he logrado salirme con la mía. Eso sí, pese a que ha sido algo emocionante, es la última vez que cometo una estupidez de este calibre. Ya me estoy preparando para darle un trago al vino para luego, quizás, dormitar durante el resto del viaje cuando, por alguna razón, Alfredo pasa a mi lado y sigue de largo, con las manos vacías y avanzando a grandes zancadas hacia la parte delantera del avión. Sólo tardo un segundo en caer en la cuenta de lo que esto significa. Y cuando lo hago, comienzo a sentirme asustada, muy asustada.

Joder, ahora regresa con un señor alto vestido con pantalones negros y camisa blanca, con una expresión muy severa. A medida que se acercan, me doy cuenta de que se trata de un hombre joven, más joven que yo, sin duda. No tiene más de veintiséis o veintisiete años, pero tiene el distintivo con alas de un piloto y parece estar enfurecido. Mis manos sienten el deseo inmediato de hacer algo, así que dejo que vuelvan a plegar la mesita. Pero tiemblan en exceso y por otra parte, ya es demasiado tarde para actuar como el perfecto pasajero.

El hombre con las alas de piloto se detiene delante de mi asiento y baja la vista hacia mí desde una altura que parece enorme. Alfredo permanece unos pasos más atrás, observando, aunque su expresión deja ver que se siente un poco dolido, como si hubiese sido traicionado. Además del miedo, me siento ahora un poco culpable por haberme aprovechado de su amistad; porque es verdad que, de no haber pensado que él y yo éramos colegas, al menos durante la duración del vuelo, nunca me hubiese atrevido a hacer algo así. Supongo que debo de haber pensado que, en el peor de los casos, simplemente acabaría regañándome enérgicamente y me haría prometer no hacerlo nunca más y, tal vez, si realmente estuviese enojado, se negaría a servirme nada más.

El peor de los casos ha demostrado ser mucho peor que eso. Alfredo acaba de sacar la artillería pesada y está tan molesto y dolido que ni siquiera se acerca para permitirme que le hable.

—¿Señorita Benoit? —pregunta el hombre alto, aunque no es del todo una pregunta.

—Sí —le contesto, pero no consigo mirarlo directamente.

—El asistente de vuelo acaba de informarme de que ha encontrado una colilla en el inodoro y que usted fue la última persona

en utilizar el servicio. ¿Estaba usted fumando, señorita?

Por supuesto. Con las prisas por salir del baño, he olvidado tirar de la puta cadena. Una estupidez sobre otra. No tiene ningún sentido tratar de ocultarlo ahora.

—Sí —contesto—, lo estaba.

—Le agradezco su honestidad —dice el hombre, aunque su voz no suena para nada agradecida—. Ahora le voy a hacer una segunda pregunta y es, para que sepa, la más seria. Una vez que hayamos acabado nuestra conversación, voy a ir a revisar el detector de humo del servicio. Y me gustaría saber si me voy a encontrar con que el detector de humo ha sido inutilizado.

Los restantes pasajeros se inquietan y miran a todas partes, excepto a mí.

—Lo he desconectado —le digo.

—¿Está usted familiarizada con las leyes que regulan la alteración de los dispositivos para la detección de humo en los lavabos de los aviones? ¿Conoce las leyes federales?

—No en profundidad —contesto. Me sorprende encontrarme casi al borde de las lágrimas.

—Entonces no conoce usted las sanciones previstas al efecto.

—No.

Veo que Alfredo acude a la llamada de un pasajero en la parte delantera de la cabina. Se da la vuelta y se aleja.

—Permítame que le cuente un poco acerca de esas leyes —me dice el hombre alto—. Después de los sucesos del 11-S fueron reformuladas: las hicieron más estrictas, y las sanciones, más severas. ¿Puede usted imaginar por qué?

—Supongo que tendrá algo que ver con los terroristas.

—Por su seguridad —responde él—. Por su propia seguridad y por la seguridad de los demás pasajeros a bordo. Es esa misma seguridad la que usted ha puesto hoy en peligro por fumarse un cigarrillo.

—De verdad que lo siento. —Tengo los ojos inundados y las mejillas me arden.

—Me alegra oírlo —dice el hombre—. Porque me parece que alguien que está arrepentido, pero verdaderamente arrepentido de haber hecho algo mal, es probable que no vuelva a repetirlo. ¿Puedo asumir que estamos ante un caso así, señorita?

—Sí.

—Bien. Porque este vuelo todavía dura otras dos horas y veinte minutos, y yo no quiero pasarme ese tiempo haciendo de niñera. Las autoridades nos estarán esperando en tierra al llegar a Bangor, pero usted puede reducir cualquier complicación legal si se comporta adecuadamente durante el resto de nuestro tiempo de vuelo.

—¿Qué pasa si acepto pagar los daños del detector de humo?

—Es mucho más que eso.

—¿Y si le digo que estoy de camino a casa para asistir al funeral del padre de mi ex novio?

—Señorita, tenía que haber discutido sus penas con el comercial que le vendió el billete.

—¿Y que, además, acabo de renunciar a toda mi vida en San Francisco por la misma razón? Y llevaba una buena vida. Un trabajo fantástico. Amigos. Un hombre que me quería. Un perro que me quería todavía más. Todo eso perdido.

—Señorita...

—Sí, claro que sí —exclamo de pronto, hundida y resignada—. Necesitaba un puto cigarrillo.

—Lo siento, pero eso no cambia las cosas —es su respuesta.

—Ya lo veo. —Me seco los ojos con la manga

Por eso ya no pido disculpas.

El hombre no dice nada más y me dedica una mirada de amonestación. Acto seguido, gira sobre sí mismo y regresa a la parte de delante del avión.

El resto del vuelo se hace muy raro. Puedo sentir cómo los restantes pasajeros se aíslan de mí en una suerte de cuarentena mental. Es una extraña sensación porque es obvio que nada ha cambiado físicamente. Aún seguimos todos apretujados dentro de este cilindro de acero, surcando la estratosfera a toda velocidad, aunque ahora hay una distancia real y palpable: si cierro los ojos, me da la impresión de que no hay nadie en kilómetros a la redonda. La única excepción es un muchacho flacucho de unos veinte años ataviado con la vestimenta habitual de un modernillo: cartera en el bolsillo trasero sujeta con una cadena que le cuelga, camiseta *vintage* ajada, pelos de punta. Está sentado enfrente y se pone de pie, se apoya contra el respaldo de su butaca y me susurra con acento *cockney*:

—Me estaba muriendo de ganas de fumar. Ahora puedo ir a fumarme uno y luego te echo la culpa. Gracias, titi.

—Cómete tu mierda y muérete.

Ni siquiera me tomo el trabajo de abrir los ojos. Hay un singular placer en esto de estar totalmente jodida porque ya no hay nada por lo que inquietarse. Estás hasta el culo, y no hay más. Me encuentro cansada y sobria, y con tendencia a ponerme bastante filosófica sobre el asunto. No tengo energías como para preocuparme de qué clase de recepción, tipo espía durante la Guerra Fría, me espera una vez que toquemos tierra.

Sólo me parece que han pasado unos cuantos segundos cuando me despierto durante el aterrizaje. Los oídos se me han taponado por completo. Se produce una sacudida en el momento en que las ruedas

tocan la pista. El avión da un bote —en realidad vuelve a elevarse en el aire y puedo sentir que entra en la pista ligeramente ladeado, lo que nunca es una buena sensación— y un sonido de ligera sorpresa y ansiedad recorre la cabina, una ráfaga colectiva de exhalaciones. Pero las ruedas vuelven a entrar en contacto con el suelo y, breves momentos más tarde, rodamos con lentitud hacia mi destino.

—Señoras y señores, bienvenidos a Bangor, Maine —anuncia el capitán por los altavoces. Como buena parte de los que viven en las praderas, pronuncia de forma incorrecta, dice «Banger». Me invade ese viejo y reflexivo desdén hacia los que no son de aquí, hasta que se me ocurre pensar que, después de haber vivido en California durante tanto tiempo, lo de «no ser de aquí» es algo que ciertamente me podrían aplicar a mí misma.

—A nuestra llegada a la puerta asignada para el desembarco, los agentes de la ley se harán presentes para escoltar a un pasajero. Sólo serán unos breves instantes. Les rogamos que permanezcan en sus asientos y mantengan los pasillos despejados hasta que reciban el aviso para desembarcar.

Una vez más, los pasajeros que están a mi alrededor encuentran grandes problemas para dirigir sus caras de incomodidad en otra dirección que no sea hacia mí. Se produce un ligero vaivén hacia delante cuando el avión se detiene junto a la puerta. Decido adelantarme a la humillación de ser conducida esposada a través del avión. Cojo mi bolsa del compartimento superior y me pongo en camino hacia la puerta, ignorando la orden reiterada de Alfredo: «Siéntese.» Me propina una mirada con el ceño fruncido (tiene una forma de mirarme maliciosa, descarada. No cabe duda: seguro que es gay, incluso un poco reina del melodrama) y abre con exagerada lentitud la puerta. Cuando finalmente lo hace, al otro lado espera un empleado de la compañía, escoltado por dos agentes de policía uniformados. Algo se agita en mi interior cuando la rigurosa expresión de sus caras me recuerda la gravedad de todo esto.

No deja de sorprenderme que hayan enviado a un par de patrulleros. Yo esperaba a un par de detectives con gafas Oakley y traje negro y no a una pareja de policías de película muda. En cualquier caso, las esposas son las mismas y una celda de detención es una celda de detención. Al poco rato me encuentro, efectivamente, tras las rejas, restregándome las muñecas agarrotadas bajo la luz de un fluorescente.

Nadie me ha tomado declaración ni las huellas digitales. Mis pertenencias no han sido registradas ni puestas bajo custodia. Simplemente, estoy aquí sola, sentada sobre el camastro en una de las tres celdas de este cuarto, y con cada minuto que pasa sin ningún tipo de actividad oficial de orden administrativo, me hago una mejor idea

de lo que experimenta un prisionero político, un prisionero de guerra o cualquiera que permanezca encerrado sin el beneficio de haber pasado por el debido proceso: se parece a la angustiosa sensación de haber desaparecido.

Por fin, aparece un tipo de paisano. Uno de los polis que vino a recogerme al avión lo acompaña y, en un gesto cargado de animosidad jurisdiccional se adelanta al tipo, dándole una palmada en el hombro, y abre la puerta de la celda.

—Ahí tiene, jefe —le dice el poli. Da un paso atrás para dejar la entrada libre—. Es toda suya.

El tipo lo ignora.

—Señorita Benoit —dice, extendiendo lentamente su brazo. Yo lo sigo con piernas temblorosas. El poli se sitúa detrás de mí; su cinturón de servicio resuena ruidosamente en las paredes del corredor.

Subimos las escaleras y salimos de la comisaría. El agente de paisano no me esposa ni me presta mayor atención, simplemente camina sin mirar atrás. Fuera ya está oscuro, aunque la temperatura sigue siendo cálida. Las polillas se arremolinan alrededor de las farolas del aparcamiento, flotando como confetis en un espacio de gravedad cero. Cuando aún vivía aquí, los días con un tiempo así eran una delicia. Maine es Maine, lo que significa que generalmente sólo hay dos alternativas para describir el tiempo: o hace frío o está a punto de hacerlo. Pero todos los años se puede esperar un período de dos o tres semanas de tanto calor como en el Infierno, con temperaturas incluso más altas que en los habituales sitios calurosos de Florida y del sur de California. Parece que he vuelto a casa en mitad de la ola de calor de este año.

Pero la pregunta es si me quedará tiempo para disfrutarla. El agente me guía hasta un sedán último modelo —parece ser un Buick, aunque es difícil decirlo en medio de la oscuridad— al que subimos. Ninguno de los dos dice nada hasta que nos hallamos en la interestatal rumbo al sur.

—Hola, Amy —dice finalmente y me ofrece su mano para saludarme. Su tono en la comisaría era como el de un negociante, casi mecánico. Ahora, en cambio, su voz suena como si estuviéramos en un bar e intentase ligar conmigo—. ¿Puedo llamarte Amy?

—Claro.

Me quedo un rato mirando su mano antes de estrecharla entre dudas. Su apretón es lo suficientemente firme como para confirmar su presencia, pero no es como esos tipos que se toman cada saludo como una competición y te oprimen tan fuerte que te dejan pensando si no sufres una deficiencia de calcio. Sus palmas son suaves y sin callosidades, sus uñas, limadas y pulcras. Noto su aroma a sándalo, aunque es tan leve que podría ser sólo mi imaginación. Le da al botón

de encendido de la radio y pregunta:

—¿Alguna preferencia?

—No.

—Vamos, en serio —insiste—. No te cortes. Cualquier cosa que quieras oír. Lo que sea.

Yo intento descifrar su rostro, pero él está concentrado en la carretera y en el interior oscuro del coche es difícil distinguir nada.

—Escucha —le digo—. Por ningún motivo quisiera parecer desagradecida, porque éste es un trato mucho mejor del que esperaba recibir, pero ¿de qué va todo esto?

Él se echa a reír.

—Te estarás preguntando por qué no te puse las esposas, ¿no? Crees que debía haberte tratado con un poco más de dureza.

—Lo que me pregunto es por qué estoy sentada en la parte de delante y no atrás, del otro lado del cristal antibalas. Lo que me pregunto es por qué me permites sintonizar la radio y te pones a conversar conmigo como si estuviésemos en un club para solteros. Y por último, ya que hablamos del tema, me pregunto adónde me llevas.

Vuelve la cabeza hacia mí y exhibe una sonrisa estilo Tom Cruise.

—Bueno, si prefieres experimentar el auténtico sabor, podría parar y cogerte por las solapas para sacudirte un rato. Pero prefiero dejar de lado las esposas porque, además, parece que te las pusieron tres veces más apretadas de lo debido.

Me froto las muñecas.

—Por supuesto, me vi obligada a reclamar. Pero me dijeron que estaban tan apretadas como era debido.

El agente hace un mohín de burla.

—Vaya cazurros —comenta—. Mira, Amy, ¿qué quieres? Tenemos un camino bastante largo por delante y no me parece que hayas cometido un crimen capital, de modo que pensé, para qué hacer las cosas más desagradables de lo necesario. Además, todo esto es básicamente una formalidad. El gobierno federal adora el papeleo, créeme. Todo se reduce a eso. Un paseo a Boston, algunos papeles, firme aquí, por favor, su huella aquí y ya te puedes ir. Nada del otro mundo.

—Tengo que asistir a un funeral —le explico.

—Mis condolencias. ¿Y cuándo es?

—Dentro de dos días.

—No será ningún problema —dice, al tiempo que hace un gesto para tranquilizarme con la mano—. Podrías estar de regreso mañana. Es un poco justo, pero se puede.

—Entonces sólo una pregunta más, si no te importa.

—Por supuesto.

—¿Por qué tenemos que ir hasta Boston?

El agente suelta un suspiro.

—Otra vez lo mismo: formalidades. Tenemos agencias en Bangor, Augusta y Portland. Pero la oficina del FBI más cercana, en la que ofrecen todos los servicios, está en Boston. Así que allí tenemos que ir, nos guste o no.

—Es... poco práctico.

—Es estúpido, eso es lo que es —dice, pero enseguida baja su voz hasta que se convierte en un susurro de complicidad—. Para ser franco, creo que ya he tenido suficiente del Bureau. Estoy harto de esta clase de tonterías. Persiguiendo a la gente por fumar cigarrillos. Me parece que se podría emplear mejor el tiempo de un agente en el mundo en que vivimos.

No sé bien de qué me habla, así que me quedo callada.

—Estoy pensando en dejarlo para abrir una consultoría.

—Consultoría de qué.

—Está un poco denso el ambiente. ¿Te importa si enciendo el aire?

—Por mí, bien.

—Gracias. —Manipula los botones del climatizador—. Ahora sí. Bien, ¿de qué estábamos hablando?

—De tu consultoría.

Chasquea sus dedos, con una excelente manicura.

—Correcto. Bueno, tengo una experiencia bastante extensa en técnicas de combate, seguridad y ese tipo de cosas. Incluso más que cualquier agente promedio. Es mi especialidad, algo con lo que disfruto. Y siempre hay gente que necesita aprender a aplicar una llave a alguien del doble de su tamaño o a usar con efectividad un lanzagranadas Mk-19 contra ataques de infantería. Es como ser peluquero o trabajador de una funeraria. Un trabajo que siempre se necesita.

—Suena como si lo hubieras estado pensando mucho.

—Así es. Como te digo, estoy cansado de tener que vérmelas con las tonterías del Bureau. Además, tengo un MBA de Stanford que ha estado juntado polvo durante casi una década. ¿Por qué no usarlo?

—¿Estudiaste en Stanford? —le pregunto.

—Sí, hice un posgrado.

—Yo me pasé allí seis años —le digo, sin poder evitar una sonrisa —. Una licenciatura y un máster.

Él vuelve a poner su sonrisa televisiva.

—No jodas, ¿cuándo?

—Acabé el máster en el 98.

—Qué raro —comenta y ambos nos echamos a reír.

—¿Estabas tú allí entonces? —le pregunto.

—Durante una parte del año, sí. Me llevó tres años acabar mi

MBA por razones muy aburridas para contártelas. Fue entre el 95 y el 98.

Yo me giro para mirarlo de frente.

—¿Y cómo es que nunca nos encontramos?

—Es una universidad grande. Además, tú no estabas en la facultad de Económicas, ¿no?

—No, estaba en Bellas Artes —le digo.

—Bueno, ésa es la razón.

—Sin embargo —insisto yo—, después de seis años habría jurado que conocía a todos los que estaban en el campus.

—Debemos tener conocidos en común —sugiere él—. Podríamos ver si es cierto lo de las «seis personas de separación». Para pasar el tiempo.

—Primero —propongo yo con la mano extendida para volver a saludarlo—, estaría bien saber tu nombre.

—Ah, es una buena idea —admite él—. Qué maleducado por mi parte. Soy Eric Fuchs.

—Un placer conocerte.

Él se echa a reír:

—¿Incluso en estas circunstancias?

—Hasta ahora ha ido todo mejor de lo que esperaba.

Suelto una risita ahogada y me echo el pelo hacia atrás, antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo: es evidente que estoy flirteando con el agente del FBI que me ha arrestado. Todo este asunto parece que va a ponerse cada vez más raro.

—De cualquier modo, es una mierda —afirma Eric—. Bueno, dejemos eso ahí. Stanford, la gente de Stanford.

—Dios, no sé por dónde comenzar —digo yo—. Como ya te he dicho, creo que los conocía a todos.

—¿Y qué sabes de las sociedades de estudiantes?

—¿Cuáles?

—¿Los griegos? —tantea él.

—*No.*

—Perdona. ¿Tendría que ponerte en el grupo de los ITC?

—¿De los qué?

Él sonríe:

—De los Independientes a Toda Costa.

—¿Y yo tendría que incluirte en el grupo de los chicos de la fraternidad?

—No me queda otra que admitirlo —reconoce él—. Tau Gamma Rho. Aunque no soy uno de esos tíos que va con el anillo a todas partes, que llama «hermano» a un completo desconocido y que, en cuanto puede, entona los cantos de la fraternidad. Bueno, ya sabes.

—Es un alivio —le contesto.

—¿Qué más? —continúa él—. Supongo que nunca fuiste parte del club de aikido.

—No, no, no. Yo estaba en yoga.

Vuelve a hacer chasquear sus dedos. Según parece, es su truco favorito.

—Ya sé, debes de haber estado en unas cuantas organizaciones políticas.

Yo lo miro con escepticismo y le pregunto:

—¿Tú estabas en alguna?

—Pues claro —responde con aires de ofendido—. ¿Qué te crees? ¿Sólo porque soy del FBI?

—No es eso lo que quería decir.

—Seguro que sí —insiste él—. Está bien, pero sí, estuve en Amnistía Internacional. Y con la Unión para la Libertades Civiles de Stanford, aunque yo era el único miembro que no estaba estudiando Derecho, lo que no deja de ser divertido cuando ves cómo ha ido todo. Veo que te he dejado impresionada.

—Sorprendida —lo corrijo—. Lo más cerca que llegué a estar de algo así fue con Amigos del Tíbet. Y con la CJOM.

Eric suelta un silbido ronco.

—Ahí está nuestra conexión —afirma.

—A ver, ¿cuál?

—La Coalición para la Justicia en Oriente Medio. ¿Conociste a Eisa Jabar?

—No estarás hablando en serio, ¿verdad?

—¿Por qué?

—Yo estuve saliendo con Eisa. Gracias a él acabé en la CJOM.

—Me estás diciendo que erais... ¿novios?

—Bueno, fue por poco tiempo. ¿Qué tiene de raro?

—Qué extraña pareja —comenta Eric y baja el aire acondicionado una raya—. Y antes de que llegues a imaginártelo, te aclaro que no, que no estoy pensando en la situación interracial. Lo que me impresionaba de Eisa es que era una de esas personas cuya vida está totalmente dedicada a la política. Debía de estar tan metido en su trabajo como activista que no le quedaba tiempo para una vida personal. De alguna forma, terminó convirtiéndose en alguien que podrías considerar como asexual.

—Pero ¿quién ha hablado de sexo? —pregunto yo.

—En fin, ya sabes lo que te quiero decir.

—Claro. ¿Y tú? ¿Cómo conociste a Eisa?

—De forma indirecta —aclara él—. Lo vi en unos cuantos mítines, por supuesto. Creo que estuve con él en dos ocasiones. Una vez fue gracias a Paul Sukarnoputri, cuando hicieron una campaña conjunta para reunir fondos entre la CJOM y el Club Indonesio de Stanford.

No puedo evitar sonreír al imaginarme a Eric, pálido como una azucena, en medio de un evento de ese tipo.

—¿Y qué hacías tú allí?

—Ah, no era más que un amigo de Paul. Un conocido, más bien. Los dos éramos miembros de la Unión para las Libertades Civiles, aparte de que solíamos hacer deporte más o menos a la misma hora cada día. Pero ¿qué fue de Eisa?

—La verdad, no lo sé —respondo yo—. Oye, ¿te importa si vuelvo a subir un poco el aire acondicionado? Es que me estoy muriendo.

Él gira el botón.

—¿Y no sabes dónde acabó? Da la impresión de que, simplemente, desapareció.

—Cómo te dije, salimos por poco tiempo. Supongo que terminó el máster y luego siguió con lo suyo.

—¿Te importa si te hago una pregunta personal?

—Depende.

—¿Por qué no funcionaron las cosas entre vosotros dos?

Ha pasado tanto tiempo y fue una relación tan circunstancial que me cuesta trabajo recordar los detalles:

—Toda su vida estaba dedicada a la política —le digo. —No, en serio —insiste Eric.

Yo me quedo pensando un minuto.

—De acuerdo. ¿En serio quieres saberlo?

—Por supuesto.

Su cara brilla con un inquietante tono verdoso proveniente de las luces del salpicadero.

—Tengo la impresión de que para Eisa yo era una especie de última tentación. Creo que él ya estaba bastante harto de ser norteamericano. Y en ese momento aparecí yo, una chica lista y diferente, y con unos deliciosos y tersos muslos de piel blanca. Yo creo que él me utilizó para poner a prueba sus convicciones. Como Gandhi y sus jóvenes vírgenes.

—O como Mohamed Atta y sus clubes de alterne —acota Eric.

—Exacto. Eso es.

—Hmm. ¿Y tú cómo te sentiste?

—No me sentí como nada —aclaro—. Era Eisa el que tenía toda su mierda invertida en la relación, no yo.

—O sea que cuando se acabó... simplemente desapareció.

—Hasta donde yo sé.

—Hmm —Eric se queda dándole vueltas.

Por un rato nos limitamos a escuchar la radio. Ya es tarde y somos el único coche que viaja hacia el sur por la interestatal. Me sorprende ver la indicación para el área de descanso de Kennebunk. Son más de dos horas de viaje desde Bangor a Kennebunk, y parece

que lo hayamos hecho en nada.

—¿Quieres que paremos un momento? —pregunta Eric—. ¿Algo para comer? ¿Ir al baño?

—Las dos cosas —contesto—. Si te parece bien.

—Por supuesto. Espero que no te moleste que vayamos al Burger King porque no hay alternativas.

—¿Haces este viaje a menudo?

—Ya sabes...

Eric se desvía hacia el área de servicio. El aparcamiento está vacío, con la excepción de un par de trailers cuyos conductores duermen dentro de la cabina, así que aparcamos justo frente a la puerta. Entro al baño y Eric no sólo no me sigue para asegurarse de que no intento escapar, sino que, cuando salgo, no se le ve por ninguna parte. Yo me quedo en el vestíbulo, esperando. La chica del mostrador de Burger King me mira con ojos somnolientos. Pasan tres o cuatro minutos hasta que Eric finalmente sale del baño de hombres. Al verme, sonríe y se acerca.

—Tienes suerte de que no haya robado tu coche —le digo.

—No eres precisamente un caso que entrañe riesgo de fuga —contesta—. Vamos, ¿qué quieres? Yo pago.

Compramos comida para llevar y, cuando ya llevamos más de un kilómetro de ruta, me doy cuenta de que algo no está bien en mi bebida.

—Siempre pasa lo mismo —reclamo yo—. Coges comida para llevar y te joden.

—¿Qué pasa?

—No estoy muy segura. La Coca-Cola sabe raro. Está amarga, como si fuera Moxie o algo así.

—Es el triazolam —comenta Eric con la boca llena de hamburguesa.

—¿El qué?

Se limpia las comisuras de los labios con el dedo:

—El triazolam —repite—. Normalmente comercializado como Halcion. Es lo que puse en tu Coca-Cola. —Se mete varias patatas fritas en la boca y mastica—. Puse bastante en tu bebida.

Me lleva un segundo registrar lo que está diciendo. Es como si quisiera estar asustada, pero el miedo se detiene y en su lugar me entran, por algún motivo, las ganas de reír. Así que me dejo llevar y me echo a reír. Pero mi risa suena rara y minúscula, como si estuviese dentro de una lata de cerveza vacía de tamaño gigante.

—No es muy elegante el triazolam —dice Eric—. De lo más barato, a decir verdad. El sabor amargo, en este caso, es un serio problema. Pero cumple su función en un plis plas.

Intento comprender lo que me dice, pero no logro retener las

palabras. El mundo dentro del coche se retuerce y alrededor de cada uno de los objetos luminosos aparece una curiosa aura. Lo siguiente de lo que me entero es que estoy en una cocina vacía con un viejo fluorescente circular brillando sobre mi cabeza. Tengo las muñecas y los tobillos esposados a una silla. El suelo de linóleo está agrietado y lleno de manchas. Las ramas de los árboles se aplastan contra la ventana junto al fregadero. La cabeza me retumba.

Se abre la puerta de enfrente y entra Eric, seguido por una cálida ráfaga de aire nocturno. Lleva con él algo semejante a una pequeña manta, que pone sobre la encimera. A continuación, la abre y despliega varios objetos metálicos resplandecientes: ninguno de ellos parece haber sido diseñado con buenas intenciones. De pronto, no me cuesta nada sentirme asustada.

—A estas alturas, ya te habrás dado cuenta —dice Eric— de que todo lo de Stanford era mentira.

Estoy bastante impresionada por los objetos metálicos y no contesto.

—De hecho, estarás pensando que todo lo que te he dicho era mentira —continúa—. Y estás en lo cierto, naturalmente. Miento para ganarme la vida. Es mi trabajo.

—Eric —le digo.

—Tampoco es mi nombre —se disculpa—. Lo siento, otra mentira.

—No tengo ni idea de lo que está ocurriendo aquí. Pero escúchame, por favor...

—Tengo la esperanza —interrumpe el falso Eric— de que sabrás perdonarme todas mis mentirijillas. Ya sabes, entre mentirosos... Por aquello del tejado de cristal y todo eso.

—No entiendo.

—Seguro que sí. Porque no has hecho más que mentirme sobre Eisa. Y antes de que protestes, quiero que me escuches: no soy quien tú crees. No soy un *tío simpático*. Quiero información que tú posees. Y, como profesional, estoy dispuesto a hacerte cosas desagradables con tal de obtener dicha información.

No tengo ni la más puñetera idea de lo que está hablando y así se lo hago saber.

—En la universidad formaste parte de una organización estudiantil cuyo único propósito era apoyar la formación de un estado palestino —dice el falso Eric, apoyado contra el borde de la encimera con los brazos cruzados—. Una organización que sometió a votación una resolución de apoyo a los suicidas con bombas en la Franja Oeste y en Gaza. ¿Son ésos los hechos?

—Sí —le contesto—. Y yo voté en contra de la resolución.

—No importa —dice el falso Eric—. Durante ese período también

mantuviste una relación sentimental con el cabecilla de dicha organización, un tal Eisa Jabar. El señor Jabar, después de dejar a mitad un máster en Ciencias Políticas en Stanford, renunció de manera formal a su ciudadanía estadounidense, convirtiéndose así en ciudadano del Líbano exclusivamente, lugar en el cual había gozado anteriormente de la doble nacionalidad. A continuación, se trasladó a Trípoli y, de acuerdo con informes confirmados de inteligencia procedentes de distintas fuentes, se convirtió en un soldado de Hezbolá.

Dios del cielo.

—No sabía nada de todo eso.

El falso Eric me ignora.

—Pero ahora es cuando se vuelve más interesante la historia —comenta—. Porque ahora es cuando tú vuelves a entrar en escena. Los mandamases de Hezbolá, cuando se dan cuenta del talento que tiene Eisa, lo sacan al instante del frente de batalla y comienzan a prepararlo para que ocupe un puesto importante. Él no tarda en ascender posiciones y comienza a trabajar en todo Oriente Medio en distintas funciones: reclutando personal, comprando armas, consiguiendo benefactores financieros. De hecho, se encontraba desempeñando esas labores en Nicosia, Chipre, en febrero de 2002.

—Oh, no. No, no, no.

—No, pero *sí* —replica el falso Eric—. Porque sabemos que tú también estabas en Nicosia en aquel momento.

—De *vacaciones* —enfatizo—. Estaba con el Cuerpo de Paz en Botswana, Eric. Enseñando a los chicos a poner condones con un plátano, por Jesucristo. No tenía ni idea de que Eisa estaba en Chipre.

—Eso es lo que tú dices. Pero es que, antes de que acabase el año, Eisa estaba en Asuán realizando negociaciones para adquirir una importante cantidad de explosivos RDX. Hablamos de noviembre de 2002. ¿Te acuerdas de dónde estabas en aquel momento, Amy?

Mis recuerdos del Cuerpo de Paz siempre han sido un poco borrosos y mi memoria se apresura a desenterrar los detalles.

—En Egipto…

—¿De vacaciones?

—Sí, claro. Pero fui a Luxor, no a Asuán.

—Fuiste a Asuán. Pasaste la mayor parte del tiempo en Luxor, pero sí que fuiste a Asuán… justo cuando Eisa estaba allí.

—Una de las razones principales por las que uno se enrola en el Cuerpo de Paz —le explico— es para viajar cuanto puedas en la región en la que te toca trabajar.

—Cada vez se hace más difícil creer que es todo coincidencia —insiste—. Pero sigamos adelante, porque hay algunas preguntas que me gustaría hacerte. Hubo varias ocasiones más, de las que estoy

seguro tú tampoco sabes nada, en las que Eisa y tú estuvisteis muy cerca el uno del otro. La más reciente de ellas, en los últimos cuatro años, durante el tiempo en que él volvió a vivir en San Francisco, bajo una identidad ficticia, durante temporadas.

Echo atrás la cabeza, que no deja de palpitar, cierro los ojos, exhalo.

—Y entonces —exclama el falso Eric—, podemos adelantarnos hasta el día de hoy. Te cogen por crear problemas en un vuelo transcontinental. Por fumar, presuntamente, aunque, cuando nuestro personal revise el avión, no me cabe ninguna duda de que encontrarán algo más condenatorio que una colilla de cigarrillo.

—Sólo estaba fumando. Nada más. Lo juro.

—Supongo que entenderás los fundamentos de nuestras sospechas.

—Lo único que entiendo —alego— es que está claro que no importa lo que diga porque de cualquier forma vas a pensar que soy una terrorista.

El falso Eric coge unos guantes de látex y se los enfunda, flexionando los dedos para que ajusten bien.

—¿Terrorista? —pregunta—. No, no es lo que pienso de ti, en realidad. Además, es una palabra que ha perdido todo su significado. Ya van seis años de terroristas por aquí, terroristas por allí...

En una rápida sucesión, me abofetea varias veces con la suficiente dureza como para dejarme la cara ardiendo y hacer que mi cabeza vaya de un lado a otro. Como si estuviera trabajando la masa o ablandando la carne. No me habían tratado así desde la última paliza de mi madre. Pero, después de todos estos años, la reacción es la misma: el miedo se desvanece al instante y cristaliza en una actitud desafiante.

Entonces comienzan las preguntas.

El falso Eric no obtiene las respuestas que desea oír. Como consecuencia, me golpea: con sus puños y pies, con una guía telefónica, con un cable. Yo no dejo de invitarlo a irse a tomar por el culo. Pero él no se convence. Y me golpea aún más. Con cada golpe mi rabia aumenta hasta que sacudo mi pelo de lado a lado, sin dejar de gritarle, mientras mi sangre salpica por todas partes.

Finalmente, me dice que me calle y me suelta un aturdidor puñetazo en plena sien. Funciona: me quedo callada. Mi visión se reduce al tamaño del tubo de un rollo de papel higiénico y no consigo mantener la cabeza en alto más que unos pocos segundos hasta que cae desplomada sobre mi pecho. Pese a todo, logro distinguir al falso Eric, que se acerca a la encimera para coger uno de sus resplandecientes objetos metálicos. Algo parecido a unas tijeras de podar.

Mi madre, pese a lo mala y loca que era, jamás usó nada parecido conmigo.

Forcejeo con las esposas cuando el falso Eric se acerca. Me pregunta, desde lo que a mí me parece una gran distancia, si estoy segura de que no tengo nada que quiera decirle. Nada de nada. Yo intento responder, pero no sale nada de mi boca excepto el burbujeo de la sangre. El falso Eric se sitúa detrás de la silla. Siento que separa mi meñique de los otros dedos. Y luego siento el filo helado de las tijeras por encima de la falange.

¿Nada de nada?

No consigo hablar. Y aunque pudiera…

Las tijeras se cierran. Oigo algo, pero no lo siento.

Debo de haberme desvanecido porque lo siguiente de lo que me entero es de que la puerta se ha abierto de par en par y un hombre rubio, con unos pómulos que sólo pueden existir en un sueño, entra en la cocina con una pistola en cada mano. El falso Eric intenta alcanzar su arma, que descansa en la encimera, pero el hombre le dispara dos veces al pecho. Cuando el falso Eric cae, el hombre se le acerca con toda calma y le descarga otra bala en la cabeza. Luego se queda mirando el cuerpo y en ese momento puedo leer el mensaje de la camiseta que lleva bajo la chaqueta deportiva: Te Amo Como Un Niño Gordo Ama Los Pasteles.

Todo esto, por más desquiciado e improbable que parezca, debe de ser casi cierto. Teniendo en cuenta cómo ha ido mi día, soy capaz de creer que incluso lo de la camiseta está ocurriendo de verdad. Pero un minuto después, Junior, que lleva ocho años muerto, aparece por la puerta y en ese instante me doy cuenta de que el trauma provocado por el falso Eric me ha revuelto la cabeza por completo. Porque esto sí que no puede estar ocurriendo. Ni de cofia.

El detalle es asombroso, sin embargo: Junior lleva el brazo en cabestrillo, su cara es una masa hinchada en tonos amarillo y negro. El calor de su mano —la buena— sobre mi rostro. El tono de su voz, inalterado pese al tiempo y a la muerte, que le grita al hombre de los pómulos que me quite las esposas de las muñecas y tobillos. El alivio, como estar flotando en agua caliente, cuando Junior se deshace del cabestrillo para levantarme con expresión de dolor…

Le permito que me recoja y recuesto mi cara sobre su pecho.

En el sueño, me quedo dormida.

AMOR, PARTE II

17 POR razones obvias, la relación sexual es, de lejos, la más dolorosa que ninguno de vosotros ha tenido jamás. Sin duda, tu experiencia sexual es limitada. Pero, además de eso, tú nunca habías practicado el sexo en plena recuperación de una conmoción cerebral de tercer grado, con ocho fracturas distintas y con demasiadas lesiones internas y externas como para enumerarlas. Amy, por otra parte, aunque ha tenido abundante sexo con una larga lista de parejas, y pese a estar más acostumbrada a asociar dolor y sexo por su condición de mujer, en la vida había gemido, se había retorcido, ni había gritado de esta manera.

Aparte de las heridas, una de las razones por las que tu dolor es tan intenso surge del hecho de que tu cuerpo, al ser presa de la excitación, se encuentra hiperalerta y por lo tanto magnifica y exagera el más mínimo estímulo. Tu cerebelo está inflamado por la actividad neuronal: las señales de placer y de dolor se mezclan y se fusionan hasta hacerse casi indiscernibles. La diferencia entre una sensación positiva y una negativa se vuelve irrelevante; lo único que importa es que las sensaciones sean abundantes e intensas. Y lo son. Cada una de tus neuronas codificadas con años de añoranza reprimida se tensa hacia Amy —hacia su pelo esparcido sobre la almohada, hacia esa modesta curvatura de chico que describen sus caderas, aunque están abombadas por los moratones. De forma muy literal y poco sentimental, tu deseo por ella existe y funciona a nivel molecular. El amor, en su forma más pura, es biología.

16 Amy también se lo está pasando bastante bien, pese al dolor. En primer lugar, porque no es como si su novio Oscar estuviese cumpliendo con la tarea, por decirlo de algún modo (no solían practicar el sexo a menudo y Oscar no es particularmente hábil con las manos o con la lengua). En consecuencia, ha pasado mucho tiempo desde la última vez que Amy tuvo un orgasmo que no fuese administrado por la fría silicona del vibrador de ducha Delfín Deluxe a prueba de agua de Fun Factory.

En cierta forma, esto te convierte ni más ni menos que en una versión de sangre caliente extra grande del Delfín Deluxe a prueba de agua de Fun Factory. Con la diferencia de que tú no eres a prueba de agua y, por desgracia, no vibras.

Por supuesto, para Amy tú no te reduces a eso. Te lo diremos de manera franca para evitar cualquier confusión: ella te ama, pero no de la misma forma en que la amas tú a ella. No existe una ansiedad

molecular por su parte. Ella no experimenta ninguna clase de alteración temporal en tu presencia, como te ocurre a ti delante de ella. Tampoco ha tenido sueños recurrentes de pérdida y dolor en los que apareces tú en los últimos catorce años. De hecho, a veces pasan meses sin que llegue a pensar en ti.

Y sin embargo, te ama. La emoción que la recorre cuando besas el punto en el que su mandíbula se une a su cuello no se reduce al simple hormigueo del contacto de piel contra piel. Sus temblores no son solo trauma y lujuria. Las lágrimas que brotan de sus párpados hinchados son alentadas por numerosas emociones, entre ellas, la gratitud por estar aquí contigo, después de tanto tiempo.

Está el amor y luego está el amor. Como quiera que sea, en lo que te concierne, independientemente de que pueda ser aquello que Amy siente por ti, te resulta más que suficiente para hacerte y mantenerte feliz. Esta desigualdad de sentimientos no podría ser menos importante. Aún queda tiempo para construir una vida alrededor de ello. Está claro que tú lo crees así porque lo necesitas, no porque sea así.

La cuestión es, lógicamente, si Amy comparte o no esa misma convicción.

15 Por el momento, es muy temprano para decirlo. Pero, ya sabes, trata de ser justo y razonable: en las últimas setenta y dos horas, esta mujer acaba de dejar su casa, su trabajo, su perro y su relación de cuatro años. Ha sido arrestada, secuestrada, golpeada, pateada y azotada con un cable eléctrico. Le han cortado medio dedo. Ha tenido la oportunidad de reflexionar sobre la probabilidad de su propia muerte, prematura y dolorosa, atada a una silla en la hedionda cocina de una granja abandonada. Y justo cuando estaba a punto de resignarse a su destino, fue rescatada de forma violenta y perturbadora por un amor de secundaria muerto hace años, acompañado por su propio asesino gubernamental.

Si se tiene en consideración todo lo anterior, claro, sería recomendable dejarle un tiempo para que se piense las cosas un momento.

14 Pero lo primero es lo primero: ella quiere enterarse de lo del fin del mundo.

Estáis tumbados en la quietud poscoital, vuestros maltrechos cuerpos apretados uno junto al otro.

—Tú no estás loco —dice ella.

—Nunca lo estuve —le dices tú.

—Pero ¿cómo? —pregunta ella—. Eso es lo que no entiendo.

—Tal como te expliqué —contestas tú con expresión de dolor al

echarte a un lado para poder mirarla—, es como si yo mismo tampoco lo entendiera.

Ella se queda un minuto pensando.

—¿Será Dios? —pregunta, y la naturalidad con que lo dice suena rara dado el alcance de la pregunta.

—No lo sé —le respondes—. Posiblemente. O tal vez no es más que una forma de percepción extrasensorial que no tiene nada que ver con lo divino.

—Pero ¿una voz? —insiste Amy—. Eso no me suena a percepción extrasensorial, Junior. Una percepción de ese estilo son las visiones. Sí, los sueños, las visiones. Pero no una voz en tu cabeza.

—¿Y cómo podemos saberlo?

Ella deja escapar una sonrisita.

—No has cambiado nada.

—¿Y eso qué significa?

—Pues que sigues únicamente interesado en lo que puede ser conocido, al cien por cien, conocido de forma inequívoca —añade ella —. No estás dispuesto a sostener ni la más remota especulación sobre la posibilidad de que una voz en tu cabeza pudiera ser Dios, o alguna otra persona, en lugar de limitarse a una percepción extrasensorial.

—No se trata de eso —replicas tú—. Me pregunto si existe el lenguaje para describir algo como lo que oigo. Tal vez no sea ni Dios ni una percepción extrasensorial. O quizás es ambas cosas: ¿qué palabra usarías para llamar a algo así?

—No existe.

—Exacto —corroboras tú—. Créeme que le he dado muchas vueltas durante los últimos treinta y pocos años. No creo que vayamos a resolverlo en una tarde.

—Parece razonable.

—Por lo demás, lo que importa es lo que sé, no el cómo lo sé.

13 Pasan varios minutos sin que ninguno de vosotros diga nada y el silencio, después de la muerte de tu padre, se ha convertido en algo malo y peligroso. A la mínima ocasión en la que tienes un rato para pensar, terminas acosado por sus recuerdos. Ahora surge otro: tú tienes tres o cuatro años y es invierno. Estás tratando de mantener el equilibrio en la pista de patinaje sobre hielo que el Ayuntamiento solía montar en el río todos los meses de diciembre, en aquellos días en que los inviernos eran lo suficientemente fríos como para que la pista aguantase congelada hasta marzo. Tú llevas los patines que antes eran de Rodney. Ahora le van pequeños, pero a ti te siguen quedando un par de números grandes. No es que estés patinando, sino que, más bien, intentas dar algunos pasitos con los tobillos torcidos. Los chicos mayores pasan zumbando a tu lado a velocidades inimaginables. A

veces pasan tan cerca que llegan a rozar la capa de nailon de tu anorak. A ti te aterroriza la velocidad a la que te rebasan, la forma en la que aparecen desde atrás y salen despedidos hacia adelante para completar toda la vuelta y reaparecer en lo que a ti te ha llevado dar siete u ocho pasos temblorosos. Intentas apartarte de la pista, pero cada vez que te acercas al borde, alguien te lo impide. Echas una mirada por encima del hombro y ves a un chaval grande, con un bozo prematuro, dando gritos justo detrás de ti a una velocidad aterradora. Estás seguro de que te va a atropellar y de que acabarás muerto, así que te abandonas a tu suerte y te preparas. Pero el impacto nunca se produce. Sientes la mano del chico en tu hombro, que se hace a un lado y se gira en el último instante, para pasar a tu lado soltando maldiciones, patinando de espaldas. Has conseguido acercarte un paso más a la salvación del muro externo, pero tu espíritu ha sucumbido, así que en lugar de intentar escapar, sigues tambaleándote hacia adelante, rezando a tu manera para alcanzar la redención.

La redención toma la forma de un poderoso par de manos familiares que te atrapan desde atrás y te levantan por encima de la superficie del hielo para hacerte reposar sobre unos anchos hombros. Ahora tú vuelas y son los chicos mayores los que, de pronto, se apartan a tu paso. Se desperdigan a un lado y al otro cuando tú los sobrepasas al doble o al triple de su velocidad, tan rápido que, en cuanto tomas la curva, estás obligado a inclinarte en un ángulo bastante pronunciado para compensar la intensa fuerza centrífuga. Los has dejado atrás a todos y ante ti sólo se extiende el hielo despejado. Te pones a chillar de júbilo y de miedo, de miedo jubiloso, un miedo falso porque los anchos hombros en los que estás sentado y las poderosas manos que te sostienen con firmeza pertenecen a tu padre. Y aunque sabes muy poco sobre ese hombre, lo que sí sabes es que siempre, siempre, lo tiene todo bajo control y no hay nada que pueda salir mal.

Ante este recuerdo, y ante los demás que han vuelto a tu memoria durante estos días, tú te preguntas si son algo real o sólo producto de tu imaginación. Podemos decirte que éste en concreto ocurrió exactamente como tú lo recuerdas.

12 —¿Qué voy a hacer con mi familia? —pregunta Amy.

Su voz te trae de regreso al presente.

—Se puede llegar a un acuerdo con ellos. Si eso es lo que quieres.

—Por supuesto que es lo que quiero —dice ella enfáticamente. Y luego añade con mayor suavidad, como si hablase consigo misma—: Por supuesto que sí.

—Por supuesto. —Te das la vuelta, la arrullas y le das un beso en la frente.

—Sin embargo, nadie sabe dónde se encuentra mi padre.

—Es posible encontrarlo —dices tú, frotándote los ojos con el borde de las palmas—. Es bastante fácil, de hecho.

—Pero cuando hablas de llegar a un «acuerdo con ellos», no estoy muy segura de lo que quieres decir.

—¿No hemos hablado de esto antes?

—No.

—¿Qué quieres? ¿La versión larga o la versión corta?

—Bueno, que yo sepa, ninguno de los dos tenemos nada que hacer ahora.

—¿Te importa si cojo otra cerveza antes?

Amy menea la cabeza, aunque, en realidad, hay una parte de ella a la que sí le importa porque conoce la bebida y sabe el efecto que tiene en gente como tú en un lugar como éste, donde el invierno dura medio año y una paga de nueve dólares a la hora se considera un buen salario. Amy se ha propuesto no ser una cuidadora nunca más, ni siquiera en tu caso, así que entérate: aunque ella no te va a detener, tampoco lo va a tolerar pasado cierto punto. Cruzas penosamente la habitación del hotel hasta la nevera, sacas una botella de Bud Light y regresas a la cama.

11 Amy escucha atentamente mientras tú le cuentas todo: Bulgaria, Sawyer y el programa. La propulsión superlumínica, las biosferas y la nave espacial del tamaño de Cleveland que está siendo construida poco a poco por una docena de diferentes fabricantes a lo largo de todo el país, de manera que ninguno de ellos sepa en qué están trabajando realmente. Hangares gigantescos excavados bajo la tierra rojiza del sudoeste donde, en unos cuantos años, aquellos que tengan la suerte de ser seleccionados por la lotería acabarán reuniéndose. El planeta Gliese 689 d es el futuro hogar de los ganadores de esa lotería.

—Y por supuesto —añades tú—, tengo influencias como para garantizarle el viaje de ida a quien quieras. Dentro de lo razonable. Tu madre, tu padre, tu hermano, unos cuantos amigos.

—¿Y qué pasa con Oscar?

—Claro —la tranquilizas—. Si tú quieres.

—Creo que sí.

—No hay problema. —A ti te preocupa un poco que eso pueda significar que Amy aún no ha terminado del todo con él, pero créenos cuando te decimos que sí lo ha hecho.

Amy coge tu cerveza, le da un trago y se queda pensando un minuto.

—O sea, que en dos años San Francisco habrá desaparecido —te pregunta—. El monte Sinaí, París, las cataratas Victoria. ¿Has estado

en las cataratas Victoria? Yo estuve allí nadando una vez, cuando estaba en el Cuerpo de Paz. Increíble.

—He visto fotos.

—¿Y nunca has tenido ganas de ir? Sobre todo si sabes que pronto desaparecerán.

—No podré verlo todo, supongo. El mundo es muy grande.

Amy fija la vista en la botella de cerveza.

—¿Quieres saber qué es lo más bonito que he visto nunca?

—Por supuesto.

—Una vez estaba en uno de mis viajes a través del país —comienza ella a contarte después de una larga pausa—. Desde Maine a California, desde California a Maine. Lo hice tantas veces que me cuesta decir cuándo sucedió lo que te cuento. Tal vez fue durante mi primer año de facultad. Había decidido coger la ruta más larga, pasando por el sur. Al final sólo era un día y medio más en la carretera comparado con la ruta habitual. Y ¿sabes por qué decidí alejarme tanto de mi camino?

No lo sabes. Podríamos decírtelo, pero mejor escucha:

—Porque alguien me había hablado de unas flores en Tejas y a mí me apeteció verlas: lupinos. Ni siquiera me acuerdo del nombre de la chica. Fuimos amigas durante unos cinco minutos, hasta que me di cuenta de que era una chiflada neohippy adoradora de la Madre Tierra. En todo caso, me dijo que cambiarían mi vida. Y supongo que yo sentía que mi vida necesitaba un cambio en esos momentos, porque partí en dirección a Tejas en lugar de ir por el camino recto, a través de las llanuras.

Amy te mira con las cejas levantadas a la espera de una respuesta. Pero tú no estás muy seguro de qué clase de respuesta es la que busca, de modo que sólo dices «Vale».

—En fin —continúa ella—, difícilmente una estúpida flor silvestre puede hacer que valga la pena desviarse para conducir más de mil quinientos kilómetros extra, ¿no? Era imposible no acabar decepcionada, y hasta avergonzada incluso, por haberme gastado toda esa pasta en gasolina, ¿no?

—Probablemente —dices tú, entre dudas.

—Y allí estoy yo, conduciendo por las colinas al oeste de Austin y sin ver una flor silvestre por ninguna parte. Pero ni una. Había varios montones de margaritas y lilas repartidos por aquí y allí, pero nada especial. Desde luego, nada que me fuese a cambiar la vida. Y entonces me empieza a entrar la rabia por haber ido tan lejos para nada.

Amy hace una pausa; se levanta de la cama mientras tú la observas aproximarse desnuda a la nevera para sacar una cerveza para ella.

—De pronto, me encuentro en una carretera rural recién asfaltada; ya sabes lo alucinante que es conducir sobre una pista totalmente nueva —comenta al tiempo que desenrosca el tapón de la cerveza y lo arroja a una esquina—. Así que le meto caña hasta alcanzar una curva que luego sube hada una colina. Cuando llego a la parte más alta se abre ante mí un panorama fabuloso. La carretera de pronto se hace recta y se interna en un valle —y ésta es la parte más rara— y se pierde directamente en un enorme lago.

Amy te mira intencionadamente y de sus ojos brota una tristeza que no parece venir a cuento. Le da un trago a su cerveza.

—Entonces disminuyo la velocidad porque es tal la impresión de ver ese lago gigante que ha aparecido de la nada, en un sitio en el que no tiene ninguna razón de ser. Pero es que, además, estoy extasiada por su belleza. Ese hermoso y peculiar azul oscuro, muy oscuro, casi morado. Nunca había visto agua así en mi vida. Me quedé tan flipada que casi detengo el coche.

Otra pausa. Vuelve a beber.

—Pero supongo que ya sabrás cómo acaba la historia.

Tú asientes con la cabeza y te acabas la cerveza con un largo trago.

—No se trata de un lago.

—Por supuesto que no. Porque ¿a quién demonios se le ocurriría construir una carretera que va a dar justo en mitad de un lago gigantesco? A nadie. De cualquier forma, resulta difícil no sucumbir a la ilusión. Así que, por mucho que me haya dado cuenta de que es imposible, todavía perdura por un rato. Hasta que, finalmente, me acerco lo suficiente como para ver las flores de cerca. Eran lupinos. Estoy hablando de millones y millones. Sigo conduciendo hasta que quedo completamente rodeada por los cuatro costados. Entonces me bajo del coche y me alejo caminando prado adentro sin tener ni la menor idea de adónde voy ni por qué.

Tú te levantas con toda cautela para ir otra vez a la nevera.

—¿Quieres otra? —preguntas y, cuando te das la vuelta para mirar hacia ella, le das a la puerta de la nevera con tu muñeca rota.

—No, acabo de abrir ésta —contesta Amy—. ¿Estás prestando atención a lo que te estoy contado? ¿Estás escuchando o no? Porque ahora es cuando la cosa se pone mística y tú sabes mejor que muchos, Junior, que nunca he sido una chica que se deja llevar fácilmente. Me basta con un solo dedo para contar alguna situación similar que me haya podido suceder.

—Te estoy oyendo —dices tú, con los dientes apretados por el dolor.

—Así que me alejo caminando del coche durante quién sabe cuánto tiempo, hasta que me doy la vuelta y ya no lo veo. Tampoco se

ve la carretera. Lo único que tengo alrededor son lupinos, por todas partes. Debería haber estado preocupada por la posibilidad de perderme, pero me dio igual. Simplemente seguí caminando con las manos abiertas, rozando las flores y las puntas de las hierbas que sobresalían, y cuando me cansé, me tumbé y de pronto se hizo oscuro y me dormí. En algún momento de la noche comenzó a llover, pero ni siquiera eso me hizo regresar. Simplemente, desperté y me quedé allí tumbada, dejando que la lluvia me mojase. Ya sé que no tiene ningún sentido.

—Tiene tanto sentido como cualquier otra cosa.

—De verdad, no te rías de mí o me sentiré muy dolida: es lo más cerca que he estado de sentir que existe un dios. Ese tipo de certeza profunda, como cuando tienes una revelación al tomarte un ácido, ¿sabes?, una de esas epifanías tipo garrotazo en la cabeza. Como que, de pronto, todo se aclara y te preguntas cómo coño no te habías dado cuenta antes.

Cuando oyes esto, sientes una vez más la ternura y el profundo cariño que tu corazón siempre ha reservado exclusivamente para ella y dices:

—Pero ¿cómo podría reírme de ti por algo así?

Amy te mira con intensidad.

—Porque en estos tiempos resulta peligroso hablar así —dice ella—. Esa clase de franqueza rara vez queda impune.

Tú te quedas pensando en lo que acabas de oír.

—Es una buena razón —concedes—. Claro que mañana entierro a mi padre y poco después el mundo se acabará de forma violenta. Teniendo eso en cuenta, la deplorable franqueza está justificada.

—La ironía es un lujo que los condenados no se pueden permitir.

—No lo discuto. —Dejas tu cerveza en la mesilla de noche y deslizas tu brazo bueno bajo ella. Ella se arrima a ti y deja descansar su cabeza en el hueco entre tu hombro y tu cuello.

—Tengo que decirte —te advierte Amy—, y por favor no te lo tomes mal, que me gustaba más cuando estabas loco y los lupinos iban a seguir floreciendo cada primavera hasta el fin de los tiempos.

10 Tú jugueteas con un pequeño mechón de su pelo entre tus dedos y luego lo dejas caer.

—Está claro —dices.

RODNEY

HAY UNA cosa que nunca le he preguntado a Junior desde que regresó a Chicago. Ya ha pasado un año, creo. Sí, debe de ser un año, porque papá murió cuando estábamos en la carrera por el campeonato con Milwaukee y yo tuve que faltar dos semanas, y al final perdimos el campeonato por un solo juego y sé que algunos de los muchachos me culpan a mí por no haber estado allí, pero ¿qué podía hacer? Mi papá se había muerto. Le pregunté a Reynolds que qué podía hacer. Y él me dijo nada Rodney, ni se te pase por la cabeza preocuparte por lo que dicen esos capullos. Bueno, ahora estamos en la pelea por el campeonato de nuevo, sólo que esta vez es contra St. Louis. Las carreras por el campeonato ocurren una vez al año, en septiembre. Lo que significa que ya debe de haber pasado un año desde que murió papá. Y, aunque he visto a papá en el ataúd y vi cómo lo cerraban y lo metían al coche, y luego lo sacaban para meterlo bajo tierra, todavía quiero preguntarle a Junior si papá podría regresar. Si Junior regresó, tal vez papá también podría. Eso es lo que estaba pensando.

Pero no he podido preguntarle a Junior porque, aunque estamos viviendo Juntos de nuevo, nunca nos vemos. Cuando yo estoy en Chicago, él siempre está en Washington, D.C., así que, en lugar de preguntarle a él, me acerqué a Amy para ver qué dice ella. Es muy lista, puede que hasta más lista que Junior. Y es muy buena conmigo. Confiaba en que me diese una buena respuesta.

Pero, cuando le pregunté, no quiso darme una respuesta.

Bueno, Rodney, no sé si soy la persona indicada para hablar de esto, dijo.

Yo confío en ti, Amy, le dije yo.

Es tremendamente reconfortante que me lo digas, me contesta. Luego me coge la mano entre las suyas y pienso en ese dedo que le falta, lo que me recuerda a papá. Tremendamente reconfortante, Rodney. De verdad que me alegra saber que confías en mí. Pero, si te doy una respuesta distinta a la que te gustaría oír, ¿seguirás confiando en mí?

Sí, le dije.

Vale, dijo ella entonces, porque creo que lo que te gustaría oír es que sería posible que tu papá regrese. Pero lo cierto es que no puede. ¿Lo entiendes?

¿Y cómo es que Junior pudo?, le pregunté.

Eso es diferente, me explicó.

¿Por qué?

Ella miró hacia otra parte y dijo algo en voz muy baja que no

pude oír. Me dio la impresión de que estaba enfadada. Y entonces me dijo, Bueno, la mejor forma de explicarlo, Rodney, es que Junior no estaba realmente muerto. Sólo que tú pensabas que lo estaba. Eso es diferente.

Lo entiendo, le contesté.

En cambio, tu padre…, continuó ella.

Él está muerto de verdad, dije.

Sus ojos se pusieron muy grandes y acuosos. Sí, dijo. Está muerto.

Ya lo pillo, le aseguré. Aunque me cuesta un poco. Me quedé pensando por un minuto y luego casi le pido que me lo volviese a explicar mejor. Pero cuando vi sus ojos nuevamente, me sentí mal y me quedé callado.

Pero todavía me molesta. Hoy el equipo está en San Diego y es día libre así que, como suelo hacer, una vez que nos hemos registrado en la recepción me paso el resto del día en la habitación del hotel. Estamos en el Hilton y, lo mismo que en todos los hoteles en los que nos alojamos, nos registran con nombres falsos para evitar que los fans y las chicas estén todo el día llamándonos. Yo me he puesto Ron México, que es el nombre que Gutiérrez escogió para mí hace tiempo. A mí me gusta porque siempre he querido ir a México, pero nunca he podido. Bajo al restaurante del hotel como Ron México y pido el tipo de comida que supongo que alguien con un nombre así comería. Chimichangas y un margarita sin tequila.

Solía divertirme mucho comportándome como alguno de los tipos de nombres falsos que usamos cuando estamos de gira. Podía sentarme en el restaurante de un hotel en Houston y fingir que al día siguiente tenía que realizar un vuelo muy peligroso en mi hidroavión con destino a unas islas muy lejanas, pero si seguía adelante, mi chica, Desdémona, nunca me perdonaría porque yo le había prometido no volver a hacer vuelos peligrosos a islas lejanas nunca más.

Ahora, como todo lo demás, ya no resulta tan divertido. Además, es complicado fingir que soy Ron México cuando la gente se me acerca todo el rato y me dice, Rodney, te importaría dedicarme un autógrafo en esta servilleta, o señor Thibodeau podría hacerse una foto con mi hijo. No es que me moleste hacer estas cosas.

Me hago la foto y luego regreso a mi plato de comida. Entonces aparece Reynolds. No me había dado cuenta de que estaba en el bar porque se encontraba de espaldas a mí. Se sienta con mucha lentitud y pone caras porque sus rodillas lo martirizan todo el tiempo.

Qué pasa, chaval, me pregunta. Es divertido que me llame chaval porque yo ya me estoy haciendo mayor para ser un jugador, pero ahora él ya tiene casi cuarenta años y es más bien un mánager de jugadores. Sólo juega de catcher en los partidos que jugamos de día, después de un partido nocturno, para darle así un descanso a Molina.

Nada, le digo. Aquí, comiendo.

Pensé que ya no bebías, dice Reynolds.

Claro que no, le contesto. No tiene tequila: no es más que lima y hielo.

Él se ríe y olfatea el vaso. Por supuesto. Tenía que haberlo sabido, dice.

Reynolds está borracho. Siempre tiene un olor muy fuerte, como a cerveza, incluso durante los partidos. Pero yo me doy cuenta cuando está borracho porque habla raro, como solía hacer mamá. Por alguna razón eso me lleva a pensar que Junior, pese a todo lo que bebe, jamás habla de esa forma. Es algo que se me ocurre así, sin más.

Escúchame, Rod, hay algo de lo que te quería hablar, dice Reynolds.

¿De qué se trata?, le pregunto.

Bueno, simplemente quería saber cómo te van las cosas, me pregunta. Le hace una señal al camarero y le indica con el dedo su botella vacía.

Estoy bien, le cuento.

Porque mira, estoy lo suficientemente borracho como para ahorrarte tonterías y hablar de forma directa: estás bateando como el culo, chaval. No he dejado de observarte desde el día en que apareciste y sé muy bien que sólo bateas como el culo cuando hay algo que te está reconcomiendo. A menos que finalmente hayas perdido la potencia.

No he perdido potencia, le contesto. Y no me duele nada. Yo me veo tan bien como siempre. Podría jugar otros quince años más.

Lo sé, dice Reynolds. Y entonces, ¿por qué estás bateando tan mal? Han sido dos meses, más o menos. Cincuenta y seis partidos. Sólo 200 con el bate. Así de asqueroso ha sido hasta ahora.

Si fuese otra persona, ya habría herido mis sentimientos con sólo decir que mi juego es asqueroso. Pero sé que Reynolds se preocupa de verdad y no es más que su forma de decírmelo. Tosco, es la palabra. Oí que Junior la usaba una vez cuando hablaba de papá, y eso es lo que es Reynolds. Es un tío grande y silencioso, y nadie se mete con él. Tosco. Y ya que me lo pregunta, creo que podría contarle lo que tengo en la cabeza y luego hacerle la misma pregunta que a Amy. Tal vez me lo podría explicar de manera que yo lo entienda.

Pero justo en ese momento el camarero dice, A ver, todo el mundo a callar. Seguro que queréis oír esta mierda. A mí me parece que hay algo raro porque siempre nos quedamos en buenos hoteles y el servicio es realmente educado y nunca sueltan tacos. Siempre me dicen señor México, me permite ayudarle con sus maletas o, ¿desearía tomar otra cosa, señor México? ¿O tal vez le gustaría un postre de nuestro menú?

El restaurante se queda en silencio y el camarero sube el volumen de la televisión lo suficiente como para que todo el mundo pueda oír. Es el presidente Huckabee y puedo asegurar de inmediato que no importa lo que sea que está diciendo, estoy convencido de que no me voy a enterar de nada, así que le doy la espalda al bar y me pongo a ojear las fotos del menú de los postres, a la espera de que el presidente Huckabee acabe y todo el mundo regrese a lo que estaba haciendo.

¿Es una puta broma o qué?, exclama Reynolds.

Espero que no me lo esté preguntando a mí porque no tengo ni la menor idea de si es una broma o no. Pero no me está mirando. Lo cierto es que no está mirando a nadie. Está inmovilizado y con la vista fija en la tele, como todos los demás.

Pasa un largo rato sin que nadie diga nada. Yo ya comienzo a aburrirme. Entonces el presidente Huckabee termina de hablar y todo el mundo saca el móvil y se pone a llamar. El bar se vuelve súper ruidoso con todo el mundo al teléfono. Reynolds también está telefoneando. Me pongo un momento a escuchar y me imagino que debe de estar hablando con su esposa.

Ni idea de qué se trata todo esto, Brenda, dice Reynolds. Intenta pedirle otra botella de cerveza a la camarera, pero ella ya debe de haber acabado su turno porque se echa encima una chaqueta forrada de borreguillo y se larga. Por alguna razón parece llevar mucha prisa porque, en cuanto pone los pies en la acera, frente a los ventanales, echa a correr. Tiene que ser un puto engaño o algo así, exclama Reynolds al móvil.

Echo una mirada alrededor del restaurante y yo soy la única persona que no está hablando por teléfono. Hasta el camarero está usando el teléfono que normalmente permanece bajo la barra. El tipo está hablando con alguien y, al mismo tiempo, tiene la cabeza levantada para ver la pantalla de la televisión, donde ahora hay un hombre ocupando el mismo escenario en el que acaba de aparecer el presidente Huckabee. El hombre conversa con los periodistas. Aunque hay sillas, todos los periodistas están de pie y agitan la mano hacia el hombre. Mola la corbata amarilla con lunares negros que lleva. Tiene cara de estar enfermo del estómago.

No creo, no, Brenda, le dice Reynolds a su esposa. Lo sé. Lo sé. Escucha, que ya lo sé. No nos pongamos histéricos, joder. Eso es todo lo que digo. Ni siquiera sabemos lo que está ocurriendo... estoy seguro de que, si cancelan el partido y nos envían a casa, nos lo dirán. ¿Dónde están los chicos?

Me pregunto por qué la esposa de Reynold puede estar pensando que van a cancelar el partido, pero no le pregunto a Reynolds, porque está al teléfono y sería de mala educación. Ahora veo que hay otra gente que pasa corriendo frente a los ventanales o caminando muy

rápido, como cuando van con retraso a alguna parte. Toda la gente que pasa por fuera también habla por el móvil.

Algo está sucediendo, hasta yo me puedo dar cuenta. Decido salir un momento. Me levanto pero Reynolds comienza a hacerme gestos con la mano. Yo me quedo de pie esperando.

Espera un momento, cariño, le dice a su esposa. Coloca una mano sobre el aparato y me pregunta ¿Dónde cojones vas?

Iba a dar un paseo, le digo.

No, no, no, chaval. Escucha un momento. Ahora mismo no deberías ir a ninguna parte. Tienes que hablar por teléfono con tu hermano, con tu madre y con quien sea necesario. Déjame que acabe con esto y te explico lo que está pasando lo mejor que pueda, hostias.

Y se pone a hablar con su esposa otra vez. Normalmente le presto atención a Reynolds cuando me dice algo, pero la verdad es que no quiero estar aquí más tiempo. Toda esta gente hablando por el móvil me está poniendo nervioso. Lo que quiero es salir afuera y dar un paseo. Le digo a Reynolds que voy un momento a la orilla del mar, pero él vuelve a hacerme gestos para decirme que no. De cualquier forma, salgo al vestíbulo. Por alguna razón el portero no está, así que abro la puerta yo solo.

Normalmente me pierdo con mucha facilidad, pero como siempre nos quedamos en este hotel cuando venimos a San Diego, sé cómo llegar a la orilla del mar. Hay tanta gente que apenas puedo avanzar por la acera. Todos chocan unos con otros y se empujan. Los coches están parados en medio de la calle, pero en la calzada hay un poco más de espacio. Me bajo de la acera y camino junto a los coches. Puedo ver la orilla del mar desde aquí, pero el camino se hace muy lento con toda esta gente. Una de las razones por las que no dejan de chocar entre ellos es porque caminan hablando por el móvil y nadie se fija por dónde va. Tengo que avanzar pidiendo disculpas. Comienzo a pensar que debería haber esperado, tal como me dijo Reynolds. Puede que sea mejor regresar al restaurante del hotel, me digo, pero ya he recorrido más de la mitad del camino hacia la orilla del mar y tardaría incluso más tiempo en regresar. Sólo quiero librarme de toda esta gente porque nunca me han gustado las multitudes y ahora tampoco, pese a tener que jugar delante de ellas cada noche.

Cuando alcanzo la esquina, veo a toda la gente que sale del centro de convenciones: es tanta que empieza a empujar hacia atrás a la demás gente que viene por la calle, que se ve obligada a retroceder en dirección al hotel, cada vez más lejos de la orilla del mar. A mí también me empujan hacia atrás. Una mujer cerca de mí suelta un alarido y se cae al suelo. Yo la cojo del brazo y la sostengo. Es difícil ponerla en pie porque a mí también me empuja el resto de la gente. Ella se arrastra por el suelo de rodillas y suelta algunas patadas. Tiene

que ponerse de pie, le digo. Se me ha caído el móvil, me contesta ella. Señora, se me está cansando el brazo. Ella vuelve a soltar patadas contra las piernas de la gente y consigue emerger entre la multitud para ponerse de pie por sí sola. Tiene las rodillas llenas de sangre pero ya no la van a aplastar, así que le suelto el brazo.

Menos mal que se olvidó del móvil porque yo estoy a punto de ponerme a llorar y no creo que pueda preocuparme de cuidar a nadie más. Quiero alejarme de toda esta gente, de los empujones y gritos y de las caras asustadas de todo el mundo. Pero no hay dónde ir. Intento avanzar hacia el mar otra vez, pero aunque soy uno de los tíos más fuertes del equipo, no tengo fuerzas para mover a toda esta gente. A medida que me empujan, paso junto a una palmera y lo primero que se me ocurre es agarrarme a ella. Me cojo al tronco y es como aquella vez en la que estaba con los boy scouts y salí volando de una balsa cuando bajábamos por el río y me aferré a una roca y no me quería soltar, aunque me decían que era mejor que me dejase llevar por la corriente. El agua no paraba de empujar y me costaba sujetarme a la roca, pero no iba a soltarme, tal como sucede ahora con la gente que pasa a mi alrededor y trata de arrastrarme. Me mantengo aferrado a la palmera, que se dobla hacia delante y hacia atrás pero no se rompe. Salto lo más alto que puedo, me agarro al tronco y quedo suspendido. Uso las piernas para rodearla y comienzo a subir como si fuese una cuerda. Cuando llego a la parte más alta, junto las manos y me quedo allí abrazado, aguantando. Espero que pronto haya menos gente para poder bajar e ir a la orilla del mar a mirar los barcos porque se me están cansando los brazos. Abajo, en la calle, todo el mundo se mueve pero nadie va a ninguna parte y el árbol no para de oscilar y los brazos me queman por dentro y es como la cuarta o la quinta vez que echo de menos a papá hoy porque él sí que sabría qué hacer.

AMY

ME PASO tres semanas dando la lata para convencer a Junior de que nos vayamos de viaje a Sedona. Últimamente no quiere saber nada de nada. Como ya no tiene trabajo se pasa el día tumbado en casa de Rodney, maldiciendo a la gente que sale por la televisión: la Sociedad del Avestruz, por supuesto. Pero también contra los viejos, la gente sin hijos, los deprimidos, los agorafóbicos, los teóricos de las conspiraciones, los que tienen un temor patológico a salir de casa, los evangelistas beatos que aún tienen todo su dinero invertido en Dios. Aquellos con un apego permanente al barco nodriza que son incapaces o se niegan a cortar amarras.

—Idiotas —le dice a la televisión, derramando un poco de su cerveza con el gesto despectivo de su mano—. La salvación cuelga ante sus narices y la rechazan.

La cuestión es que yo tampoco estoy muy segura de que quiera aceptarla.

Por supuesto que quiero vivir. Estoy en las listas del «barco nodriza» por defecto, y también tengo un apego permanente por continuar con vida. Así que uno pensaría que la decisión de partir debería ser fácil. Pero, por alguna razón, no lo es.

No logro explicar por qué. Al menos, no de una forma que tenga sentido al compararla con la aniquilación garantizada. Aunque no estoy sola. Porque tampoco los otros, los cientos de miles que han rechazado las plazas concedidas por la lotería, se explican mucho mejor que yo. Aparecen a cada rato en la televisión con los micrófonos embutidos contra la cara. Por qué, quieren saber los reporteros. Pero esa gente se limita a aparecer allí con expresión de desconcierto. A lo más tartamudean unas cuantas palabras vanas para explicarlo y luego se marchan, para regresar a su condena.

Los chiflados de la Sociedad del Avestruz son otra cosa, no hace falta decirlo. Se muestran más que encantados de explicar por qué secuestran a gente y hacen volar por los aires las oficinas del registro de Emigración. A la menor oportunidad sacan a relucir sus pasamontañas y fusiles de asalto ante las cámaras de los noticiarios. El argumento de esta gente es, por supuesto, que no sólo se quieren quedar, sino que quieren asegurarse de que todos los demás se queden con ellos.

Al igual que los periodistas, Junior también querrá saber por qué. Lo que espera es una explicación sobresaliente, pero todo lo que tengo para contarle es: este planeta es mi hogar y me encuentro muy unida a él y sigo sin estar totalmente convencida, pese a los esfuerzos

multibillonarios realizados por el gobierno, de que Gliese 689 d (que han comenzado a llamar «Elysia» para hacerlo un poco más sexy) tenga algo que ofrecer comparado con Glacier Bay, el Sinai o Sedona. Lo único que saben, según Junior, es que tiene el mismo diámetro que la Tierra pero no rota, de modo que en una mitad siempre es de día, y en la otra, siempre de noche. Aquella mitad que está de día es realmente calurosa y la otra, realmente fría. Ninguna de las dos me resulta particularmente atractiva.

Es un asunto de calidad de vida. Como una persona en estado vegetativo que sólo continúa con vida gracias a las máquinas. Me temo que eso es lo que va a ser Gliese 689: el equivalente planetario de un cuarto blanco como el cascarón de un huevo, con una terrible iluminación de fluorescentes y un cableado básico, y con una ligera peste a vómito/mierda por todas partes. Ya sabes, mejor desconecta el aparato de una puta vez.

Mi madre irá. Mi padre y mi hermano también. Junior y su familia. Pero yo no estoy segura de que sea para mí. Que alguien me ayude a encontrar una forma de expresarle mis dudas.

Partimos un lunes. Junior se acomoda en el asiento del acompañante con una petaca de peltre llena de Southern Comfort. Los viajes que hacía por carreteras rurales cuando estaba en la universidad me enseñaron a adorar la carretera, así que no me importa ser la única que conduce. El primer día no hablamos mucho, algo que no es habitual, pero luego me doy cuenta del porqué: ambos estamos absortos viendo pasar el mundo al otro lado de la ventanilla como si fuera la última vez que lo hacemos, lo que no deja de ser cierto. Ante nosotros por última vez está la frontera este de Iowa, más conocida como el río Mississippi, estancado por represas y cercado por colinas boscosas. Y aquí están por última vez las hectáreas plantadas de soja de color verde esmeralda, la pestilencia invisible de las granjas de cerdos y la cúpula dorada.[12] Luego Nebraska, llana y muerta, aunque incluso sus llanuras de malezas plomizas y alambradas rotas resultan conmovedoras cuando sabes que pronto desaparecerán. Nos detenemos en los puestos y locales grasientos que proliferan al lado de la carretera y comemos algo sin romper el silencio. Todas las camareras tienen los dientes estropeados y la cara marcada por una vida de trabajo duro y pobreza. Al salir dejamos propinas generosas y los platos medio llenos. Tal vez el corazón se nos partió en Nebraska, pero es en Colorado donde se nos abre a lo largo de las grietas, para caerse a pedazos, arrasado. Los montes y los verdes valles, los lagos a los pies de las montañas, como si fueran ofrendas. Todo hermoso y condenado y, por lo mismo, terrible.

Junior destapa su petaca en una carretera llena de baches, derrama un poco, echa un trago y la vuelve a cerrar. Se frota las

manchas sobre el regazo de manera distraída. Qué desperdicio.

—Qué mal —le comento— que no hayas dado con una forma de salvar todo esto.

Él no dice nada.

Cogemos un gran desvío a la izquierda y enfilamos hacia el sur. Mucho antes de haber atravesado la frontera del estado se empieza a parecer cada vez más a Arizona: pilares de roca erosionada, paredes rocosas con cicatrices adquiridas a través de las antiguas edades geológicas de la Tierra. El aspecto intemporal de ese paisaje hace aún más difícil creer que pronto todo esto habrá acabado. Me quedo pensando en eso por un momento y, cuando ya hemos entrado en Arizona, lo digo en voz alta.

—Nada de esto seguirá aquí —dice Junior—. Los estratos de aquellas rocas contienen huellas de, al menos, un impacto sufrido por la Tierra y han logrado sobrevivir para contar la historia. El problema no es que esto no vaya a seguir aquí, el problema es que no habrá nadie para apreciarlo.

—Eso no me hace sentir mejor —le digo.

—Lo siento —se disculpa él tras una pausa.

Después seguimos otro rato callados mirando los cactus por la ventanilla, la meseta de arenisca y la estrecha franja de asfalto reluciente que lo divide todo. De la nada aparece Flagstaff ante nosotros y, aunque de allí a Sedona sólo hay otros treinta kilómetros, estamos tan acalambrados y hambrientos que paramos para estiramos con desgana y comer algo. Junior me sorprende: en lugar de pedir media Coca-Cola para rellenar el resto con Southern Comfort, pide un vaso de soda, como cualquier persona normal. Me lo tomo como un pequeño signo favorable.

Sin darnos cuenta, llegamos a Sedona y hallamos una tienda de Circle K. El pueblo está lleno de hombres con coleta canosa y sandalias raídas, y de viejas hippies con pantalones sueltos y vaporosos que sonríen distraídamente mientras hurgan entre los productos del local: me recuerdan a mi antiguo vecindario en San Francisco. Compramos suficiente fruta, pan y carne ahumada como para tres días, junto con un par de botellas de Southern Comfort de litro y medio y una gran botella de Chianti barato para mí. Cuando estoy pagando, me pongo a pensar hasta qué punto nos aferramos irremediablemente a pequeñas convenciones como el comercio, como si pudieran salvamos. ¿Qué sentido tiene pagar el coste total de mis aguacates y del pan de doce cereales cuando falta menos de un año para el fin de todo? ¿Qué sentido tiene, por favor, este solemne intercambio de bienes por dinero? En todas partes del mundo hay gente ocupada en darle una nueva mano de pintura a sus casas y de depositar semanalmente la cuota establecida en su fondo para la

jubilación. Los nacimientos han alcanzado cifras récords. Que Dios nos ayude.

Cargamos la comida en el coche y regresamos a la 179. Luego, al llegar al extremo sur del pueblo, cogemos a la derecha en dirección al parque estatal de Red Rock. Llevamos equipo de acampada (tienda, esterillas y todo lo demás), pero sólo por si sale un imprevisto. Tengo las indicaciones, gracias a un amigo de la universidad, para llegar a una vieja cabaña abandonada en lo más profundo del cañón. Está mucho más allá de la distancia que recorre en un día el senderista promedio —esos que vienen hasta aquí para sacarse una foto rápida antes de regresar a la habitación del motel a tiempo para no perderse el capítulo de «Los Soprano»—, por lo que es muy probable que la encontremos vacía.

Bueno, al menos eso es lo que me contó mi amigo. Así que imaginad mi sorpresa y desaliento cuando llegamos allí y nos encontramos con un viejo sentado fuera de la cabaña, a la sombra del toldo medio caído que protege la puerta de entrada.

—Hola —dice el hombre en un tono bastante relajado, como si no estuviese en lo más mínimo sorprendido de vernos. Se parece al tradicional estereotipo del buscador de oro: piel bronceada, cara curtida, barba entrecana, una dentadura postiza cuestionable por la que seguramente habrá pagado un alto precio. No lleva camiseta y tiene la piel ajada; el pecho y la barriga cubiertos por un vellón del color de la nieve. Está sentado en una de esas sillas de acampada plegables, aunque parece que fuera la versión de lujo, con reposapiés y un hueco para dejar el vaso al costado izquierdo.

Junior se quita la pesada mochila que ha tenido que cargar en pleno calor.

—Perfecto —dice y mete la mano en un bolsillo lateral de la mochila en busca de su petaca.

—¿Te importa si le doy un trago a eso? —le pregunta el viejo.

Junior se queda mirándolo un instante y luego se encoge de hombros.

—Supongo que no —contesta, tendiéndole la petaca.

Yo no sé muy bien cómo proceder. Simplemente podríamos hacer como que sólo estamos de paso pero, después de cinco horas, los dos estamos extenuados y deshidratados, y sin la menor fuerza para montar un campamento.

—¿Es suyo este sitio? —le pregunto finalmente al hombre.

—Este sitio no es de nadie —contesta. Le devuelve la petaca a Junior—. No tengo ningún derecho que reclamar sobre él, aunque hace ya un tiempo que estoy aquí. Vosotros mismos podéis ver que no es ningún palacio. Me imagino que no vale la pena pelearse por él.

—Entonces no le importará si nos quedamos un par de noches —

pregunta Junior.

El viejo sonríe.

—Eso depende. —Señala la petaca—. ¿Cuánto de ese brebaje tenéis?

Junior le sonríe. La camaradería inmediata de los bebedores, algo más fuerte que casi cualquier otra fraternidad, vence la incomodidad inicial de la situación.

—Ese brebaje —explica Junior— es, de lejos, lo que más pesa en esta mochila.

—Bueno, en ese caso supongo que ya está todo arreglado. —El hombre se pone de pie y extiende su mano—. Yo tengo la cerveza y vosotros el licor.

Normalmente, no me gusta compartir el espacio con gente. Siempre odié los dormitorios comunes en la universidad y nunca en mi vida he compartido una habitación de hotel con nadie. Pero hay algo en este viejo tipo que me tranquiliza. Es un misterio de la química humana con el que todo el mundo está familiarizado: es lo que sucede cuando alguien te cae bien al instante, incluso antes de que haya dado la menor señal de nada o de que sea una persona agradable. Eso es lo que sucede con ese viejo.

—Me llamo Amy—le hago saber mientras le estrecho la mano.

—Hola, dulzura —dice él con un tono que suena al abuelo que probablemente es—. Yo soy Ralph.

Ralph nos conduce al interior de la cabaña y me doy cuenta de que no vamos a tener mucha intimidad. La mayor parte de las paredes interiores han desaparecido del todo y sólo quedan los pilares, que indican dónde estuvieron alguna vez. Varios agujeros en el tejado han sido parcheados con una mezcla de barro y paja. Las escasas pertenencias de Ralph —un saco de dormir, una mochila, alguna ropa cuidadosamente doblada, unos cuantos libros, una lámpara de queroseno— ocupan la esquina noroeste de lo que hace las veces de cocina. Con una señal hacia el lado opuesto de la construcción dice:

—Podéis reposar allí.

De pronto, me encuentro muy cansada. Dejo caer mi bolso en el suelo y me siento encima. Junior abre la gran mochila y comienza a sacar y ordenar su contenido: mudas, el licor y el vino, un par de garrafas de agua.

—Tenemos un pozo allí detrás —dice Ralph al ver el agua—. Te podrías haber ahorrado tener que arrastrar eso hasta aquí.

—Naturalmente —responde Junior y le quita el tapón a una de las garrafas—. Pero ya está aquí, así que mejor bebería.

—Espera —insiste Ralph—. El agua del pozo está buena y muy fresca. Apuesto a que esa que tienes parece pis recalentado. Vamos, acompáñame. Llevaremos ese par de botellas para sacar agua fría.

Ralph le indica a Junior la puerta trasera. Yo los sigo hasta afuera, donde hay un gran corral con la cerca rota, podrida. Los dos pasan al otro lado a través de un boquete que hay al fondo del corral y desaparecen entre las plantas de agave y banana yucca. Yo me siento en las tablas de la escalinata que da a la puerta y me quedo mirando un irregular risco de color anaranjado que domina el valle.

Pasado un rato vuelvo a entrar, me pongo un poco de vino en un tazón de lata del *kit* de utensilios de acampada y me siento a la sombra de un sauce del desierto, con la espalda apoyada contra la precaria cabaña. Se levanta una brisa proveniente de las colinas que agita las hierbas alrededor. Veo una forma moverse cerca de la base del risco, a unos cuatrocientos metros de distancia. Es de color pardo y avanza a ras de tierra a cuatro patas. A medida que se aproxima al trote, comienzo a distinguir el hocico largo y afilado, el rabo tupido con la raya negra: es un zorro. Cada pocos metros se detiene para husmear entre las malezas o entre los arbustos de creosota, sin dejar de aproximarse más y más. Hasta que llega a estar tan cerca que contengo el aliento. Nunca he estado tan quieta. Debo estar sumida en las sombras porque el zorro no me ve, aunque está en posición de alerta y olisquea el aire, al tanto de la presencia de algo que no logra detectar. Se parece más a un perro que a los zorros colorados que merodean por casa; es más alargado, con el pecho más estirado, grandes zarpas y pequeñas manchas pardas en las patas y detrás de las orejas. Es hermoso.

De pronto, el zorro echa a correr. Al principio no tengo ni idea de por qué. Pero luego oigo voces que se acercan. Con un extraño sentimiento de pesar observo la retirada del zorro, que va echando miradas de reojo encima del hombro. Ralph y Junior regresan a través del boquete de la empalizada, soltando carcajadas y con las garrafas con agua a los lados. Los dos se detienen y se quedan de pie frente a mí. Las garrafas que traen no están bien cerradas y el agua gotea a ritmo constante, como un metrónomo: tac-tac-tac, haciendo pequeños agujeros en la tierra. Levanto la vista hacia Junior y lo veo sonriente, mirando alrededor como si hubiese caído en la cuenta de cuán hermoso es todo esto. No sé qué pensar, pero me siento feliz de que hayamos venido.

—Oye —le digo intentando captar su atención.

Junior me mira como si acabara de despertar suavemente de un sueño agradable.

—Dejamos esto —dice— y luego nos vamos de caza. Para la cena. Si te apetece venir…

—¿A cazar? —me pongo de pie y me sacudo el polvo de los pantalones—. ¿A cazar qué?

—Serpientes de cascabel —interviene Ralph.

—¿Qué?

Junior se encoge de hombros por un segundo.

—Vale, eh, bueno... Pero ¿es que no hay suficientes conejos y otras piezas menos mortíferas por ahí? ¿Por qué serpientes de cascabel?

—Pues porque son peligrosas.

Mi vista va del uno al otro.

—No entiendo —digo sin tapujos.

—También debo decir que son deliciosas —acota Ralph—. La gente dice que saben cómo el pollo, pero es un sabor todavía más delicado, diría yo. Similar a la codorniz. Os va a encantar.

De pronto ya no estoy tan segura de la buena sensación que me provocó Ralph.

—¿Podemos hablar un minuto? —le digo a Junior.

Damos unos cuantos pasos hasta el otro lado de la cabaña.

—¿De qué va todo esto?

—¿Qué quieres decir?

—¿Tú qué crees, Junior?

—¿Pero qué hay de malo? Parece que Ralph lo hace a menudo. Y suena bastante divertido.

—Suena estúpido y arriesgado —le digo yo—. Además, no creo que estés en condiciones para salir a cazar nada.

—Llevo una hora sin beber nada. Estoy perfecto.

—Vas a acabar haciéndote daño. Nunca has llevado un arma de fuego en tu vida, además.

—Nada de armas.

—¿Cómo? ¿Sin armas?

—Lo que hacemos es encontrar la serpiente, nos acercamos con el máximo sigilo y usamos una horquilla.

—¿De qué hablas? ¿Qué tipo de horquilla?

—Un palo, básicamente. Por lo que he entendido.

—Santo Dios. Pero vas a acabar muerto.

—¿Y cuál es la diferencia? —me pregunta Junior—. Si muero hoy o si muero dentro de un año.

—¿Qué estás diciendo?

—Lo que digo es que sé que no vas a venir a Gleise 689 d conmigo. Y si tú no vienes, yo tampoco voy. Dentro de un año los dos estaremos muertos. Así que no importa si me muerde una serpiente y acabo cadáver aquí mismo.

A veces se me olvida que Junior ya lo sabe todo. La cara se me enciende y miro hacia otra parte.

—Por supuesto que importa —le digo en voz baja—. Todo importa, Junior. ¿Por qué no quieres entenderlo?

Él me sigue observando.

—Además —le digo—, tus fuentes no están en lo cierto. Aún no he decidido si iré.

—No necesito recurrir a «mis fuentes» para imaginármelo. Lo llevas escrito en la cara.

—De modo que simplemente has dado por hecho...

—... que ya habías tomado una decisión a estas alturas —continúa él—. Así es.

—Pues aún no lo he hecho.

Parece reanimado por lo que acabo de decir.

—Entonces, vamos —exclama—. Venga, vamos a cazar.

—Pero ¿qué obsesión es ésa?

—No lo sé. Es como si me hubieran entrado las ganas de hacerlo todo y en el mismo instante.

—¿Por qué no buscamos un lugar a la sombra y nos ponemos cómodos juntos?

—Tenemos muchas oportunidades para hacer eso —dice Junior y su sonrisa vuelve a aparecer.

—Es lo que tú crees.

—Vamos. —Lo dejo que me lleve del brazo.

—Ralph —dice Junior cuando reaparecemos por detrás de la esquina de la cabaña—, lo vamos a dejar para otro día.

Yo intento protestar, decir que no, que está bien, pero Ralph me interrumpe:

—Ella es la jefa —dice—. Mira, de cualquier forma es mejor cazar solo. Cuando se es más de uno, las serpientes lo notan y se esfuman. Al menos eso es lo que he leído.

—¿Que lo has leído? —lo interroga Junior—. ¿Cuánta experiencia tienes en esto de la caza?

—Hasta hace tres meses no ejercía más que como abuelo y como miembro de un grupo de negociadores de la Unión de Compañías de Prestamistas de Nueva Jersey a punto de retirarme. Lo que quiere decir que no mucha experiencia.

Yo le doy un pequeño codazo en las costillas a Junior.

—Ya veo que os sorprende —comenta Ralph—. Pero, veamos: en un sitio como éste uno no tarda mucho en empezar a parecer como si hubiese estado aquí toda la vida. La piel tostada, la suciedad. Me quito la dentadura postiza. *Voilá*! Cazador rural de serpientes.

—Joder —dice Junior. Se vuelve para mirarme con las cejas arqueadas, tan divertido como desconcertado.

—Exacto —agrega Ralph sonriendo—. Así que vosotros continuad con lo vuestro, instalaos cómodamente, un poco de relajo, en fin. Mientras, yo iré en busca de ese hatajo de serpientes para la cena.

—Pero si nosotros hemos traído comida —sugiero.

Ralph coge un palo puntiagudo que descansa contra una pared de

la cabaña.

—Basta de preocupaciones —concluye y se pone en marcha en dirección al pozo.

Una vez que se ha ido, Junior y yo nos miramos por un buen rato, antes de estallar en una carcajada.

—Manda huevos —digo enjugándome los ojos.

—¿No querías una experiencia singular? —pregunta Junior—. Pues diría que eso es exactamente lo que tenemos.

Nos quedamos ahí de pie, sonriéndonos el uno al otro, las manos de Junior se posan suavemente en mis caderas, y a pesar de que ya conoce mi indecisión, no dejo de sentir que ha sido un gran día. Encontramos ese rincón en la sombra y, con ayuda de las esterillas y una manta, se está bastante cómodo. Junior es cuidadoso y se porta bien. Más tarde, nos quedamos allí exultantes en nuestra desnudez, riendo y compartiendo el vino en un tazón de campaña.

Últimamente éste es uno de nuestros juegos favoritos: yo intento adivinar cómo es la vida de las personas que vemos pasar en restaurantes de comida rápida, en las autopistas, en las cafeterías, y Junior, con su clarividencia especial, me dice cuán cerca he estado. Esto es lo que se me ocurre de Ralph: como ejecutivo de la Unión de Compañías de Prestamistas más que nada se dedicaba a ganar dinero, cantidad de dinero, a partir de la pobreza de otra gente, lo que a su vez significa que se trata, en el mejor de los casos, de una persona de una fibra moral dudosa. Pero siempre se sintió un poco incómodo con su forma de ganarse la vida. Y, al igual que mucha gente con la capacidad para convertirse en mejores seres humanos, aunque sin motivación para hacerlo, el anuncio del fin del mundo provocó en Ralph un violento acceso de culpa y arrepentimiento, en parte genuino, y en parte como una forma de ponerse a salvo ante la posibilidad de que existiese otra vida tras la muerte, en la que muchos tendrían que rendir cuentas y en la que se pagaría con el castigo. Así que cobró el dinero de su fondo de pensiones y se pasó dos semanas entregando cien dólares a cada una de las personas que esperaban fuera de las oficinas de préstamo en Newark y Jersey City. Pese a que fue atracado varias veces, logró conservar lo suficiente como para llegar hasta Arizona, donde ahora se dedica a la caza de serpientes y a la contemplación del universo y espera, entre dudas y temores, el fin de todo.

—¿Qué tal algo así? —le pregunto.

—No está mal —responde Junior—. Pero tenías la ventaja de conocer algunos de los detalles de antemano.

Cuando recogemos nuestras cosas y regresamos a la cabaña, Ralph ya ha vuelto y está concentrado limpiando seis o siete serpientes de distintas longitudes. Les corta la cabeza, les quita la piel

como si fuese una larga funda, les arranca las tripas y lava la carne con copiosa agua extraída del pozo. Mientras él trabaja, Junior y yo reunimos leña para hacer un fuego. Junior consigue encenderlo justo a tiempo, cuando las alargadas sombras del final del día empiezan a insinuar el frío que hará por la noche.

Ralph entra a la casa y regresa con una pequeña sartén. Una vieja camiseta enrollada alrededor del mango sirve como guante de cocina. Una vez que el fuego se ha apaciguado hasta quedar reducido a brasas, Ralph cocina la carne de serpiente por tandas, sentado en su silla de acampada, desde donde se inclina para remover la carne cada pocos segundos con un diestro gesto de muñeca que ha adquirido. Saco un poco de pan y tomo prestado el cuchillo de Ralph para cortar en trozos la piña que compramos en Circle K. Junior me sirve vino y abre un par de cervezas tibias para él y Ralph. Poco después, los tres compartimos la que para mí es, sin duda, la más imprevista de todas las comidas que jamás haya probado. Me corresponde el único plato que venía con el *kit* de acampada. Ellos, en cambio, sostienen su pedazo de pan en una mano y con la otra van sacando serpiente y piña directamente de la fuente. La comida está sorprendentemente buena. Nos servimos más de beber, reavivamos el fuego y nos sentamos alrededor a conversar a medida que cae la noche.

Junior le confiesa a Ralph la imagen que nos formamos de él antes.

—No muy lejos de la verdad —reconoce Ralph con toda naturalidad. Se pone la prótesis dental para comer y se ve diez años más joven de lo que yo le había echado—. Excepto que no soy tan tonto como para ponerme a repartir dinero a las afueras de una oficina de préstamo. ¿Sabéis la clase de gente que merodea por esos lugares?

—¿Gente obligada a realizar actos desesperados por la pobreza? —sugiero.

—Exactamente —exclama Ralph—. Tomo nota del sarcasmo y lo acepto. Pero no. Me aseguré de que mi familia quedase en buena situación y luego repartí la mayor parte de lo que tenía a unas cuantas instituciones de caridad. Es algo divertido eso de donar dinero para que mejore un mundo que está a un paso de dejar de existir. Pero ¿qué otra cosa se puede hacer?

—¿Y qué pasó con tu familia? —indaga Junior. Él ya sabe la respuesta, por supuesto. Pregunta más bien por mí y para que la conversación no decaiga—. ¿Qué pasa con ella?

—Están muy enfadados conmigo. Mi esposa y mi hija mayor, sobre todo.

—¿Y tienen razón?

—¿Prefieres oír la historia y juzgar por ti mismo? Junior deja su

cerveza en el suelo y se pone de pie.

—En ese caso vamos a necesitar algo más fuerte. Se mete a la cabaña y regresa con una botella de Southern Comfort a medias. Ralph llena su tazón y le devuelve la botella. Junior me la ofrece, pero yo meneo la cabeza para decir que no. Entonces se sienta otra vez, me echa el brazo que le queda libre por encima de los hombros y me da un beso detrás de la oreja. Yo me recuesto en su hombro.

—Muy bien, entonces ¿versión corta o versión larga? —pregunta Ralph.

—Lo que te resulte más fácil —le contesta Junior.

—En ese caso, la versión corta —dice Ralph con una risotada. Sus dientes postizos son inquietantemente parejos y uniformes, como dos franjas de marfil sólido—. Como ya sabéis, era parte del equipo de relaciones públicas de la Unión de Compañías de Prestamistas. El único trabajo que tuve durante toda mi vida adulta. Casado con Beverly, Bev, durante cuarenta y un años. Dos hijas, ambas ya son adultas. Natalie, la que ahora me odia, está casada y nos dio dos nietos: Zach y Joscelyn.

Ralph le da un empujón al fuego con el pie. Las llamas se avivan y las chispas danzan en el aire.

—Sarah, nuestra hija menor, a la que llamamos Newt, nunca manifestó el menor interés por casarse. Da clases de arte en secundaria y también vende sus pinturas. Estuvo aquí hace un par de semanas de visita.

—De manera que Sarah… Newt… no está enfadada contigo —le pregunto.

—No.

—¿Por qué? —lo interroga Junior esta vez. Debe de ser un detalle del que no estaba al tanto.

—Porque ella lo entiende. Y tampoco se va a marchar.

Mierda. Junior retira su brazo de mi hombro y se echa hacia atrás en la silla.

—Ajá —comenta—. Ya veo.

Ralph le sonríe por encima del fuego.

—¿Y tú lo entiendes? —le pregunta.

—Bueno, tú has escogido no emigrar. ¿Qué más se puede decir?

—¿Y no te interesa saber por qué? —indaga Ralph.

—El porqué es irrelevante: por muy convincente que pueda ser, no existe ninguna razón suficiente para quedarse aquí y morir —contesta Junior. No puedo evitar estremecerme. Al oírlo, me doy cuenta de lo borracho que está y mi larga experiencia me dice que esto no va a acabar bien—. Tú eres, hasta cierto punto, una anomalía. Eso sí que lo puedo admitir. Tienes nietos y la gran mayoría de los que tienen hijos o nietos dependientes han optado por emigrar. Siguiendo

el mismo patrón, todos aquellos que han decidido *no* hacerlo, o pertenecen a la Sociedad del Avestruz —y ése no parece ser tu caso— o simplemente no creen que el C/1998 Él vaya a chocar con la Tierra.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que no soy de la Sociedad del Avestruz?

—Me cuesta imaginarte volando las oficinas del registro de Emigración.

—Está claro —replica Ralph—. Entonces, ¿es eso todo lo que tienes que decir? O que soy un pirado militante o que soy demasiado tonto para darme cuenta de la situación.

—Las estadísticas me respaldan —insiste Junior.

—En fin, no me agrada fallarles a los números. Yo mismo fui un hombre de números cuando trabajaba. Pero no, no soy miembro de la Sociedad del Avestruz ni tampoco tengo la menor duda de lo que le espera al planeta o a cualquiera que decida continuar encima de su superficie.

—¿Entonces? —interviene Junior.

—Mi plan es continuar aquí.

—Ahora veo por qué tu esposa está enfadada contigo —deja caer Junior.

—Enfadada no es realmente la palabra. Enfadada significaría tener que dormir en el sofá un par de noches.

—Yo puedo entender cómo te sientes —le digo a Ralph con la vista puesta en Junior.

—¿De verdad? —pregunta Ralph—. Porque ni yo mismo estoy seguro de poder entenderlo.

—Exactamente —contesto.

—Lo que trato de decir es que, a primera vista, no parece tener mucho sentido —aclara Ralph.

—Tampoco tiene mucho sentido a segunda o tercera vista —observa Junior.

Ralph me sonríe.

—Estamos los dos metidos en un lío gordo, supongo.

—Esto no es una broma —protesta Junior.

—En eso tienes razón, hijo.

—¿Y sabes qué más? Creo que eso es lo que mayor problema me causa de todo esto —dice Junior—. Yo pregunto por qué y tú te encoges de hombros, sonríes y luego dices: «Caramba, si lo supiera te lo diría.» Con eso no vamos a ninguna parte.

Ralph echa otro trago.

—No quiero que esto suene descortés —se disculpa—, pero ¿qué te hace pensar que tienes derecho a una explicación? Es mi elección. Tú eres libre para hacer lo que quieras.

—Yo soy un caso especial en este tema en particular —afirma

Junior.

—¿Y eso por qué?

—No me creerías si te lo dijese.

—Inténtalo.

Junior se queda un minuto mirando a Ralph y luego sonríe.

—Muy bien —dice—. Para empezar, yo soy el principal responsable del hecho de que tú *puedas* elegir si te quedas en la Tierra o si emigras. Si no fuese por mí, todo el mundo tendría que quedarse aquí sin poder hacer nada.

Ralph le echa un vistazo de reojo y repara en las bermudas recortadas, la barba de una semana, los ojos legañosos por el alcohol.

—Vale, tienes razón —admite—. No te creo.

Pese a mi resistencia a involucrarme de una forma o de otra en esta conversación, no puedo evitar intervenir:

—Es verdad.

Ralph se da la vuelta hacia mí con las cejas arqueadas y yo asiento con la cabeza. Cuesta saber si le estoy aportando alguna credibilidad a la historia de Junior o si bien Ralph ahora cree que estamos los dos locos.

—Pero ésa no es la única razón por la que me jode —continúa Junior—. Hay algo más.

—A ver, te escucho —confirma Ralph.

Pero Junior se queda pensativo, con la vista puesta en el fuego, mientras le da sorbos a su cerveza.

—Vamos, habla —le digo yo—. No tiene sentido quedarse callado ahora.

—Me doy cuenta ahora de que tú eres la única persona a la que se lo he contado —me dice Junior—. Ni siquiera a Sawyer. Es probable que él sospeche algo, pero aunque fuera el caso, tampoco él podría llegar a saberlo. Posiblemente es la única cosa en el mundo que Sawyer *no* sabe.

—Estáis comenzando a marearme, chicos —interviene Ralph—. Está claro que estoy un poco borracho. Pero aun así...

Junior se vuelve hacia él.

—He sabido lo del fin del mundo desde que nací —dice—. Fecha, hora, circunstancias.

—Ajá —musita Ralph y bebe un poco más de Southern Comfort.

—Pero eso no es todo —continúa Junior, preparando el clima para hablar sobre el tema. Se pone de pie y comienza a pasearse frente al fuego con la cerveza en la mano—. ¿No quieres saber cómo llegué a adquirir ese conocimiento?

—Tengo que admitir que siento curiosidad.

—Oigo una voz —declara Junior y se lleva el índice a la sien—. Siempre ha sido así. Me dice cosas. A veces cosas triviales. A veces

cosas terribles. ¿Qué? ¿No es divertido?

Ralph se pone de pie y acerca su silla al fuego.

—No mucho, supongo.

Junior le clava la vista.

—Eres escéptico. Es comprensible. Si me concedes sólo un minuto más, te diré algo sobre ti que te sacará de toda duda.

Yo ya sé lo que viene a continuación, por supuesto. Junior pone esa mirada distante, y deja pasar unos instantes antes de volver en sí para dirigirse a Ralph:

—En el invierno de 1951, cuando eras un niño, te subiste a un montículo de nieve en el aparcamiento municipal que utilizaban para acumular la nieve de las calles en Bridgeton, Nueva Jersey. Era el final del invierno, en marzo, así que el montículo estaba bastante alto, unos doce metros. Los chicos acostumbraban ir allí cada año para jugar al rey de la montaña o para tirarse en trineo. Pero la semana anterior había hecho bastante calor y, cuando llegaste a lo más alto, te hundiste hasta las axilas. De pronto, estabas atrapado.

Ahora el que está atrapado es Ralph, petrificado de pie en su sitio y con la vista clavada en Junior.

—Tú forcejeas por un rato pero, pasado un tiempo, te cansas. Entonces te quedas quieto y te pones a gritar. Pero no había nadie cerca que pudiera oírte. Estamos hablando de un viejo aparcamiento abandonado que, técnicamente, ni siquiera estaba dentro de los límites de la ciudad. A medida que las horas fueron pasando, tu voz comenzó a apagarse. Cayó la noche y, por fortuna, el tiempo era inusualmente caluroso. De otro modo, hubieras muerto congelado. A esas alturas, la policía ya te buscaba. Nadie pensó en echar una mirada al montículo de nieve, pese a que todo el mundo sabía que los chicos solían ir allí durante el invierno. Incluso muchos de los adultos del pueblo habían jugado allí cuando eran niños. En fin, quién sabe por qué, pero a nadie se le ocurrió. Y allí estabas, incapaz de moverte, enterrado con tal rigidez que no podías respirar bien. Te echaste a llorar porque creías que ibas a morir.

»Pero, por supuesto, eso no ocurrió. A la mañana siguiente te encontró otro grupo de chicos y para el mediodía ya estabas en una cama del hospital dando sorbos a una taza de cacao, con una solución de agua caliente con sal para tratarte las venas. Pero vuelve a pensar en aquella ocasión, Ralph, si no te importa. Piensa en la sensación que tuviste en mitad de aquella noche. Ahora imagínate lo que se siente al tener esa misma sensación cada día de tu vida. Imagínate lo que es nacer con ella. Eso te dará una idea de lo que te estoy hablando.

Ya con su rabia disipada, Junior se encorva sobre el fuego y lo aviva con la punta de su bota. Pasa un rato sin que nadie diga nada. Por el rabillo del ojo noto que Ralph me está mirando nuevamente y

giro la cabeza hacia él. Su expresión es de asombro absoluto.

—A mí me hizo lo mismo hace un par de años —le explico a Ralph—. Sé cómo te sientes. Tómate unos minutos.

Ralph se lleva el tazón a los labios y lo vacía. A continuación, regresa a su asiento y se queda con la vista perdida en el fuego. Al rato, me pongo de pie para rodear a Junior por la cintura con ambos brazos y me ciño contra su espalda. Él me frota las manos.

Me da la impresión de que este silencio comienza a tornarse un poco incómodo. Parece que se ha producido una ruptura y el buen humor que ambos compartían ya es historia. Estoy pensando que es hora de disculparme e irme a la cama. El frío que antes se insinuaba ahora se ha apoderado del cañón y, aunque Junior me mantiene caliente por delante, mi espalda, vuelta hacia la noche, ya está bastante helada. A eso hay sumarle la sensación cabezona y pesada que me produce el vino: seguro que no va a mejorar si sigo bebiendo.

Finalmente, Ralph vuelve a hablar:

—Voy a necesitar mucho más de esto —sentencia, alzando el tazón vacío.

Suena ligeramente gracioso. Salvo que no es realmente una broma, sino un pequeño comentario sardónico emitido por un viejo sentado en el desierto, a miles de kilómetros de su familia, a la espera de la muerte. Pero, por alguna razón, nos echamos a reír. Al principio nos cuesta, un par de risas que van tomando fuerza y crecen hasta que las carcajadas nos dejan paralizados y ya ni siquiera nos reímos de lo que Ralph acaba de decir: es una risa que existe por sí misma y que nos atrapa y nos arrastra, que nos hace sentir muy bien. Cuando comienza a remitir, Junior regresa de la cabaña con una botella llena y Ralph alimenta el fuego con más leña. Y así seguimos hablando y bebiendo durante lo que parece un largo rato. Sólo guardamos silencio en una ocasión, al oír a los coyotes que aúllan en las inmediaciones. Pero, una vez que el sonido se ha extinguido, volvemos a la conversación y, en cierto momento, felices y borrachos, nos vamos a dormir.

A la mañana siguiente me despierta temprano una mano que me zarandea. Es Ralph. Junior sigue dormido a mi lado.

—¿Qué pasa? —le pregunto rascándome una costra de baba reseca en la comisura de los labios—. ¿Hay algún problema?

Ralph me acalla con un gesto de su dedo.

—Está todo bien. Sólo quería hablar contigo un momento. A solas.

Fuera del saco de dormir hace mucho frío y dentro se está muy bien, pero hay una urgencia en la voz de Ralph que me obliga a arrastrarme friera. Junior se da la vuelta para ocupar el lugar que acabo de dejar, pero no se despierta. Encuentro una sudadera para

ponerme y Ralph me pasa una taza de café sin mediar palabra. Le doy un sorbo y, pese a una par de cascarillas que flotan en la superficie, está fuerte y sabroso, pero sobre todo caliente.

Acompaño a Ralph al exterior, donde arde un nuevo fuego sobre los restos de la hoguera de la noche anterior. Una pequeña cacerola colocada en las llamas sobre una rejilla metálica chamuscada contiene más café recién hecho.

—¿Cuánto hace que te has levantado? —le pregunto, tratando de calentarme las manos sobre el vapor de la cacerola.

—No lo sé. No me preocupo mucho de la hora desde que estoy aquí. No veo la necesidad.

—Pero ¿has dormido algo?

—Un poco.

Mis manos comienzan a achicharrarse, pero cuando las retiro, la humedad del vapor se enfría al instante y vuelvo a sentir el frío.

—Entonces, ¿qué tienes planeado, Ralph?

—A simple vista lo que haremos será recoger frutas de saguaro para el desayuno —me explica y me enseña un cubo de metal—. Pero, en realidad, lo que haremos será conversar sobre mi pasado y sobre tu futuro.

—Vaya. Muy bien —le contesto—. Pero nada de serpientes de cascabel.

—Nada de serpientes.

—Vale, entonces vamos. Cuando quieras.

Nos encaminamos hacia el fondo del corral. Ralph toma la delantera y sale de la empalizada a través del boquete abierto en ella. Caminamos unos cuantos metros hasta alcanzar una pendiente pedregosa. A pesar de que Ralph me ha prometido mantenemos alejados de las serpientes, no levanto la vista del suelo, lista para huir corriendo porque en cada piedra y en cada arbusto me imagino que puede haber una. El sol comienza a salir por detrás de los riscos en el momento en que alcanzamos una extensión de cactus saguaros. En cuanto nos ponemos manos a la obra empezamos a notar el calor.

Sin decir una palabra nos dedicamos a recolectar la fruta y, cuando ya comienzo a preguntarme si vamos a hablar alguna vez de lo que se suponía, Ralph abre la boca:

—Ya sabes que os estaba mintiendo a los dos, ¿no? Sobre mi esposa.

—No —le confieso—. ¿Qué? ¿Ya no te odia?

Ralph se echa a reír.

—Oh, sí que me odia. Aunque no os dije la verdadera razón de por qué lo hace.

—Vaya.

—Permíteme que te lo explique de la siguiente forma: no es que

ella me odie porque yo no voy. Más bien, yo no voy porque ella me odia.

—Y ¿por qué nos has mentido? ¿A nosotros qué más nos da?

—Bueno, estaba intentando ayudarte, en cierta manera —me revela Ralph—. Dándote apoyo. Me pareció que estaría restándole energía a tu elección si me ceñía estrictamente a la verdad, es decir, que, como resultado del odio profundo e inalterable de mi esposa, he decidido suicidarme con un cometa.

Dejo de recoger fruta, me quedo de pie y me estiro al máximo.

—O sea, que, al final, no tienes la misma sensación que yo. Algo así como una unión con la Tierra que no logras vencer.

—Sí, claro que sí —replica Ralph—. Por esa razón me vine a Sedona. Pero ésa no es la única razón para quedarme aquí. Si tuviera a alguien por quien partir…

—Ahora lo entiendo. Me defiendes delante de Junior y luego, en privado, tratas de decirme que me vaya con él.

—Después de veros a los dos juntos anoche, está claro que sí. Por otra parte, no es que sea asunto mío.

—No.

—Pero déjame que te cuente lo que estoy pensando.

—¿No será que tu esposa te odia por ser un entrometido? —le pregunto—. ¿Se trata de eso?

Ralph arroja una fruta en el cubo y se endereza, sujetándose la espalda con una mano a la altura de los riñones.

—No —se ríe—. «Odio» quizás no sea la palabra adecuada. Sé que yo mismo la he empleado. Digamos que Bev me trata con desdén. Me mira por encima del hombro, lo que es incluso peor que ser odiado. Al menos, el odio es un sentimiento intenso. Yo no soy lo suficientemente importante como para que mi mujer me odie. Y dudo que nunca lo haya sido, ni siquiera al principio.

—Suena muy triste.

—A veces lo era. Pero cuando amas a alguien como yo la amaba, puedes aguantar así durante años. Nosotros lo logramos durante más de cuarenta. Imagínate. —Ralph echa una mirada alrededor del cañón —. Bev venía de una familia con dinero y creció haciendo las cosas que hace la gente con pasta. Yo, en comparación, soy mucho más simple. Aburrido. Lo mío era trabajar, volver a casa y leer el periódico de la tarde, cuando todavía existía tal cosa. Y beberme un par de copas de lo que fuera. Oír los partidos por la radio. Pescar los fines de semana. Compré una cabañita junto al lago y pensé que a ella le iba a gustar: me equivoqué otra vez. No podía soportar el silencio. Se quejaba de que luego no podía sacarle el olor a humo a la ropa.

—Suena como si fuese una arpía, con toda franqueza.

—No, no lo es —objeta Ralph—. No. Al principio de verdad que

lo intentaba. Durante los primeros años me acompañó a pescar en el hielo las mismas veces que yo fui a escuchar a la sinfónica. Hay fotos de nosotros en una moto de nieve; de ella sacando un lucio de un agujero en mitad del hielo con sus manos desnudas. En la foto aparece sonriendo. Parecía feliz. Pero en un momento dado —después del nacimiento de Newt, diría—, ella se dio cuenta de que eso era todo, que no había más. Y no conseguía imaginarse cada fin de semana montada en una moto de nieve por el resto de su vida. ¿Quién iba a culparla por algo así?

—Lo siento.

—Oye. —Hace un gesto con la mano—. Que no te estoy contando esto para hacerte sentir mal. Hacíamos una mala pareja. Ella debía haberse casado con alguien que se sintiese a gusto llevando corbata, alguien capaz de discutir las virtudes del caviar ruso en comparación con el iraní. Y ése no era yo. Pero yo la amaba. Y ella sentía afecto por mí, lo sé. Al menos durante un tiempo después de habernos casado. Ahora bien, nunca llegamos a parecemos a vosotros dos. Ni una sola vez. Ni siquiera en nuestros primeros años.

Hace una pausa para dejar que sus palabras se asienten.

—Además, y en esto te voy a ser franco, lo que realmente me ha convencido de hablar contigo esta mañana era la expresión que veía ayer en su cara una y otra vez.

—¿Qué quieres decir?

Ralph pone una cara como si estuviera diciendo «a ver si te enteras».

—Creo que tú ya lo sabes —me dice.

—No, de verdad que no.

—Vale, digamos entonces que, cuando te mira, me recuerda a mí mismo. —Ralph recoge el cubo del suelo—. Mira, me voy a la cabaña a toda prisa con estas frutas para lavarlas. Tal vez deberías regresar con calma.

Disfruta de esta belleza a la que te sientes tan unida. Eso sí, ten cuidado con las serpientes de cascabel.

Antes de darme tiempo a decir nada, se da la vuelta y se larga, caminando a saltos por la pendiente rocosa que lleva hacia la cabaña. Justo ahora que me he quedado sola tenía que decirme lo de las putas serpientes. Me vuelve a entrar la certeza de que deben de estar acechando por todas partes y se me quitan todas las ganas de disfrutar del espectáculo de las primeras horas del día en el desierto o de caminar relajadamente a través del cañón al amanecer. Ni el más mínimo deseo. Lo que quiero es regresar a la cabaña, meterme en el saco de dormir tibio con el brazo de Junior rodeando mi cintura y su mano acunando con suavidad uno de mis pechos. No quiero estar sola en medio de toda esta belleza. Pero, repentinamente, me encuentro

demasiado aterrorizada para moverme.

No entiendo a qué viene esta inesperada parálisis. Con toda certeza he estado ante muchos otros peligros más tangibles y jamás me provocaron tanto miedo: los numerosos y variados actos de locura cometidos por los miembros de mi familia; el acosador que solía rondar los dormitorios durante mi primer año de facultad en Stanford para ver a las chicas en la ducha y, por supuesto, hace menos tiempo, cuando casi muero a manos de un desquiciado agente del gobierno en una granja abandonada en las inmediaciones de Massachussets. No obstante, esas supuestas serpientes que supuestamente me acechan por todas partes en la más hermosa de las mañanas, se imponen a todos esos antiguos peligros.

Pero ¿qué es lo que aprendes como adulto si no es a saber funcionar diariamente frente a los peligros? «Vamos, mueve los pies», me digo a mí misma, y sólo consigo dar un paso torpe y luego otro. Examino todo el entorno en busca de serpientes y el hecho de no ver ninguna sólo empeora las cosas. Continúo avanzando concentrada en eso, nada más y, aunque desandar la colina me toma tiempo, alcanzo finalmente la empalizada, paso a través del boquete y encuentro a Junior aún dormido dentro de la cabaña. Me arrodillo en el suelo junto a él, pongo mi mano sobre su frente y le aliso el pelo. Lentamente comienza a despertar. Debe de haber estado soñando porque tarda un minuto en darse cuenta de dónde se encuentra. Pero, cuando finalmente lo consigue, levanta la vista y me reconoce. Es entonces cuando percibo la mirada de la que hablaba Ralph. ¿Cómo es posible que nunca me haya fijado antes? Tenía razón; hay un joven Ralph en esa mirada de adoración por su nueva esposa, a pesar de que las semillas del desdén por él ya comienzan a echar raíces.

Me acerco a Junior y le susurró al oído:

—Ralph no nos dijo la verdad sobre su esposa —le digo—. Sobre la razón por la cual ella lo odia.

Junior carraspea.

—Lo sé —responde. Sus labios me rozan el lóbulo.

—Por supuesto que lo sabes. Pero ¿sabes qué te voy a decir ahora?

—No.

—Qué bien.

Una pausa.

—¿Entonces?

—Creo que deberíamos poner fin a nuestras vacaciones —le digo —. Cogemos el coche hasta Phoenix, lo devolvemos en la oficina de alquiler y volamos de regreso a Chicago. Así podré ir a firmar en el registro de Emigración.

Se produce una larga pausa y entonces él se incorpora y me atrae

hacia sí, y yo puedo sentir su gratitud de forma física. Entonces me doy cuenta de que finalmente, sí, finalmente, he dejado de fallarle a la gente.

Después de lo cual nos ponemos como un par de niños en Navidad. Junior se levanta y recogemos nuestras cosas a toda prisa, dejándole la mayor parte de nuestros víveres a Ralph. Él nos observa por un rato, sonriente, luego sale fuera a encender el fuego otra vez y prepara el desayuno. Nos implora que nos sentemos con él y comamos, pero nosotros estamos demasiado excitados. Puedo notar una pizca de tristeza en sus ojos y me doy cuenta de lo solitario que debe de haber estado antes de que viniésemos nosotros. Junior le estrecha la mano a Ralph. Yo le doy un abrazo de despedida y él dice «Gracias»: sé exactamente lo que quiere decir. A continuación, nos echamos las mochilas al hombro y nos ponemos en camino. En el instante en que Ralph está a punto de desaparecer para siempre nos damos la vuelta y nos decimos adiós con la mano. Él alza su brazo y responde a nuestra despedida, una figura minúscula en medio de las rocas del cañón, a sus pies, solo en medio de toda esa belleza. La caminata de regreso se nos hace más corta y encontramos el coche en el mismo lugar en que lo dejamos. Junior conduce mientras yo miro el mapa y le doy indicaciones. No tardamos en llegar a Phoenix y al poco estamos sentados en un avión, dormidos, con nuestras cabezas una contra otra, reclinados sobre el reposabrazos. Al llegar a Chicago, cogemos un taxi desde el aeropuerto de Midway. Rodney está en casa cuando llegamos. Se muestra sorprendido y, por supuesto, contento de vernos. Junior le da un fuerte abrazo, casi con violencia, y le alborota el pelo, adoptando el papel habitual de hermano mayor pese a que él es el pequeño. Luego los dos se quedan de pie mirándome, abrazados por los hombros, resoplando, con el pelo revuelto y una sonrisa de oreja a oreja.

La cocinera de Rodney, Alice, prepara una cena increíble —solomillo con salsa bordelesa, col china y patatas rojas— y comemos y conversamos, con Dave Brubeck tocando jazz de fondo. Junior únicamente se bebe dos cervezas y sólo porque se acuerda de casualidad. A la mañana siguiente me levanto muy temprano, me ducho y me visto, y, mientras me muevo por la habitación, Junior me observa desde la cama. No deja de sonreírme en la penumbra. Cuando he acabado de arreglarme, me acerco a él y lo beso en la frente y en los labios.

Echa a un lado las sábanas y se levanta.

—Espérame cinco minutos —dice— y te acompaño.

Yo lo vuelvo a empujar contra la almohada.

—Tú quédate durmiendo —le ordeno—. Sólo tardaré un par de horas. Cuando regrese, podemos ir andando hasta el Buiscuit Basket

para almorzar temprano.

Ya se ha vuelto a dormir antes de que yo haya abandonado la habitación. Salgo y me aseguro de dejar la puerta con el pestillo echado y me pongo en camino hacia North State donde cojo la línea roja. Atravieso el centro y me bajo en la estación de Grand, cruzo la calle y llego al registro de Emigración. Los soldados, imperturbables y con uniforme antidisturbios, me cachean y registran el contenido de mi bolso. Cuando paso el control de seguridad entro y, para mi sorpresa, me encuentro con una cola bastante larga. Así que me incorporo.

Justo delante tengo a una mujer que sostiene un bebé contra el hombro. Me está mirando con ojos de interrogación, como hacen los bebés. Yo pongo lo que me imagino que debe ser una cara graciosa.

Fuera se produce una repentina conmoción: gritos seguidos de disparos de armas automáticas. La cola del registro se disgrega de inmediato y la gente se escabulle, desesperada, en busca de un lugar para protegerse, apiñándose en grupos de dos o tres. Un hombre vestido de negro de la cabeza a los pies corre a través del acceso y activa la alarma del detector de metales. Grita algo ininteligible y lleva un bulto voluminoso y llamativo sujeto al pecho.

No me da tiempo a asustarme. De la nada se produce un estallido y un flash deslumbrante, como si alguien acabase de sacarme una foto con la cámara más grande del mundo. Y me elevo y soy arrojada por lo que parece una mano gigante. Hay un instante de calor y dolor terrible. Puedo oír a la gente gritando, pero el sonido se va alejando con rapidez y, a continuación, viene algo del todo distinto, aunque no es algo malo como todos piensan cuando están vivos. No es ni bueno ni malo. No es nada. Os echaré en falta, mamá y papá, y a ti también Oscar, y a mis amigos, especialmente a Andrea, y por supuesto a ti, Junior, cariño, pobre, pobrecito, tú eres al que más echaré de menos. Ojalá hubiese alguna forma de evitarte la pena, Dios mío. Ojalá pudiera decirte que no hay en absoluto nada triste en la muerte. Pero no puedo. No puedo porque ya no soy nada.

TERCERA PARTE

EL MULTIVERSO Y TODO LO QUE HAY EN ÉL

9 AHORA que estás aquí, en los instantes postreros de tu vida, sentado a solas sobre la cima de la montaña más alta de Maine, esperando junto a billones de otras personas la llegada del Destructor de Mundos, suponemos que es un buen momento, como cualquier otro, para revelarte la verdadera naturaleza de todas las cosas. Así recibirás la recompensa que te fue prometida años atrás, aunque no sea más que una elección, pero es una elección que tendrás que hacer con rapidez porque dentro de pocas horas los cielos pasarán del azul al rojo y la Tierra se convertirá en un inmenso caldero, y todo lo que sea mínimamente combustible estallará en llamas, tú incluido, y ya no habrá nada más que puedas elegir. Así pues, vamos a ello:

8 Como ya lo has sospechado en el pasado, todas las cosas existen en un universo de múltiples dominios o multiverso. Para ponerlo en términos muy, muy simples, eso significa que hay un número infinito de variaciones de este mundo que existen simultáneamente, lo que se completa con un número infinito de variaciones de ti mismo. Ahora mismo, por ejemplo, a una distancia de 26^{344} m de donde estás ahora sentado hay otro tú, sólo que se trata de aquel tú que eras hace cinco segundos atrás, cuando estabas con la vista puesta en el cielo a la espera de que comenzase a arder. A 12^{597} m de aquel tú hay otro, claro que este último ha sido reducido a cenizas por un calor tan intenso que incluso sus huesos han acabado incinerados. Otro tú está profundamente dormido en una nave de transporte de emigración destinada a Gliese 689 d. Otro tú, algo más joven, está vomitando en una acera de Chicago a primeras horas de la tarde de un martes. Hay otro tú encerrado en el baño, mas— turbándose con la imagen mental de la señora Harris. Y así, hasta el infinito.

7 De modo que tu recompensa es una simple elección, algo que jamás le ha sido concedido a nadie, nunca. Pese a todo lo que has tenido que soportar, esperamos que estés de acuerdo con nosotros en que el hecho de que te sea ofrecida esta oportunidad —una oportunidad que nadie jamás ha tenido en toda la infinidad— convierte todo lo que has sufrido hasta ahora en algo que vale la pena, en retrospectiva.

Lo que te ofrecemos —seguramente ya lo habrás adivinado pero te lo diremos de cualquier forma— es simplemente eso: elige una de tus variaciones. Cualquiera. Te permitimos que elijas y luego te conviertas en aquel tú que desees. Puede ser un tú que ya has sido,

cualquier tú a lo largo de la vida que ya has vivido. Puedes volver a empezar como un cigoto, si quieres. O puedes ser uno de los incontables tus posibles que nunca llegaron a ser pese a que, dada la naturaleza del multiverso, en realidad sí que fueron, y continúan siendo y volverán a ser. Un ejemplo: podrías ser aquel tú que hubieses sido de no haber pisado aquel abejorro con el pie descalzo en el patio trasero de tu tía cuando tenías cuatro años. Sería razonable que pensases que pisar un abejorro no debería ser nada importante en la trayectoria de vida de una persona. Pero estarías equivocado. Porque, de no haberlo pisado, ese insecto hubiese continuado con vida y habría polinizado el descampado que hay detrás de la estación abandonada de bomberos en la parte norte de la ciudad, lo que habría supuesto la transformación de ese terreno que, en lugar de ser una aburrida extensión de malezas, se habría convertido en un hermoso parterre de margaritas y brezo, y Harry Boyd, el viejo millonario que hizo su fortuna con la cadena regional de zapaterías y que, al jubilarse, pasaría a ser el mayor filántropo del estado de Maine, habría quedado tan prendado de la belleza de esas flores silvestres que el centro de actividades para niños sin recursos que había planeado construir en un pueblo ubicado a treinta kilómetros al sur se hubiera hecho finalmente allí, donde solía estar la antigua estación de bomberos, lo cual habría cambiado la vida de miles de niños en miles de formas durante los próximos años. Entre todas las vidas cambiadas, la que más nos importa aquí sería la de Marc Lavway, que, en lugar de seguir los pasos de sus hermanos mayores, que se entregaron a la vida callejera como camorristas y delincuentes desde su más temprana edad y que ahora están todos graduados en la actividad criminal con mayores o menores honores, Marc pasaría en el centro de actividades casi todo el tiempo que no estuviese en el colegio, jugando al baloncesto y al hockey sobre hierba e incluso asistiendo a un par de clases para aprender alfarería y adquirir algunos conocimientos de francés canadiense. Y como Boyd habría donado dinero al centro para otorgar al ciudadano con mejores aptitudes del centro una beca anual para estudiar en la universidad, Marc habría gozado de una oportunidad que ninguno de sus hermanos mayores, dos de los cuales se encontraban a estas alturas cumpliendo largas condenas en la prisión estatal, jamás había llegado a soñar. En la universidad, liberado del nefasto ambiente de su hogar, que le obligaba a pasar largas horas en el centro de actividades para evitarlo, Marc hubiese sobresalido de verdad, abriéndose camino a base de becas y bolsas de estudio obtenidas por sus propios méritos. El siguiente paso hubiese sido la facultad de medicina, tras lo cual Marc haría sus prácticas y su residencia en el centro médico Beth Israel Deaconess, de Boston. Y aunque con su talento y su especialidad en medicina de urgencias

probablemente habría podido hacer más por la humanidad como doctor en algún centro médico de una ciudad, Marc, sin embargo, habría optado por regresar a casa para trabajar en la tranquila sala de urgencias del Hospital Inland, donde habría pasado sus días recetando antibióticos y tratamientos a las ancianas afectadas de problemas respiratorios. Con el tiempo le habría tocado tratar a tu padre, que se habría presentado a su consulta un viernes 6 de diciembre de 2002 con su ataque bianual de neumonía, agravado, por supuesto, por su hábito de fumador compulsivo. Lavway habría llevado a cabo un chequeo estándar, habría hecho el diagnóstico pertinente y obvio, y se hubiese dispuesto a preparar una receta de eritromicina antes de mandar a tu padre de regreso a casa. Pero en ese momento, por alguna razón que ni él mismo hubiese podido explicar, habría emitido una orden para llevar a cabo una tomografía axial computarizada, TAC, por simple corazonada. Tu padre se habría opuesto por el precio, pero Lavway le habría replicado que los médicos de urgencias aprenden a confiar en sus instintos mucho más que cualquier otro especialista médico y que, en este caso particular, su instinto le decía a gritos que era necesario un TAC del pecho. Tu padre, contento por lo que habría percibido como una actitud directa y honesta por parte de Lavway, habría cedido y de esta forma se hubiese descubierto su cáncer cuatro años antes, con lo cual habría sido curado mediante una simple operación para extraer la parte afectada del pulmón. Y si bien ni Lavway ni tu padre tenían forma de saberlo, los instintos de Lavway habrían terminado salvando la vida de tu padre, aunque no por haberlo curado del cáncer (algo que de lo que tú te habrías hecho cargo, por supuesto), sino mediante la alteración del curso de los acontecimientos, que habría llevado a que tu padre estuviese en una tumbona, en lugar de ir sentado al volante de su Mustang, la noche del 28 de marzo de 2006 en que falleció.

Por supuesto que todo esto realmente tuvo lugar a 8^{158} de aquí, en una versión en la que tú alcanzas a ver el abejorro justo antes de pisarlo y te evitas la dolorosa picadura.

Estamos al tanto de que todo esto es mucho para asimilarlo de una sola vez, especialmente cuando tú ya te has resignado a morir aquí. Entendemos tu frustración y tristeza por la pérdida de lo poco que amabas, pese a haberte pasado toda una vida intentado salvarlo. Entendemos tu escepticismo sobre la posibilidad de que una vuelta atrás sólo podría suponer más dolores y desesperación como los que ahora sufres. Así que preferimos darte algo más de tiempo. Ten en cuenta mientras reflexionas que, de una u otra forma, no queda mucho.

6 Una cosa más, y después de esto prometemos dejarte en paz por

un rato: por favor, no permitas que la pena te ciegue al elegir entre las posibilidades que te ofrecemos. Tú sabes tan bien como nosotros que, junto con las infinitas opciones a elegir, surge el potencial para una felicidad infinita. Si nos permites serte francos, para ser la cuarta persona más inteligente en la historia del planeta, a veces puedes ser bastante estúpido. De hecho parece verdad, al menos en este caso, que una gran capacidad intelectual puede a veces ser una desventaja porque estamos bastante seguros de que cualquier persona con una inteligencia media ya se habría dado cuenta de eso con rapidez e incluso ya habría hecho su elección y se encontraría ya en camino para (re)vivir una vida feliz.

De manera que sí, existe una elección correcta: es lo que tratamos de decirte.

En serio, piénsalo. Te esperamos.

5 Una pista: Las cosas no tenían que haber acabado así. Independientemente de lo que puedas estar pensando, no era nuestra intención tenderte una trampa para que terminases con el corazón roto. Lo creas o no, y aunque lo hayas querido o no, fuiste tú indirectamente quien escogió la muerte de todos tus seres queridos. Ahora te estamos dando la oportunidad de escoger nuevamente.

4 Interesante. No era lo que esperábamos, en ningún caso, pero puede que funcione. Por supuesto, tú sabes que esto es sólo el principio: si luego tú disfrutas o no de una vida más feliz en esta nueva oportunidad depende totalmente de lo que hagas a partir de este momento. No hay nada garantizado. Sabrás también que la elección, una vez hecha, no puede ser revertida. Luego ya no podrás decidir qué prefieres ser aquel tú que hizo fortuna contando cartas en los tapetes de juego de Las Vegas, Atlantic City y Monaco, llevando una vida de tales excesos sexuales y materiales que hubiera hecho palidecer a don Juan.

Está claro que ése no es tu estilo. Aun así, nos imaginamos que al menos podíamos darte la opción antes de que sea demasiado tarde. Te lo decimos con toda franqueza: ¿quieres yates en St.—Tropez? ¿Suites de lujo en el Hotel de París? ¿Miles de mujeres, una nueva cada noche, como polillas atraídas por la luz del dinero, cada una de las cuales podría añadir un toque seductor a la pronunciación de tu nombre?

3 ¿No? ¿Última oportunidad?

2 Vale. Rápido entonces, antes de que sea demasiado tarde:

55 Aquí estás otra vez, con dieciséis años, en el cuarto del

hermano de Amy, tumbado junto a ella, viendo una película en VHS. Te llevará un rato acostumbrarte. De pronto, tu vista recupera la capacidad perdida por todas esas noches de lectura con poca luz y las rodillas y las lumbares ya no te duelen. Echa una mirada en el espejo detrás de la televisión y podrás ver qué has recuperado todo tu pelo, cada folículo ha vuelto a ser el mismo, y luces el tupé elevado que nunca te preocupaste mucho de mantener en alto. También podrás notar que no sientes ni la menor necesidad de beber. Estás relajado, tranquilo y a salvo de esa cruda tensión que siempre te acompañó durante las horas de sobriedad en la edad adulta, esa sensación de haber sido frotado por todas partes con papel de lija de grano fino.

54 Por supuesto, lo más importante es que vuelves a estar con Amy, fascinado por su cálido tacto, por ese olor casi olvidado a aceite de sándalo que era su favorito durante la secundaria, por el suave peso de su culo presionando contra tu muslo.

53 También te darás cuenta de que todo, tal como te prometimos, está en su sitio. El pelo de Amy, rizado y, cargado de estática, te hace cosquillas en la cara y la nariz. A la izquierda de la televisión, un ruborizante recuerdo de familia: un botones de cara negra con traje rojo y gorra que ofrece un cenicero con las manos extendidas. El cenicero está atiborrado con las colillas de los Camel Light de Amy y con las de los Virginia Slim con marcas de lápiz de labios de su madre. Un calendario de los Red Sox con dos meses de atraso cuelga de la pared, frente a la cama.

52 Presta atención porque ahora es cuando las cosas podrían tomar un curso diferente. Éste es el preciso instante en que por vez primera has reunido todo tu coraje para contarle a Amy lo del Destructor de Mundos y, como bien sabes, después de eso todo comenzó a irse al carajo. De hecho, se podría trazar una línea que va directamente desde este punto hasta el momento en que te encuentras sentado en la cumbre del monte Katahdin, esperando ser carbonizado vivo, convencido de que tus mejores, más amorosas, generosas y apasionadas decisiones siempre fueron las equivocadas, todas.

Ahora nada de eso llegó a suceder. Eres un chico de dieciséis años, aún demasiado joven para haber hecho algo irreparable, nada que no se pueda perdonar, y el amor que siente Amy por ti está intacto. Al mismo tiempo, es un sentimiento delicado e inmaduro que requiere ser nutrido para crecer y convertirse en un amor con la fuerza suficiente como para durar toda una vida. El primer paso en ese proceso de nutrir ese amor es tan sencillo como obvio: mantén la boca cerrada.

Es algo que te resulta bastante fácil. En lugar de hablar, emplea tu boca para besar la nuca de Amy. Al comienzo, ella apenas responde porque está absorta en la película. Tú le desabrochas los dos primeros botones de sus Levi's, jugueteando con los pelillos rubios que crecen bajo su ombligo antes de poner rumbo al sur. Escarbas, buscas y ella se da cuenta de que la cosa va en serio y se da la vuelta para quedar cara a cara. La besas con desesperación y ella se echa hacia atrás, y se lleva una mano a la boca, mirándote de forma interrogadora. Pero lo que ve en tu cara debe haberle proporcionado una respuesta satisfactoria porque, pasado un instante, se repliega hacia ti y responde a tu desesperación con la de ella. Y aunque siempre ha sido bueno, esta vez es incluso mejor, más pleno, hasta tal punto que, por primera vez desde tu tierna infancia, logras dejar a un lado, aunque sea de forma temporal, tu conciencia del fin de todas las cosas. Una vez que habéis acabado, os quedáis tumbados sobre la moqueta desnudos, las extremidades entrelazadas, las rozaduras ardiendo con el sudor. Enciendes un cigarrillo de su paquete y os lo vais turnando para fumar. El humo asciende y se agrupa en lentas virutas que forman interminables fractales al ser atravesadas por la luz del sol.

51 Cuando la luz se ha ido del todo, le das un beso de despedida a Amy y regresas a pie hasta la casa de tus padres, a un kilómetro y medio de distancia. Al entrar encuentras a tu madre sentada en la oscuridad con su tazón de plástico ¡Turbo Chug!, que va cavando un agujero en la mesa del comedor con la implacable lentitud de la erosión. Tú enciendes cada luz que hay en la casa. Besas a tu madre en la mejilla y ella continúa con la vista perdida. Vas y le preguntas si le gustaría echar una partida de *cribbage*, pero ella sigue con la vista al frente. Cocinas una cena muy simple: chuletas de cerdo, patatas al horno y judías verdes de lata. Te sirves un plato y le pones otro a ella delante, pero tu madre sigue con la mirada perdida. Entonces da un trago al tazón de ¡Turbo Chug! y, a continuación, lo coloca directamente sobre la chuleta de cerdo, instante que tú aprovechas para sugerirle que tal vez debiera irse a la cama. Ella te permite que la conduzcas a su baño, donde la haces lavarse los dientes, y luego a la habitación, donde compruebas cómo abre la cama y se acuesta dentro.

Tú cubres los platos de comida con protector plástico, los metes al microondas y esperas con ansiedad la llegada de tu padre, procedente del almacén. Tendrás que esperar un rato porque su tumo no acaba hasta pasada la medianoche. Cuando finalmente llega a casa, con el pelo y el bigote cubiertos por una capa de polvo, las botas resonando con un ruido metálico contra el suelo de la cocina, no sólo parece volver a la vida, sino joven, muy joven. Tú lo saludas con un abrazo que lo hace retroceder de manera ostensible. Calientas los platos de

comida y los vuelves a colocar sobre la mesa del comedor. Os sentáis uno frente al otro para comer en silencio. Tu padre mantiene el cigarrillo encendido en el cenicero y le da una calada cada tres o cuatro bocados. Cuando ha terminado de comer, lavas los platos y cubiertos mientras él se prepara una taza de café instantáneo. Los dos os trasladáis al salón y os sentáis a ver el noticiario de la noche sin mediar palabra. Durante los anuncios sorprendes una o dos veces a tu padre mirando hacia ti y no necesitas que te lo expliquemos: se está preguntado qué carajo te habrá dado.

50 Dos años después, debido a la alteración en la trayectoria que has introducido en la vida de Amy, ella se va a Harvard en lugar de Stanford. Y tú te vas con ella. Os instaláis en un *loft* maravilloso pero espantosamente caro en Union Square y, mientras Amy comienza su primer año de estudios, tú haces prácticas en las oficinas de Oxfam, justo al otro lado del río Charles, en Boston. Sólo llevas dos semanas trabajando allí cuando formulas un plan para resolver los problemas de la distribución de ayuda en China, donde una inundación acaba de devastar la provincia de Jiangsu. Aunque no te lo hayan pedido, tú presentas este plan de acción a tu jefa inmediata, Helen, que es asesora especial del vicepresidente de la organización. Dos días más tarde estás sentado en el restaurante Clio, intentando averiguar qué utensilio sirve para qué plato, mientras el vicepresidente te somete a un interrogatorio sobre tu pasado. El vicepresidente no tiene precisamente cara de poker y su desconcierto crece visiblemente con cada respuesta que le das. Frente a un postre de flan de achicoria te hace saber que, si Oxfam tiene éxito en la negociación con otras agencias para la implementación de tus ideas, en ese caso se te puede atribuir el principal mérito por salvar a decenas de miles de aldeanos chinos de morir de hambre. Y su siguiente pregunta es si estarías interesado en aceptar un puesto remunerado. Tú le dices que sí, que estarías muy interesado, que muchas gracias.

Momentos más tarde esperas al autobús en el aire tonificante de comienzos del otoño, las manos en los bolsillos, una sonrisa de drogata y el tráfico que circula frente a ti: te sientes a gusto con tu vida porque estás a punto de regresar a tu pequeño y hermoso hogar con los techos altos y luminosos, la chimenea de piedra; porque allí te espera Amy bajo la cálida luz del comedor y porque la vas a sacar de sus libros y sus papeles para hacer el amor, tal vez en la cama, aunque es más probable que sobre la isla de la cocina, y porque le contarás lo que te ha pasado y ella sonreirá llena de orgullo y, más que nada, porque sientes que es importante que miles de personas hayan sido salvadas de morir de hambre.

No podría ser todo más perfecto en tu vida. Las cosas importan.

Todas.

49 En ocasiones despiertas y te encuentras a Amy luchando contra las sábanas, dando golpes al aire contra los fantasmas de sus sueños. A veces ella continúa temblando y sollozando después de que tus brazos la alcancen en la oscuridad para calmar su miedo y su rabia. Y tienes que encender las luces y llevarla a baño para hacerle ver su pálido rostro en el espejo, sin marcas ni sangre. Esas madrugadas te quedas despierto con ella, conversando y compartiendo cigarrillos, con el cenicero reposando en el valle que forma la manta entre tú y ella. Juntos veis el día despuntar lentamente al otro lado de la ventana. Para ella, la llegada del sol es como ser rescatada.

48 A menudo te coges días libres durante el verano para ver a Rodney jugar al béisbol, porque es importante para él y porque lo que es importante para él importa. Normalmente sueles acudir a algunas de las series cortas que se juegan en casa, tres partidos durante un fin de semana. Y cuando Rodney no está jugando o levantando pesas o tomando un baño de hielo, los dos os vais por ahí a hacer cosas que a él le gustan: comer perritos calientes, ver películas y a los partidos de las ligas menores de béisbol. A pesar del hecho de que el 90 por ciento de su tiempo de vigilia lo dedica al béisbol de una forma u otra, por razones que incluso a nosotros nos resultan misteriosas, le gusta pasarse el tiempo libre viendo a los Kane County Cougars, que juegan en la asociación de béisbol de Geneva. La primera vez que acudes con él a un partido en el Elfstrom Stadium alguien lo reconoce y al instante siguiente hasta los jugadores aparecen con bolígrafos y bolas para pedirle un autógrafo. Rodney maneja la situación con esa suerte de gracia y humildad que siempre lo convierten en alguien superior a ti o a cualquier otra persona capaz de hacerlo papilla en un test de inteligencia.

47 Cuando Amy obtiene su título académico, tú ya eres director superior de la sección de Agricultura de Oxfam, y cuando ella comienza el programa de Derecho en la Universidad de Boston, tú te encuentras muy interesado en el tema del agua. Obsesionado, a decir verdad. Sus propiedades, sus funciones, cómo producirla y cómo obtenerla allí donde la gente la necesita.

Esta última incógnita —cómo obtener agua allí donde la gente la necesita— es la que ocupa tu mente cuando partes de viaje a Sudáfrica para poner a prueba una pequeña bomba manual desarrollada por ti, capaz de extraer agua de una profundidad de hasta casi veinte metros para irrigar una superficie de más de una hectárea. La mayoría de los expertos piensan que una bomba que funciona sin los altos costes de la

gasolina o la electricidad es incapaz de extraer agua más allá de los diez metros, y cuando se dan cuenta de lo joven que eres se muestran todavía más escépticos. Has traído contigo cien de las bombas para ponerlas a prueba entre los campesinos que cultivan maíz en la región central de KwaZulu-Natal, con la esperanza de demostrar a los expertos que se equivocan. Si estos aparatos funcionan, y así será, estarás de pronto ante la posibilidad de ofrecer una salida viable a medio millón de pequeños granjeros pobres (eso en una estimación conservadora) que podrían hacerse con ella por veinte pavos y cuyos costes de mantenimiento y uso son cero.

Has planificado tu viaje para hacerlo coincidir con las vacaciones de Navidad de Amy y así poder ir juntos. Ella está más que dispuesta a acompañarte en los largos viajes por zonas rurales desde Howick hasta los campos de maíz. Se interna entre las plantaciones y no tiene reparos en embarrarse. Después de haberte visto hacer tu rutina unas cuantas veces, ella misma comienza a ayudar a los campesinos zulúes, enseñándoles el funcionamiento, bastante sencillo, de la bomba. Tú estás feliz de contar con su compañía, como siempre, pero pasada una semana ella enferma y pasa los siguientes días corriendo de la cama al baño. Al principio te quedas con ella en el hotel, pero al cabo de un tiempo ella insiste en que se encuentra bien, que tú deberías volver al campo a continuar con el trabajo que te trajo hasta aquí. Tenemos que admitir que, con lo bien que conoces a Amy, nos sorprende que actúes como si no estuvieras al tanto de que ella no sólo quiere que te marches porque le preocupa tu trabajo, sino porque odia que la cuiden, especialmente cuando está enferma y echa de menos la oscuridad, el silencio y la soledad. Escucha: simplemente quiere que la dejes en paz. Y tú, aunque vagamente herido, lo haces y regresas a las granjas durante el día. Pero te preocupa la inquietud que sientes por Amy, su rechazo a ver a un médico y temes que haya contraído algo grave. Esta distracción te trae problemas: por ejemplo, una tarde intentas convencer en tu limitado afrikáans a una abuelita zulú para que te permita entrar en las tierras de su hijo. Pero, a lo largo de toda la dificultosa negociación, tú solo piensas en Amy tumbada sola en la oscuridad del cuarto del hotel y en que ya lleva cinco días sin poder comer, y la abuelita, que no deja de chillar y gesticular de manera desenfrenada, acaba persiguiéndote escoba en mano hasta el Range Rover.

Hacia finales de vuestra segunda semana allí, Amy comienza a mostrar signos de mejoría, hasta tal punto que recupera el interés por realizar una excursión a pie a las cataratas de Howick, tal como habíais planeado. Entusiasmado por su recuperación, de inmediato te reservas un par de días libres y alquilas un todoterreno para ir hasta el sendero que conduce a las cataratas.

46 Os ponéis a caminar por la senda que discurre a lo largo del cañón. Tras una hora de caminata sin prisas a través de la selva llegáis hasta la base de las cataratas, allí donde el río Umgeni se desploma desde una altura de noventa metros para formar una amplia laguna con aguas de color verde oliva rodeada de rocas. Comparado con el caudal que llevan en febrero, al final de la estación lluviosa, las cataratas no parecen más que una gotera, aunque aún caen con fuerza suficiente como para levantar un vapor de agua en el que se despliega un arco iris en miniatura. A ambos lados de las cascadas los arbustos y matorrales comienzan a recuperar su color verdoso gracias al regreso de las lluvias.

Encontráis una gran roca más o menos plana por la parte superior y sacáis vuestra comida de una mochila: pescado ahumado, pastel de pollo, mucha agua embotellada y bizcocho de albarico— que y crema para el estómago aún resentido de Amy. Extendéis una toalla sobre la roca, colocáis encima los alimentos y coméis en silencio, observando cómo dos figuras escalan con lentitud la ladera rocosa a la izquierda de las cataratas. Las figuras se encuentran a tal distancia que no lográis distinguir si se trata de hombres o mujeres. Lo que sí podéis ver es que practican la escalada libre, nada de cuerdas. Cuando te das cuenta de ese detalle, te viene un ligero sobresalto y diriges tu mirada a Amy para preguntarle si es verdad lo que estás viendo. Pero, justo en ese momento, la ves frotarse la barriga con una mueca de dolor; la mitad del bizcocho que no se ha comido yace sobre la roca.

—Oye —dices tú, dejando a un lado el pastel de pollo—. ¿Estás bien?

—Perfectamente —responde Amy, aunque está claro que está muy lejos de estarlo.

—Ya vale. Esto tiene que acabar. Vas a tener que ver a un médico.

Ella se reclina hacia un lado de la roca y escupe, mientras respira con dificultad, los ojos firmemente cerrados.

—Junior, no empieces con eso ahora.

—Basta de discutir —le adviertes—. Cuando regresemos a la ciudad vamos a ir a una clínica.

—No necesito ir a una clínica —insiste Amy. Las náuseas remiten un poco y ella vuelve a enderezarse, y se echa un poco hacia delante sosteniendo su cabeza con la mano—. No tengo ningún problema.

—Pero ¿cómo puedes estar así y luego decir que no tienes nada?

Amy levanta la cabeza y lo mira directamente.

—Parece que vas a acabar obligándome a decírtelo.

—¿A decirme qué?

—Quería esperar hasta que estuviésemos de vuelta en casa. No quería que te distrajeses. Aunque ahora ya te has distraído, de todos

modos. Así que supongo que puedo soltarlo todo.

—No tengo ni la menor idea de lo que estás hablando.

Ella se esfuerza para sonreírte con bastante dulzura:

—¿Por qué no me sorprende? —se pregunta—. Para ser un tío tan listo, a veces puedes ser bastante tonto.

Tú levantas las cejas, impaciente, expectante y tomando aire, ella finalmente te lo dice:

—Estoy embarazada, chaval.

45 Cualquier otra persona lo habría visto venir, pero tú eres la encarnación misma de la sorpresa. Estarías menos conmocionado si Amy de pronto se arrancase el disfraz de humana y te revelase que es un insecto extraterrestre con seis extremidades. Y no sólo se trata de que tengas que enfrentarte a los habituales recelos y miedos que cualquiera experimenta cuando descubre que va a ser padre por primera vez. Porque, por supuesto, hay que tener en cuenta al Destructor de Mundos. Tú pensabas que ya lo habías superado, pero en realidad sólo se encontraba fuera del escenario, esperando el momento para hacer su reaparición por sorpresa, como la madrastra malvada en una telecomedia, que siempre está a punto de morir pero retorna en las circunstancias más inesperadas. Súbitamente, el Destructor quiere hacerte tambalear otra vez, amenazando a tu hijo aún por nacer y haciéndote dudar de todo lo que has construido en tu nueva vida.

La gente siempre dice: «Nunca traería a un hijo a este mundo.» Desde tu perspectiva, por supuesto, no tienen ni la menor idea de lo que dicen. En comparación con el absoluto terror que experimentas ahora, las inquietudes genéricas sobre la guerra, la degradación ambiental y la decadencia del imperio serían bienvenidas.

Naturalmente, entendemos cómo te sientes, pero ahora mismo debes ser cuidadoso para no dejar traslucir demasiado en tu expresión. Amy te está mirando fijamente y te recomendamos que te tranquilices y le des una respuesta de forma inmediata y afirmativa.

—Qué alucinante —le dices, aunque de manera no muy convincente.

—Guau. Chachi —responde Amy.

Tú no tienes que permitir que su sarcasmo te ciegue, y tienes que evitar herirla.

44 Cuando regresáis a la ciudad, ya te has recuperado bastante de la conmoción como para dejar el hotel en el que estabais y alquilar la mejor habitación que logras encontrar. Acompañas a Amy por las escaleras y la invitas a ducharse contigo. Ella lo rechaza, apelando a su estómago revuelto. Pero deberías saber que la verdadera razón es

que no quiere nada contigo después de tu tibia respuesta ante su anuncio. Entras solo en el baño, abres el agua de la ducha y la dejas correr durante varios minutos mientras te quitas la ropa. Pones la mano bajo el chorro para cerciorarte de que está a la temperatura adecuada y te metes dentro. Te enjabonas y te enjuagas. En el armario del baño hay albornoces que llevan bordadas las iniciales del hotel. Te pones uno. Al salir te encuentras a Amy ya en la cama, tumbada sobre un costado, de espaldas a ti. Te recuestas a su lado e intentas posar tu mano sobre su cintura, pero ella la aparta con un manotazo.

Es importante que digas algo, no sólo por el futuro de tu relación con Amy, sino porque estás obligado por simple decencia. Tú no eres aquí el único con sentimientos confusos. Amy está tan cerca que no le costaría nada tocarte y, sin embargo, se siente tremendamente sola, además de asustada por la criatura que crece en su vientre y llena de rabia por tu reacción.

—Supongo que deberíamos empezar a buscar un nombre —aventuras tú. No es perfecto, pero ya es un comienzo—. Porque, sabes, si la historia nos enseña algo, es probable que nos lleve un tiempo antes de ponernos de acuerdo.

Tras una prolongada pausa, Amy responde sin darse la vuelta.

—Aún no sabemos qué será.

—Muy simple —sugieres tú—. Dos listas. Una con nombres de chico, otra con nombres de chica. Si llegado el momento decidimos descubrir qué nos depara el destino, nos deshacemos de una lista y pasamos a revisar la otra.

Otra larga pausa, pero esta vez ella se da la vuelta y se tumba de espaldas, aunque aún se niega a mirarte.

—¿Tú crees que deberíamos intentar que esta criatura sea legítima? —pregunta con la vista hacia lo alto.

—Probablemente.

Te atreves a recoger con delicadeza un mechón de pelo detrás de su oreja y ella te lo permite.

De pronto se echa a reír, aunque suena más bien como un suspiro.

—Lo siento —dice, dando un par de palmaditas sobre su vientre, aún plano—. Esto me está volviendo loca. No es broma. Es verdad lo que dicen: ahora mismo estoy que me muero por unos cereales de chocolate Cocoa Puff.

—Bueno, teniendo en cuenta las circunstancias, creo que podemos permitirlo.

Finalmente, se vuelve hacia ti y deja descansar la cabeza sobre tu hombro.

—Ah, sí. Ya veremos si dices lo mismo de aquí a unos pocos meses, machote.

Os quedáis tumbados en la misma posición durante horas y,

aunque no pasa mucho antes de que la respiración de Amy se vuelva lenta y regular, a ti el sueño no te alcanza tan fácilmente. Te quedas con la vista fija en el techo hasta que el día se acaba y la penumbra se apodera del cuarto. Entonces te dedicas a mirar a la oscuridad.

43 Al regresar a Boston lo primero que hacéis, aparte de deshacer la maleta y llenar la nevera de comida, es casaros. Debido a las prisas y a que a ninguno de vosotros dos le preocupa mucho la ceremonia o el ritual, la boda no es más que un asunto discreto y burocrático presidido por un notario que habitualmente trabaja con la policía de Boston y del que son testigos vuestros padres, Rodney y el hermano de Amy, quien después de dejar atrás la época en que vapuleaba a su madre, abandonó del todo las drogas y ahora se dedica a los negocios inmobiliarios en San Francisco. En lugar de un banquete, optáis por una cena en el Olive Garden, donde tú le explicas calmadamente a Rodney por qué no os habéis casado en una iglesia. Tu padre y el hermano de Amy, que se acaban de conocer, parece que se llevan muy bien. Nunca habías visto a tu padre hablar tanto.

42 Algunos meses después Amy y tú os enfrentáis en una lucha de pulgares para resolver el prolongado debate sobre si debéis averiguar el sexo del bebé y tú, de forma inexplicable, pierdes tras tres rondas, por lo cual os ponéis en marcha hacia el ginecólogo. Allí el técnico unta con gel la barriga de Amy y desliza el aparato lector sobre la creciente hinchazón y dice: «Es una niña.» Estas tres palabras te golpean con una fuerza que no habías experimentado desde que te hablamos por primera vez sobre el Destructor de Mundos. No sabes si tu reacción habría sido distinta de haberse tratado de un niño, pero la incómoda tranquilidad a la que te habías hecho ante la idea de traer una criatura a un mundo condenado, de pronto, se desvanece. Sales de la sala de control con Amy aún sobre la camilla y, por primera vez en esta vida o en cualquier otra, siendo adulto, te metes a una iglesia. La capilla, en la parte de delante del edificio de la clínica, tiene el tamaño del salón de la casa de una familia rica, con un angosto pasillo flanqueado por tres pequeños bancos a cada lado y los cristales de las ventanas superficialmente tintados. Está muy lejos de la aburrida majestuosidad del templo que te tocó conocer en tu juventud. No tienes ni idea de qué sacas con venir aquí. ¿Iluminación, orientación, valor? O tal vez las tres cosas. Pero nada de eso está hoy en la carta, al menos no en esta McIglesia. Pasada una hora sigues igual que al principio, sin saber realmente si estás o no haciendo lo correcto.

Pero pregúntate a ti mismo: llegado este punto, veinticinco semanas de gestación, ¿qué es lo que importa? Aunque ha sido un procedimiento truculento, peligroso y moralmente sospechoso reflotar

un antiguo barco de pesca para que navegue de nuevo, esto está ocurriendo de verdad. De manera que tus energías estarían mejor empleadas en pulir la lista de nombres para chica que, gracias a Amy, incluye horrores como Ruby o Imogen.

41 Ruby Imogen Thibodeau nace por cesárea una lluviosa mañana de junio en la maternidad del centro médico Beth Israel. Tú eres la cuarta persona en tenerla en brazos tras el médico, la enfermera y Amy. Pero eres el que más tiempo se queda con ella. Es la cosa más grandiosa que has hecho. O Ja más cruel.

En nuestra opinión, para que lo sepas, posiblemente es ambas cosas.

40 Antes de que alcances a darte cuenta, Amy y Ruby reciben el alta y súbitamente te encuentras en casa con cincuenta pañales desechables, champú antilágrimas, un puñado de biberones y tres kilos doscientos veinticinco gramos de carne que dependen de ti minuto a minuto para sobrevivir. Nada de doctores o enfermeras. Sólo tú.

Te sientes como un fugitivo. Estás convencido de que, cada vez que le pones las manos encima a Ruby, estás a punto de cagarla de manera irreparable. Siempre que llora, lo que ocurre a menudo, te sientes culpable. Cuando tiene reflujo es porque le has dado de comer mal, y cuando tiene algún sarpullido es porque no le cambias el pañal con la debida frecuencia. Por supuesto, cada nuevo padre pasa por todo esto; pero, en tu caso, la sensación de ser un absoluto fracaso, alguien hasta peligroso, persiste mucho más allá de lo normal.

39 Por su parte, Ruby hace bastante poco por ayudarte. Cada vez que la dejan contigo, ella patalea y aletea con los brazos en el aire, chillando hasta ahogarse. Lo que resulta particularmente irritante es que, para todos los demás, ella es una ciudadana modelo: para Amy, para sus amigas de la facultad, incluso para Rodney, en cuyos enormes brazos Ruby se comporta tan plácida como una tortuga con tranquilizante.

La aversión de Ruby hacia ti es especialmente desafortunada porque has llegado a un acuerdo para coger una excedencia en tu trabajo con Oxfam durante el próximo año y así quedarte en casa mientras Amy intenta estudiar las asignaturas que le quedan de la carrera en sólo dos semestres. Al cabo de una semana, estás deseando lo imposible, que Amy fuese capaz de sacarse todas las asignaturas en un solo semestre. Ante tu desesperación, llamas a Rodney, que acaba de comenzar su período de vacaciones, y le preguntas si le gustaría venir de visita una semana, tal vez dos, incluso un mes o quizás hasta

el comienzo de los entrenamientos de primavera. Él acepta, por supuesto, porque se siente solo a menudo y siempre está en busca de una excusa para venir a pasar unos días con Amy y contigo.

Con todo, se trata más de un aplazamiento que dé una solución permanente, por toda una serie de razones, entre ellas porque a ti te gustaría ser capaz de cuidar a tu hija con tus propias manos. Pero en lugar de ello, te sientes como si te hubiesen aplicado una orden de alejamiento al verla disfrutar en los brazos de tu hermano con esa extraña sonrisa sin dientes de un bebé.

Tendrías que considerar la posibilidad de que haya algo en ti que no marcha bien, algo esencial y aparentemente invisible que sólo los niños pequeños logran detectar. ¿Qué otra explicación podría haber? Ruby es una garita con todos los demás, incluso con completos desconocidos. Una de las profesoras de Amy viene a cenar y sostiene a Ruby en alto con los brazos elevados, y le canta y le hace ruidos y pedorretas contra la barriga, y ella se atraganta de gozo continuamente. Está tan feliz que babea por todas partes. La profesora se ríe y luego dice:

—Lo siento, es que con los bebés me cuesta controlarme. —Y cuando se acerca para pasarte a Ruby, tú te echas hacia atrás como si la niña fuese una mamba negra. La profesora se queda con los brazos estirados sosteniendo a Ruby durante unos cuantos segundos, con una expresión cada vez más afligida, hasta que Amy arroja la servilleta sobre el plato y corre bordeando la mesa a coger al bebé.

—El padre eres tú, ¿no? —bromea la profesora.

—Nunca nos hicimos la prueba de sangre —contestas tú, molesto. La profesora se queda mirándote con expresión de incrédulo espanto.

—Eres un auténtico tarugo —vocifera Amy, pero como nunca deja de apreciar un comentario ingenioso, hace todo lo posible para reprimir una sonrisa.

Tras un par de meses de alaridos y pataletas, de leche de fórmula derramada y papilla esparcida, estás desbordado por el sufrimiento y la confusión. Comienzas a cargar contra Amy, aunque tú sabes que es injusto, sin necesidad de que nosotros te lo tengamos que decir. A veces te levantas por las noches y te vas al cuarto de Ruby para verla dormir, maravillado ante lo calmada, tranquila y pequeña que es. Entonces te clavas las uñas en las palmas de las manos, preguntándote cuál es el problema contigo, qué coño estás haciendo mal. A lo que te podemos decir: por lo menos empiezas a hacer las preguntas adecuadas. Eso ya es un comienzo.

38 Entonces, cuando ya estás preparado para izar la bandera blanca, Ruby decreta una especie de alto el fuego. Inesperadamente, ya no llora en tus brazos ni golpea el aire con sus puñitos. Acepta el

biberón y la cuchara, aunque de mala gana, y deja de resistirse durante los cambios de pañal. Pero no hay ninguna alegría en vosotros dos. Cuando la sostienes en tus manos, ella permanece rígida y silenciosa, sus ojos siempre evitan los tuyos. Pero es aún peor la forma en que regresa a la vida al instante cada vez que Amy regresa a casa o que Rodney la coge. El mensaje no podría ser más claro: ella solo te tolera y nada más.

37 Cuando se acerca el primer cumpleaños de Ruby, la celebración es doble puesto que es también la fiesta de graduación de Amy. Seis meses antes tú habrías estado en las nubes, pero ahora lo único que sientes es una triste forma de alivio al ser liberado de la reciente indiferencia que Ruby siente por ti. Obedientemente, sacas fotos con la cámara digital en el momento en que Amy ayuda a Ruby a soplar las velas, mientras piensas que, al menos, ahora podrás volver a trabajar con gente que te demuestra su aprecio. De forma inmediata —y debiéramos añadir, también pertinente— te sientes una mierda por tener ese tipo de pensamientos, mientras observas a tu hija embadurnar la nariz de tu esposa con la nata de la tarta.

No sabes realmente qué hacer con toda esta situación, de modo que dejas las cosas como están y regresas a tu trabajo en Oxfam. Tu antiguo puesto no podía quedar vacante, de modo que ahora te corresponde trabajar bajo el intencionadamente ambiguo título de «consultor superior de campo», una posición creada por el vicepresidente teniendo en mente tus únicas y variadas habilidades. El «campo» del consultor superior significa, por supuesto, que tienes que pasar buena parte del tiempo fuera del país: en África, sobre todo, pero también realizando breves visitas a Uzbekistán, arrasado por la sequía, y Honduras, tras el huracán *Mitch*.

36 El agua sigue siendo lo tuyo. La contradicción entre las matemáticas —setenta por ciento del planeta cubierto por ella, cerca de 1.234 millones de billones de metros cúbicos— y la frecuente imposibilidad de llevarla adónde se necesita de tal manera que no acabe matando a la gente es algo que te pone furioso. Ahora bien, a diferencia de la situación con Ruby, éste es un problema con el que sí puedes hacer algo. Cuando un brote de disentería mata a doscientas personas en Kampala, coges un vuelo nocturno a Uganda y te presentas sin anunciarte en el ayuntamiento de la ciudad. Te abres camino hasta el despacho del alcalde, Henry Muliira, y lo interrogas sobre los treinta millones de dólares de Naciones Unidas que supuestamente deberían haber sido empleados en una red moderna de abastecimiento de agua. Como es natural, Henry se muestra evasivo porque, cuando su gobierno recibió el subsidio hace dos años,

rápidamente fue lavado con la ayuda del Ministerio de Finanzas para ser depositado en media docena de cuentas en las Islas Caimán pertenecientes a miembros del ayuntamiento y del gobierno, incluido él mismo. Por supuesto, Henry no sabe que tú estás al tanto de todo esto.

Sin recibir respuesta ni la menor satisfacción, partes con tu equipo en dirección a la barriada de Kamwanyi, el distrito más afectado, y mientras el personal sanitario despliega las bolsas intravenosas y reparte antibióticos, tú distribuyes botellas con filtros biológicos incorporados y le explicas a todo aquel que esté dispuesto a oírte la importancia que tiene hervir el agua del lago Victoria antes de usarla para beber o para bañarse.

35 Pasada una semana, exhausto y desmoralizado, llamas a Amy. Le hablas de los bebés bañados en sus propios excrementos sangrientos, con la piel arrugada por la deshidratación. Le cuentas sobre Henry y cómo te gustaría abalanzarte por encima de su escritorio para hundirle los pulgares en la cuenca de los ojos, y ella te dice: «Por Dios, Junior, mejor regresa a casa antes de que te acaben matando.»

34 A la mañana siguiente te montas en un inquietante avión turbohélice con destino a Londres. El primer vuelo de Gatwick con un asiento disponible va a Portland, así que vuelas allí en lugar de Boston. Cuando aterrizas, ya tienes seis mensajes del vicepresidente de Oxfam en tu buzón de voz, cada uno más estridente que el anterior, que quiere saber qué cojones haces tú amenazando a los funcionarios de otros países. Alquilas un coche y pones rumbo al sur por la angosta y sucia Ruta 1, un intimidante camino plagado de gasolineras, moteles, sedes de la orden fraternal de los Elks y clubes de alterne clausurados.

Pasado un rato, comienzas a sentirte mareado por la basura que vuela de un lado a otro y por los bancos de nieve a medio derretir, y te pones a pensar que deberías haber cogido la 1-95. Pero entonces aparece el contorno de Boston, gris y anguloso, y coges el puente Tobin con dirección a Storrow Drive, que te conduce de forma directa y rápida a lo largo del curso del río Charles, y al poco estás en casa.

Amy sale a recibirte a la puerta. Aunque te sonríe, se nota el cansancio alrededor de sus ojos. Tiene a Ruby colgando de una cadera, que luce una cabeza como la de su madre, llena de densos rizos castaños. Amy te envuelve el cuello con el brazo que tiene libre y te abraza con fuerza. Tú te inclinas hacia tu hija, pero ella se da la vuelta y acabas besándole la nuca. Huele a colonia A & D, pero debajo de la loción se nota el olor a vainilla.

Amy te invita a cenar fuera para celebrar tu llegada y tú aceptas, pese a que el mareo que llevas después de haber conducido alcanza su punto máximo y tienes la sensación de haberte tragado un kilo de papel de cocina. Amy se va a buscar el teléfono de la niñera pero tú quieres que Ruby venga con vosotros.

—Es que se hace tarde —te explica ella— y Ruby no ha dormido la siesta.

—Entonces nos daremos prisa —dices tú—. Hace un mes que no la he visto, ¿sabes?

33 Os vais los tres al Houlihan's, en la galería del centro comercial. No tiene nada especial, pero es rápido y tranquilo en las noches entre semana. Amy pide las enchiladas de pollo y una cerveza. Aunque no tienes la menor intención de comer, pides el entrante de bruschetta, más que nada para acompañarla. Estás más interesado en darle de comer a Ruby, que está sujeta a la trona a un extremo de la mesa, dando palmadas con ambas manos sobre el tablero de su mesilla. Ella tiene claro cuándo es la hora de comer.

Sin embargo, su excitación disminuye en cuanto queda claro que serás tú el que le va a dar de comer. Le pides a la camarera un bol y dentro revuelves un puré de manzana y de pera para ofrecérselo. Al principio, Ruby lo rechaza. Para la pareja sentada en la mesa de al lado se parece a la típica escena de un padre negociando con los caprichos del bebé a la hora de comer pero, por supuesto, Amy y tú sabéis lo que en realidad está ocurriendo. Intentas uno y otro truco con la cuchara levantada mientras haces ruidos bobalicones. Amy le da sorbos a su cerveza mientras observa y se aguanta las ganas de intervenir y coger el bol y la cuchara para darle de comer a Ruby y así calmar su propia angustia.

Al cabo de un rato, el hambre de Ruby se acaba imponiendo y ella cede con la misma lentitud odiosa con la que acepta todo lo que viene de ti, incluidos el baño, los biberones o el elefante de peluche *Earl*. Amy intenta iniciar una conversación en varias ocasiones. Te pregunta sobre Mongolia, donde has estado hace poco probando un nuevo diseño de irrigación por goteo. Te cuenta que ha empeorado el problema con el nervio del hombro de tu madre y que lo único que el doctor puede hacer es una cirugía exploratoria. Pero casi toda tu atención está concentrada en Ruby y apenas le respondes, así que Amy deja de intentar hablar contigo y se dedica a pasear la vista por el restaurante sin mayor curiosidad. Está deseando que traigan pronto la comida para tener algo en lo que ocuparse y así no tener que seguir ahí sentada, haciendo como si no se diese cuenta de cuánto te aborrece tu hija, porque, aunque la vida la haya dotado de una coraza psíquica bastante sólida, eso no ha servido para protegerla de la cruda

y triste conmoción que supone el hecho de que su hija odie a su marido. Es algo que le duele en todo momento, sobre todo cuando observa con cuánta persistencia tú sigues realizando las simples tareas de la paternidad, sin abandonar tu dedicación hacia Ruby a pesar de que la niña te pisotea el corazón de manera reiterada.

La escena es la siguiente: estás en ese restaurante de cadena esperando a que os traigan una comida que a ti ni siquiera te apetece, solitario junto a las dos personas que más quieres en el mundo: tu mujer que mira las mejores jugadas de la liga de fútbol americano —¡fútbol americano!— en la televisión detrás de la barra, y tu hija desplegando hacia ti la clase de menosprecio que tú jamás habías pensado posible en un bebé de catorce meses. Y de pronto, con un borboteo ruidoso e imperioso, el peso nauseabundo que llevas en el estómago se deja caer de forma violenta y casi te cagas en los calzoncillos allí mismo, sentado a la mesa.

Te abres paso hasta el baño y forcejeas con tu cinturón hasta que consigues bajarte los pantalones en el último segundo. Te retuerces y gimoteas con la cabeza apoyada contra los fríos azulejos del baño. Durante una gloriosa aunque breve tregua en los acontecimientos, agarrándote las rodillas en preparación para el segundo asalto, la causa de tu súbito padecimiento se te hace tan clara que resulta obvia: tienes disentería.

Lo que resulta aún más inquietante, y perdona que te lo señalemos, pero es importante que lo sepas, es que se trata de un tipo de disentería que, desde que brotó recientemente en Uganda, ha mantenido un ritmo constante de mortalidad del veinte por ciento. Y también hay que recordarte que acabas de darle de comer a tu hija. Con tus manos desnudas.

Sientes la cabeza caliente y mal sujeta a los hombros, como si estuviese a punto de desprenderse de un golpe para salir flotando, y vuelves a apoyarte en la pared, tratando de contenerte y de pensar. En este momento crucial, tu cerebro quiere infligirse un castigo por no haber sido más cuidadoso mientras estuviste en Kampala, así como por no haber tomado la más básica y esencial precaución de pasar unos cuantos días en Londres esperando para asegurarte de que no estabas enfermo, antes de regresar de la zona de contagio a casa, con tu mujer y tu hija. Por el amor de Dios, si hasta trataste de encontrar un vuelo directo a Boston: era como si alguien te estuviese diciendo que mejor te mantuvieras a distancia, y tal vez, nos atrevemos a sugerir, efectivamente había alguien haciéndolo.

De cualquier modo, entendemos tu frustración, pero es necesario que dejes de lamentarte por lo que has hecho para comenzar a preocuparte por el cúmulo de circunstancias actuales. En el instante

mismo en que haces esto último, te acuerdas de que tienes el móvil en el bolsillo de tu pantalón.

El timbre del teléfono suena cinco veces antes de que Amy conteste.

—¿Por qué me llamas desde el baño? —pregunta ella, y después de una pausa— ¿Todavía estás en el baño, no es así?

—Sí. Escúchame, es necesario que cojas a Ruby y que te vayas con ella al hospital.

—¿Qué? Pero si acaban de llegar mis enchiladas —responde. La sola mención de la palabra te lleva a imaginarte un plato repleto de frijoles refritos cubiertos con queso derretido y tu estómago da un doble mortal—. Pero ¿qué estás haciendo?

—Escúchame bien. Te llamo desde el baño porque no puedo salir del inodoro en este momento —le explicas—. No hay otra forma de decírtelo. Tengo disentería y acabo de darle de comer a Ruby. ¿Me estás oyendo?

—Oh —exclama Amy—. *Mierda*, Junior.

—Sí, muy divertido. Además, te besé unas cuantas veces. Nos abrazamos, etcétera. Así que recoge tus cosas y ponte en marcha. —Te ves obligado a parar en seco, paralizado por un calambre que es como si el propio Dios te retorciera las tripas.

—¿Júnior?

—Aquí estoy —respondes tú—. Vete al hospital y les cuentas lo que ha sucedido. Hay que daros antibióticos a las dos.

—¿Y qué pasa contigo?

—Esto no puede continuar para siempre —dices—. Al menos, eso es lo que espero. Tarde o temprano tiene que detenerse. Y cuando eso suceda saldré de aquí, cogeré un taxi y me reuniré con vosotras allí. Tenéis que ir al General de Massachussets. Tienen a los mejores en enfermedades infecciosas.

—Junior, basta ya de actuar de manera tan ridícula —dice ella. Puedes oír el tintineo de los cubiertos entrechocando con los platos cuando se levanta de la mesa—. Voy a entrar a verte. Esperaremos a que se te pase y te ayudaremos a limpiarte. Y después nos iremos juntos.

Y aunque tú no querías, ahora tienes que comentarle lo de la tasa de mortalidad inesperadamente alta y que ello se debe, en parte, al hecho de que se trata de una cepa de *shigella* que se muestra resistente a los fármacos. Y a continuación, también te ves obligado a recordarle que, tal como ocurre con casi todas las enfermedades, la mayor mortandad la sobrellevan en gran medida ambos extremos del conjunto demográfico: los más viejos y los más jóvenes. No necesitas aclararle el significado de este último hecho, ya que afecta directamente a vuestra situación.

Amy acepta ir al hospital sin ti, pero antes de irse dice que le va a explicar al encargado del restaurante lo que está ocurriendo por si necesitas ayuda. Y para no darte la oportunidad de protestar, cuelga el teléfono. Esto último es una suerte porque diez minutos más tarde te desvaneces a causa de la deshidratación y del desequilibrio hidroelectrolítico, y de no ser porque el encargado se asoma a regañadientes a inspeccionar el cuarto de baño, quién sabe cuánto tiempo te habrías quedado allí sentado, con la cabeza apoyada a un lado del cubículo.

31 El encargado llama a una ambulancia y, en lugar de llevarte al General de Massachussets, acabas en el centro médico Mount Auburn. Los médicos de urgencias quieren hacerte algunas preguntas, pero tu deliras de fiebre y deshidratación, por lo que te cuelgan una bolsa con una solución salina y esperan a que te recuperes. Cuando ya eres capaz de contarles lo que está sucediendo, deciden tomar una muestra fecal que tú hubieras preferido que te hiciesen *antes* de recuperar la lucidez. Mientras esperan los resultados, comienzan a administrarte el tratamiento estándar para casos de disentería, es decir, ampicilina, aunque tú les adviertes que no va a dar resultado. Pero, al igual que la mayoría de los doctores, (a) están enamorados de sus protocolos y, (b) son sordos a la mayoría de las cosas que dicen sus pacientes. Por lo tanto, ampicilina y punto.

30 Durante las veinticuatro horas que tardan en estar fistos los resultados de la muestra, tu temperatura supera los 41 grados, acercándose peligrosamente a un desenlace fatal, y las enfermeras cubren tu cama de hielo y te administran dos bolsas con soluciones salinas, una en cada brazo. Aun así no consiguen mantenerte hidratado. Amy te busca hasta dar contigo en Mount Auburn y te cuenta que está en tratamiento oral de antibióticos como precaución, pero que a Ruby la han retenido en el General de Massachussets durante un par de días para mantenerla en observación, pese a que hasta ahora no ha dado ningún signo de hallarse enferma. Tú eres vagamente consciente y te muestras agradecido ante la presencia de Amy, pero no llegas a registrar nada de lo que te cuenta, porque estás atrapado en el mundo febril creado por tu mente, y en ese mundo lo que ocurre es lo siguiente:

29 Estás junto a la cama de Ruby en una habitación de hospital muy grande y sin rasgos distintivos, con un fluorescente encima y una gran ventana sin cortinas que da a Beacon Hill. Tú estás perfectamente, pero Ruby está tan enferma que, al llorar, ni siquiera le salen lágrimas. Está colorada debido a la fiebre. Los doctores y las

enfermeras entran, observan, escuchan, palpan, toman nota y se marchan. El día y la noche se suceden al otro lado de la ventana, pero no hay cambios. Ruby continúa llorando con la piel del color de una langosta al vapor. Los mismos doctores y enfermeras vuelven a entrar, realizan los procedimientos de rigor y desaparecen otra vez. En ocasiones, tú te levantas de tu asiento y te acercas a la ventana para mirar la ciudad. Estáis a tal altura que tienes que pegar la cara al cristal para ver la calle, allá abajo. La gente avanza en grupos por las aceras, entra y sale de las tiendas y restaurantes, juegan al Ultimate Frisbee en el parque. Cada día, a lo largo de una semana, el sol brilla alegre y esas personas, que desde esta altura no parecen haber experimentado jamás la tristeza, continúan felices con sus importantes vidas. Al cabo de un rato no aguantas más, te das la vuelta y vas a sentarte al lado de Ruby. Por las noches mantienes el fluorescente encendido para contrarrestar el alegre parpadeo de las luces de la ciudad a través de la ventana y no dejas de desear con insistencia que hubiese cortinas para cerrarlas y quedar completamente aislados.

28 En el sueño, Ruby continúa llorando sin parar. La gran sala vacía del hospital se satura con sus lamentos. No es un sonido de dolor, ni de pena, sino de miedo. Pero te das cuenta de que no se trata de su miedo, sino del tuyo.

Finalmente, el sonido se acaba cuando Ruby muere. Ocurre en las primeras horas de la madrugada del octavo día, mientras tú dormitas en tu asiento. Al comienzo, el repentino silencio es la única indicación de que algo ha cambiado. Abres los ojos y la ves aún de color rojo, sus brazos y piernas continúan rígidos y contraídos, los puñitos apretados contra el pecho: es la misma postura que ha adoptado desde que comenzó este tormento. Poco a poco, sin embargo, su cuerpo comienza a relajarse. El tono rojo se desvanece como una acuarela deslavada y sus extremidades descansan sobre la cama. La expresión de su rostro se suaviza y se calma, la boquita un poco entreabierta y blanquecina por la sequedad, y por un instante te recuerda con horror a una persona atropellada tumbada de espalda, junto al bordillo. Coges a Ruby entre tus brazos —es la primera vez que la tocas estos días— y, mientras la sostienes contra tu pecho, puedes sentir cómo el calor abandona su cuerpo, cruel ironía para alguien como ella, que ha muerto de fiebre.

También es una cruel ironía que sea esta la única vez en la que ella repose calmada en tus brazos.

Tú la acunas por un momento. Fuera, el sol ya asciende por el cielo y alumbra la ciudad, y los doctores y las enfermeras vuelven a entrar. Ahora que Ruby ha muerto, intentan ofrecerte consuelo y te aseguran que hicieron todo lo que pudieron, aunque tú estabas aquí

todo el tiempo y pudiste ver por ti mismo lo poco que fue. Pero, por más que consideres que sus condolencias son sinceras, te cuesta aceptarlas. Sientes, por extraño que parezca, que no hay necesidad de que te consuelen, que en realidad sólo te sostiene tu tristeza y que lo único que quieres es coger a tu hija y largarte de ese lugar.

Y eso es lo que haces.

Quitas una sábana de la cama y la envuelves, a continuación sales del cuarto y caminas por el pasillo hasta los ascensores. Los doctores y las enfermeras te rodean en un semicírculo y te dicen que no puedes hacer eso, que hay ciertos procedimientos que debes seguir, que debes rellenar una serie de formularios; pero tú lo ignoras todo y, cuando ya estás cansado de escucharlos, te abres camino a empujones hasta alcanzar las escaleras. Los doctores y las enfermeras te siguen. Son dieciséis plantas hasta alcanzar el nivel del suelo con sus protestas resonando por la escalera. Pero llegas al vestíbulo, abovedado y tenebroso, con suelos de mármol, balcones y claraboyas, más parecido a un palacio imperial que a un hospital. Cuando te acercas a las puertas giratorias que conducen al mundo exterior, los doctores y las enfermeras llaman a los de seguridad y dos guardias uniformados se plantan frente a ti para cerrarte el paso. Tú no puedes hacer nada contra ellos con las manos ocupadas por Ruby. Entonces te acercas a uno de los guardias y le susurras al oído. «Hemos cometido un error —le dices—. Pasamos demasiado tiempo intentando esquivar lo inevitable. Yo pensé que ya había tenido suficiente de todo eso, pero no era cierto. En este momento quiero que mi hija sienta el sol brillar sobre ella; ahora que todavía no está muy lejos de aquí. ¿Entiendes?»

Pero el guardia no entiende. Es intransigente, totalmente inconmovible.

«Fue error mío», le explicas. Sostienes el cuerpo de Ruby ante el guardia como una apelación, como una prueba de tu culpa, y él da un paso atrás. En un primer instante mira a Ruby como si se tratase de una bolsa de basura podrida y le estuvieses pidiendo que se encargase de arrojarla pero, pasados unos segundos, algo cambia en su cara, se ablanda y, con un paso al lado, te permite pasar.

27 Despiertas en la sala de cuarentena de Mount Auburn y ves a Amy y a Ruby al otro lado del cristal y te inunda una oleada de alivio. Amy nota que estás despierto y alza los brazos de Ruby y los agita hacia ti: es la imitación de un saludo: «¡Hola, papá!»

26 Cinco días más tarde, cuando los doctores del centro de control de enfermedades contagiosas te dan el visto bueno, recibes el alta del hospital. Lo primero que haces es besar a Amy en la mejilla, y lo segundo, coger a Ruby de sus brazos y sostenerla del mismo modo

que en tu sueño. Ella se acurruca contra ti y observa el mundo cuando salís del hospital, mirando hacia el techo y fijándose en las solapas y en los bigotes de los desconocidos, y en la comida que llevan para almorzar. Para cualquiera no sería más que una escena vulgar, llevar a un bebé contento en brazos. Pero tú nunca has sentido algo así. Tu júbilo va a la par con el asombro de Amy, que camina a tu lado y observa incrédula, hasta el punto de que acaba golpeándose una rodilla contra un banco y se hace una pequeña herida. Los tres os detenéis y os sentáis en el banco mientras Amy echa humo, maldice y se sopla la raspadura para calmar el dolor. Cuando termina, se vuelve hacia ti y pregunta:

—¿Qué diablos pasa ahora con vosotros dos? Quiero una respuesta.

Tú le sonríes.

—No creo que pudiese explicártelo por mucho que lo intentase.

—Bueno, inténtalo —insiste ella. Le hace una carantoña a Ruby, que le devuelve una sonrisa y entre grititos juega a esconderse.

—De acuerdo. Pues cuando estaba enfermo tuve un sueño. Y me di cuenta de una cosa. ¿Te ayuda eso?

—No mucho.

—Te lo dije.

Ruby, por supuesto, se lo toma todo con calma, por así decir.

25 Pero, según pasan los años, eso cambia totalmente. A nadie le sorprende que demuestre ser una niña bastante precoz y a los cuatro años de edad ya lee como un niño de secundaria y devora cualquier texto que caiga en sus manos, desde Shakespeare hasta los botes de champú. Eso no resulta ningún problema, desde luego, hasta un tormentoso día de enero en que las clases de preescolar son canceladas debido a la nieve y te ves obligado a acudir con ella de la mano, con los mitones puestos, a la biblioteca pública de Broadway. Tú te pasas la tarde sentado en una mesa cerca de la ventana, hojeando ejemplares atrasados de las revistas *Rolling Stone* y *The Economist*, mientras Ruby lee la colección «Escoge Tu Propia Aventura» casi a la misma velocidad que tarda en sacarlos de la estantería para volverlos a colocar.

Por alguna razón, en uno de sus paseos a las estanterías, Ruby pierde interés por la colección y en su lugar se fija en un libro titulado *Érase una vez: los misterios de la extinción*. Veinte minutos después dejas la lectura de una elección fraudulenta en el Congo para encontrártela llorando al otro lado de la mesa.

—Mi niña —le dices. Dejas a un lado tu revista y rodeas la mesa para sentarte junto a ella—. Pero, oye...

Y al oír tu voz, ella deja de contener sus sollozos y se arranca a

llorar. Es esa congoja pura e inconsolable que sólo los niños son capaces de acunar, y mientras intentas en vano consolarla y lidias con las miradas de los restantes usuarios de la biblioteca, que denotan desde preocupación hasta incomodidad, o sospecha incluso, del fondo de tus recuerdos surge la imagen de aquel día de tu propia infancia relacionado con las profecías, las filmaciones de los ensayos con armas nucleares y tu incontenible congoja.

Por supuesto, Ruby no se siente acongojada por toda la creación, sino sólo por el entorno destrozado y por los animales que la palmaron. No obstante, tal como tú sufriste una transformación en aquel entonces, ahora ella pasa por lo mismo. Rápidamente desarrolla un amplio interés por las causas ambientales. Empieza a llevar casi a tocias partes una copia manoseada y llena de anotaciones de *Primavera silenciosa* en parte porque le gusta tener el libro a mano, pero también porque se ha dado cuenta de que la gente se muestra curiosa ante una niña pequeña que va por ahí con una lectura tan pesada, lo cual le da pie para introducir su discurso. Cuando no está ocupada con sus deberes escolares, se pasa la mayor parte del tiempo dedicada a investigar concienzudamente o a escribir cartas a los políticos. Por las noches, en la cama, Amy deja ver la inquietud que siente por ella. Tú intentas tranquilizarla y es, sin duda, un intento legítimo porque existe una importante diferencia entre aquello en lo que tú te convertiste cuando viste al Destructor de Mundos por primera vez y la persona en la que se ha transformado ahora Ruby: ella sigue siendo feliz, de risa fácil, y eso, más que ninguna otra cosa, es lo que realmente importa.

24 Unos cuantos años después, cuando le diagnostican cáncer a tu padre, tú no intentarás curarlo. En lugar de ello, permites que los doctores hagan lo poco que pueden hacer y dejas el *loft* en Cambridge para trasladarte con Amy y Ruby de regreso a Maine, para cuidar de él mientras se muere.

Al comienzo, sin embargo, no necesita ninguna asistencia. A la mayoría de la gente le costaría mucho asociar a ese hombre, aún musculoso y corpulento, con el hecho de que está condenado a muerte. Pero a ti no te sorprende lo más mínimo cuando llegas a casa y te lo encuentras arrancando los postes de la valla de la parte delantera del jardín sin la ayuda de ningún tipo de herramienta o maquinaria. Es tu padre, no hay que olvidarlo, John Senior, una figura casi tan poderosa como el propio Destructor de Mundos. ¿De qué otra forma esperabas encontrártelo? Como no se da cuenta de tu presencia, te quedas un rato observando cómo trabaja aflojando los postes con sus propias manos sin ninguna protección, aunque es difícil pensar en sus manos sin protección después de años de trabajo incesante en todo

tipo de condiciones. La piel de sus palmas se ha endurecido hasta tal extremo que los guantes han pasado a ser algo del todo innecesario. Cuando logra aflojar un poste, se acuclilla como un luchador de sumo y tira con fuerza hasta liberarlo con un empujón hacia arriba tan potente que la tierra sale despedida como si hubiesen detonado un petardo enorme en los agujeros dejados por los postes. En un momento dado, haces notar tu presencia y él te estrecha la mano y los dos os quedáis ahí de pie por un instante sobre el césped, mirando a cualquier parte menos al otro. Tú aparentas interesarte por los postes de la valla tirados por el jardín, por las banderas que flamean en el asta —la de Estados Unidos y el estandarte negro con las letras POW[13] — y luego le preguntas si quiere ayuda, Claro, busca unos guantes en el garaje si los necesitas.

Esto es lo más cerca que estarás nunca de conversar sobre su enfermedad. Encuentras los guantes, te los colocas y te pones a trabajar.

23 Durante meses las cosas continúan así. Tu padre sigue siendo tu padre y hace lo que siempre ha hecho. Y tú te relajas a su sombra, pequeño, agradecido y seguro. Por un momento llegas a creer que incluso es posible que supere esto por sí solo, que es demasiado fuerte para que algo tan absurdo y ridículo como unas células mutadas puedan acabar con él. Pero una noche de noviembre vais a cenar al Olive Garden y, cuando habéis acabado de comer, él no consigue ponerse de pie. De pronto, te das cuenta de que la sudadera le va holgada por los hombros y que no le quedan agujeros para ceñirse más el cinturón, y te preguntas de dónde habrá salido ese tanque de oxígeno portátil y por qué estará tu padre tan gris y, Santo Dios, qué le está pasando.

Necesita que le echen una mano para levantarse, pero, como es orgulloso, te hace una señal para que te limites a sujetar la mesa y así evitar que se incline mientras él la usa de apoyo para ponerse en pie. Tú te das cuenta de que no va a funcionar, así que te colocas por detrás de él y lo sujetas por las axilas. Aunque tiene aspecto de no pesar más que un cubo de cenizas, te sorprende comprobar que, incluso ahora, es bastante pesado, y a medida que lo ayudas a levantarse puedes sentir cómo se tensan sus músculos, débiles pero desafiantes, negándose a marchitarse del todo sin importar lo que la biología les ordene. Le prestas un poco de ayuda extra al levantarlo y se queda con los pies en el aire por un instante, porque quieres que él sienta tu fuerza y así sepa que ha hecho un buen trabajo; que engendró y crió a un hombre a su propia imagen.

Pero te quedas corto, de forma inevitable te quedas corto. Porque mientras en tu situación tu padre haría lo que fuera necesario, sin la

menor duda ni excepción —sin ni siquiera necesidad de pensárselo—, ahora hay veces en las que de verdad requiere de alguien que lo cuide y tú no estás, no cumples con lo esperado.

Una de esas ocasiones: hasta no hace mucho él era capaz de quitarse la ropa solo y de recostarse en la camilla para su masaje semanal. Pero ahora está demasiado débil y ese trabajo recae en ti y en Karen, la terapeuta y masajista. Hasta ahora no lo habías visto desnudo, aunque habías notado cuán anguloso se percibe bajo su ropa, indicio de un cuerpo macilento. Y te da miedo. Lo ayudas a levantarse del sillón y lo conduces hasta la camilla. Incluso con la bombona de oxígeno abierta hasta cinco litros, los tres metros de distancia y los dos escalones lo dejan jadeando. Tú lo mantienes en pie lo suficiente como para desabrocharle los pantalones y bajárselos, antes de que se derrumbe sobre la camilla. Sus piernas son dos palitos, dos cigarrillos de golosina. No te costaría nada rodear todo su muslo con una mano. Pese a que intenta colocar las piernas sobre la camilla, no consigue alzarlas lo suficiente. Tú dudas porque no quieres que se sienta disminuido en lo más mínimo. Pero él mismo acaba diciendo «No puedo», así que le levantas las piernas, una a la vez, mientras el dolor te sube como una arcada.

Está acostado, exhausto, cuando te das cuenta de que aún lleva la camiseta puesta. Le pides que vuelva a sentarse, lo que casi resulta excesivo, pese a que Karen y tú estáis allí para ayudarlo. Le arremangas la camiseta por encima de la cabeza apresuradamente porque no quieres tocar su cuerpo ajado. Le doblas los brazos hacia atrás y estiras la camiseta, dejando a la vista el pecho magullado, el vientre hinchado por los tumores, los ralos pelos negros. Lo recuestas sobre su espalda, intentando no tocar sus huesos, pero eso es todo lo que queda de él: piel y huesos. Enciendes la chimenea, acalorado por tu cobardía, y Karen se pone a trabajar.

22 Entonces llega la noche antes de la muerte de tu padre, un frío miércoles de diciembre. Acabas de arropar a Ruby bajo su edredón de Capitán Planeta cuando suena el teléfono. Al otro lado de la línea tu madre te cuenta que necesita ayuda, que ha conseguido llevar a tu padre hasta el baño pero que ahora no puede sacarlo. Tardas veinte minutos en conducir hasta su casa, durante los cuales no puedes parar de pensar en tu padre sentado con los pantalones del pijama por los talones, los pies descalzos sobre el linóleo frío, el más orgulloso y mejor hombre que jamás conocerás en ésta o en cualquier otra versión de tu vida, esperando avergonzado a que vengan a levantarlo del inodoro mientras sus rodillas castañetean de frío.

No puedes conducir más rápido.

Cruzas la puerta de entrada con la esperanza, aunque sabes que

no es así, de que, durante el tiempo que has tardado en llegar hasta aquí, tu padre haya reunido de algún modo la fuerza necesaria para levantarse. No hay nadie en el salón, así que avanzas por el pasillo en dirección al baño, donde te encuentras exactamente lo que temías: tu padre en el inodoro con la cabeza caída, tu madre acuclillada frente a él sosteniendo sus manos entre las de ella.

—A ver —dices, tratando de parecer resuelto, proactivo, dispuesto a la tarea. Rodeas a tu madre y te apretujas en el estrecho espacio que queda entre el inodoro y la pared—. A ver.

Te acuclillas frente a tu padre y lo miras a los ojos, y lo que ves está a punto de romperte.

—Papá —le dices—. Te voy a levantar, ¿de acuerdo?

Él baja la vista y asiente. Deslizas entonces tus manos bajo sus brazos e intentas con cautela encontrar el mejor ángulo, aunque no hay una manera fácil de levantar a un hombre adulto. Tu madre, que continúa en cuclillas al costado izquierdo del inodoro, está preparada para subirle los pantalones a tu padre una vez que vuelva a estar de pie. Con el dorso de la mano se enjuga los ojos.

—Allá vamos, papá —le dices tú.

Enderezas tu espalda como si estuvieras practicando la forma correcta de levantar un paquete pesado y haces fuerza con tus muslos. Tu padre toma una bocanada de aire y al momento siguiente estáis los dos de pie. Sus piernas están totalmente muertas y tú estás aguantando todo su peso, lo que resulta difícil cuando estás con los brazos estirados, así que lo envuelves en un abrazo de oso y entrelazas tus manos por detrás de su espalda. A esta distancia estás obligado a apoyar la cabeza contra su pecho y quedas con la vista hacia abajo, por lo que ves cosas que volverán a visitarte cada día, desde hoy en adelante, hasta que el mundo se acabe: sus piernas que tiemblan tanto que en cualquier otro contexto sería algo cómico, tu madre maldiciendo mientras intenta sacar el pijama de debajo de sus pies, la taza del inodoro, vista entre sus piernas, llena de sangre.

Incluso una vez que tu madre ha conseguido liberar sus pantalones para volvérselos a subir, la manera de trasladarlo hasta la cama aún no está resuelta. Tu padre gesticula indicando el andador, porque uno de los tumores presiona contra sus cuerdas vocales y lo ha privado casi por completo de voz, y ahora los gestos es casi lo único que le queda. Tú tienes claro que eso no va a funcionar porque cualesquiera que fuesen las fuerzas que tenía para llegar hasta donde se encuentra, ahora lo han abandonado del todo. Escucha: tú sabes bien, sin necesidad de que te lo recuerden, que sólo existe una opción, y cada segundo que continúas ahí, haciendo como si hubiese una alternativa, es una temporada en el infierno para tu padre.

—Papá, te voy a tener que cargar, ¿vale? —le explicas.

Él sacude la cabeza y gesticula con la mano para indicar otra vez el andador, resoplando de frustración. Pero tú ya has tomado tu decisión y le dices a tu madre que se aparte. Ella retrocede hacia la habitación, mientras tú te agachas doblando la cintura. Con el brazo derecho por debajo de sus hombros y con el brazo izquierdo detrás de sus rodillas, te levantas y, a medida que alzas a tu padre, emerge también un recuerdo, totalmente incongruente y apropiado al momento: tú tienes siete u ocho años, te has dormido en el sofá después de convencer a tu madre para que te deje quedarte hasta tarde y así ver *Creature Double Feature* en el canal WLVL Y a continuación, te despiertas con el olor a polvo del almacén y sientes esas enormes manos que te sostienen, camino de tu cama.

De pronto, tu padre logra sacar su voz. Se queja y llora, y se retuerce a cámara lenta entre tus brazos.

Y tú te quedas parado como un estúpido, con la vista sobre él, en lugar de avanzar hacia la cama. Llora por el dolor, porque sufre un monstruoso dolor que tú has elevado a un crescendo insostenible. Un dolor que ha estado negando durante los tres últimos meses, cada vez que tú o tu madre le preguntabais si se sentía bien. Un dolor tan terrible que, en el momento de ponerte otra vez en marcha hacia la cama, tu padre, por suerte, se ha desvanecido y reposa, desmadejado, en tus brazos.

Tú lo colocas en la cama pensado: «Con cuidado, con cuidado, con cuidado.»

21 Como eres un cobarde, en lugar de quedarte a pasar la noche, dejas a tu madre sola con él y regresas a la ciudad. Conduces por las calles vacías fumando. La primera vez que pasas frente al pub You Know Whose es simple casualidad. Pero la segunda te hace sospechar sobre qué clase de subterfugio está tramando tu cerebro reptil. A la tercera aparcas el coche en la nieve embarrada junto a la esquina y permaneces sentado, con el motor encendido, tratando de averiguar qué te propones hacer con exactitud. Pones la vista en la gastada fachada del bar: una grasienta puerta de cristal con la marca de miles de huellas dactilares, un anuncio de neón por encima del toldo, del que cuelgan telarañas incluso en pleno invierno. De la única ventana del local emana una luz de color amarillo, lo que le da al interior del bar el aspecto de un acuario lleno de orina. El bajo de la canción *You Give Love a Bad Name* retumba hacia el exterior a través de los ladrillos.

Enciendes un cigarrillo, bajas la ventanilla y te quedas ahí sentado durante algunos minutos más, pensando. Entonces te bajas del coche, arrojas el cigarrillo contra el bordillo y entras para dejar el frío friera. En medio del estruendo de Bon Jovi pides un doble de lo que

sea. Lo que acabas teniendo delante se supone que es *bourbon*, hasta donde alcanzas a ver.

A medida que el líquido se desliza garganta abajo y comienza a calentarte, el único pensamiento que has estado eludiendo a lo largo de toda la enfermedad de tu padre emerge y comienza a dar vueltas por tu cerebro como una avispa enfurecida: tú podrías haber impedido que sucediera todo esto. Podrías haberlo previsto. Podrías haber evitado que las cosas fuesen así. Tú tenías el conocimiento previo y tenías los medios.

Y no hiciste nada.

20 Si nos permites, interrumpiremos un momento. Porque tú ya te has metido de cabeza en el *bourbon* y en el peligro real de arruinar la existencia que te ha tomado dos vidas construir. A nuestro modo de ver, en esta versión de las cosas tú has hecho mucho. Sí, mucho. ¿Quieres que hablemos de ello? Qué nos dices de lo siguiente: te ofrecimos infinitas opciones y podrías fácilmente haber escogido vivir en un mundo sin cometas y sin cáncer. Podrías haber esquivado esos sufrimientos, y no te habríamos culpado. Pero en lugar de ello, elegiste sufrir las mismas calamidades y angustias por segunda vez —incluso elegiste sufrir otras desgracias añadidas—, sin cambiar nada, excepto a ti mismo.

Escucha:

Todo se acaba y Todo importa.

Todo importa, aunque no es a pesar de que tu vida y la de los que quieres se vaya a acabar, sino *precisamente* por ello. Porque Todo es aquello que tienes —los labios de tu mujer, los ojos de tu hija, el corazón de tu hermano, los huesos de tu padre y tu propio dolor— y después Todo se convierte en nada. Así que fuiste sabio al aceptarlo Todo, lo bueno y lo malo, y al aferrarte a ello. Al concentrarte en ello. Al buscarle sentido a la tristeza y nunca jamás tratar de eludirla, ni siquiera una vez, desde ahora hasta el final. Porque todo resulta igual, inescrutable e infinitamente preferible a la atroz alternativa.

Te levantas un poco tembloroso de tu taburete, dejas un billete de veinte sobre la barra y sales del bar de madrugada. Por la acera te fumas un cigarrillo. El frío te despeja la mente lo bastante como para conducir, cosa que haces con mucho cuidado, como un adolescente en el examen de la autoescuela, las manos sobre el volante como manecillas marcando las dos menos diez, los ojos atentos al camino en la oscuridad, el pie rondando el pedal de freno. Aparcas en el acceso con las luces apagadas para no despertar a Ruby. Cuando entras te encuentras a Amy sentada junto a la mesa de la cocina, con las manos

alrededor de un tazón y una tetera aún humeante.

Tú te sientas frente a ella. De inmediato nota tu aliento, frunce el ceño y entonces se levanta, sirve otra taza de té y te la pone delante.

—Ésta es tu carta de Monopoly para salir de la cárcel —dice, y en ese momento tú le estás más agradecido de lo que nunca has estado en ninguna de tus dos vidas.

19 Al día siguiente, junto a Rodney, tu madre, Amy y Ruby, acompañáis a tu padre en el momento de morir. Cuando deja de respirar, tú le pones las manos sobre el pecho y sientes cómo su corazón aminora el ritmo hasta detenerse. Tu madre se arrima a la cama y abraza a tu padre y le habla, pese a que él ya no la puede oír. Ella le dice que respire. Le dice que despierte. Tú llamas a los de la funeraria y, mientras esperáis a que lleguen, comenzáis a preparar el cuerpo de tu padre. Tú le quitas el oxígeno y le abotonas la chaqueta del pijama, que en sus últimas horas de agonía había quedado arrugada y con los botones abiertos. La boca insiste en abrirse, así que te quedas un rato sosteniéndola con delicadeza, de manera que, con el *rigor mortis*, permanezca cerrada. Rodney quiere saber qué puede hacer y tú le dices que envuelva con cuidado a tu padre en la sábana de la cama. Cuando termina de hacerlo, llega el tipo de la funeraria. Su nombre es Bill. Es más joven de lo que imaginabas y se comporta con seriedad, aunque sin rigidez. Reconoce a Rodney y le dice:

—Chico, te apuesto que tu padre debía estar orgulloso de ti.

Acto seguido, pregunta si queréis ayudarle a cargar el cuerpo.

—Hay gente que lo hace y otra que no. Por eso prefiero preguntar siempre.

Tú te retiras un momento con Rodney y le preguntas si quiere hacerlo.

—Lo que tú creas que está bien, Junior —te responde—. Eso es lo que quiero hacer.

De manera que le dices a Bill que tu hermano y tú os encargaréis de hacerlo. Bill asiente con la cabeza y sale al coche funerario, regresa con la camilla y se hace a un lado. Tú introduces tus manos por debajo de los hombros de tu padre y casi das un salto cuando sientes el calor que aún persiste en el colchón. A continuación, Rodney y tú levantáis el cuerpo, lo colocáis sobre la camilla y lo aseguráis con las correas. Y juntos sacáis a vuestro padre de su casa.

Más tarde, te sientas con Ruby junto a la chimenea y la escuchas hablar sobre lo que ha visto y sobre lo que siente. Pregunta si fumar fue lo que mató a tu padre y tú le dices que sí. Entonces quiere saber por qué tú continúas fumando y no consigues darle una buena respuesta. Incluso aunque pudieras contarle lo del Destructor de Mundos, ella no lo consideraría una razón contundente para seguir

fumando. Y, con toda franqueza, estaría en lo cierto.

18 Durante semanas y meses, la ausencia de tu padre y la triste y dolorosa forma en que murió, continúan dando vueltas alrededor de tu familia.

17 Cuando el eco de la muerte de tu padre se apacigua, Ruby retoma su campaña de niña en solitario por el medioambiente. Le envía un *e-mail* a la senadora por Maine, Olympia Snowe, sobre un proyecto de ley para permitir las perforaciones petrolíferas en el Refugio Nacional para la Vida Salvaje del Ártico, en Alaska. Snowe iba a apoyar el proyecto, pero queda impresionada ante la carta tan correcta e informada que le envía una niña de diez años y le concede una reunión a Ruby. Como Amy ha comenzado a trabajar en una firma de abogados, eres tú el que vuelas con Ruby a Washington. A *la* llegada, sois conducidos en una limusina negra al edificio Russell de las oficinas del Senado. Allí os hacen pasar por seguridad y os acompañan a un gran despacho. Hay un par de sofás, uno frente al otro, sobre la moqueta azul y tú te sientas en el que mira al ventanal Ruby te toma la mano y aprieta.

—¿Estás nerviosa, mi amor?

—No —contesta—. Estaba nerviosa en el avión. Pero ahora estoy bien.

Tú estás preparado para esperar un largo rato, pero pasados unos pocos minutos entra Snowe desplegando una amplia y estudiada sonrisa de figura política. Te tiende la mano y te saluda. Luego se inclina como en una reverencia para saludar a Ruby. Una irresistible sensación de orgullo te llena en ese momento ante la compostura que muestra tu hija. Es toda una negociante que evita la sonrisa al estrechar la mano de Snowe, mirándola directamente a los ojos.

Snowe se sienta de cara a ti en el sofá de enfrente.

—Senadora Snowe —dice Ruby—. Me imagino que usted sabe por qué estoy aquí.

—Sí —contesta Snowe—. Quedé muy impresionada con tu carta.

—Muchas gracias. Entonces estará preparada para explicar por qué ha decidido apoyar la propuesta para iniciar las perforaciones petrolíferas en el presupuesto para el año que viene.

Aunque tú no sabes lo que Snowe se esperaba, ciertamente no era esto. Con las cejas arqueadas te dirige la vista. Tal vez pensó que alguien le había ayudado a Ruby a escribir la carta, que Ruby había sido el corazón detrás de esas palabras y alguna otra persona, el cerebro. Hubiese sido una suposición razonable, pero se ha equivocado y ahora comienza a caer en la cuenta.

—¿Senadora? —insiste Ruby.

Así comienza un debate que dura casi dos horas. Snowe argumenta sobre la creación de puestos de trabajo; Ruby le responde con estadísticas que vinculan el incremento del alcoholismo y la diabetes con las perforaciones. Snowe arguye la reducción de la dependencia del petróleo extranjero; Ruby califica eso de falso remedio que sólo sirve para distraer sobre el asunto de fondo, que son las energías alternativas. Cuando Snowe habla sobre la reducción del precio de la gasolina, Ruby le llama la atención por ignorar de forma deliberada el hecho de que, incluso aunque las perforaciones comenzasen hoy, ese petróleo sólo llegaría al mercado dentro de quince años.

Uno de los asistentes de la senadora entra y le recuerda que tiene una reunión dentro de cinco minutos. Snowe lo mira hacia arriba, se queda un momento pensando y le dice que la cancele.

En su lugar, os invita a Ruby y a ti a dar un paseo por el complejo del Capitolio. Veis las salas de la Cámara de Representantes y del Senado, el edificio de la Corte Suprema y el jardín botánico, donde Ruby se deshace en elogios ante la Baja Fairy Duster, una flor que parece una explosión luminosa de color carmesí.

Durante el almuerzo, frente a su plato favorito —frituras de patata Tots y sándwich de bacon, lechuga y tomate con salsa Miracle Whip—, Ruby le pregunta a Snowe si su opinión sobre las perforaciones ha cambiado.

—Tendré que pensarlo —le responde Snowe—. Pero cuando tome una decisión, te prometo que te la comunicaré personalmente.

16 Pero no es necesario. Al día siguiente, por la noche, pocas horas después de volver a casa del aeropuerto, Snowe aparece en CNN anunciando que no dará su apoyo al proyecto. Es algo trascendental, no sólo porque se trata de una votación muy dividida, sino porque también significa que Snowe ha tenido que romper con la línea del partido y desafía a la Casa Blanca. Cuando uno de los periodistas le pregunta por qué ha decidido cambiar repentinamente de postura, Snowe le cuenta su encuentro con una extraordinaria y apasionada niña de diez años de edad que sabía más sobre todo el asunto que la mayoría de los expertos con los que ella ha conversado. Tú vas a buscar a Ruby a su habitación, donde está ocupada deshaciendo la maleta, y regresáis frente a la tele justo en el momento en que Snowe la menciona por su nombre.

Sólo pasa media hora antes de que el teléfono comience a sonar una y otra vez. Primero son los periódicos locales, en busca de algún comentario, y el canal asociado a la CBS en Bangor, que solicita una entrevista. Al día siguiente llaman los productores de *The Daily Show, Larry King* y *NBC Nightly News*. Tú les dices que ya os pondréis en

contacto y, junto a Amy, os sentáis a discutir con Ruby sobre la situación.

—Quiero hacerlo, papá —te dice ella—. Por fin la gente está preparada para escuchar. He trabajado para esto toda mi vida.

Tú tienes que contener la sonrisa porque, sin importar lo inteligente o seria que pueda ser, Ruby sólo tiene diez años de edad y oírla decir que ha estado toda su vida trabajando para algo como si fuese Nelson Mandela o alguien así, resulta bastante divertido, hay que admitirlo.

Después de decir a Ruby que se vaya a la cama, Amy y tú os quedáis discutiendo un par de horas.

—No creo que sea una buena idea —dice Amy.

—Pero tú sabes lo importante que es para ella —le recuerdas tú.

—Por supuesto que lo sé. ¿Crees que no me doy cuenta? —arremete Amy—. Hay muchas cosas de las que hay que protegerla que también son *importantes* para ella, Junior. El *jai alai*. El consumo en exceso de chocolate. Qué pasaría si decide subirse a uno de esos pinos gigantes durante un año para evitar que lo corten, ¿tú se lo permitirías?

—Asistir a *The Daily Show* es no trepar a un árbol para quedarse todo un año.

—Pero tengo la impresión de que se trata de algo de lo que deberíamos protegerla, ¿sabes? Primero es esto, luego lo otro, y antes de que nos demos cuenta, estará bailando alrededor de las mesas y esnifando coca de un cuenco como una segunda Drew Barrymore.

—Amy… —dices tú.

—Lo sé, lo sé.

15 A la semana siguiente estáis los tres en Nueva York.

Empalmáis cinco programas en dos días y la compostura que Ruby demostró ante la senadora Snowe aparece en toda su dimensión. Cuando la observas, te recuerda toda la confianza y autoridad que tenía Amy cuando pusiste los ojos en ella por primera vez en las clases especiales para alumnos superdotados, hace más de veinte años. Ruby le sigue el juego a Jon Stewart, con el que bromea sobre los hábitos reproductivos de los osos polares —el hecho de tener sexo una vez cada tres años lleva a Stewart a quedarse con las cejas en alto por un momento y a Amy a soltar una risa, mientras tú la observas desde fuera del plató—, y tolera la banalidad de Larry King con una educada indulgencia, inusual para alguien de cualquier edad, por no hablar de un niño.

Regresáis a casa, en Maine, pensando que eso ha sido todo; pero cuando los programas se emiten toda la situación comienza a crecer como una bola de nieve. Lo siguiente de lo que os enteráis es de que

Ruby es portada de la revista *People* y recibe una invitación para hablar ante el Congreso al mes siguiente, la semana anterior a la votación del proyecto. Los líderes de opinión comparan a tu hija con Samantha Smith[14] y sostienen que lo que Smith hizo por las relaciones internacionales, ahora Ruby lo está haciendo por las causas ambientales, mientras las encuestas permiten ver una caída en el apoyo público a las perforaciones en Alaska hasta un mínimo histórico del 11 por ciento, comparado con el 46 por ciento de hace dos meses.

14 En medio de todo esto, Rodney y los Chicago Cubs se han clasificado para las series mundiales y Ruby y tú

aprovecháis para tomaros un respiro del acoso mediático y voláis a Cleveland para asistir al primero de los dos partidos con los Indians. Justo cuando te acabas de acomodar en tu asiento, situado tras la caja de bateo, con Ruby contenta a tu lado, sepultada bajo su indumentaria de aficionada, los perritos calientes de tofu y un vaso de cacao, un reportero del *Plain Dealer* la reconoce y se presenta.

—No sabía que te gustase el béisbol —le comenta—. ¿Cómo encuentras tiempo para seguir la liga de béisbol con todo lo que estás haciendo?

—Mi tío juega en los Cubs —le explica ella con resignación, antes de darle un mordisco a la punta de su perrito caliente de tofu.

«Vaya chorradas», piensas tú mientras el reportero se regocija ante su descubrimiento.

Ya no quedan muchas fuentes dignas de noticias, pero incluso las pocas que aún restan son incapaces de resistir un cotilleo tan espectacular, especialmente después del triunfo de los Cubs en los partidos de la serie: ¿que la nueva heroína de Norteamérica es la sobrina de uno de los más importantes jugadores de béisbol vivos? ¡Toma ya!

13 Por supuesto, Rodney está feliz de unirse al circuito de entrevistas televisivas junto a Ruby una vez que ha terminado la serie. Nunca se le han dado bien las entrevistas, pero ahora Ruby toma la palabra cada vez que él se atasca y logran una dinámica natural —con bromas en plan amistoso, salidas al estilo de un dúo cómico y los ocasionales enfrentamientos espontáneos de lucha de pulgares— que queda muy bien en televisión. Cada vez que Letterman o Kimmel preguntan con insistencia sobre el truco para realizar un *double play* perfecto, Rodney simplemente dice:

—Lo que Ruby está haciendo es mucho más importante que el béisbol. Tal vez sería mejor hablar sobre ello.

Tú sabes muy bien que se equivoca. Lo que Rodney hace es igualmente importante.

12 Los esfuerzos de Ruby alcanzan su máximo resultado en diciembre, cuando por 78 votos contra 22 el Senado decide eliminar del presupuesto del Congreso el proyecto para realizar las perforaciones en el Refugio Nacional para la Vida Salvaje del Ártico en Alaska. La votación sólo lleva media hora, tras lo cual Ruby, atenazada por el frío en las escaleras del Capitolio, comparece de la mano de Snowe, y juntas proclaman por turnos la victoria ante los periodistas reunidos.

11 Dos días después, la NASA anuncia el descubrimiento del Destructor de Mundos y todos se olvidan de Ruby, del triunfo de los Cubs y del Refugio Nacional para la Vida Salvaje.

10 Lo que ahora importa es que reúnas a tu familia. No te equivocas al asumir que el gobierno norteamericano (y es posible que también otros) tuvieran información sobre el C/1998 El desde antes de lo que admiten, pero en un esfuerzo por reducir el pánico y los desórdenes que lo acompañan, ahora mienten sobre el tiempo que aún resta: dicen que alrededor de un año, aunque tú sabes que está más cerca de los dos meses. Pero esa mentira no te molesta porque significa que la infraestructura de transporte continúa funcionando y Rodney consigue volar desde Nueva York para reunirse con Amy, Ruby y tu madre en la casa en la que crecisteis. También significa, por suerte, que el Remington 870 calibre 12 que compras en Dick's permanecerá cargado pero sin usar, colgado en la pared del pequeño cuarto para abrigos y botas junto a la entrada. Los ánimos en la pequeña parte del mundo que habitas, lejos de volcarse hacia la anarquía asesina que tú esperabas, se inclinan hacia un dolor mudo y a cierto sentido de la solidaridad, como una Navidad en la que acaba de morir alguien. La gente se apiña en grandes grupos silenciosos en los restaurantes. Las parejas que llevan años sin disfrutar de su mutua compañía pasan caminando de la mano como si los hubiesen soldado. Los soldados de la Guardia Nacional arrastran los pies por las esquinas y juegan al *cribbage* en los puntos de control, con sus fusiles olvidados en el interior de sus Humvees. En algunos lugares las estanterías de las tiendas se quedan vacías y se producen reducciones puntuales del suministro de gasolina. Pero más allá de todo eso, la vida es más o menos normal, si bien impregnada de una tristeza anticipatoria.

9 También se debe considerar que tu conocimiento previo del fin de todas las cosas no te ofrece mayor defensa contra toda esa tristeza. Tú creías que te serviría, pero no. Y la tristeza te asalta en las ocasiones más inesperadas. Por ejemplo, estás cenando, es la última cita entre papá y Ruby y tú la miras absorto, sentada frente a ti al otro

lado de la mesa con su triste comedimiento, su pelo castaño recogido en una coleta, su piel pálida y perfecta como leche desnatada y, Dios Santo, tu dolor es completo y violento, peor de lo que nunca te habías imaginado, tan profundo que te lleva a clavarte los dientes del tenedor en el muslo por debajo de la mesa.

8 Cada día procuras ofrecerle orientación y consuelo a Ruby. Pero ya no queda ni lo uno ni lo otro. Que ella comprende este hecho se hace evidente en su paulatino silencio, en la pena que envuelve sus facciones como un sudario. Pero aún peor es que se ve claramente que su pena es por ti, no por ella.

7 Sabiendo que la única alternativa a tu dolor es la nada que se aproxima a toda velocidad, tú tratas de abrazar tu propia tristeza, para quedar abierto y vacío y permitir que todo pase a través de ti. Ésa es la clave, tú ya lo has aprendido: renunciar al control, renunciar al deseo de controlar.

En un drama tan avanzado, intentar el control es volverse loco. De manera que te esfuerzas al máximo para dejar que todo suceda sin más.

Excepto por una última cosa, algo que no basta con calificar simplemente como importante. Serías un completo fracaso como hijo, hermano, padre y marido si la dejaras pasar sin pensar en ella por un momento. Por eso, cada noche de la última semana te dedicas a reflexionar, aunque no logras tomar una decisión, no hay manera. Es imposible lo mires por donde lo mires, así que te acercas con tu dilema a la única persona a la que de verdad te has acercado, en ésta y en cualquier otra vida, desde el día en que explotó el transbordador *Challenger*.

Tocar el tema del falso margen de tiempo dado por el gobierno con Amy no es un problema porque la situación ya ha quedado en evidencia: hace cuatro días que en Sao Paulo y en Wichita han comenzado a caer bolas de fuego y el cometa propiamente tal, que ya se ha hecho visible con luz de día, no ha dejado de crecer en el cielo, por el este, como un gigantesco bastoncillo higiénico asesino. Por eso la última noche en que os sentáis a discutir, el asunto es si matar o no a Ruby antes de que la Tierra sea consumida por las llamas.

—No —dice Amy rotundamente, cogiéndote la mano de una forma que te recuerda a tu padre—. No, no y no. De ninguna manera.

El sólo hecho de pensarlo la lleva a cerrar los ojos, mientras sacude su cabeza a un lado y al otro.

—Pero es algo que tenemos que considerar. Porque va a ser horrible.

—Ni hablar —insiste—. Ni horrible ni mierda.

Su rabia repentina se calma tan rápido como surge y deja reposar su cabeza en tu hombro:

—Lo siento. Santo cielo.

—No pasa nada —la consuelas.

—Y hasta parece bonito —continúa ella—. Es como la aurora boreal… No me puedo creer lo que acabo de decir.

—¿Por qué no? Tienes razón: es bonito.

—Nada así de terrible puede ser bonito.

—En eso te equivocas. Una de las cosas que he aprendido es que siempre hay que hacerle caso a las evidencias que arrojan tus sentidos.

Os quedáis callados por unos cuantos minutos.

Entonces Amy pregunta:

—¿Y cómo lo haríamos?

—Con pastillas, supongo.

—¿Y quién se las da?

—Yo —respondes—, si tú quieres.

—No quiero —afirma ella.

—Yo tampoco —ratificas tú—. No puedo ni pensar en arrebatarle la vida. Y tampoco puedo pensar en dejarla con vida.

—Junior, no —insiste Amy—. No lo vamos a hacer. Fin del debate.

—¿Estamos debatiendo?

—Me imagino que no. La verdad es que no.

—En realidad, sólo quería hablar contigo para que me confirmaras lo que yo ya sé.

—Que no vamos a hacerlo, ¿verdad?

—Exacto.

Amy se levanta y sostiene tu cara con ambas manos para besarte.

—Junior —dice—, ¿por qué está ocurriendo todo esto?

Porque tú tienes la respuesta, pero ni en cinco vidas completas lograrías explicárselo, así que prefieres dejarlo pasar.

—Vámonos a la cama —le dices.

6 Y os acostáis. Hacéis el amor como aquellos adolescentes asustados que fuisteis una vez, en silencio, con cuidado, con la punta de los dedos y el aliento entrecortado. Después os quedáis tumbados, despiertos. Dormir está descartado, incluso aunque el cielo al otro lado de la ventana no estuviese iluminado como Times Square.

5 Y entonces ocurre algo extraño y maravilloso: uno a uno, los demás se reúnen con vosotros. Aparecen sin palabras, como sonámbulos, como animales moribundos que regresan a su guarida. Primero Ruby. Se queda parada a los pies de la cama, su silueta, tan delgada como la coartada de Dios, se recorta contra la luz del cometa

a sus espaldas. Lleva con ella a *Tiki*, el pingüino del calentamiento global, cosa rara porque *Tiki* ha permanecido en el fondo de su armario desde que Ruby tenía seis años. Tú te sientas y la acomodas en la cama. Ella se acurruca entre vosotros dos y reposa su cabeza por un rato sobre el pecho de Amy y luego sobre el tuyo. No se muestra inquieta ni llora.

4 A continuación aparece tu madre, arrastrando sus zapatillas por el suelo de madera, con su olor a perfume Nana. Se mete en la cama a tu lado y te cubre con su brazo derecho.

3 Por último, justo antes de que salga el sol, brillante y superfino, Rodney aparece tambaleándose en la habitación. Su gorro de dormir azul, recogido hacia atrás sobre la cabeza, el suave pico de tela doblado y caído hacia un lado. Al igual que Ruby, prefiere el espacio entre Amy y tú y de algún modo consigue colarse ahí con su corpachón. Ruby le ofrece compartir un pedazo de *Tiki* y él acepta.

2 Acostados juntos en silencio, relajados y totalmente despiertos: un cálido núcleo de humanidad. Todos sintiéndolo todo. El sol ya ilumina las colinas al fondo del valle y se te ocurre cerrar las persianas porque la luz es casi insoportable. Pero por ningún motivo quieres dejar de abrazar a tu familia. Pasado un rato —ni idea de cuánto— la Tierra comienza a temblar y se recalienta. Fuera, puedes oír los primeros ruidos de pánico. Los zapatos que corren sobre la acera en todas direcciones. Los chirridos de los neumáticos seguidos del espeluznante impacto del metal contra metal, los vidrios que se hacen trizas y ese breve y extraño lapso de silencio que se produce tras cada accidente de coche. Más lejos se oyen lo que parecen disparos. Hay alaridos, un alarido colectivo. Tú escuchas y sientes lástima por esa gente. Te gustaría que entendiesen, tal como tú, que no hay escapatoria y que nunca la hubo: desde el momento mismo en que dos células se fusionaron para convertirse en una sola todos quedaron condenados. Te gustaría que entendiesen que se trata de un hecho feliz, que en este último momento hay más felicidad y amor que en todo lo que han sentido a lo largo de sus vidas. Te gustaría que dejasen de correr y de gritar, y de dispararse unos a otros por un momento, y entonces podrían darse cuenta por sí mismos. Porque incluso en este último instante aún está Todo, la totalidad de las galaxias y los eones, la suma total de todas las experiencias a través del tiempo, concentrada en la cabeza de un alfiler, incluidas las suyas, aquí mismo, ahora mismo. Por eso cualquier cosa, lo que sea, es posible.

AGRADECIMIENTOS

EN PRIMER, último y cualquier lugar, muchas gracias a mi agente, Simon Lipskar: un defensor abnegado y serio a quien le debo casi todo.

Gracias a mi editora, Molly Stern, quien se la jugó por una alternativa que espero le reporte dividendos. Igualmente, gracias a Liz van Hoose por su buen ojo, su infatigable disposición y su paciencia. Y por supuesto a Laura Tisdel por las variadas cosas que hace a lo largo del año para hacer que mi vida sea más fácil.

Un gran agradecimiento a monseñor Gary Socquet, mi compañero en muchos, muchísimos crímenes, quien ofreció su gran agudeza a la hora de editar este libro pero, lo que es más importante, siempre se mostró dispuesto a escuchar y a tranquilizarme cuando me asaltaban los ataques de antipatía por mi propio trabajo o cuando cualquier otra cosa pesaba en mi mente.

Gracias a mis amigos y colegas de Zoetrope, un talentoso y generoso grupo de gente que ha sido una ayuda inestimable tanto en lo artístico como en lo personal. En particular me gustaría dar las gracias a Jessica Lipnack, Jim Ruland, Stephan Clark, Roy Kesey, Dave Fromm, Don Capone, Anne Elliott, Pamela Evens, Mary Akers, Jim Tomlinson, Cecilia Baader, Myfawny Collins, Avital Gad-Cykman, Bev Jackson, Richard Lewis, Alicia Gifford, Ellen Meister y Cliff Garstang.

Gracias a mis amigos y a mi familia: vosotros sabéis quiénes sois y, tal vez más importante, quiénes no sois.

A mi padre, quien nos dejó hace un año cuando escribo estas palabras:

Y *apenas sé qué parte será mayor*:
La que de ti conservo o la que me has robado.

notes

Notas a pie de página

[1] La variante angloamericana del juego de las damas incluye los reyes (*kings*), piezas que se mueven hacia adelante y hacia atrás. (*N. del t.*)

[2] Cubierto con forma de cuchara que también incluye dientes similares a los de un tenedor. (*N. del t.*)

[3] Mark David Chapman asesinó a John Lennon el 8 de diciembre de 1980. (*N. del t.*)

[4] Segundo álbum de la banda The Velvet Underground aparecido en 1968. (*N. del t.*)

[5] En español en el original. (*N. del t.*)

[6] La posada del agujero donde te encuentras (*N. del t.*)

[7] Sistema de defensa personal empleado por las fuerzas de seguridad israelíes. (*N. del t.*)

[8] Famoso asedio fallido a la secta davidiana en Mount Carmel, Tejas, que acabó con la vida de 74 miembros. Investigaciones posteriores revelaron sospechosas irregularidades en el asalto final por parte del FBI. (*N. del t.*)

[9] Plato de la cocina regional canadiense consistente en una base de patatas fritas aderezadas con queso fresco y salsa de carne. (*N. del t.*)

[10] A grandes rasgos, modelo matemático establecido por el físico mexicano Miguel Alcubierre que haría posibles los viajes a velocidades por encima de la velocidad de la luz, lo que implica considerables alteraciones espacio-temporales. (*N. del t.*)

[11] Devastadora marcha de conquista llevada a cabo por el general William T. Sherman durante la guerra civil americana entre noviembre y diciembre de 1864. (*N. del t.*)

[12] Gran templo de cúpula dorada dedicado a la meditación trascendental en Iowa, que se ha convertido en atracción turística (*N.*

del t.)

[13] Siglas correspondientes a *Prisoner of War*, prisionero de guerra. (*N. del t.*)

[14] Samantha Smith (1972-1985), nacida en un pueblo de Maine, se hizo famosa cuando tenía diez años al escribirle una carta al máximo dirigente soviético, Yuri Andrópov, preguntándole sobre el armamento nuclear y las intenciones de paz del pueblo soviético. Conmovido por la misiva, Andrópov invitó a la niña a visitar la Unión Soviética. (*N. del t.*)